

A woman with long brown hair, wearing a black sleeveless dress, is shown from the back, looking over her shoulder. Her hands are raised to her hair. In the background, a white car is severely damaged and wrecked on a road. The scene is dimly lit, suggesting a somber or tragic atmosphere.

A veces las lecciones más importantes de la vida son las que nos llegan de la manera más difícil.

¡MÁTAME,
SI PUEDES!

Sandra Estévez Calvar



¡MÁTAME, SI PUEDES!

Sandra Estévez Calvar

Sigue brillando,
que nada ni nadie apague tu luz.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Sandra Estévez Calvar, 2019

Había reservado una habitación en uno de los mejores hoteles de lujo situado en el condado de Conwy, en el norte de Gales. La decoración del inmueble era de estilo romano con fachada victoriana. Los suelos eran de mármol y los muebles de madera antigua. De las paredes colgaban obras de arte pintadas con acuarela y de los techos vertían luz unas sofisticadas lámparas de bronce en forma de cúpula.

La suite era muy espaciosa, elegante y señorial. El baño estaba acabado en mármol italiano con ciertos accesorios chapados en oro.

Después de la acalorada conversación que habían mantenido, en la que él había acabado reconociendo que se había equivocado, en la que le había pedido perdón y una nueva oportunidad para estar juntos y demostrarle que podía contar con él para todo lo que apareciese a partir de aquel momento, decidieron pasar unos días juntos, lejos de Londres. El lugar lo acordaron en el mismo coche, mientras hablaban, pactando mantenerlo en secreto.

Ella se había encargado de hacer la reserva mientras él conducía. Iban sin equipaje, solamente con lo puesto, aunque la joven sabía que el propio hotel contaba con varias tiendas de ropa en la planta baja, tanto masculina como femenina.

Ambos estaban ansiosos por verse desnudos, por tocarse y disfrutar del sexo. Habían pasado tantos años que, esta nueva cita, sería como volver a empezar, descubrir lo que le gustaba a la otra persona, experimentar nuevas sensaciones.

Había anochecido y empezaba a llover. Tras aparcar en la parte trasera del hotel, el hombre le dijo que entrase ella para hacer el *check-in* mientras él hacía unas llamadas urgentes. Su teléfono no había parado de sonar durante todo el viaje. No solía fumar mucho, solo cuando acudía a algún club o evento social, pero sintió la necesidad de inhalar el humo de un cigarrillo. Aprovechó ese momento de distensión para dar una vuelta por las inmediaciones e inspeccionar por si hubiese algunas cámaras que lo estuviesen grabando. Encontró una entrada en la parte trasera del edificio pero estaba cerrada.

Abrió la puerta del maletero y, tras comprobar que estaba todo en la bolsa, entró en el vehículo para cambiar su aspecto, ocultando el pelo con la peluca y encima de esta una visera, se puso unas cejas postizas, un bigote y se cubrió

las manos con unos guantes negros de piel. Al salir se vio en el cristal del coche y se alegró de que la persona que veía reflejada no se pareciese a él en nada. Guardó en la bolsa varias cosas más que le interesaban, comprobó la hora en el reloj y extrajo una caja de herramientas que estaba vacía y en la que introdujo la bolsa.

Seguramente ella se habría dado una ducha y lo estaría esperando desnuda para tener sexo salvaje toda la noche. También cabía la posibilidad de que estuviese hablando por teléfono y, pese a que le había dicho que esa escapada la mantendrían en secreto, existía el riesgo de que llamase a alguno de los hombres que trabajaban para ella y le avisara de que estaría fuera unos días. Tendría que haberle sacado el móvil, pero eso haría que desconfiara y, por el momento, necesitaba que se fiara de él. Durante ese ínterin, la joven le había enviado innumerables mensajes de contenido erótico y sexual. Parecía estar impaciente por tenerlo entre sus piernas.

Antes de entrar la llamó para que le dijese el número de habitación y le comentó que pidiese que subieran champán. Al colarse en el hotel se dirigió al ascensor que utilizaba el personal de servicio. Iba vestido con un mono de trabajo, como los que utilizaban las empresas que hacen trabajos de mantenimiento en la mayoría de los hoteles de la zona, por lo que no llamó la atención de ningún recepcionista. Los pasillos tenían cámaras, viéndose obligado a buscar las zonas ciegas. Allí se deshizo del mono y del resto de accesorios y volvió a guardarlos en la caja. Por suerte la joven estaba en el *jacuzzi* así que no tuvo que buscar una excusa sobre lo que llevaba en la caja. El personal de servicio había dejado un carrito con el champán y unas pastas.

Se desnudó y entró en el baño. Ella estaba en la bañera, con la cabeza apoyada en uno de los dos reposacabezas que esta tenía. Se sentía como una diosa.

—Hola, chico malo —dijo ella con una expresión seductora. Al verla desnuda la virilidad del varón se había hecho patente.

Le tendió una mano.

Él entró con cuidado y se colocó frente a ella, la cual tomó la iniciativa sin esperar. Lo agarró del pelo y lo besó con intensidad y desesperación, mordisqueando sus labios mientras rodeaba su cintura con las piernas. Sus pechos operados estaban duros como el acero.

—Quiero gozar —susurró ella, dirigiéndole una mirada aviesa mientras rodeaba su miembro con dedos juguetones, friccionándolo con fogosidad.

Pese a tener otras intenciones, la efusividad de la chica y aquellos ojos

turbios de deseo lo habían excitado demasiado, y un deseo embriagador lo estaba cegando. No podía abstraerse, él también quería saciar el hambre de sexo. La protuberancia de su enorme miembro la atrapó con brusquedad, de una estocada, llenándola por completo. La chica gritaba groserías al tiempo que gemía y jadeaba ahogadamente. El placer los hizo estremecer hasta que le dio la vuelta y puso sus manos en las caderas de ella para entrar y salir de su interior. La ensartó una última vez hasta que una oleada cegadora de placer los acometió. Se oyeron sus resuellos hasta que ella volvió a la acción y se lo llevó a la habitación. Estaban mojados, pero les dio igual. La chica empezó a jugar con su sexo, dejándolo al límite del placer. Lo empujó al diván, un mueble de madera de roble y lino gris oscuro.

—Voy a hacerte todo lo que no pude durante estos años que estuvimos separados —murmuró en su oído.

Hizo que se sentara y empezó a practicar sexo oral y, cuando lo tuvo suficientemente excitado, se colocó enfrente, con las piernas ampliamente abiertas y apretando su cuerpo contra el de él y permitiendo que este chupara sus pezones. Luego le dio la espalda, dejando que el chico la cogiera de la cintura para afianzar las penetraciones. Él se recostó hacia atrás y ella masajeó su clítoris mientras movía las caderas con vigorosidad. Sus pechos saltaban hasta que llegaron juntos al orgasmo.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor? —preguntó, con expresión de loba y dando un azote en la nalga del chico—. Yo sí. Los dos éramos unos críos —lo miró con picardía—. Lo bien que lo pasamos, sin inhibiciones en la cama, ¡verdad! Brindemos por esos momentos y por los que vendrán a partir de ahora.

Se levantó y tiró de la mano del chico.

—Brindemos por nosotros y por lo que vendrá a partir de esta noche —propuso él. Su mirada era prometedora.

Alzaron las copas y las hicieron sonar. Después de repetir varias veces hasta acabar la botella, volvieron a la cama para seguir dando rienda suelta al deseo hasta hacerse añicos y quedarse dormidos. Cuando supo que estaba profundamente amodorrada e impulsado por su demonio interior, se sentó sobre el cuerpo de la joven, cogió una almohada y cubrió la cabeza de la chica con ella, que se despertó asustada y buscando oxígeno. Tuvo que ejercer una fuerza descomunal para que se moviera lo mínimo, pues la joven, en un reflejo de supervivencia, no dejaba de agitarse. Apretó más fuerte. No quería ver su cara de pánico al no poder soltarse del agarre y coger oxígeno. Sabía, porque

lo había consultado en internet, que las víctimas de asfixia primero mostraban resistencia, luego entraban en la fase de anemia cerebral, es decir, se desmayaban, y acababan falleciendo. Entre la primera fase y la última pasaban menos de cinco minutos.

En cuanto vio que había pasado el tiempo estipulado se apartó de su lado. ¡Lo acababa de hacer y no se lo creía! Inquieto, se llevó las manos a la parte trasera de la cabeza y comenzó a dar vueltas por la habitación. Era tarde para retractarse, había dado un salto al vacío y no había vuelta atrás. Ella estaba muerta y él tenía que dejarlo todo bien atado para que nada lo relacionara con esa muerte. ¿Cuál era el siguiente paso? El pecho le palpitaba desbocado. Empezó a rebobinar. Unos días antes lo había consultado y estudiado todo. Tenía que limpiar la escena del crimen. Según decían los expertos, los delincuentes eran como animales; iban dejando huellas que después ellos encontraban. Siguiendo un ritual, se puso unos guantes quirúrgicos, fue al baño y lo limpió con una bayeta, que había llevado en la bolsa, y lejía, tiró de la cisterna y derramó en ella un buen chorro del líquido desinfectante. A continuación, y procurando hacer el mínimo ruido posible, hizo lo mismo en el diván y guardó su copa en la bolsa. Era una prueba que contenía sus huellas. Como pudo, pues el cuerpo de la mujer estaba tendido sobre la cama, arrancó las sábanas, la funda de la almohada donde se había acostado él y la colcha. Las dejaría en el carrito de la limpieza que había visto en la entrada del pasillo. Allí había más y estas las metería por debajo. Volvió a mirar a la chica. Sus cabellos estaban desparramados de cualquier forma sobre el colchón. El cuerpo podía guardar pruebas relevantes que lo podían incriminar así que la cogió en brazos y la introdujo en la bañera, la cual llenó de agua muy caliente con lejía. Al acabar, guardó en la bolsa la ropa que la chica llevaba puesta: un vestido marrón con lunares blancos, la ropa interior, los botines de piel y, para el final, dejó el bolso y el móvil. Este último intentó desbloquearlo, pero pedía la huella dactilar de la chica. Se acercó al baño, le secó las manos con una toalla y fue probando con sus dedos hasta que dio con el que tenía predefinido. Tal y como había sospechado antes de entrar en el hotel, la chica había llamado a varias personas y una de ellas era el gorila que trabajaba para ella. Revisó las fotos y en ninguna aparecía él, tampoco en mensajes. Tras apagarlo lo despedazó con la idea de tirarlo en algún sitio lejos de allí y de Londres.

Una vez comprobó que lo tenía todo atado y había limpiado todo lo que recordaba haber tocado, se puso la ropa que se había sacado al llegar a la

habitación y, por encima de esta, el buzo. Se fijó en la hora. Eran más de las cuatro y había terminado. Echó un último vistazo, por si se le había pasado algo por alto y lo único que vio, fuera de lugar, fue el cuerpo inerte de la chica, flotando en el agua. Pronto aparecería la rigidez cadavérica y signos de cianosis en la cabeza y las manos debido a la falta de fluido sanguíneo y el aumento de hemoglobina.

Con los guantes de piel cerró la puerta, salió de la estancia y utilizó el ascensor de servicio. El hombre que estaba en recepción vio que salía del elevador. A aquellas horas era imposible que hubiese gente haciendo reparaciones en las habitaciones o en las zonas comunes así que llamó su atención, pero el joven siguió andando, sin atender al llamamiento. En cuanto estuvo fuera, apuró el paso hasta llegar al coche. No podía arriesgarse más, no podía permitir que lo viesen, pese a ir disfrazado. Arrancó el vehículo y partió, dirección Londres. El trabajo que lo había llevado a Gales, había concluido.

Seis meses antes...

Se sentó en el nuevo y mullido sofá que había pedido que instalaran en su despacho situado en la planta alta de la vivienda. La chimenea desprendía el calor suficiente como para trabajar de manera cómoda durante todo el día. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa que tenía frente a los pies y frotó los ojos insistentemente. Llevaba varias horas trabajando sobre un guión nuevo que la mantenía apartada de los líos de sus dos hermanos, pese a los ruidos habituales de la gente que trabajaba en la casa y las interrupciones de Daisy.

El despacho olía a flores frescas que solía comprar personalmente en el mercado. Rosas, lirios y lavanda. Tras el sofá estaba una gran y ornamentada ventana francesa cuyo marco llegaba al suelo, típica del siglo XVII en las casas coloniales, y que a ella le encantaba por el aporte de luz natural a esa estancia y porque daba una sensación de mayor amplitud.

El crepitar de la chimenea hizo que se envolviese en la sofisticada y esponjosa manta de piel que tenía doblada en el otro extremo del sofá. Le fascinaban esos momentos de calma y silencio. Disponía de muy poco tiempo libre, pero se había impuesto una norma diaria: disfrutar de al menos quince minutos de placidez en el sofá o en su banco preferido del lago. Normalmente el teléfono móvil quedaba sobre la mesa del escritorio, en silencio, apagaba la pantalla del ordenador para que ningún ruido la distrajese y también la PDA.

El sonido de unos nudillos en la puerta de su despacho hizo que abriese los ojos y se incorporase.

—¿Holgazaneando otra vez? —dijo la mujer que entró. Sus tacones pisaban fuerte sobre el suelo de madera—. Cada vez que entro en este despacho te encuentro postrada en ese sofá. ¿No te aburres con tanto silencio y tanta paz? Querida, al menos pon algo de música.

—Pues no, querida hermana, y alguien tiene que trabajar en esta familia, ¿no crees?

El gato que dormitaba a sus pies se movió al escuchar la voz de Alison. La relación entre ambos todavía no había fraguado. Ella odiaba los gatos y se conocía que el animal lo había captado al poco tiempo de ser adoptado por Holly.

—Sí, por supuesto, querida. Me levanto temprano para ir al *GYM*, luego toca tomar café con las chicas para ponernos al día —se llevó la melena hacia

atrás presumiendo de estar demasiado ocupada. Para ella la vida social era lo más importante—. El tiempo no me da para más.

—Me hago cargo de la situación —agitó la cabeza—. Tanto estrés no es bueno. Debes acabar el día saturada —atajó Holly—. ¿Querías algo más de mí aparte de decirme que soy una vaga?

Su hermana no había trabajado nunca ni tampoco había querido formarse. Con tan solo veintidós años había contraído matrimonio con Milton, el hijo de unos amigos de sus padres. Ambas familias lo habían hablado al poco de nacer y habían crecido con ese estigma.

—Venía a preguntarte si también has recibido la invitación para la fiesta de los Miller. Es este fin de semana.

Holly dio varios pasos hasta llegar al escritorio de madera de nogal y remates de bronce, y localizó el sobre que había recibido días atrás. Se trataba de una gala benéfica en la mansión de esa familia en la que se recaudaban fondos para fomentar la investigación de enfermedades raras. La única condición, como en casi todas las galas de ese tipo, era que antes de asistir, cada invitado debía transferir quinientas libras en la cuenta que aparecía en la invitación.

—Aquí la tengo.

Volvió a dejarla sobre la mesa con desgana.

—Chica, lo dices como si fuese algo nimio. Te recuerdo que asistirá lo mejor de lo mejor —formuló tras ver la poca energía de su hermana—. Mañana tengo la prueba del vestido. Tiene que ser sorprendente... como siempre —expresó con un gran brillo en los ojos—. Qué me dices del tuyo. Deberías engordar un poco para que te sentaran mejor. Estás esquelética.

—Me probaré alguno del armario de mamá. No tengo tiempo para ir de compras —comentó, elevando los hombros sin darle demasiada importancia al acontecimiento. El gato dio un salto para acomodarse entre sus brazos.

—¡Estás loca! Sabes que acuden políticos, deportistas, famosos y personalidades de la alta sociedad, tanto inglesa como del resto del mundo —Alison se sentó frente a la hermana y cruzó las piernas con suma elegancia—. Si estás dispuesta a hacer el ridículo, adelante. Yo he quedado con Theo, como siempre. Si quieres le digo que busque algo para ti.

—No, gracias. No tengo cabeza para eso y sí muchísimo trabajo. Lo importante en estos casos es colaborar. Hay que decirle a Curtis que haga el ingreso en esa cuenta. ¿Te encargas tú de hablar con él? —suspiró mientras Tora ronroneaba sobre sus piernas.

—Ese argumento sería justamente lo que habría dicho nuestra madre de estar viva. Lo importante es colaborar, para eso es una gala benéfica, pero ello no quita que acudamos bien vestidas y seamos el centro de atención. La ocasión requiere estrenar vestuario y lucir, de manera radiante, alguna de las joyas que nos dejó nuestra querida madre —se levantó con la habitual mirada de inquieta soñadora—. Yo se lo diré a Curtis y deja de acariciar a ese bichejo, que, para colmo, es negro. ¿No sabes que los gatos negros traen mala suerte?

—Eso es un falso mito, Alison. Los gatos nos ayudan a mejorar nuestro estado físico y mental pues alivian el estrés y hacen que seamos menos negativos. ¿Sabías que el 83% de las personas que tienen un gato en casa se sienten menos solas?

La hermana agitó la cabeza.

—Definitivamente pasar tantas horas encerrada en el laboratorio y en este despacho, te está afectando al cerebelo o como se llame eso que tienes ahí dentro —subrayó Alison antes de abandonar la estancia y señalando la mollera con un dedo.

Holly dejó caer la cabeza en el respaldo del sillón unos minutos antes de proseguir con el trabajo. Todavía había tiempo para elegir el vestido ideal para esa gala benéfica. Su progenitora siempre había tenido muy buen gusto a la hora de vestir y sus ropas nunca pasaban de moda. Estaba convencida de que en su ropero encontraría el atuendo perfecto dado que usaba la misma talla que su madre cuando estaba soltera.

Encendió la pantalla del ordenador, su PDA y colocó el teléfono móvil a mano. Estaba lista para seguir con su trabajo antes de ser nuevamente interrumpida.

El matrimonio Miller recibía a los invitados en la escalinata de mármol exterior la cual habían forrado con moqueta roja. A medida que los asistentes iban entrando, una persona del servicio se encargaba de entregarles el libro de instrucciones en el cual aparecía la posición que ocupaban en la mesa, el menú que se serviría y les indicaba el salón donde se realizaría el banquete. En el fondo del mismo una banda formada por cinco personas amenizaría la noche con música clásica y folclórica.

Holly y Alison llegaron puntuales a la mansión señorial. Su hermano había declinado la invitación alegando que tenía un compromiso más importante que no podía posponer. Muchos invitados, con título y fortuna, esperaban para ser recibidos por los anfitriones en una larga fila. Las dos hermanas, después de caminar por serpenteantes adoquines, llegaron a la altura de un hombre que, con toda probabilidad, llevaría toda la vida sirviendo a esa familia de alcurnia, y que, como era tradición, habría heredado la profesión de su padre. Él era el encargado de comprobar que los que se presentaban estuvieran en la lista y se dio la casualidad de que, al identificarse, el varón les dijo que no estaban anotadas.

—¡Cómo que no! —balbuceó Alison, llena de indignación.

—Eso no es posible, caballero. Revise una vez más la lista —intervino la guionista. Ella misma le había dicho a su hermana que avisara a Curtis para hacer la transferencia del importe correspondiente a dos asistentes.

Tras echar un nuevo vistazo negó con la cabeza.

—Lo lamento, señoritas, pero sus nombres no aparecen en la lista, por lo que, sintiéndolo mucho, les pediría que se hiciesen a un lado. Tengo órdenes expresas de no dejar entrar a nadie que no aparezca en esta relación —les informó, elevando la lista unos centímetros. Iba vestido con el chaqué reglamentario. Pantalón marengo rayado, camisa blanca con cuello *wing* y puño doble, corbata negra con nudo *windsor*, chaleco, levita negra, zapatos de cordón negros y guantes de algodón blancos.

—Tiene que tratarse de un error —su expresión era de no comprender absolutamente nada.

—Por supuesto que es un error —insistió Alison—. Está usted hablando con las hijas del reputadísimo doctor Taylor. Será mejor que llame a su patrón.

Sé que, en cuanto lo haga, tendrá que pedirnos disculpas —expuso con arrogancia.

Los invitados que estaban tras ellas escuchaban la conversación con incredulidad, mirándolas con ojos críticos.

El empleado cogió el teléfono móvil, marcó el número del anfitrión de la fiesta y se apartó unos metros para hablar con intimidad. Segundos después volvió a su posición.

—El señor Miller ha corroborado lo que yo les he anunciado. No pueden entrar si no están en la lista.

—Pero... ¿le ha dicho quiénes somos? —perseveró la hermana mayor de los Taylor mientras se acercaba al hombre, quedando a unos centímetros de este.

La fila de invitados cada vez se hacía más larga.

—Por favor, háganse a un lado. Esta gente está esperando para entrar.

—¡Cómo se atreve a ser tan grosero! —chilló irritada.

—Esto tiene que ser cosa de Curtis —se apresuró a decir Holly en un tono de voz poco más alto que un susurro.

Dispuestas a irse de la fiesta a la que ni siquiera habían tenido la opción de poner un pie en el interior, Cooper Jones se acercó a los tres preguntando si había algún problema.

—Nosotras no tenemos ningún problema —protestó la mayor—. Lo tiene él, que dice que no aparecemos en la lista y por tanto no podemos entrar. Tiene que haber un error, nuestro hermano se encargó de hacer las transferencias.

Tan pronto acabó de decir eso último miró hacia su hermana y lo entendió todo. Curtis se había olvidado.

Cooper cogió el teléfono móvil y llamó al señor Miller, con el que tenía una gran amistad.

—¡Qué tal, Albert! Siento molestarte, pero aquí abajo hay un problema con dos de tus invitadas.

El anfitrión debió comentarle que estaba al tanto del mismo pero que no podía hacer nada, que la mesa estaba dispuesta para un número determinado de comensales.

—Lo comprendo —dijo con la faz arrugada. Unos pequeños pliegues en la frente que lo hacían más atractivo de lo que parecía a simple vista—. Tengo una idea. Qué te parece si entrego a tu empleado un cheque por el doble de lo que deberían haber transferido, ya sabes, para compensar las molestias. Solo tienes que hablar con mi hermana y ella se encargará de disponer dos

servicios más en la mesa —añadió con aire caviloso.

La hermana de Cooper trabajaba como encargada de salón en la mansión de los Miller desde hacía muchísimos años.

Albert calló unos segundos antes de responder.

—Está bien. Entrega el talón a mi hombre. Sabes que si fuese por mí las dejaría pasar sin más, pero se trata de una fiesta benéfica. Encárgate tú de comunicárselo a tu hermana.

Ambos colgaron.

—Señoritas, todo arreglado —anunció, indicándoles con una mano que ya podían pasar.

Alison cogió a su hermana del brazo y caminaron por el sendero del extenso jardín hasta llegar a donde estaban los anfitriones, a los que saludaron con una leve inclinación de cabeza y pidieron disculpas por todas las molestias que les habían causado. Cooper pasó tras ellas y buscó a Bernie, su hermana, que estaba al lado de un perchero de nogal del siglo XIX tallado a mano, para que procediese a incluir dos platos más. Estaba acostumbrado a dirigir, a realizar cambios a última hora y a improvisar. El mundo de la moda era así; todo sobre la marcha.

Al entrar en el salón, las dos hermanas dejaron boquiabiertos a más de un invitado. Holly, conocida además de por su trabajo, por su fabuloso estilo a la hora de vestir, había elegido un vestido de noche en tono plata y rosa pastel con lentejuelas y cristales de Swarovski. En su cuello lucía un collar de diamantes con tres niveles a juego con un brazalete. Su hermana se había decantado por un vestido evasé de dos piezas diseñado por Theo, el socio de Cooper. El cuerpo del mismo, ceñido, llevaba pequeños adornos en pedrería, discreto escote en pico que se pronunciaba en la espalda y la falda, realizada en crepé, tenía una gran abertura en la pierna. Un collar de brillantes adornaba el escote.

—¡Qué vergüenza he pasado ahí fuera! —susurró Alison a la hermana.

—Curtis se va a enterar —gruñó la guionista—. Menos mal que ese hombre se ofreció para ayudarnos. No sé quién es, pero tengo que hablar con él. Curtis debe extenderle un cheque con urgencia, aunque eso será después de escucharme. Pienso sacarle los colores.

—¿No lo conoces? —preguntó, muda de asombro—. No sé en qué mundo vives, querida. Se trata del socio de Theo, mi modisto.

Holly lo buscó por todo el salón, en el que lucían grandes tapices de los siglos XVIII y XIV, profusos adornos y porcelanas, hasta localizarlo. Estaba

hablando con la cantautora británica con mayores ventas en el mundo y la famosa escritora, autora de una reconocida serie de novelas fantásticas en las que no faltaba las aventuras y la magia. Pasado un rato charlaba con un actor que, en el año 1999 había sido nombrado por la reina, Isabel II, Oficial de la Orden del Imperio Británico. En cuanto vio que daba unos pasos en sentido contrario a ella y con la intención de seguir saludando a sus conocidos, fue hacia él.

—Hola —lo saludó, tendiéndole la mano—. Muchas gracias por haber intercedido por nosotras ahí fuera. Ha sido un terrible despiste de nuestro hermano, Curtis, y que nos ha hecho pasar un mal rato.

—Curtis —repitió el diseñador—. Creo que ha venido alguna vez por el taller. Mi socio ha confeccionado varios trajes para él —le explicó, por no decirle que en diversas ocasiones se habían cruzado en carreras de caballos.

—Puede ser. Últimamente anda muy despistado. Normalmente llevo la chequera conmigo, pero hoy no es el caso. Comprenderá que en estos bolsos apenas cabe nada —confesó, sonriendo y mostrándole el tamaño del clutch. Le haré llegar el cheque lo más rápido posible.

Varios deportistas se acercaron a él para saludarlo. Se disculpó para atenderlos. De espaldas a ella, Holly se fijó en su atuendo. Vestía un elegante chaqué azul con camisa blanca y corbata. Su porte era el de una persona tranquila y capaz.

Instantes después se acercó otro actor que había protagonizado la película de un Superhéroe y se lo llevó hacia un grupo de personas que estaba al otro lado del salón. La guionista, cansada de esperar para recuperar la atención del diseñador, localizó a Alison con la mirada y la halló hablando con unas cuantas solteras que estaban allí con una única misión: cazar un marido millonario.

—Mierda —bramó Alison hacia la hermana con la frente muy fruncida—. Milton ha venido a la fiesta.

Con disimulo lo buscó en el salón y lo vio charlando con dos matrimonios que eran de su misma edad.

—Tranquila. Delante de toda esta gente no te dirá nada —volvió a mirarlo—. Además, Alison. Él tiene tanto derecho como tú a estar aquí. Ahora mismo estáis formalmente divorciados.

—Lo sé. Yo solo quiero que me deje en paz —aclaró, pero sin poder dejar de verlo.

—Hará falta mucho tiempo para olvidar lo que pasó entre vosotros,

teniendo en cuenta cómo finalizó la relación y las causas que motivaron el divorcio. Sin pretensiones de defender sus actuaciones posteriores a la separación, siempre te he dicho que él tiene sus motivos para estar dolido contigo.

—Sí, claro. Ahora la maléfica del cuento soy yo.

—No he dicho eso. Solo que él tuvo que haberse sentido ofendido, dolido y engañado. Perdóname que te lo diga una vez más, pero fuiste tú la que ocasionó la ruptura. Milton siempre estuvo enamorado de ti —opinó la guionista.

—¿Y eso lo justifica para perseguirme, acosarme y molestarme donde quiera que vaya? —preguntó enojada.

—No y mil veces, no —la tomó del brazo y se giraron en sentido contrario al que estaba su ex—. Hemos venido para pasarlo bien así que olvídate de él.

En ese mismo instante los anfitriones entraron en el salón para dar comienzo a la cena en una mesa en forma de herradura con hermosos arreglos florales, en la que se serviría trucha de Landö con capa de hierbas, chuletas de cordero y, por último, fresas con crema.

Durante la cena el grupo musical agasajó a los invitados con piezas clásicas de ópera del compositor italiano, Puccini, de Piovani, Bach y Mozart.

—Oye, Alison. Ese tal Cooper, ¿está emparentado con los Miller?

—Creo que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial. Solo que lo veo muy suelto y saluda a cada uno de los invitados como si fuese él el anfitrión —señaló.

—Lo sé, querida. El tío está bueno, pero olvídate. Es socio de Theo, por lo que ya sabes su condición sexual —movió los hombros en señal de asentimiento—. Nunca nadie ha visto a Cooper con una mujer a solas. Quién sabe, quizás sean pareja.

—En cualquier caso, se trata de sus vidas privadas.

Dos jóvenes se acercaron a ellas y las invitaron a bailar. Sonaba el famoso Vals Inglés, más conocido como el Vals lento y muy parecido al vienés. Ciertas leyendas cuentan que este Vals fue una petición de la reina Victoria de Inglaterra tras un viaje a Austria. Pidió a su profesor de danza que se lo enseñara, que, debido a su cojera, hubo que modificarlo haciéndolo más lento.

Las parejas se colocaron unas al lado de las otras, dando giros lentos, estirados y elegantes. Al finalizar el vals el propietario de la mansión tomó la palabra.

—Queridos amigos, mi esposa y yo agradecemos que hayan querido acompañarnos en esta noche tan especial —dirigió la mirada hacia ella—, no solo por ser un acto benéfico sino porque hoy es el aniversario de esta bella dama. La mujer que ha decidido estar a mi lado y con la que tengo tres hijos, hermosos y sanos —tomó a la mujer de la mano y se la besó—. Como bien saben mi esposa es argentina y le encanta el tango. Por esa razón os invitamos a bailar esta pieza. Sabemos que es un baile muy sensual así que no os cortéis y agarrad fuerte a vuestra pareja. He pedido a este maravilloso grupo que ameniza la noche que hiciera unos arreglos. Espero que se diviertan —por segunda vez besó la mano de Catalina.

El reconocido tango, *Por una cabeza, de Carlos Gardel*, comenzó a sonar a golpe de acordeón. Los invitados se hicieron a un lado entretanto la pareja bailaba acompasada y con el cuerpo erguido. Todos sabían lo consumados bailarines que eran. Dos parejas también se unieron a ellos. Cooper preguntó a varias chicas si deseaban acompañarlo, pero todas declinaron la oferta. Un tango no lo bailaba cualquiera y ninguna quería hacer el ridículo.

—¿Crees que sabe bailar tango? —murmuró Alison tapándose la boca para que nadie supiese lo que decía—. Querida. Me parece que somos las únicas que han ido a clases de danza y bailes de salón, pobrecitas.

Holly notó el tono burlón en la voz de su hermana.

Cooper se puso frente a ellas y preguntó si alguna quería bailar con él.

—Mi hermana estará encantada de bailar contigo —intervino Alison con esa mirada maliciosa que Holly tanto conocía.

El diseñador tomó su mano y se acercaron a las otras parejas que se arremolinaban en el centro del salón.

—Lo hace muy bien —comentó, para su sorpresa y desconcierto—. ¿Dónde ha aprendido a bailar?

La tierna curva de los labios de Cooper dibujó una sonrisa sincera.

—Y usted parece estar en su salsa —dijo ella, también sorprendida—. Mi madre nos enseñó. Era española y, en vez de bailar parecía que volaba. Elegante, discreta y siempre con una sonrisa deslumbrante en el rostro, y no. Esta no es precisamente mi salsa sino un compromiso. Preferiría estar en mi propia casa, con mi Daisy.

—Intuyo que no le van las reuniones sociales —comentó, observando a la hermana que no paraba de coquetear con un soltero que le había llevado una copa de champán.

La guionista se percató de que la estaba observando.

—Somos muy diferentes —inquirió, encogiéndose ligeramente de hombros en un gesto despreocupado, como si eso formase parte del baile—. Ella es más de vida social, de relaciones, de pompa, tumulto y ruidos. En mi caso, si acudo a algún evento es porque con mi asistencia ayudo a alguien, como es el caso de esta noche —lo miró a los ojos—. Ahora estará pensando que soy una excéntrica.

—Todo lo contrario, me parece muy interesante su punto de vista.

Se produjo un silencio revelador interrumpido por la música.

—Ha sido una cena perfecta —opinó.

—Sí, ha sido una velada maravillosa —contestó, sin más entusiasmo que el que le producía bailar el tango con una mujer hermosa.

Tan pronto finalizó el baile, el anfitrión anunció que podían pasar a otra sala contigua donde se serviría tarta, más postres y champán francés. Holly buscó a Alison y su grupo de amigas y Cooper se acercó a los propietarios de la mansión.

Durante la noche la guionista se había fijado en una joven de aspecto triste. Su manera de vestir, algo ordinaria para un lugar de esa categoría, distaba mucho de ser elegante. El pelo oscuro, que le llegaba a la cintura, lo llevaba suelto y vestía un vestido con estampado floral sin mangas, cuello redondo, escote en la espalda en forma de triángulo y una cinta de terciopelo negra a la cintura.

—Alison. Tú, que conoces a cada uno de los asistentes a esta fiesta, ¿sabrías decirme quién es aquella chica que está sentada sola? —con el mentón señaló el lugar dónde se encontraba la muchacha.

—Ah, es Chloe, la fea. ¿Te has fijado en lo mal que viste? —hizo un mohín de desprecio—. Es la hija de los Evans, una marginada. No sé si conoces la historia de su familia.

La guionista apretó los labios y negó con la cabeza.

—Las malas lenguas dicen que ella y su hermano mataron a sus padres a golpes y, la verdad, ella parece una mosquita muerta, pero habría que verla en acción. Por dinero baila el perro, en este caso, la perra —susurró.

—¡Ah, sí! Pero tú no crees esas nimiedades, ¿verdad?

Alison negó con la cabeza con rotundidad y buscó la forma de alejarse de su hermana o acabaría reconociendo que ella también se había mofado de la joven, lo cual no era mentira. Incapaz de seguir en aquella fiesta sin hablar con la chica se acercó a ella y se presentó.

—Hola. Soy Holly Taylor. Creo que no nos han presentado —la saludó,

tendiéndole la mano.

La chica sonrió con timidez.

—Encantada de conocerla, señorita Taylor. Me llamo Chloe Evans —dijo de una manera muy correcta y formal.

Holly pidió a un camarero dos copas de champán y se sentó junto a ella. En poco tiempo logró averiguar que había estudiado económicas en Cambridge, la segunda universidad de habla inglesa más antigua del mundo pero que en la actualidad no tenía trabajo.

La guionista tenía una gran capacidad de calar a la gente en cuanto charlaba un rato con ella por eso le fue fácil emitir un juicio rápido sobre la joven. Rostro triste y pálido. A simple vista se mostraba tímida y cohibida, como si la dominase algún tipo de miedo y parecía muy inteligente y culta. Su voz era modulada, se expresaba con educación y utilizando un vocabulario rico en adjetivos. Llevaba unas gafas de pasta que no le favorecían en absoluto y zapatos planos, y tenía todas las trazas de ser de su misma edad. Los demás invitados apenas le habían dirigido la palabra.

—Una fiesta fantástica, ¿te estás divirtiendo? —preguntó la guionista.

—Me gustan las fiestas, pero cuando hay una causa benéfica, como es el caso, me gustan mucho más, aunque lo cierto es que no suelo acudir a casi ninguna.

—No lo entiendo. Si te gustan, ¿cuál es la razón que te impide acudir? —preguntó tras tomar un sorbo de champán.

La chica agachó la cabeza, mirando hacia las manos, que no dejaba de moverlas de forma nerviosa.

—No puedo ir si no me invitan —explicó con timidez.

Holly deseó enterrar la cabeza igual que lo hace el avestruz. ¡Quién le mandaría a ella abrir la boca!

—¡Pues sabes que te digo! Pienso que deberías ser tú la que organizase una fiesta en tu casa. Seguro que iría muchísima gente y sería todo un éxito, como la de hoy, ¿te animas?

—No te molestes en ser amable conmigo, de verdad. Te lo agradezco mucho pero ya estoy acostumbrada a que la gente me ignore y me trate como a un bicho raro. Si pasas demasiado tiempo conmigo acabarás con menos amigos de los que tenías al comienzo de esta cena, y si no pregúntaselo a tu hermana —dictó con absoluta convicción. A aquellas alturas ya lo tenía más que asimilado.

—No deberías hablar así —hizo una breve pausa para mirar su rostro triste

—, mucho menos si es de ti. Si no nos valoramos nosotras mismas, ¿quién lo hará?

—De veras que estoy bien. Esto que ves son mis señas de identidad —bajó la vista a sus manos.

—¿No trabajas?

—Ahora mismo no. Hasta hace unos meses estuve cuidando unos niños que son hijos de unos amigos de mis padres, pero los críos crecen y ya no les hago falta. Me encantan los niños, se me daban muy bien —explicó, nostálgica.

—Trabajar te ayudaría a estar ocupada, a sentirte valorada e integrada. Eso es muy interesante. Si me entero de alto te lo hago saber, ¿te parece?

—Sería estupendo, pero, por favor, no quiero causarte ninguna molestia. Mi hermano dice que nadie me dará un trabajo —el encogimiento de hombros fue elocuente.

—Ya le vale a tu pariente. Menuda forma de animar a su hermana —dijo con rabia—. Bueno, lo vamos viendo, pero quiero que sepas que cuentas con mi apoyo, por si cambias de opinión; es más. Me encantaría ayudarte a organizar una gran fiesta en tu casa —buscó en el bolso una tarjeta suya y se la entregó—. Cualquier cosa que necesites o si quieres hablar, no dudes en contactar conmigo. ¿Me das tu número?

Chloe asintió con la cabeza y le cantó el número de teléfono. Sabía que lo decía de verdad, pero en aquel momento no estaba para montar una fiesta en su casa. René, su hermano, era uno de los seres más antipáticos que conocía. Se pasaba el día refunfuñando y criticando cada una de las cosas que ella hacía, cada palabra que pronunciaba. Él era más eremita incluso que ella. Sabía que por las noches bebía más de la cuenta pues lo había pillado en la biblioteca con su copa de whisky escocés, la cual rellenaba varias veces durante la noche. Su hermano nunca permitiría esa fiesta en casa de sus difuntos padres. Otra razón que la echaba para atrás eran los ominosos ruidos que escuchaba cuando estaba en cama o se distraía leyendo un libro en la biblioteca. Normalmente estaba sola cuando se producían y hacían que se estremeciera y tapase la cara con las manos. René se burlaba de ella cuando se lo comentaba, decía que estaba loca y que todo era fruto de su imaginación tras la muerte fortuita de sus progenitores.

Tras despedirse de aquella joven singular, la guionista regresó con su grupo de amigas.

—¿Qué te ha dicho la rara? ¿Sigue escuchando fantasmas? —preguntó Ava, la mejor amiga de Holly.

Todas se echaron a reír.

—Ava, ¡no podías ser un poco más discreta! —reforzó la negativa con la cabeza. A veces se preguntaba cómo podía soportarla.

—Chica, no lo puedo remediar —se cubrió la boca con una mano—. ¡Mírala! Parece haber salido de un gallinero lleno de piojos, garrapatas y todo tipo de ácaros.

Las demás chicas rieron sus gracias entretanto brindaban con champán.

—Así no la ayudáis en nada. ¡No veis que está llena de complejos! Pobre chica.

—De pobre nada, que su patrimonio es superior al de cualquiera de nosotras —manifestó su hermana.

—¿Tiene más familia?

—Que yo recuerde un hermano varón, pero si ella es rara él le da tres vueltas. Una grandísima pena, la verdad —anheló Alison. Por dinero podría hacer casi cualquier cosa.

—Seguro que sí —respondió Holly con la certeza de que en aquel momento su hermana pensaba únicamente en el patrimonio del joven.

Siguieron conversando hasta que una joven de cabellos coloridos entró en sala. La guionista estaba segura de no haberla visto antes en la cena. Entornó los ojos durante unos segundos y supo de quién se trataba. La mujer lucía un vestido *nude* con transparencias y pedrería multicolor de una diseñadora italiana.

—Ava, ¿estás viendo lo mismo que yo?

Su amiga se giró hacia donde ella apuntaba con la cabeza y volvió a mirarla.

—¡Es Juliet!

Las dos asintieron.

—Sí. La misma que canta y baila —susurró Alison, tan perpleja como las demás.

Todas la siguieron con la mirada expectante. La nueva invitada saludaba cordialmente a todo aquel que la iba reconociendo. Caminaba con elegancia acaparando la atención y una sonrisa triunfante en el rostro, cuando llegó hasta donde estaban ellas, que se habían quedado mudas. La primera en hablar fue Holly.

—Hola, Juliet —le tendió la mano, pero esta se acercó a ella y, en lugar de estrechársela, le dio dos besos.

—Hola, Holly —sus ojos la escrutaron de arriba abajo con cierto desprecio—. No has cambiado nada, sigues igual de flaca.

—Tú, que me ves con muy buenos ojos —intentó bromear—. Muchas gracias por el cumplido. Tú también estás muy guapa.

Aunque no era cierto del todo. Juliet había cambiado mucho, muchísimo. El tono del pelo, ahora de color violeta, la forma de vestir, ahora más provocativa, el color de los ojos, incluso la manera de dirigirse a la gente.

Saludó a las demás chicas que, aunque intentaron disimular, no lograron ocultar su fascinación y asombro. Juliet se había convertido en una de ellas. Elegante y sofisticada. Una mujer con ganas de comerse el mundo.

—Me alegra veros, chicas —anunció, mirándolas a todas.

—Lo mismo decimos. Parece que fue ayer. Cuántos años han pasado, ¿dos, tres? —apostilló Ava.

Holly le dio un codazo.

—Exactamente seis años —el brillo de sus ojos era pura malicia.

La incomodidad de las chicas se hizo patente.

—Vuestro hermano, ¿bien? —preguntó, con un aire que rozaba siempre el coqueteo y refiriéndose a Curtis.

Alison miró a Holly.

—Sí, bien —anunció la guionista—. Hoy no ha venido porque tenía otro compromiso, pero seguro que coincidiréis en otra ocasión.

—Y sigue soltero —intervino Ava, que al momento supo que había metido la pata, y hasta el fondo.

Todas centraron la atención en ambas. Juliet asintió. Sus dientes blancos brillaron al sonreír.

—Chicas, ha sido un gusto volver a veros. Qué os parece si un día de estos quedamos para tomar un té y ponernos al día. Seguro que tenéis muchas novedades para contarme —propuso, con una naturalidad fingida.

—Por supuesto que sí. Será un placer —observó a las demás buscando su apoyo—, ¡verdad, chicas!

Ellas asintieron. Unos pasos a su derecha estaba Theo y Cooper, a los cuales también saludó con efusividad y les entregó una tarjeta de color rojo caramelo a cada uno. A todas luces parecía conocer a cada uno de los invitados de la fiesta.

Catalina se acercó al grupo de chicas con un joven que nunca habían visto antes.

—Chicas. Quiero presentaros a mi hermano, Juan Ignacio. Ha llegado hace escasos minutos desde Argentina expresamente para felicitar me. ¿No os parece adorable? —seguía agarrada de su brazo dando la impresión de que se habían echado mucho de menos.

El joven, que rondaría los treinta años, se acercó a cada una de ellas para darles un beso, como es costumbre en Argentina. Allí, el saludo formal era un único beso en vez de estrechar la mano, fuese hombre o mujer.

—Tú cara me suena —intervino Ava, la más lanzada del grupo—. ¿Nos hemos visto antes?

—Querida, es posible que su rostro te resulte familiar. Mi hermano es cantante y compositor. Ha escrito canciones para muchos artistas de distintos países —subrayó la orgullosa hermana.

Ellas asintieron. No era de esos que se habían hecho famosos por sus letras y videos polémicos sino por escribir con transparencia y respeto, especialmente hacia la mujer.

—Ahora te recuerdo. No hace mucho has recibido un premio de una cadena musical —miró a Holly—. ¡Yo estuve en esa gala!

Él asintió, apretando los labios.

—Pasaré el verano aquí, con nosotros, ¿no os parece maravilloso? Tantos años sin verlo y por fin lo tendré para mí tres meses seguidos —susurró ilusionada.

—Me parece estupendo, Catalina. Ahora a descontar el tiempo perdido. Seguro que tenéis mucho de qué hablar —opinó la guionista.

—Estábamos en contacto muy a menudo —musitó en respuesta.

—Como dicen los españoles, la morriña del país, de las costumbres y las gentes —señaló Holly.

—Venimos de una familia con muchos arraigos. Siempre hemos estado muy unidos —afirmó ella.

—Hasta que te enamoraste de un inglés y emigraste a estas tierras, de clima templado y húmedo —bromeó el hermano. Las risas estallaron por doquier.

—Si nos perdonáis voy a seguir con las presentaciones que todavía me queda mucha gente —se disculpó, tomando del brazo al recién llegado.

—El tío está cañón —confesó Ava a las demás. Era de estatura media, como casi todos los argentinos, de cabellos oscuros, como su hermana, aunque él lo llevaba largo hasta los hombros, ojos azules, nariz perfilada y vestía totalmente de negro.

Al irse, Alison avistó a su exmarido muy cerca. Miró a su hermana y esta,

acostumbrada a leer entre líneas, supo cuáles eran sus intenciones en aquel instante.

—No lo hagas —susurró a su oído, pellizcándole disimuladamente la pierna a través del vestido, aunque de nada sirvió. Sus pasos se dirigieron hacia los diseñadores y su intención era provocar celos en Milton.

—Me da la impresión que tu hermana ha vuelto a entrar en acción —comentó Ava—. No hace más que provocarlo y luego vienen las consecuencias. Él se enfurece porque todos sabemos que sigue enamorado de tu hermana y va tras ella para reprocharle que es una desvergonzada, se crea confusión, se arma la marimorena y a él lo expulsan de la fiesta. Siempre ocurre lo mismo.

Se había agarrado de los brazos de Theo y Cooper y reía de manera exagerada, llamando la atención de todos, especialmente la de Milton, que enseguida se percató de su intención y se dirigió hacia ellos. Ava y Holly hicieron lo mismo.

—Dejad tranquila a mi mujer —dijo, señalándolos con un dedo.

Todos se percataron de que llevaba encima varias copas de más.

—Ya no soy tu mujer, Milton —balbuceó ella, que no se había soltado de los brazos de los modistos.

Ava tiró de él hacia una esquina, pero este se resistió.

—Solo estábamos charlando —intervino Theo.

—Ella es mi mujer —insistió y se acercó a ella—. Vamos, te llevo a casa.

—¿Yo contigo? Ni muerta. Mírate. Con la borrachera que tienes no sabrás ni dónde está el pedal del freno —meneó la cabeza y lo taladró con la mirada—. Y vuelvo a insistir. Tú y yo ya no estamos casados así que deja de seguirme y de atosigarme. Con mi vida hago lo que me da la gana y ahora mismo lo que me apetece es tomarme una copa con estos dos caballeros.

—¿Te los vas a follar esta noche? —bramó, en un tono muy poco cortés que no se molestó en bajar—. Ninguno te hará el amor como yo —el alcohol le dio confianza para hacer ese último comentario.

Cooper se soltó de su brazo para acercarse a aquel hombre que claramente se moría de celos.

—¿Te crees más hombre bebiendo y diciendo esas barbaridades? Por favor, pídele disculpas.

Por un instante su buen talante había desaparecido.

Los invitados que estaban cerca de ellos guardaban silencio. Holly supo que era el momento de intervenir o aquello acabaría mal. Se acercó a Alison y

la sacó del salón.

—¿Se puede saber qué pretendías ahí dentro?

—¿Yo? Simplemente divertirme, como tú —contestó entre risas.

—No. Como yo, no. Has hecho eso conociendo de antemano su reacción. Has jugado sucio y no es la primera vez que lo haces. Eres mi hermana y te quiero mucho, pero no me parece bien que trates así a Milton. ¿No te das cuenta que todo lo hace porque sigue enamorado de ti? No soporta verte rodeada de hombres.

—Querida. Se nota que escribes guiones románticos pero la vida real no es así. Milton y yo estamos divorciados y, lo quiera o no, tiene que aceptarlo —arguyó—. Imagínate su reacción si yo tuviese pareja —bufó varias veces—. Siempre ha sido un hombre celoso, pero lo de estos últimos meses es demasiado. Estoy pensando en poner una denuncia en la policía.

—Te estás precipitando. Deja que hable con él, a ver si entra en razón —propuso la guionista.

—¿Lo has escuchado? No dice más que atrocidades. ¡Qué más da con quién me acueste!

—Alison —la tomó de un brazo mientras salían a la terraza de la mansión de los Miller—. Eras una pareja feliz hasta que te encontró con aquel español, ¿cómo se llamaba?

—Su nombre es Félix —en sus labios afloró una sonrisa—. La historia con ese chico ha sido corta pero muy intensa.

Su hermana dejó escapar aire por la nariz y miró hacia el aparcamiento que había al este de la mansión. Le había parecido ver el coche de su hermano, un Jaguar de color rojo caldera. Un vehículo reconocible en cualquier lugar.

—¿Sabías que nosotros, los ingleses, esperamos a la sexta cita para tener sexo mientras que los españoles lo hacen en la primera? —movió los hombros en señal de no comprender.

—Alison, ¿cuándo vas a sentar esa cabeza loca? Parece mentira que sea yo la hermana menor. Te recuerdo que el sexo fue la razón que te separó de tu marido. Le fuiste infiel y él se siente dolido por ello.

—Sabes que lo nuestro no iba bien desde hacía meses —se excusó.

—Eso no es verdad —la señaló con un dedo.

En el instante en que Holly iba a replicar se escucharon gritos en el interior del salón. Las dos entraron con paso apresurado. El matrimonio Miller estaba rodeado por varias parejas. Catalina tenía el rostro muy pálido y se llevaba la mano derecha al pecho constantemente. Cuando llegaron a su lado supieron

que mientras todos estaban divirtiéndose en el salón, alguien había subido a los aposentos del matrimonio y había robado las joyas familiares y varios cuadros de valor incalculable. Dos oficiales de la Policía Metropolitana, vestidos con sus trajes oscuros, camisa blanca, corbata y el típico casco custodio, se personaron en la mansión para investigar el suceso. Estos pidieron a todos los invitados que volviesen a entrar en el salón pues debían hablar con todos y cada uno de ellos. Hasta el momento todos eran sospechosos y la lista era larga; más de doscientos invitados que debían justificar dónde habían estado. Unos minutos después y dada la importancia del robo y la buena reputación de la familia, se presentó el comisario, la persona de máxima autoridad y que estaba al frente de la Policía Metropolitana. Los oficiales pidieron refuerzos y, mientras unos tomaban las huellas de los invitados, otros los interrogaban y otros revisaban el interior y el exterior de la casa en busca de posibles vestigios.

—Tú de estas cosas sabes mucho. Deberían consultarte —opinó Alison.

—Te equivocas. Yo de esto no sé nada. Se trata de un robo y no un crimen. Yo investigo asesinatos —respondió en voz baja para no llamar la atención.

—Oye, Holly. ¿No habías escrito un guion en el que sucedían episodios similares al de esta noche? —instó Ava que estaba sentada a su lado.

La guionista giró el cuerpo despacio hacia su amiga.

—¿A santo de qué viene este comentario? ¿Acaso crees que el robo está basado en un guion que he escrito hace tiempo?

Ava respondió con una breve inclinación.

—¿De verdad crees eso?

Juan Ignacio estaba cerca de ellas y escuchó la conversación.

—Perdona mi intromisión, ¿eres escritora?

—Algo así. Escribo guiones, pero solo en mis ratos libres —dictó, restándole importancia.

—Disculpa a mi amiga porque a estas horas no sabe bien lo que dice. Ha escrito tres libros y varios guiones que fueron comprados y llevados a la gran pantalla —concretó la amiga tras la modestia de Holly.

Catalina regresó junto a su hermano. Esta le comentó que se habían llevado piezas de gran valor histórico, entre ellas sus anillos de compromiso y joyas con diamantes, como brazaletes y broches.

—Afortunadamente nadie ha salido herido —musitó con la voz emocionada.

—El comisario nos ha asegurado que no es el primer robo en la zona. Lo

único que ha cambiado es el modus operandi —comentó Albert.

—¿Se sabe por dónde han entrado? —interrogó Holly.

—Según parece ha sido por la ventana que da a nuestro dormitorio. Hay diversas pisadas que así lo constatan —aseguró.

—Claro, da al otro lado de la casa y nadie ha podido ver nada. Es terrible. Nuestros hijos dormían plácidamente —se santiguó—. Ha podido ser una tragedia.

—Tal y como aparece en tu guión —susurró Ava al oído de su amiga—. Una casualidad que aparezca Juliet y se produzca un robo.

—Déjalo ya, Ava. ¿Pretendes asustar a toda esta gente?

—No, y no me dirás que no es mucha casualidad; además, ¿dónde se metió la lianta esa?

La buscaron con la mirada y la localizaron junto a un grupo de jóvenes solteros a los que también había entregado una tarjeta de presentación. Holly se preguntó qué pondría en la misma, en qué estaría metida ahora.

Catalina se echó en los brazos de Albert.

Una vez concluidos los interrogatorios y tomadas las huellas de todos los asistentes a la gala, la familia Miller dio por finalizada la fiesta benéfica. Los invitados empezaron a desfilan por el sendero que los llevaría hasta el aparcamiento donde habían dejado sus vehículos, muy cerca de un inmenso laberinto. Juan Ignacio se ofreció a llevarlas a casa, pero declinaron su oferta dado que habían llevado su propio coche.

Cuando Holly y Alison llegaron al palacio familiar vieron el automóvil de su hermano aparcado de forma incorrecta. Todo apuntaba a que había conducido ebrio hasta la casa.

—¡Mira cómo ha estacionado! —siseó la guionista—. Esta noche me va a oír.

—Ahora mismo estará durmiendo la mona así que no te molestes porque ni se inmutará —corrigió Alison, intentando quitarle hierro al asunto.

—Pues mañana... y bien temprano. ¡Qué se cree este hermano nuestro!

Antes de meterse en cama pasó por la habitación que seguía a la suya. La puerta estaba ligeramente abierta. Se asomó y vio a Lilly dormida en el sillón, con un libro sobre las piernas, junto a la cama de Daisy. Se acercó a ella y tocó su hombro con suavidad para no asustarla.

—Perdone, me he dormido —declaró tras echar un vistazo a la cama donde dormitaba la pequeña de la familia.

—No te preocupes. Ha sido culpa nuestra. Se produjo un robo en la casa de los Miller y todos los que estábamos en la fiesta tuvimos que declarar. De ahí que nos hubiésemos demorado tanto. Si quieres puedes quedarte en la habitación de invitados. Es muy tarde y no quiero que te pase nada mientras conduces —explicó.

—Muchas gracias, pero no tengo ropa para cambiarme y mañana he quedado con mi marido para ir de compras. Queremos aprovechar esta quincena para estar juntos, antes de que regrese a la mar —aclaró después de levantarse y acariciar la cabecita de la pequeña.

—Sí, claro. Hacéis muy bien. Hay que avivar el amor mientras se pueda.

Lilly recogió el bolso, la chaqueta y se despidió de Holly. Cada vez que esta tenía compromisos que no podía eludir, como los de esa noche, la llamaba para que cuidase de su hija de catorce meses. Confiaba plenamente en ella. Era hija de Sarah, la mujer que había ayudado a su madre a criar tres hijos con tanto cariño como si fuesen propios.

Se agachó y besó la cabecita de Daisy. Una sonrisa iluminó su rostro. Esa niña era su mayor creación, su fuente de inspiración, su mayor tesoro.

Tras comprobar que su niña estaba bien regresó a su dormitorio y se acurrucó bajo la sábana y una fina colcha. Las noches quedaban frescas y tenía los brazos y los pies helados. Por momentos se sentía sola pese a estar rodeada de gente: Daisy, Alison, Curtis, Ava, Lilly, su abuela María Antonieta y el personal de servicio. Su vida había cambiado por completo desde el momento que supo que estaba embarazada y que el padre de la niña no quiso saber nada de ninguna. En ese momento su vida se fue a la mierda, se hundió, se sintió dolida y perdida, pero tuvo que hacerse valiente. No podía perder el tiempo con alguien que no las quería y el latido que sentía en su interior valía más que ese hombre que las ninguneaba.

Después de abrir la puerta con celeridad, la fetidez a alcohol invadió sus fosas nasales provocándole nauseas. Menos mal que había desayunado hacía unas horas, pensó para sí. El dormitorio estaba totalmente a oscuras y no se escuchaba ningún ruido aparte de los ronquidos de Curtis, que con la claridad de la puerta levantó la cabeza y comprobó la hora en su reloj. Las agujas marcaban las once y media.

—*Bicho!* —pronunció con voz contundente. Desde pequeño las dos hermanas lo llamaban así de manera cariñosa.

Él se removió bajo las sábanas y cubrió la cabeza al molestarle la claridad en los ojos. Holly acababa de correr las cortinas y la luz que entraba era cegadora.

—Despierta. Tenemos que hablar —volvió a hablar con los brazos en jarras.

—¿Tiene que ser ahora? —por segunda vez irguió la cabeza para comprobar la hora—. ¡Holly!

—El asunto no puede esperar más. Si hubieses hecho bien las cosas no tendría que estar molestándote —cogió la sábana arrugada y tiró de ella hacia atrás para comprobar que... ¡su hermano dormía desnudo!

Curtis, a diferencia de sus dos hermanas, era rubio y tenía los ojos azules. La piel la llevaba bronceada durante todo el año y de altura eran más o menos los tres iguales; un metro setenta centímetros.

—Devuélveme la sábana —replicó, tirando de la tela hacia la cama.

Durante un tiempo el hermano varón se había acostumbrado cada noche a traer chicas a casa, mujeres que nunca se repetían y que las hermanas se encontraban por las escaleras interiores o en la cocina, muy ligeras de ropa, a veces incluso solo con la camisa de Curtis a medio abrochar. Holly había tenido que hablar seriamente con él, explicándole que en esa casa no vivía solo. Era mayor de edad y tenía plena libertad para acostarse con mujeres, pero fuera de la vivienda familiar. Especialmente por Daisy. Por lo pronto era un bebé, pero crecería y no quería que lo hiciese en ese ambiente. Holly rezaba para que sentara cabeza, pero no había manera. No había semana que no recibiese alguna llamada de una chica quejándose de su hermano o pidiéndole consejo para que la relación con él se solidificara. Otras veces la

llamaban comentándole lo cabrón que era y las cosas horribles que le había hecho.

—Te espero con un café en mi despacho —lo señaló con un dedo.

Curtis se frotó el pelo con las palmas de las manos. Minutos después se presentó descalzo en el despacho, con sus bermudas estampadas y una camiseta camuflada.

—Espero que sea importante eso que no puede esperar. Estaba teniendo un sueño muy placentero —soltó un bostezo.

—A ver si lo adivino —se apoyó a la mesa con las piernas cruzadas—. Mujeres, dinero, apuestas... No sé si en ese orden, pero seguro que no me he equivocado.

—¡Venga, Holly! —frotó las sienes—. ¿No tienes un analgésico por ahí o lo que sea que me calme este dolor de cabeza?

—Llegas borracho todos los días, sales cada día con una mujer distinta y te automedicas. Así vas a acabar mal.

Lo sermoneaba a continuo, pero él nunca la escuchaba.

—¿Se trata de eso? —abrió los brazos mientras la miraba—. Es mi vida. Me gusta salir, divertirme, pasarlo bien. ¿Qué culpa tengo de atraer a las mujeres? —dijo perezosamente.

—Llegará un momento en que ninguna quiera nada contigo. Créeme, entre ellas se hablan. ¿No te das cuenta que las estás utilizando?

—Vale. Ya lo has soltado y te recuerdo que tú no eres mi madre ni nadie para recriminarme. ¿Puedo irme a mi dormitorio?

Había elevado el tono de voz más de lo normal.

—¿Podrías hablar un poco más bajo? Daisy está durmiendo.

—Lo siento —aunque el tono no sonó arrepentido en lo más mínimo.

Cerró los ojos unos segundos. Adoraba tenerla en brazos y jugar con ella. Cuando la escuchaba llorar era de los primeros en acudir y cogerla para calmar su llanto.

—Ayer fuimos a la fiesta benéfica que organizaron los Miller.

Enseguida supo qué vendría después. Giró sobre su cuerpo hasta que su rostro quedó oculto de la hermana.

—¿Te imaginas la cara de idiotas que se nos quedó al escuchar, delante de los demás invitados, que no podíamos entrar porque no estábamos en la lista de las personas que sí habían cumplido con el único requisito que se nos exigía, y que no era otro que transferir 500 libras? Necesito una explicación y te advierto que estoy muy enfadada así que espero que sea convincente. Una

semana antes te pedimos que hicieses la transferencia, ¿lo recuerdas?

Curtis se cubrió la cara con las manos para friccionarse la frente con las yemas de los dedos.

—Lo lamento, Holly, se me pasó por completo.

—Claro, ¡cómo no! se te pasó. Qué más te da la vergüenza que hemos pasado y lo que dirá la gente —gritó molesta.

Él dejó escapar aire por la boca.

—Seguro que tú has disfrutado de lo lindo apostando toda la noche, como no podía ser de otra manera —chistó. Esa faceta de su hermano era conocida por todos y muy especialmente por ella, que lo había sacado de un apuro más de una vez.

—Acabo de decirte que lo lamento —se giró hacia ella y le preguntó—: Habéis estado en la fiesta, ¿cómo conseguisteis entrar? El señor Miller tiene fama de recto.

—Un tío muy amable extendió un cheque delante de nosotras por el doble de lo que tú deberías haber transferido —aclaró.

—Ah, sí. ¿Y quién era ese hombre que se mostró tan cortés con vosotras?

—El socio de Theo, el diseñador. ¿Lo conoces?

Curtis asintió con la cabeza. Sí, habían coincidido en eventos más de una vez, aunque nunca había hablado con él directamente y cuando necesitaba un traje nuevo, contactada con Theo.

—Prepara un talón y llámalo o envíasele al taller pero que no sea mañana sino ahora mismo.

En ese instante el ama de llaves se presentó en el despacho anunciándoles que el almuerzo estaba listo para ser servido. Los hermanos volvieron a mirarse a la cara.

—Lo haré.

—Hoy —finalizó Holly, pues su hermano le había respondido con vaguedades.

En el comedor estaba Alison con Daisy en brazos y María Antonia, la abuela, haciéndole carantoñas y tocando los mofletes sonrosados de la pequeña que no paraba de reír. Cada uno ocupó el asiento de siempre, dejando vacíos los que hasta hacía poco ocupaban los padres de los tres. Era domingo y, como cada semana se servía la comida típica de los domingos en Inglaterra, “*sunday roast*”, que consistía en carne asada con patatas asadas, verduras, puré de patatas y pudín horneado.

Alison reprendió al hermano haciéndole saber la vergüenza que había

pasado la noche anterior en la fiesta, frente a toda aquella gente que no dejaba de observar cómo un empleado de los Miller les exigía que abandonaran la fila de los invitados por la sencilla razón de que no habían pagado el plato. El hermano se disculpó por segunda vez.

—Por cierto, Curtis. Ayer vimos a Juliet en la fiesta —lo miró a los ojos para comprobar su reacción. Este siguió comiendo, como si hablara de una cualquiera—. La verdad es que todo el mundo se quedó un poco sorprendido ante su reaparición. Nadie la esperaba allí y mucho menos tan cambiada.

Holly levantó la mirada del plato. Su hermano también había dejado de comer.

—Ha dicho que un día de estos contactará contigo. Supongo que seguirá conservando tu número de teléfono —acabó diciendo sin darse cuenta de la mirada de advertencia de su hermana.

—Estamos comiendo, Alison.

—¿Qué ha sido de esa joven? Hace mucho tiempo que no escucho hablar de ella, creo recordar que antes venía muchas veces por aquí —comentó la abuela, haciéndose un poco la loca.

María Antonieta era una mujer de ochenta años que seguía conservando la elegancia y belleza pese a las arrugas de la frente y la canicie, que en ningún momento intentó ocultar como sus amigas, con inyecciones de Botox, rellenando las arrugas, haciendo un lifting facial o tiñendo el cabello para sacarse años. Era una mujer tranquila y muy natural.

—Estuvo fuera un tiempo —intervino Holly sin darle importancia.

Todos creían que su abuela nunca se había enterado de lo que realmente había ocurrido entre Juliet y Curtis. Pensaban que de saberlo habría sufrido mucho.

—Por cierto, mañana tengo que hacer doble turno y Lilly no puede quedarse todo el día con Daisy. Alison, ¿podrías hacerte cargo de ella? Serán solo unas horas.

—¿Yo? Imposible. Mañana por la tarde tengo cita con el macizo de mi masajista y después he quedado para tomar el té con unas amigas —arguyó.

—Cada vez que te pido un favor nunca puedes y sabes que lo hago porque no tengo otra alternativa.

—Querida hermana —la señaló con el cubierto—. Desde un principio sabías que tener un hijo era una responsabilidad y aun así decidiste seguir adelante con el embarazo. No le cargues a nadie tus obligaciones.

—¡Alison! —intervino la abuela.

—¡Qué! No estoy diciendo nada extraño, es la verdad —volvió a mirar a la hermana—. Sabías que ibas a estar sola al dejarte plantada tu novio. Tenías la opción de abortar y no lo hiciste.

—Deja de hacer de hermana mayor porque creo que eres la menos indicada para dar consejos —expresó la guionista un tanto molesta.

La aludida iba a responder, pero Antonieta levantó una mano y tomó la palabra.

—No te preocupes, cariño. Yo me quedo con la niña —propuso la anciana.

—Abuela, después del almuerzo tienes que descansar. Sabes que el cuerpo te lo pide y te sienta bien y cada vez que dejas de hacerlo acabas muerta por la noche. Despreocúpate, de verdad, me las arreglaré.

Dijo eso sin saber exactamente cómo iba a solucionarlo, simplemente para que su abuela no cargara con esa responsabilidad sobre sus hombros. Daisy tenía catorce meses y necesitaba mucha atención. Su yaya no estaba para correr tras ella pues a esa edad era pura adrenalina. Al llegar a su despacho contactó con varias amigas, pero ninguna estaba libre esa tarde. Entonces se acordó de Chloe, la chica extravagante de la fiesta de la noche anterior. Le había parecido discreta y bien educada. Localizó la agenda donde había anotado su número y la llamó. La joven respondió de inmediato.

—Hola, Holly.

¡Había grabado su número!

La guionista le explicó cuál era el motivo de la llamada, diciéndole que no tenía con quién dejar a su hija durante unas horas. La última opción, en caso de que Chloe no pudiese o se negase, sería llevarla a la guardería por unas horas.

—Por supuesto que puedo. Te había comentado que me encantan los niños y mañana por la tarde no tengo nada importante que hacer —afirmó, aunque lo cierto era que no tenía absolutamente nada por hacer en todo el día, salvo leer o pasear.

—Me acabas de dar una alegría —dejó escapar aire por la boca.

—Y yo espero no defraudarte.

—Te paso un mensaje con la dirección. ¿Podrías estar aquí sobre las tres? —así tendría tiempo para explicarle lo que le gustaba a Daisy antes de regresar al trabajo.

La chica aceptó encantada.

Cuando le comentó a René que esa tarde iba a cuidar una niña este se rio de ella. Siempre lo hacía, se mofaba por todo y ya no le parecía mal, se había acostumbrado, como cuando lo hacían sus compañeros de clase, en el colegio y en el instituto. Le gastaban bromas pesadas como ponerle pegamento en la silla o meterle ranas en la mochila, pero había acabado por aceptarlo. Si se lo hacían era porque se lo merecía.

Llegó más temprano de la hora que le había dicho Holly. Había salido treinta minutos antes, por si no encontraba la dirección y tenía que preguntar o llamarla por teléfono, pero no fue necesario. Las indicaciones habían sido suficientes.

Había cogido el coche que, tiempo atrás utilizaba su padre; un Aston Martin DB5 blanco, modelo que todos reconocían porque era el vehículo que usaba *James Bond* en sus películas. Holly salió a recibirla con Daisy en brazos. Chloe le tendió las manos y la niña enseguida pasó del regazo de la madre a la nueva niñera. Esta vestía una blusa y una falda estampadas tan flojas que cabría un clon de ella dentro. La guionista le explicó lo que la niña solía hacer por las tardes que, esencialmente era jugar, merendar y dormir si acababa rendida, cosa que sucedía la mayoría de las tardes. La pequeña disponía de un cuarto propio en el que había todo tipo de juegos para entretenerla y en el que Chloe tenía un espacio para descansar y acompañarla.

La tarde transcurrió espléndidamente. Daisy era una niña juguetona y muy cariñosa y había disfrutado con la compañía de la veinteañera. Cuando Holly llegó la halló en brazos de Chloe en el sillón en el que dos noches antes había estado Lilly. Dormía dulcemente con el chupete en la boquita.

—Se ha quedado dormida hace unos minutos —comentó la joven.

Holly depositó un beso en la cabecita de la niña. En ese instante entró María Antonieta en la habitación y la invitó a quedarse a cenar con la familia. Ella dudó, pero tras mucho insistirle, aceptó. No tenía pensado cobrarle nada por esas horas que para ella habían sido gratificantes y la habían ayudado a sentirse útil, algo que no sentía desde hacía bastante tiempo.

La cena fue servida sobre las ocho y media. Chloe quiso ayudar con la comida de Daisy que, tras la siesta había recuperado toda su energía para mantener a la familia pendiente de ella. Alison miró de reojo a su hermana.

—¿Qué hace esta aquí? —vaciló sin demasiado disimulo.

—Esta, como tú dices, tiene nombre, se llama Chloe y se encargó de mi hija sin rechistar. Fíjate en la cara de felicidad de Daisy —afirmó.

La niña reía sin parar mientras la muchacha movía el tenedor como si fuese un avión.

—¿Cómo has podido dejar a tu hija en manos de ese saco de huesos? —susurró con los ojos como platos.

—Ya basta, Alison —la amonestó—. A veces me pregunto de dónde has salido —meneó la cabeza con fastidio—. Qué poca sensibilidad tienes.

Todos se sentaron a la mesa. Solo faltaba Curtis. Su vehículo no estaba estacionado en el lugar de siempre así que comenzaron a cenar sin él. La invitada de la noche sintió curiosidad por el trabajo de Holly, bueno, por los dos trabajos. Había estudiado ciencias forenses y las mañanas las pasaba en el laboratorio con el equipo que trabajaba con ella. Allí realizaban investigaciones criminales, evaluando, analizando y estudiando las conductas criminales y escenas de algún crimen. Las tardes las aprovechaba para escribir guiones. En la actualidad Daisy demandaba mucho tiempo y apenas podía sentarse en su despacho a escribir y Lilly, la niñera, solo podía venir las mañanas.

En el momento en que salió a despedir a Chloe, Curtis llegó a casa y las saludó en la entrada.

—¡Qué pasa, hermanita! —habló en un tono jubiloso sin mirar a Chloe.

El rostro de Holly lo dijo todo.

—Vale, tía, vale. Ahora me meto en la ducha y desaparezco de tu vista —exclamó, con los ojos vueltos hacia atrás.

—¿Has hecho la transferencia o preparado el cheque para el señor Jones? —demandó antes de que desapareciera para caer rendido en la cama.

Él se rascó la barba buscando una excusa.

—Ya, no me digas más. Has estado muy liado trabajando y piensas hacerlo en unos minutos. ¿Estoy en lo cierto? —opinó en vista de que él no estaba en condiciones de razonar ni hablar con normalidad.

Bicho la apuntó con el dedo índice.

—Hermana. Siempre me quitas las palabras de la boca —dictó gracioso.

—No, lo que te voy a quitar va a ser algo que te dolerá mucho más.

La conversación finalizó en ese punto porque estaba Chloe presente y no quería armar un escándalo, aunque ganas no le faltaban. Se despidió de la chica luego de insistir en pagarle las horas que pasó con Daisy y esta negarse. Tras acostar a la niña entró en su despacho y se puso a repasar las cuentas bancarias particulares y las compartidas con sus dos hermanos. Estas últimas

le llamaron especialmente la atención porque habían disminuido de manera considerable en los últimos tres meses y, que ella recordase, los pagos habían sido los mismos. No había habido reparaciones extraordinarias ni eventos que incrementaran los gastos. Exhaló un suspiro. Antes de nacer Daisy llevaba la gestión de la casa a la par que Curtis, pero al llegar la niña dejó esa tarea en manos de su hermano y en contadas ocasiones entrada para ver los saldos de las cuentas.

Tenía que hablar de ese tema con él, le preocupaba. Ese dinero se lo habían dejado sus padres a los tres y habían quedado en que solo se tocaba para los gastos de mantenimiento del palacio o cuando se realizaba alguna fiesta. Fue al dormitorio del hermano, pero este estaba tumbado bocabajo sobre la cama y emitía ronquidos. Meses atrás había recibido varias llamadas de distintas personas que no se habían identificado, reclamando dinero que su hermano les debía y sentía mucha rabia porque a menudo tenía que ir detrás de él apagando fuegos que nada tenían que ver con ella, y estaba cansada. Curtis, además de apostar dinero en carreras de caballos, pasaba demasiado tiempo en clubes a los que acudían personas que buscaban entretenimiento nocturno y donde dejaba cantidades asombrosas de dinero, llegando a casa totalmente borracho, como esa noche.

Para los hombres de la alta sociedad inglesa esos clubes eran algo muy serio, una piedra angular. Solían contar con bares y restaurantes donde se servían desayunos, almuerzos, cenas y por supuesto el té. También se podía bailar e incluso echar una cabezadita. Había actuaciones de *jazz*, *rock*, *house*, *tecno*, *reggae*, cabaret y para entrar había que ser socio. La mayoría se encontraba en el barrio Shepherd Market, situado en la zona de Mayfair, uno de los barrios más caros y conocido como el barrio rojo, y que ya en el siglo XVIII estaba asociado con prostitutas de lujo.

Tora se acomodó sobre sus piernas mientras ahondaba en sus reflexiones. Curtis necesitaba una persona que lo controlase y ella precisaba a alguien de confianza que llevase sus cuentas, cuidase de su hija y metiese a su hermano en cintura. Llevaba un tiempo que no era él. Chloe encajaba perfectamente para la faceta de cuidar de su hija y quizás, con un poco de ayuda, pudiese encargarse también de lo otro. Reconducir a Curtis no iba a ser empresa fácil pues tenía unos hábitos muy marcados, pero debía intentarlo.

«Vaya hermanos me han tocado, ¿es que solo yo tengo sentido común?», pensó Holly mientras acariciaba el pelaje de su minino.

Durante uno de los descansos programados de su trabajo, Holly contactó con Chloe y le hizo una propuesta que consistía básicamente en cuidar de su hija, ayudarla en sus gestiones particulares y controlar los movimientos de Curtis. Esto último tuvo que matizárselo con más detalle. Se trataría de supervisar la forma que tenía su hermano de administrar el dinero de los tres y ponerla al corriente de todos los movimientos que este hacía. Antes de llamarla había contactado con Lilly. Unas semanas atrás la actual niñera le había comentado que su hijo estaba a punto de inaugurar un restaurante y le había pedido para ser la encargada de cocina. La mujer, como toda madre, deseaba ayudar a su hijo, pero no quería fallarle a ella. Si Chloe aceptaba el trabajo ya no tenían de qué preocuparse.

Tras escuchar con atención la propuesta, la joven Evans sintió que se le aceleraba el corazón. Se sentía bien al pensar que podría ser útil y, además, esa niña era un encanto y sería un placer cuidar de ella. El trabajo incluía seguro y dietas y podía empezar de inmediato.

Al llegar a casa se lo comentó a su familia. María Antonieta se alegró por todos, pero Alison puso mala cara.

—¡Cómo puedes ser tan insensata y poner a tu hija en manos de esa repelente e insípida mujer! —preguntó, levantando el tono de voz para molestarla.

—Eso es asunto mío y no la llares así.

—Y encima va a estar en casa prácticamente todo el día husmeando en nuestras cosas. No eres quién para decidir por todos nosotros —dijo enojada.

—Tengo un trabajo y puedo pagar a una persona para cuidar de mi hija y atender mis asuntos, cosa que tú no puedes hacer porque te pasas el día sin hacer nada. Solo estás para criticar lo que hacemos los demás —se defendió.

—¡Cuándo será el día que podamos comer en paz! —intervino la anciana.

—¿De quién hablan, abuela? —intervino el único varón del comedor, que había estado más pendiente del teléfono que de la discusión.

—Se trata de Chloe, la hija de los Evans. No sé si conoces al hermano, creo que su nombre es René —explicó Antonieta al nieto.

—¿Qué le ocurre a la tal Chloe?

Las tres lo miraron con cara de circunstancia mientras meneaban las cabezas.

—Empezará mañana por la mañana y quiero que todos la tratemos normal, como una persona más de la casa, sin excepciones —miró a cada uno de los que estaban con ella en el comedor, buscando su aprobación.

Nadie volvió a hablar, aunque todos, a excepción de la abuela y Holly, acabaron comiendo de mala gana.

No sabía qué ropa ponerse para su primer día de trabajo en el palacio de los Taylor. Buscó en el armario. Nada la convencía pues la ropa se había quedado anticuada y hasta la fecha no le había importado; casi nunca tenía cosas importantes que hacer ni a dónde ir. De la parte más honda del ropero extrajo una falda plisada amarilla que llevaba colgada en esa percha como seis o siete años y una blusa estampada. Ambas piezas eran demasiado holgadas para su cuerpo y disimulaban o más bien ocultaban su esbelta figura. Como cada mañana, antes de irse alimentó a Mika, su perra golden retriever, que hacía unos días había parido cinco lindos cachorrillos, que seguían acurrucados en una cama acolchada con interior de peluche que le había comprado para estar los seis más cómodamente. Mika lamió sus manos como agradecimiento y volvió a centrarse en la tarea de dar calor a las crías. Había llamado por teléfono a su veterinario de confianza para informarlo de que ya habían nacido, y este dijo que se pasaría por la casa familiar esa misma tarde. Según él, había que vigilar no solo a las crías recién nacidas sino también a la madre, por si había que desparasitarla. Era una golden retriever de dos años; una perra apacible y muy cariñosa con todo el mundo que se le acercaba y muy juguetona, aunque no estos últimos días. Se notaba que estaba agotada del esfuerzo dado que todo lo había hecho ella sola, sin la ayuda del veterinario, y vagamente salía de la cama.

Al llegar, Holly le explicó todo lo que podía hacer mientras ella no llegase a la tarde, que, básicamente era cuidar de Daisy y arreglar su despacho; hacía meses que no dedicaba ni un solo minuto a archivar todo el papeleo que tenía sobre la mesa y en los cajones y que empezaba a formar montañas.

María Antonieta le dio la bienvenida cuando bajaba de su habitación a la

cocina para desayunar y Alison ni se paró a hablar con ella. Se limitó a salir corriendo hacia el gimnasio, como hacía cada mañana desde que se había separado de Milton. Curtis la conoció al mediodía, mientras almorzaban en la terraza.

—Tú debes ser la famosa Chloe —comentó mientras decantaban setas rellenas de pimientos rojos.

Ante la mirada escrutadora del joven, la chica se ruborizó. Con el dedo índice subió las gafas de pasta que, entre el calor y la vergüenza, habían resbalado casi hasta la punta de la nariz.

—Hay que felicitar a Caroline —manifestó la abuela—. El rosbif está tierno y muy sustancioso. Espero que sea de tu agrado, Chloe.

—Ah, por supuesto que sí. En mi casa se cocinaba muy a menudo. Era la comida preferida de mi madre —opinó con un aire de melancolía.

El rosbif era una carne de buey con poca cocción que se cortaba en filetes muy finos y se acompañaba con una guarnición como patatas en el horno, cebollitas glaseadas o un puré de patata.

—Yo la aborrezco, abuela. Sabes que odio la carne poco hecha —Curtis hacía ascos con la boca. Solo había comido las partes más hechas.

—Caroline preparó esos dos trozos exclusivamente para ti así que deja de comportarte como un niño pequeño. ¿Prefieres comer la carne achicharrada?

—Pues sí. Esto me provoca náuseas y de saber que hoy había esta porquería me hubiese quedado a comer en el club.

La abuela movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Deja de quejarte, pareces un niño malcriado.

Chloe los escuchó discutir sin levantar la mirada del plato. Era una discusión familiar en la que ella no debía intervenir. Bastante tenía con René. Menos mal que a partir de ahora pasaría menos tiempo en casa y, por lo tanto, no escucharía sus protestas y lamentaciones.

Al acabar de comer, *Bicho* aprovechó las horas que quedaban de sol en la piscina descubierta, para mantener el bronceado y echar una siesta. Solía salir todas las noches y llegaba de madrugada.

Los días fueron pasando y Chloe estaba muy contenta con el trabajo y con la gente que habitaba en el palacio de los Taylor. El personal que trabajaba para la familia la había recibido con los brazos abiertos, al igual que Holly y su abuela. Con Curtis apenas había cruzado una docena de palabras y la única que la observaba con malos ojos era Alison. Su mirada transmitía altanería y soberbia. Alguna vez se habían cruzado por los pasillos y esta la había obligado a apartarse.

Holly se había interesado por ella varias veces, quería que estuviera bien, cómoda. Le había dicho que, si algo no le gustaba, le molestaba o simplemente ella lo haría de otra manera, tenía plena libertad para comentarlo. El papeleo de la oficina había ido disminuyendo y aparecían más archivadores con anotaciones en amarillo fluorescente.

Una noche Alison acudió al despacho de su hermana para comentarle algo que pensaba hacer.

—¿Sigues trabajando?

Holly soltó un suave suspiro. Daisy acababa de quedarse dormida. Llevaba varios días irritada y la pediatra lo había achacado a que le estaban saliendo los colmillos.

—Quería comentarte que voy a organizar una pequeña fiesta en casa el próximo fin de semana. No será gran cosa... solo unos cuantos amigos —se sentó en el sofá y apartó a Tora del mismo hasta que cayó al suelo.

Holly la miró con los ojos muy abiertos. Cuando su hermana decía eso había que temerse lo peor.

—¿A santo de qué viene esto ahora?

—A santo de nada, querida. Me apetece y punto. He contratado a un dj y varios camareros para servir copas y aperitivos hasta que se acaben las provisiones. Estamos en verano y hay que disfrutar de las noches y la buena compañía —su voz sonaba ilusionada.

«Ya, como si tus contactos fuesen tan buenos», dijo para sus adentros. La gente con la que se relacionaba era igual que ella. Su prioridad era mantener su forma física, sentirse importantes y reconocidas. Solo les importaba pasarlo bien, costase lo que costase, cuidando de que su vida social fuese impecable y todos quisiesen formar parte de ese círculo de amigas al que pertenecían.

—Vale, vale. No pasa nada. Avisaré a algunas personas que me gustaría que nos acompañasen —se llevó el pelo hacia atrás con orgullo.

—¿Entonces, piensas asistir? —preguntó intrigada. Esperaba que su hermana pasase el fin de semana fuera.

—Por supuesto que sí. Como bien has dicho, es verano y por tanto es tiempo para fiestas y celebraciones. ¡No eres tú la que a menudo me dice que no todo va a ser trabajar!

Alison la observó por el rabillo del ojo. Su hermana nunca hablaba así.

—Vale, pero mira a quién invitas. Recuerda que es mi celebración —lo recalcó con los dedos—, y debería saber quiénes son los asistentes. No me agües la fiesta.

—No te preocupes, los conoces a todos. Tú encárgate de que no falte nada para animar al público —propuso, lanzándole un guiño rápido.

—Querida. Todos los eventos que he organizado hasta el momento han sido éxitos rotundos. Mis amigas están locas por asistir —dijo teatralmente mientras mascaba el chicle. Se consideraba una maestra en el arte de la organización.

—Es lo único que tienes que hacer —la señaló con el dedo índice—. Recuerda mi lema: la mente centrada en lo que realmente te interesa, te motiva y te agrada.

—Además. Tengo una sorpresa que sé que te gustará —toqueteó los labios con la punta de las uñas.

—Cuéntame.

—Si te lo cuento ya no será sorpresa. Espérate al sábado y lo descubrirás —insinuó, asintiendo con la cabeza y enviándole un beso por el aire. En el momento en que iba a dejarla a solas con su gata se volvió hacia Holly.

—Por cierto. Habla con la chica esa que tienes para cuidar de tu hija —arrugó la nariz y achinó los ojos—, y dile que a pocos kilómetros de aquí hay centenares de tiendas de ropa. Hazme el favor y adelántale el primer sueldo.

—¿Qué queja tienes contra ella? Está realizando su trabajo y no se mete con nadie —comentó, con los brazos en jarras y ostensible indignación.

—¿Quejas? Muchas y la primera es que no puedo traer a nadie a casa —hizo una mueca de asco.

—¿Por ella?

—Claro —mascó el chicle con la boca abierta—. ¿Tú la has visto detenidamente? Su ropa tiene más años que ella. No tiene gusto ni estilo. Sus gafas son espantosas y lleva el cabello enmarañado —emitió un bufido a modo

de risilla—. La familia Taylor siempre ha destacado por su elegancia y clase. ¿Qué pensarían mis amigas de este espectro? —tomó un par de hondas bocanadas de aire—. Ayer le dije que se fuera de tiendas, pero creo que no cogió la indirecta.

—Debería darte vergüenza lo que acabas de decir —pronunció en un tono molesto—. En cuanto a lo que dices de nuestro apellido te diré que además de clase, nuestros padres siempre han tenido debilidad por ayudar a los más necesitados, cosa que tú, querida hermana, no haces.

—¡Bah!

En vista de que no le gustaba el rumbo de la conversación salió del despacho y cerró la puerta. Odiaba a su hermana cada vez que adoptaba el papel de la hermana menor, sensata y responsable.

A la mañana siguiente contactó con Chloe desde el trabajo y le preguntó si sabía si Curtis había preparado el cheque para el señor Jones. Desde que le había dicho a su hermano de hacerle el talón se había olvidado por completo, dando por hecho que estaría preparado, pero esa noche el sueño se había mostraba esquivo. Tenía tantas cosas en la cabeza, relacionadas con el trabajo, que de un tiempo a esta parte el sueño se había vuelto huidizo. La niñera le dijo que en el extracto del banco no aparecía ningún cargo por el importe que le había dicho ni tampoco había encontrado copia del talón. Colgó el teléfono hecha una furia. Su hermano se la había jugado una vez más y estaba muy harta. Volvió a llamarla para que le consiguiera el teléfono de Cooper. Minutos después lo llamó para pedirle disculpas. Se sentía avergonzada y en deuda con él. Jones le restó importancia, comentándole que no lo había hecho para que se lo devolvieran.

—Se lo agradezco, pero me siento en deuda con usted, de verdad. Acepte el dinero y si quiere, cuando nos volvamos a ver, me invita a una copa —expuso.

—Veo que es una persona muy terca —dejó escapar una risa—, en el buen sentido de la palabra, señorita Taylor. Si le sirve de consuelo, yo también soy así. Me gustan las cosas bien hechas, pero sobre todo me gusta poder dormir por las noches e ir con la cabeza alta.

—Celebro que opinemos igual —cogió la agenda del bolso para ver cuando podía decirle que se pasase a recoger el talón—. ¿Podría pasarse por mi casa el viernes por la tarde o prefiere que me acerque yo a donde usted me diga?

—Podría pasarme al salir del taller, contra última hora. Los viernes

solemos tener mucho trabajo —barajó el diseñador.

Ella se acordó de que la fiesta de Alison estaba programada para ese fin de semana por lo que el viernes sería un ir y venir de gente ultimando detalles.

—Señor Jones. ¿Tiene planes para el sábado por la noche?

Él se frotó la barba.

—¿Me está proponiendo una cita? —vaciló con cautela.

Holly carraspeó. ¿Habría metido la pata con la pregunta? Alison le había comentado que se rumoreaba que era homosexual, como Theo, su socio, y todas daban por sentado que eran pareja. Se vio en la necesidad de explicarse.

—Discúlpeme si le ha molestado mi proposición. Mi hermana ha organizado una fiesta en el palacio y como yo también vivo allí le he dicho que invitaré a algunas personas. Si le apetece puede pasarse y así aprovecho para entregarle lo que le corresponde.

—De acuerdo, señorita Taylor. Allí nos veremos.

Se despidieron y cada uno siguió con su trabajo. Cooper diseñando trajes; en aquel momento tenía en proyecto un vestido de novia, y Holly analizando pruebas que habían extraído de una vivienda donde se había cometido un crimen. Entretanto trabajaba pensó en lo que había dicho su hermana la noche anterior sobre Chloe. Esa chica necesitaba el empujón de alguien de confianza y varias inyecciones de motivación, necesitaba alguien que la escuchara y le ofreciera su amistad. No contaba con demasiado tiempo libre, pero quería ayudarla y se le ocurrió como empezar.

Lilly había accedido complacida a quedarse con Daisy la noche de la fiesta. Hacía semanas que no estaba con la pequeña, desde que Chloe había aceptado el trabajo de cuidadora, y la echaba mucho de menos.

En los jardines del palacio, arreglados por un prestigioso florista, estaba todo preparado para recibir a los invitados. La fiesta comenzó sobre las once, pero los amigos más rezagados no hicieron acto de presencia antes de la una. Gente joven, de ambos sexos y del círculo de amistades de Alison. La música animaba a bailar y la agradable temperatura de esa noche invitaba a consumir bebidas frescas. Había guirnaldas y velas para iluminar los jardines, mesas cubiertas con mantelería blanca llenas de bandejas con canapés de pan inglés decorado con apetitosos ingredientes, de langostinos con aceitunas negras, de

queso con cebolla caramelizada, de jamón y huevos de codorniz, de salmón, mini sándwiches de pepino, de pollo al curry, con mostaza y rúcula. Para beber había una mesa únicamente con té, de distintos sabores, y una pequeña barra con un camarero que preparaba cócteles y servía vino, copas de champán, cerveza, especialmente negra.

Las mujeres lucían vestidos preciosos y muy caros y joyas que relucían en la piel bronceada. Alison se había puesto un vestido blazer negro muy corto y ajustado con un escote vertiginoso. Holly, por el contrario, apostó por un vestido corto de color blanco muy sexi con lentejuelas y la espalda descubierta.

Los asistentes parecían estar divirtiéndose cuando Holly apareció con una joven que, en un principio, nadie reconocía y que fue la sorpresa de la noche. La guionista lo había planeado todo. Juntas habían comprado el vestido en una famosa *boutique* y había pedido cita en su peluquería de confianza para las dos. Allí le arreglaron el pelo, las uñas y las maquillaron. La chica vestía un favorecedor vestido blanco con dibujos geométricos de manga larga y que le llegaba hasta los tobillos. Alison y las demás se preguntaron quién era la mujer y al descubrirlo se quedaron sin palabras. Era Chloe, la modosa niñera, pero, ¿qué hacía “esa” en su fiesta? Se disculpó para reunirse con su hermana. Su intención era pedirle explicaciones, pero la guionista se adelantó.

—Querida hermana —la tomó de una mano—. Te presento a Chloe —guiñó un ojo antes de que hablase—, aunque ya os conocéis. Me he tomado la osadía de invitarla a tu fiesta. ¿Recuerdas que te dije que convidaría a varias personas?

La mirada de Alison saltó de Holly a Chloe y viceversa.

—¡Verdad que está espléndida! —opinó con la voz ilusionada. La chica sonreía con timidez.

La hermana sintió que las palabras se quedaban atoradas en su garganta. Estaba a punto de asesinarla con la mirada.

—Acompáñame, Chloe. Te presentaré al resto de invitados —anunció, cogiéndola del brazo.

—Pero... —musitó la hermana mayor.

—Alison... —avanzó unos pasos hacia ella—. Se me pasaba decirte que vendrá alguna persona más a la fiesta —acarició su mentón—. Tengo la certeza de que no te importará.

Volvió a coger a Chloe del brazo y se fueron hacia otro grupo de chicas, entre las que estaba Ava. Minutos después se presentó Cooper, vestido con un

traje gris *slim fit*, muy ajustado al cuerpo, una camiseta negra lisa de pico y unas zapatillas, también oscuras, bajas y sin cordones.

—Lo has hecho genial —señaló, transmitiéndole confianza y su apoyo absoluto.

—Si me dejas sola no sabré desenvolverme —se lamentó.

—Tranquila, no pasará nada. Ava es mi amiga y las otras del grupo también, pero debes tener más confianza en el potencial que llevas dentro. Puedes conseguir todo lo que te propongas. Solamente debes confiar en ti misma y nunca dejar de intentarlo —comentó mientras sonreía a las otras chicas que se cruzaban con ellas.

—Ya, eso es muy fácil decirlo, pero la realidad es bien diferente. No te imaginas las barbaridades que he tenido que escuchar de mi hermano antes de salir de casa —admitió con evidente falta de entusiasmo.

Había estado a punto de romper el vestido en cincuenta mil añicos y encerrarse en su dormitorio a llorar. Cada vez que él abría la boca era para decirle lo poca cosa que era y que nadie querría nada con ella. No tenía amigas ni conocidas y cada vez se sentía más sola.

—¿Cómo puede decirte esas atrocidades? Se supone que los hermanos estamos para defendernos y apoyarnos y no para tirarnos piedras y así hundirnos todavía más —se puso frente a ella con el corazón encogido—, pero tú ni caso. A partir de ahora ignóralo y cuando empiece con estas paranoias te das la vuelta y pasas de él. Cuanta más importancia le des a sus sermones peor será para ti y él se sentirá como el gran profeta.

La chica miraba hacia el suelo.

—¿Vas a hacerme caso?

Con dos dedos alzó su cabeza para que la mirara a los ojos.

—Vale, lo intentaré —susurró.

Ava y las demás chicas, que habían sido avisadas de antemano por la guionista la acogieron con simpatía, invitándola a acercarse a la barra para pedir unos cócteles, que, con excesivo retraimiento, aceptó. Era la segunda vez que ingería alcohol. La primera había sido en la fiesta de los Miller. Minutos más tarde se presentó Albert, Catalina y Juan Ignacio, el hermano de la argentina, que estuvo muy atento con Holly mientras coincidieron. Cooper también se acercó a donde estaban las chicas para saludarlas y agradecer a Holly el que lo hubiese invitado.

—No es nada, ha sido un placer —versó, intentando adoptar un aire lo más despreocupado posible.

—¡Qué desperdicio de hombre, por Dios! —musitó Ava al oído de su amiga—, es una pena que sea homosexual —su boca compuso una mueca de pesar. Se le hacía la boca agua.

—Pena para ti y una bendición para alguien —fue su pronta respuesta.

Como sabía que Chloe le había dejado preparado el talón sobre el escritorio de su despacho, dentro de un sobre, se disculpó ante todos y entró en la casa para recogerlo. Todo estaba en silencio. Ni rastro de María Antonieta ni de Lilly. Al cabo de unos segundos percibió tras ella un aroma que se le hizo familiar. Solo una persona podía usar ese perfume y ese hombre era Yona, el padre de Daisy. Se dio la vuelta y lo vio, apoyado en el marco de la puerta.

—Espero no haberte asustado —comentó, con los brazos cruzados y una sonrisa cálida en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —recogió el sobre y se apoyó en la mesa. Su rostro no mostraba felicidad.

—He venido a veros —se limitó a responder, moviendo el músculo lateral de su mandíbula.

—Ah, claro. Veinte meses después de nuestra última conversación —resaltó lo último con los dedos a la altura de la cabeza—. ¿Acaso crees que tienes derecho a presentarte aquí como si nada?

—Oye... —dio unos pasos hacia ella intentando tocarla.

—No te acerques más —extendió una mano hacia él.

—Holly, cariño. Vengo en son de paz. No quiero discutir contigo —se defendió.

—¿Cariño? —dejó escapar una risa sarcástica—. Sí, claro, por supuesto. En son de paz y aquí no ha pasado nada —replicó. Ese hombre pensaba que estaba hablando con la Holly de antes, la que siempre claudicaba.

—Ha sido idea de tu hermana. Me llamó diciéndome que había organizado una fiesta para esta noche y me dijo si quería venir —volvió a justificarse.

—Ah, claro. Ahora la culpa la lleva ella. Todo lo que sea divertirse va contigo... con los dos —dio unos pasos para sentarse en su sillón, junto a Tora.

—Lo siento, Holly. Sé que estás furiosa conmigo y me lo merezco —dejó escapar aire por la sensual boca, aire que movió varios mechones de pelo que tenía delante de la cara.

—¡Anda ya! —su cabeza se movió varias veces—. No vengas ahora de víctima porque eso sabes que no funciona conmigo. Tú nunca sientes nada por

los demás. Nunca has gozado de empatía.

—De verdad, Holly. Me gustaría que lo nuestro hubiese funcionado, pero...

—No hace falta que te justifiques, Yona. En tu vida siempre ha habido peros, siempre —arrugó la frente con los ojos cerrados y suspiró.

—Me gustaría ver a mi hija —dijo, tras unos segundos de silencio.

Holly dejó de acariciar a Tora y se incorporó de un brinco, poniéndose frente a él.

—¿Por qué ahora?

—Porque creo que ya estoy preparado para ser padre —reconoció, con la cabeza ladeada y eludiendo mirarla a los ojos.

Lo encañonó con la mirada.

—Eso ya lo veremos —respondió, incapaz de creer sus palabras.

Yona la cogió de una mano y con la otra acarició su mejilla con varios dedos.

—Dame otra oportunidad. Siempre has sido la mujer de mi vida, la persona con la que he soñado pasar el resto de mis días, con la que disfrutar de momentos inolvidables y compartirlo todo —relató mientras acariciaba la suave piel de su mano—. Sigo amándote como el primer día, ¿lo recuerdas?

Durante unos instantes sus cuerdas vocales se habían paralizado. ¡Qué si lo recordaba! A su mente, que era un hervidero de pensamientos e ideas, llegó una abrumadora oleada de momentos dulces y románticos que habían vivido juntos apenas dos años atrás, sus amables caricias, sus besos llenos de pasión, sus cálidos abrazos. ¿Todo había sido ficción?

Antes de cometer un error se soltó de su amarre. Unos segundos más sintiendo su cercanía, y caería rendida en sus brazos.

—Creo que la que ahora no tiene tiempo para una relación soy yo.

Pasó por su lado con el sobre en la mano y salió del despacho. Tan pronto supo que estaba lejos de su alcance y antes de regresar a la fiesta, tomó aire con una inspiración breve y profunda e intentó calmar la maraña de nervios. Casi dos años sin saber nada de él. Ni una llamada, ni una visita, ni una sola carta o mensaje diciendo que se encontraba bien y preguntando por su hija. Jamás se había preocupado por la manutención de Daisy ni su estado de salud. ¿A qué venía este interés repentino? Se obligó a cambiar el rumbo de sus pensamientos para volver a la fiesta. Había dejado a Chloe con sus amigas, esperando que la hubiesen tratado como se merecía y eso fue lo que encontró a la vuelta. Con cierta timidez la chica charlaba con Ava de manera cordial y eso la alegraba.

Alison la vio salir del interior de la casa y, tras ella, un Yona cabizbajo y con las manos dentro de los bolsillos de su habitual chupa de cuero. Sin buscarlo, su hermana se había topado con la sorpresa que tenía preparada para ella.

Una vez en los jardines, las dos hermanas se retaron con las miradas.

—Me debes una explicación y más vale que te esmeres para que sea muy buena porque estoy al borde de la furia —susurró a su oído. Sus ojos bien podían haber encendido una cerilla.

—No sé a qué te refieres, querida —contestó, haciéndose la loca—. La fiesta está siendo todo un éxito. Todos los invitados se están divirtiendo y aún queda mucha comida y bebida para rematar la noche —puso los ojos en blanco antes de continuar—. Por favor, cambia esa cara de mujer amargada y estreñida a la vez.

—¿Cómo te atreves a ser tan insolente! —le pellizcó un brazo y la miró con severidad—. ¿Por qué has invitado al hermano de Ava a la fiesta?

En el momento de formular la pregunta se dio cuenta que ella no tenía ni había tenido forma de contactar con él. ¿Cómo lo había conseguido su hermana? ¿Estaban en contacto desde que se fue y nunca le dijo nada a ella?

—¿Y por qué no? Es de la familia y siempre nos hemos llevado muy bien —adujo con suavidad y absolutamente convencida de que había sido una idea extraordinaria.

—¿De la familia? —sus ojos se abrieron como faros—. No sabes lo que dices, Alison —agitó la cabeza, desconcertada—. Él no está emparentado con nadie de esta familia —matizó, intentando bajar el tono de voz para que nadie se diese cuenta de la discusión que estaban manteniendo.

—¿Cómo que no! ¿Acaso no es el padre de tu hija? Al menos eso fue lo que nos aseguraste al enterarte de que tu bombo estaba creciendo —con las manos señaló la curva de un embarazo sobre su propio vientre plano.

—Alison... A veces me pregunto de dónde has salido y si eres realmente mi hermana. ¿Has estado en contacto con él todo este tiempo?

La hermana encogió ligeramente los hombros en un gesto despreocupado.

—Sí.

—Vale —irritada, miró hacia donde estaba Ava—. ¿Y ella también?

—Supongo, no lo sé. Son hermanos así que debería tener contacto con él, pero pregúntaselo. ¿No es tu mejor amiga?

Después de fustigarla con la mirada fue hacia su amiga y se lo preguntó directamente. No era el momento para andarse con insinuaciones.

—¿Has estado en contacto con Yona todo este tiempo y nunca me has dicho nada? —espetó sin moderar el tono de voz.

La chica le lanzó una de esas miradas rápidas. ¿A qué venía aquella pregunta?

—Claro. Él es mi hermano y tú, desde que os separasteis, nunca me has preguntado por él —respondió con sinceridad.

—Deberías habérmelo dicho —en aquel instante tenía ganas de romper algo.

Respiró fuerte para vencer la tentación de lanzar un grito.

—Tan pronto se fue te volviste una persona hermética. Jamás pronunciaste su nombre y no quisiste que nuestra familia supiese de tu embarazo. ¿Lo recuerdas? —afirmó con la mirada puesta en su amiga.

—¡Qué querías que hiciese! Él me dejó plantada —gritó con los ojos velados por las lágrimas.

Ava la comprendía y bajó la mirada. Holly no sabía gran parte de la historia y no iba a ser ella la que la pusiese al corriente de la vida de su hermano.

Holly dio la vuelta para acercarse a Chloe y decirle que volvería en un rato. Esta había estado escuchando la discusión al igual que las demás personas que estaban cerca.

Necesitaba unos minutos a solas, en su banco, rodeada de los fornidos jardines por los que tanto habían correteado cuando eran niños. Allí solía acudir para reflexionar y para encontrarse consigo misma. No había ningún ruido, solo el sonido que producía el agua al caer en el lago, y, si hacía viento, el crujido de las ramas al chocar unas contra otras. Era el sitio perfecto para perderse entre la fragancia de los árboles, para olvidarse del mundo real, de lo que vivía en su trabajo y en su casa. A veces era muy difícil dejar el trabajo en el laboratorio, especialmente cuando se trataba de investigar casos en los que estaban envueltos menores o ancianos.

Se sentó en el banco y estiró las piernas hacia adelante. Tras un suspiro, sintió frío en los brazos. A partir de las dos de la mañana, las noches británicas solían ser frescas. Dejó caer la cabeza hacia atrás y tras unas inspiraciones profundas abrió los ojos. Sobre su cabeza estaba el firmamento, en el que las estrellas y los astros brillaban para ella. Un recuerdo la hizo sonreír. Cuando todavía eran unos niños, ella y sus dos hermanos solían tumbarse en el jardín para observar las estrellas, contarlas y pedirles deseos. Su hermano decía que pedía para ser el hombre más rico del mundo y al que

las mujeres persiguieran. Recordaba que Alison pedía ser muy guapa e irresistible y ella nunca había pedido nada para sí misma. Su deseo era que sus padres y su abuela fuesen inmortales pero el destino le había arrebatado a los primeros demasiado pronto. Al menos contaba con su abuela, su heroína, a la cual admiraba sobremanera. Pese a su edad y haber perdido a su hijo único y a la nuera, se había mantenido fuerte, empujando por todos hacia adelante. Era una mujer que jamás se había amilanado ante nada y ante nadie y que transmitía poderío y entereza. ¿Qué harían sin esa mujer? No quería ni pensarlo pues, además de ella, María Antonieta era la que paraba un poco los pies a sus dos hermanos, aunque tras la muerte del matrimonio, le habían ocultado muchas cosas para no preocuparla en exceso.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no escuchó unos pasos acercarse al banco. El chico se apoyó en el respaldo del asiento de mármol, en sentido contrario a ella. Holly giró la cabeza y se encontró con unos ojos azules mirándola con dulzura. Se enjugó las lágrimas que habían resbalado por la comisura de los ojos hasta la temblorosa barbilla y se incorporó para parecer decente.

—¿Buscando un ratito de soledad?

—Un poco —se frotó los ojos con delicadeza y se levantó—. Disculpa que no te lo haya entregado antes —le tendió un sobre en el que rezaba su nombre, escrito con pluma.

—No he venido por el cheque.

—Es tu dinero, cógelo —sentenció, todavía con los ojos llorosos y enrojecidos.

Cooper aceptó el sobre y lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Al ver que ella se cubría los brazos con las manos le ofreció su blazer.

—Muchas gracias. Ha refrescado —sus dientes castañeaban. Estaba aterida de frío.

Se apoyaron en el respaldo del banco.

—Te he visto en la televisión y en algunas revistas de moda —reconoció la guionista que se había estado informando.

—Y yo a ti también, como embajadora de una ONG. Tiene que ser muy gratificante ayudar a personas que realmente lo necesitan.

—Lo es. Ojalá tuviese más tiempo para dedicarle, pero ahora mismo mi vida es muy complicada —sopló—. Mi trabajo, mi hija, la casa, mi familia.

—He visto que discutías con tu hermana y supuse que estabas disgustada —dijo.

—Con mi hermana discuto, día sí y día también. A veces me pregunto quién es la hermana mayor —reconoció sin mirar hacia él.

—Yo también tengo una hermana, aunque ella es una gran mujer. Trabajadora, honrada y muy valorada en su trabajo.

Holly recordó que le habían comentado que Bernie trabajaba para la familia Miller. Creía haberla visto en la fiesta que habían organizado semanas atrás.

—Pues la mía es todo lo contrario. Holgazana, interesada, presumida y fantasiosa —lanzó un profundo suspiro—. Se cree el ombligo del mundo, que lo sabe todo y que el universo fue creado para servirla —meneó la cabeza con rabia. Estaba bastante cansada de ir detrás de ella parándole los pies y arreglando sus estropicios.

—La conozco vagamente así que no puedo opinar. Mi socio es el que la atiende en la tienda. Dice que es bastante exigente.

Holly lo miró a los ojos. ¿Por qué siempre hablaba de él como si solo fuese su socio y no como su pareja?

—Da igual. Se ve que nuestros padres no pusieron la misma intención a la hora de engendrarnos —dijo, en son de broma—. El único objetivo de mis dos hermanos es disfrutar de la vida, y si es sin trabajar, mucho mejor. A mí, en cambio, me interesan muchas otras cosas —encogió los hombros.

—Tu hija, por ejemplo —apostilló el diseñador.

Ella asintió. Tenía entendido que los gais eran personas muy afables y empáticas y Cooper así lo estaba demostrando. Le estaba gustando hablar con él.

La guionista se fijó en que los cisnes del lago se habían resguardado del frío en sus casetas, al igual que los pavos reales.

—Será mejor regresar a la fiesta o, en mi caso, a casa —propuso, con el gesto más relajado, mimetizando la actitud de esos animales refugiados. Para ella la fiesta había acabado hacía rato.

—¿Tú crees que alguien nos echará en falta? —preguntó, curioso.

Ella volvió a mirarlo. Era realmente guapo. Su rostro estaba bronceado, su mirada era inteligente y atractiva, tenía el cuerpo bien proporcionado y la barba de varios días sin afeitarse. ¿Qué mujer no se fijaría en él?

—No lo sé, aunque tengo ahí a una amiga a la que le prometí que esta noche estaría en todo momento a su lado y no he cumplido —frunció los labios—. ¿Crees que soy mala amiga?

—Para nada —la tomó de un brazo—. ¿Una carrera para perder el frío?

Una sonrisa divertida le hizo alzar la comisura de los labios.

—¿Qué?

—Unos metros, venga —la retó.

—¿En tacones? —expresó, mirándose las sandalias que llevaba en los pies.

—Y yo con este pantalón ajustado —respondió, adelantándose unos pasos hasta que Holly reaccionó y comenzó a correr tras él.

Cuando estaban cerca del primer grupo de invitados, escucharon cómo varias chicas coreaban una canción con mucho brío. Estando a pocos metros descubrieron que se trataba de Milton, el ex de su hermana. Estaba bailando el tema de Shaggy, *Bombastic*. Se había sacado la camisa y bailaba al ritmo de la música, haciendo movimientos sensuales de cadera y de pelvis, frente a Alison. La miraba de manera seductora, como si quisiera conquistarla una vez más.

—¡Ay, madre! —susurró la guionista al ver tal escena.

Alison mandó apagar la música para enfrentarse a Milton.

—¿Qué haces en mi casa? —con los manos en la cintura escupió las palabras.

—Esto es una fiesta, ¡no!

—Mi fiesta, a la que no has sido invitado —volvió a gritar, fuera de sí.

Los invitados, movidos por el morbo, se habían concentrado alrededor de la pareja.

—¿Habéis visto lo hermosa que se pone cada vez que se enfada? —habló hacia los que estaban rodeándolos.

Se acercó a ella, pero Alison retrocedió. Holly supo que debía interceder o la noche acabaría de forma fatídica.

—Vale, vale —se metió en medio de los dos—. Se acabó la discusión —se giró hacia Milton y lo señaló con un dedo—. Tú, ya hablaremos. Para tu casa —se volvió hacia su hermana—, y tú pon fin a esta fiesta antes de que suceda una desgracia.

Los asistentes se dieron por aludidos y empezaron a abandonar los jardines.

—¡Mira lo que has conseguido! —voceó, mirando hacia su ex con las cejas enarcadas.

—Déjalo ya, Alison —terció la guionista, que la cogió de un brazo y la llevó hacia el interior de la casa.

Chloe las siguió hasta la entrada para despedirse. Hasta el lunes no volvería. A todas luces tendrían que hablar de todo lo que había pasado esa

noche, que no había sido poco, y eran asuntos que debían tratar en familia.

Era muy tarde cuando llegó a casa. Le dolían los pies como nunca le habían dolido. Era la primera vez que se había puesto zapatos de tacón. Al principio le había costado dar los primeros pasos sin torcer los tobillos, pero los consejos de Holly le habían servido de mucho: debía ensayar los días previos a la fiesta durante unos minutos. Caminar por un pasillo, bajar escaleras e incluso dar un paseo sobre el césped sin que se le enterrasen los tacones.

Para no hacer ruido se quitó los zapatos y cogió uno en cada mano. Cuando se disponía a subir las escaleras para meterse en cama escuchó que su hermano la llamaba desde el salón. ¿Todavía estaba despierto? Al entrar la miró y dejó escapar una risa sarcástica.

—¡Vienes de una fiesta de disfraces! —habló, riéndose con socarronería.

Chloe sintió que la vergüenza se apoderaba de ella. Era la primera vez que se vestía decentemente y se sentía bien por ello. Esa noche se había sentido integrada. ¿Por qué nunca era amable con ella?

—¿Qué crees que opinarían nuestros padres si te vieses vestida de esa manera tan censurable e indecente? —susurró, sentado en su butaca habitual y con una copa de cristal en la mano derecha cuyo licor no había acabado de beber—. Pareces una furcia.

La chica, con la cabeza y mirada gachas, cruzó los brazos. Lo bonito se había acabado. Había vuelto a su vida real.

—Esa vida no es para ti, mi querida hermana. Tú no perteneces a ese mundillo ni pertenecerás jamás. ¿No te das cuenta que no encajas?

Las copas de licor que había bebido esa noche habían hecho su efecto. Su hermana lo percibió al comenzar a hablar. René continuó con su retahíla de frases humillantes.

—Nadie quiere ser tu amiga, nadie quiere hablar contigo ni te invitan a fiestas interesantes y en las que haya mucho *glamour* porque tú careces de eso. Acéptalo de una vez —se levantó de la butaca para mirarla de frente—. A día de hoy nadie te quiere ni nunca te querrán.

—Ve a la cama, René. Estás borracho —musitó al ver la mirada vidriosa del menor de los Evans y muy dolida por ese último comentario. En ese momento deseó que su hermano desapareciese de su vida.

Se dio la vuelta para volver a las escaleras y encerrarse en su dormitorio.

En el pasillo se cruzó con la señora Harper, su ama de llaves. Una mujer de carácter agrio cuya piel era de un blanco macilento. En su semblante era imposible distinguir el estado de ánimo que la ocupaba en aquel momento. Siempre vestía de negro, normalmente vestidos que le llegaban a media pierna, llevaba el pelo recogido en un moño bajo y de su cuello colgaba un rosario.

—¿Ocurre algo, señora Harper? —le preguntó extrañada. A esas horas debería estar durmiendo.

—Buenas noches, señorita Evans —respondió secamente, como siempre hacía.

Antes de meterse en cama se lavó la cara y se miró al espejo. Esa chica no era ella, era solo un espejismo, alguien que le hubiese gustado ser pero que no era posible. Su hermano tenía razón. No había nacido para ser como las chicas que esa noche estaban en la fiesta, para conocer un joven guapo, entregar su corazón, que se preocupara por ella y quisiera amarla sin condiciones, sin fijarse en su aspecto físico y sí en cómo era en realidad. Había nacido en el sitio equivocado.

Se metió en la cama, cubriéndose la cabeza con la sábana y la colcha de verano. Cuando estaba a punto de quedarse dormida escuchó los ruidos de casi todos los días, pero esa noche eran mucho más claros. Eran unas voces fantasmagóricas que procedían de algún lugar de la casa que ella y los demás desconocían, y cuya entonación no era demasiado clara. Lo único que sí comprendía era la pronunciación de su nombre, lo cual la estremeció. Armada de valor salió al pasillo y llamó a René. El dormitorio de este estaba a dos puertas del suyo, pero no respondió ni salió.

—¿Quién está ahí? —gritó, asustada.

El pasillo estaba a oscuras, no se veía ningún movimiento y las voces se habían silenciado. Se preguntó si lo habría soñado. ¿Y las otras veces también lo había fantaseado? Su hermano se lo decía siempre: todo es fruto de tu imaginación. En la casa tan solo vivían ellos tres, y René y la señora Harper nunca habían escuchado ninguna voz. Volvió a entrar en la habitación y se tapó la cabeza. Posiblemente fuese fruto del cansancio.

El lunes amaneció lloviendo. Chloe había pasado todo el domingo cuidando de los cachorros de Mika. El veterinario le había comentado que estaban sanos, y la madre también, aunque había uno que era más chiquito. Los demás pasaban por encima de él y siempre era el último en agarrarse a la teta de la madre.

Tras levantarse cogió lo primero que encontró en el armario, se vistió corriendo y sin mirarse al espejo se dirigió a la casa de la familia Taylor. Como todas las mañanas, Holly se había ido al trabajo y los otros hermanos seguían en cama. Media hora más tarde María Antonieta apareció en el despacho donde ella trabajaba y la invitó a desayunar. Dado que siempre llevaba consigo el *vigilabebés*, aceptó acompañarla. La abuela le preguntó qué tal lo había pasado en la fiesta el sábado.

—Estupendamente, señora. Su nieta me ayudó mucho e hizo que me sintiese cómoda, pero sobre todo integrada entre toda aquella gente que apenas conocía. No estoy acostumbrada a participar en este tipo de eventos —declaró con timidez—. A decir verdad, llegué aquí asustada, pero ella y sus amigas hicieron que me sintiese bien y no como un bicho rato, tal y como me dice mi hermano.

—¿Qué tu hermano te dice qué? —preguntó la anciana con una taza de café en la mano. Pese a su edad, María Antonieta era muy cafetera.

—Estoy acostumbrada a que me diga esas cosas. A estas alturas ya no me escandalizan sus palabras —reconoció la joven moviendo los hombros hacia arriba.

—Pero no debe ser así —se detuvo unos segundos a observarla y prosiguió—. ¿Qué derecho tiene tu hermano a destruir tu amor propio? —volvió a observarla mientras pensaba—. No se lo debes consentir.

—¿Y qué puedo hacer? Vivimos en la misma casa y él no quiere que vaya a ninguna parte —hizo un alto, como si estuviese pensando y tomó aire—. El sábado, cuando llegué a casa de la fiesta, me dijo que mi vestimenta no era decente, que nuestros padres se avergonzarían de verme vestida así y que debía darme vergüenza salir a la calle de aquella manera.

—¡Pero bueno! —dejó la taza, de auténtica porcelana inglesa, sobre el plato y la miró con seriedad—. ¿Cómo puedes consentirle esos disparates? No

es un crimen querer tener buen aspecto.

Chloe la miró con dulzura. Le gustaba esa mujer. Era fuerte, decidida y decía lo que pensaba.

—No se enfade conmigo, señora Taylor, pero lo tengo asumido —agachó la cabeza para ver su vestimenta—. Míreme. La gente se fija en mí por lo fea que soy y por mis ropas. No hay que ir muy lejos. La semana pasada su otra nieta me lo dejó bien claro.

—¿Quién? ¡Alison!

La chica asintió con la cabeza.

—Esa brujilla desagradecida —masculló la mujer con exasperación.

—No se enoje con ella, doña Antonieta —comentó la niñera mientras se mordía el labio inferior.

—No se puede decir que mi nieta sea un buen ejemplo ni la más indicada para hablar de los demás. Es la antítesis de su hermana —sus uñas tamborilearon sobre la mesa—, pero no te preocupes. Hablaré con ella y, como decís los jóvenes, le pondré las pilas.

—No, por favor. No haga eso. No quiero problemas con nadie de esta casa —un gemido de angustia brotó de su pecho.

María Antonieta la miró con cariño. Sus ojos estaban apagados por la pena y la falta de cariño.

—Me gusta lo que hago y Holly es muy buena conmigo. No es mi deseo disgustar a nadie ni que se enfaden por mí.

—Vale, pero prométeme que, si se repite, me pondrás al corriente. Mi nieta mayor se cree muy listilla, vive en su mundo *happy* sin saber cómo es la vida en realidad, pero por mucho que se lo digamos, nunca nos hace caso —cierto afecto subyació bajo sus palabras, pese a la rabia que sentía por el comentario de su nieta mayor hacia la asistente de Holly,

—Tranquila, señora Taylor.

El *vigilabebés* les anunció que Daisy acababa de despertarse.

Chloe estuvo ocupada toda la mañana conciliando las cuentas bancarias que tenían los tres hermanos. A medida que se iba acercando a la fecha actual, se fue percatando que había demasiadas salidas de dinero sin justificante y, por más vueltas que le dio, no logró hallar alguna explicación coherente. Sin más demora supo que debía comentárselo a Holly. Tal vez ella estuviera al tanto y podría aclarárselo.

Por la tarde y antes de que regresase la madre, Chloe salió con la niña al jardín. Sentada en la silla, Daisy disfrutaba viendo los cisnes y los patos en el

estanque, y los pavos reales, que embellecían el paisaje paseando con total libertad por los jardines. La niña parecía disfrutar de la naturaleza y los animales. Pensó que la próxima vez que bajasen a los jardines se llevaría una manta y jugarían sobre ella.

La madre de la pequeña llegó un poco más tarde que de costumbre. Estaban con un caso muy complicado en el trabajo que requería de muchas horas para su aclaración, un caso que a ella le afectaba por demás y que le estaba costando mantener al margen y olvidar cuando regresaba a su hogar, con su hija. Era madre y, como tal, le afectaba.

El ama de llaves la informó de que su asistente personal estaba en el jardín con Daisy. Se quitó el calzado de un puntapié y fue en busca de ellas. Estaba a poca distancia cuando Chloe giró la silla para que la niña viese cómo llegaba su madre. El rostro de la pequeña cambió al verla, se llenó de felicidad, de amor. La madre la sacó de la silla y la abrazó, dando vueltas.

Aprovecharon que no hacía frío para darle la merienda allí mismo. Los animales la mantenían distraída.

—Holly. He estado conciliando la cuenta que tienes en común con tus dos hermanos, como me indicaste —anunció.

La guionista giró despacio la cabeza hacia ella.

—He encontrado unas salidas de dinero sin justificar. Busqué entre todos los papeles, pero nada, y en el extracto del banco simplemente pone “transferencia”. No aparece el nombre del beneficiario. Supongo que, si vas al banco o hablas con el director, te dará esos datos —explicó con semblante serio y algo preocupado porque las cantidades eran considerables.

—¿Hablamos de mucho dinero? Recuerda que le di el talón al señor Jones.

—Lo recuerdo, pero el señor Jones todavía no cobró el cheque y sí, se trata de cantidades importantes —aclaró.

—Pero... —esperó unos segundos antes de continuar hablando—. Para hacer una transferencia desde esa cuenta que tenemos en común es necesaria la firma de dos de los tres hermanos y, que yo recuerde, no he firmado nada.

—Entonces tendrás que hablar con ellos y con el banco —estimó la joven.

—Lo haré, no te quepa duda. Ese dinero nos lo dejaron nuestros padres para cubrir los gastos para el mantenimiento de la casa, pagar los salarios de la gente que trabaja aquí y para las fiestas que se organizan a lo largo del año. Todo lo demás deberíamos pagarlo nosotros.

Chloe asintió con la cabeza. Sus difuntos padres habían hecho lo mismo con ellos.

Un pavo real estaba a pocos metros de ellas y Daisy estaba deseando tocarlo.

—Se ve que le gustan los animales —observó la niñera sonriendo.

—Sí. Con pocos meses la traía aquí y se distraía mirando los patos. Es el mejor entretenimiento para lograr que coma.

Las dos sonrieron.

—Yo tengo una perra, Mika. Hace poco ha tenido cinco cachorros —reconoció, buscando en el móvil algunas fotos de los seis para enseñarle.

—¡Oh, qué ternura!

—Este que ves aquí —señaló con la punta de un dedo en la fotografía—, es el más pequeñito y tengo que darle un biberón a la noche porque siempre es el último en comer y cuando llega a la teta de la madre, esta, casi nunca tiene leche.

—La madre es una golden retriever —con dos dedos tocó la pantalla del teléfono de Chloe para ampliar la imagen—. Me encanta esa raza de perros, son dóciles y nada agresivos. De pequeña siempre quise tener un can pero mis padres no nos dejaban.

—¿Por qué no?

—Decían que un perro era una responsabilidad. Hay que alimentarlos, cepillarles el pelo, llevarlos al veterinario, bañarlos. No es viable tener un perro y dejarlo encerrado porque no tienes tiempo libre para salir a pasear con él, sobre todo esta raza, que necesita hacer ejercicio.

—Para mí son como de la familia, o quizás más. Hablo, juego y me río con ellos —reconoció. Últimamente pasaba bastante menos tiempo con ellos.

—Ni que decir tiene que esa raza, además de ser una buena compañía también son magníficos perros guías y rastreadores, por ejemplo, en caso de producirse un terremoto o alguna explosión donde hay personas sepultadas —afirmó mientras acariciaba el poco pelo que su hija tenía en la cabeza.

—Deberías darle la oportunidad de tener un perro —señaló hacia su niña—, y que no le ocurra lo mismo que a ti. Aquí tendría mucho espacio para correr y a ella le vendría muy bien, no como un juguete sino como una compañía.

—Me encantaría, pero no tengo tiempo, Chloe.

—Pero yo sí, es decir. Entretanto estoy aquí podría cuidar de ambos y, al mismo tiempo, hacer mi trabajo. Creo que sería bueno para todos. Mi perra ha tenido cinco cachorros. Os podría regalar uno —dictó, esperanzada.

—¿Y tu familia no se molestaría?

—Los perros son míos —atinó, moviendo los brazos—. El que te comenté que come poquito es una cachorrita. En cuanto se alimente por sí misma podría traerla. Los demás cachorros los venderé.

—Vale, me lo pensaré —añadió un guiño—. Será mejor que te vayas a tu casa o tus perros te echarán de menos.

Chloe asintió, le dio un beso a Daisy y se dirigió al garaje, donde había dejado estacionado su Aston.

Después de jugar unos minutos con su hija y esta quedarse dormida en la silla, Holly regresó a casa para verificar lo que la niñera le había comentado. Se sentó frente al ordenador y abrió la aplicación *online* del banco. Tras varios minutos revisando, haciendo cuentas y comprobando las anotaciones que tenía en su agenda, llegó a la misma conclusión que Chloe. No sabía nada de esos cargos y en el extracto bancario solamente figuraba que habían sido varias transferencias que sumaban una cantidad desorbitadamente alta. Era muy tarde para contactar con el banco así que lo anotó todo en la agenda para hablar al día siguiente con el director de la entidad bancaria, con la esperanza de que se tratara de un error y pudieran recuperar el dinero.

Había sido una mañana muy complicada en el trabajo. Su departamento estaba investigando un caso que los traía de cabeza. Holly y dos compañeros más se habían desplazado hasta el lugar de los hechos para tomar muestras y no había tenido tiempo de llamar al banco para aclarar lo del dinero que había desaparecido de la cuenta conjunta con sus dos hermanos y esa tarde tampoco podría contactar con el director. Había quedado con las chicas para el té del mes, al cual también iría Juliet. La costumbre de tomar té en Inglaterra, conocido como el *afternoon tea*, venía del siglo XIX, cuando a media tarde la duquesa de Bedford había pedido a su sirviente que le trajese sándwiches junto al té.

Holly fue la penúltima en llegar. El retraso se había debido a que había tenido que llamar a Chloe y pedirle si podía quedarse con Daisy un rato más. Con su hermana no podía contar; era la primera en apuntarse a la cita mensual y no quería abusar de la amabilidad de la abuela.

Como venía siendo habitual, quedaban en uno de los hoteles de Londres más exclusivo y de lujo para disfrutar del *afternoon tea*. Les habían dispuesto una mesa redonda engalanada con mantel blanco sobre la que había sándwiches, dulces, tartas elaboradas a mano y el inconfundible té de hojas, normalmente negro, en una gran tetera de porcelana fina. Este podía tomarse puro, con leche o con limón. El salón era tan peculiar e inconfundible que tenía una larga lista de espera. Sentarse en alguna de aquellas sillas de diseño costaba más de 65 dólares por persona. Las mujeres vestían vestidos elegantes, o pantalones con blusa y cárdigan. Los vaqueros rotos no estaban bien vistos ni tampoco el calzado demasiado desgastado o deportivo. Algunas mujeres incluso se presentaban con exclusivos sombreros.

La gente hablaba de manera moderada, permitiendo que la música ambiental flotara en la atmósfera.

La última en presentarse fue Juliet, que apareció ataviada con un vestido midi verde con un cinturón joya a la cintura y escote vertiginoso, tanto por delante como por detrás, y un tocado sencillo.

—Hola, chicas. Disculpad la demora, pero he tenido que atender unos asuntos en el club que no podía posponer y solo yo podía resolver —comentó, tras saludarlas con una breve oscilación de su mano derecha.

Se acomodó en la única silla que quedaba vacía y dejó el bolso colgado en el respaldo.

—Uff, ¡cuánto tiempo hace que no entro en este salón! —comentó, echando un vistazo rápido a la sala.

La mesa que habían dispuesto para ellas estaba apartada de las demás, por el simple hecho de que sus reuniones solían ser un poco más subidas de tono que las otras.

—Bueno, qué, chicas. ¿Me ponéis al día? —insinuó con tono zalamero tras servirse el té y varios pasteles de chocolate con almendras y crema de maracuyá, pomelo y merengue suave.

Alison le explicó que había estado casada con Milton, pero se había divorciado de él.

—Lo conozco. Ha estado varias noches en mi club —descubrió, tras tomar un sorbo de té, cogiendo el tazón por el asa y con las yemas de los dedos pulgar, índice y corazón, y el resto de los dedos recogidos.

Se miraron a los ojos. Todas pensaron que Juliet seguía siendo la misma joven odiosa de años atrás.

—Es libre, puede ir a dónde quiera —le respondió sin darle demasiada importancia a su comentario.

—Por supuesto, querida. Ya sé que a ti no te importa nada de lo que haga en la actualidad. Dicha sea la verdad, es muy guapo y un buen partido —volvió a observar su reacción, al igual que las demás chicas—. No te importaría que, si llegase el momento, tuviese una relación con él, ¿verdad?

—No, claro que no —contestó sin dilatación—, siempre y cuando no te importe mezclar saliva con un tío que le da al vaso todo el día.

Juliet sonrió con un aire más calculador que afectuoso.

Ava fue la siguiente en intervenir tras notar la mirada de la recién llegada sobre ella. Actualmente trabajaba en un bufete de abogados matrimonialistas con gran reputación. Ella había sido la encargada de llevar el divorcio de Alison y Milton.

—Estupendo, Ava. Hay una chica que trabaja conmigo que está buscando un abogado en esa materia. ¿Puedo darle tu número?

—Por supuesto, para eso estamos.

La de cabellos violetas asintió y giró la cabeza hacia Holly.

—Qué me dices de ti, querida Holly. Alguien me dijo que has tenido una niña —juntó las manos por las yemas de los dedos cuyas uñas, pintadas de verde, apuntaban hacia el techo del salón.

—Te han informado bien. Tiene catorce meses y está para comérsela —manifestó la guionista con orgullo.

—Y que el padre es Yona. Aquel noviete que tuviste y que te dejó plantada por... —chasqueó con la lengua, pero sin hacer demasiado ruido.

—Por la música. ¡Madre mía! Casi sabes tú más de nuestras vidas que nosotras mismas —la miró fijamente, haciendo caso omiso del desaire.

—¿Por la música? —alzó las cejas con exageración—. Creí que había sido por otra mujer —soltó, cuan serpiente deseando morder a la presa.

Eso había sido un golpe bajo. Las demás miraron hacia el mantel de la mesa, pero Ava la encaró.

—Querida Juliet. Creí que venías en son de paz, pero, al parecer, vienes para crear crispación entre nosotras. ¿Tienes algo más que decirnos? —la irritación asomó a sus ojos.

—¿Yo? ¿Crear crispación? —meneó la cabeza con elegancia—. Creo que estás muy equivocada, querida. ¿Es culpa mía decir la verdad?

—Pues yo creo que no hace falta estar recordando esas cosas ahora mismo, pero, si tú lo crees conveniente y acertado, ¿por qué no nos cuentas qué tal te fue en la cárcel? Según tengo entendido, apenas has tenido visitas. ¿No te parece triste que ni tu propia familia te vaya a visitar? —espetó ante la mirada vigilante de las otras.

—Eso, Juliet. Háblanos de ti —la apremió Ann, otra de las chicas que solía acudir a las reuniones mensuales.

La aludida se removió en el asiento antes de contestar.

—Francamente esperaba veros en algún momento allí, porque os consideraba mis amigas —suspiró, ante un recuerdo tan enquistado—, pero jamás vinisteis. Sí acudió Curtis en varias ocasiones, pero se olvidó muy rápido, aunque ahora me trae sin cuidado. Soy libre y eso es lo que cuenta. Olvidemos los malos momentos —movió la cabeza como ahuyentando las malas vibraciones—. Y tú, querida Ann —sonrió maliciosamente—. ¿Sabe Holly que te tiraste a su novio?

Todas abrieron las bocas como peces fuera del agua.

—Pobre Holly —pestañeó varias veces seguidas—. Pocas personas lo saben —dejó escapar un suspiro—. Seguro que el roquero nunca te dijo nada, como cabía esperar, y Ava tampoco.

La guionista giró la cabeza hacia Ava y luego hacia Ann, que, a su vez, habían agachado las suyas.

—¿Es eso verdad?

Ninguna respondió.

—Claro que lo es, no pueden negarlo y sino llámalo y se lo preguntas — aseguró con frialdad—. ¿Alguien quiere un poco más de té?

—Está claro que has venido para que nos enfrentemos, pero yo no pienso escuchar ni un minuto más tus tonterías —afirmó Ava antes de levantarse para poner fin a la reunión.

Holly tenía un codo hincado en la mesa y la cabeza apoyada en la mano. Lo que había dicho Juliet no podía ser verdad, se negaba a creer que su amiga se hubiese liado con el hombre que la había dejado embarazada, el único que ella había amado y, quizás, siguiese amando.

—No te disgustes, querida —le tendió una mano, que Holly no aceptó—. Los hombres son así... Y algunas amigas desgraciadamente también.

—Sí, claro. Por eso tú no tienes amigas —intervino Ann.

—Solo amigos —contestó riendo y jugueteando con el colgante que llevaba al cuello. Luego las miró, una a una—. Chicas, creo que necesitáis un buen revolcón.

Todas se levantaron.

—¿De verdad no queréis nada más? Un pastelito, una copa de champán — con el dedo índice iba señalando las cosas que todavía quedaban sobre la mesa, pero nadie le prestó atención.

Todas tomaron direcciones distintas y todas caminaron con la misma sensación en el cuerpo: Juliet había fracturado la relación que tenían, y lo había hecho aposta. Holly sintió que eso le hacía trizas el corazón, un dolor no tanto físico como sí emotivo, un dolor con sabor a traición. ¿Cuántas personas le habían fallado? Ava, Ann, Yona. Estando al tanto de su vida privada ella había depositado su confianza en ellos, aunque también podía ser que Juliet mintiese. Se mordió el labio inferior. Entonces, ¿por qué nadie la había desmentido? Estaba claro que todas lo sabían... todas excepto ella. ¿Por qué era tan confiada?

Esa mañana se había levantado con la cabeza embotada. Unas molestias en la sien que la obligaban a tener que tomarse un analgésico para poder cumplir con su jornada laboral. No era la primera vez que le sucedía. Esos episodios tan desagradables se repetían desde la muerte de sus padres y, desde que Yona la había dejado plantada al decirle que estaba esperando un hijo, se habían agudizado con demasiada intensidad y regularidad.

En su trabajo debía estar muy concentrada así que decidió contactar con el director del banco a primera hora, antes de ponerse los guantes. El señor Banner le dijo que en aquel instante estaba con una clienta en su despacho pero que en cuanto tuviese un rato libre se pondría con ese tema, del que no recordaba nada y le parecía muy extraño. Holly se lo agradeció y empezó con su rutina: analizar pruebas hasta llegar a la persona que había cometido algún delito.

Banner tardó menos de dos horas en llamarla y, al hacerlo, su voz sonó un tanto temblorosa por lo que iba a decirle.

—Señorita Taylor —tragó saliva antes de continuar—. He estado examinando con absoluto rigor la cuenta que me comentó, así como todos sus movimientos durante los últimos doce meses —hizo una pausa para cubrirse la boca con el puño y aclarar la garganta varias veces.

—Dígame, señor Banner. ¿Ha localizado los documentos de esas transferencias? Mi asistente los ha estado buscando en casa y no ha encontrado nada. Yo estoy segura de no haber firmado ningún recibo.

—Esas transferencias no se han hecho a través de la banca electrónica sino por ventanilla —aclaró.

—Qué extraño. No recuerdo hacerlo así desde hace bastantes años —pasó el cabello por detrás de la oreja.

—Salvo que las cantidades que se desean transferir sean muy grandes. Entonces es necesario acudir a la oficina —le explicó.

—Hablaré con mis hermanos. Han tenido que ser ellos pues yo, ni he firmado, ni he autorizado ni acudido a la oficina para hacer esta gestión —su voz sonó a decepción.

¿Cómo se habían atrevido a hacer una transferencia de tanto dinero sin haberlo consultado con ella? ¿A dónde habían ido todas esas libras?

—Disculpe, señorita Taylor, pero debo decirle que su firma aparece en el documento. La he cotejado con su documento de identidad y es la misma. A todo eso añadamos el hecho de que aparece su nombre completo y el número de identidad.

—¿Cómo? Eso es totalmente imposible —gritó alterada y con los ojos desmesuradamente abiertos—. Ya le he dicho que no he firmado absolutamente nada. Tiene que tratarse de un tremendo error —dejó escapar aire por la boca antes de continuar—. Vuelva a comprobar los documentos y envíemelos a mi correo electrónico para hacer mis comprobaciones.

—Lo he comprobado tres veces, señorita Taylor. Por nuestra parte todo está en orden y no ha habido ningún tipo de error, pero si desea acercarse hasta nuestra oficina, estaré encantado de recibirla y explicárselo personalmente —volvió a carraspear—. En cuanto a enviarle la documentación por correo, prefiero que la recoja usted aquí. No es que tenga nada en contra de ello o hacia usted, pero ya sabe, la ley de protección de datos nos prohíbe ciertas cosas y ustedes no han firmado ningún documento autorizando sus cuentas de correo para el tráfico de emails.

—De acuerdo. Me acercaré hasta ahí al salir del trabajo. ¿Le va bien sobre las tres?

—Sin ningún problema. Aquí la estaré esperando con mucho gusto.

«¿Mucho gusto?» Pensó tras cortar la llamada muy enfadada y lanzando un bufido sardónico. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Cómo sus hermanos iban a hacer semejante barbaridad sin consultar con ella? Insistió para sí que tenía que tratarse de un error. El director no le había dicho quién había sido el beneficiario del dinero. Llena de dudas fue interrumpida por una compañera que se acercó a ella para solicitar su ayuda. Intentaría no pensar en ello hasta llegar al banco.

Mientras conducía, camino del banco, no paraba de darle vueltas al tema de las transferencias. Sentía interés y, al mismo tiempo, un pelín de miedo a conocer la verdad, porque sabía que ella no había autorizado nada. Suspiró varias veces con profundidad antes de entrar en la oficina bancaria. El señor Banner la recibió con un apretón de mano y le indicó que lo acompañara a su despacho, situado al fondo con una gran cristalera en la que había fijado un cartel de publicidad.

—Gracias por venir, señorita Taylor —comentó, señalándole un cómodo sillón frente a la mesa, algo ajada por el uso.

—Necesito aclarar este asunto con la mayor celeridad posible. Como ha podido comprobar, se trata de una considerable cantidad de dinero que nuestros padres nos han dejado.

El director le acercó una carpeta que contenía los documentos que había localizado y en los que, supuestamente aparecía su firma.

—Como puede ver, esas dos transferencias están firmadas por usted —con un dedo muy corpóreo le señaló el garabato que ella solía estampar.

—Pero... no puede ser —meneó la cabeza varias veces.

—Señorita Taylor. ¿Reconoce su firma?

Ella levantó la mirada de los papeles y lo encaró.

—¿Sabe usted que nunca se hacen dos firmas iguales? Por mucho que lo intentemos, jamás estamparemos la misma firma. Estas —las señaló con la punta de un dedo—, no son iguales. Se nota que están hechas con mucho cuidado para que se parezcan a la verdadera, pero, evidentemente, son una falsificación.

—¿Y las que están al lado también lo son? Entiendo que estas pertenecen a su hermano, Curtis. ¿Me equivoco?

Ella las estudió con detalle. Estaba acostumbrada a trabajar así.

—A simple vista parece la firma de mi hermano —confirmó la guionista—, pero tendré que hablar con él.

Se echó la melena hacia atrás. La sola idea de que fuese cosa de Curtis la hizo estremecer.

—Una pregunta más, señor Banner —él retiró las gafas de los ojos y la miró—. ¿Quién es el beneficiario?

El hombre pasó una mano por la barbilla.

—Se trata de dos casas de apuestas —descubrió.

—¿Apuestas de qué? —insistió, estupefacta.

—Hípica —concretó. Él también había apostado alguna vez, pero su mujer lo había mantenido a raya y, por fortuna, había logrado dejar esa adicción. Formaba parte de su pasado—. ¿Su familia apuesta?

—Qué pregunta más tonta. Claro que no juego —dijo, moviendo los hombros, como si esa actividad fuese muy atípica en Inglaterra.

—¿Y sus hermanos o su abuela? —vaciló el banquero.

Ella cerró los ojos durante unos instantes. Por Alison y por su abuela podía poner las manos en el fuego, pero de Curtis no podía decir lo mismo. Tenía la

certeza de que debía dinero a diversas personas.

—Solo puedo hablar de mí.

Estaba a punto de levantarte del sillón cuando el director volvió a hablar.

—Hay otra cosa, señorita Taylor. Repasando esa cuenta en común he encontrado varias transferencias que se realizaron posteriormente. Los importes son muy inferiores a la otra y fueron emitidas a nombre de un club para caballeros —le entregó las copias que había hecho para ella—. Creí que le interesaría saberlo.

—Un club... ¿Nocturno? ¿Se trata de una broma? —Holly no salía de su asombro.

—No es mi intención, señorita Taylor. Aquí puede ver el nombre —señaló con el bolígrafo. Un *Spitfire pen* de *Hordern Richmond Aircraft Company*, fabricado con diferentes partes de las hélices de los cazas *Spitfire* y otros aviones británicos usados en la Segunda Guerra Mundial. La parte de madera era de abedul y cada bolígrafo tenía el número de serie de la hélice de la que procedía. Un bolígrafo que costaba sobre ciento veinte libras—. Supuse que tampoco tendría copia de las mismas.

Holly apoyó los codos sobre la mesa y cruzó las manos. Instantes después dejó caer la cabeza unos centímetros.

—Le aseguro que yo no he firmado ninguna de estas transferencias —las puso unas delante de las otras y se fijó en la firma de las últimas que le acababa de dar—. Si se fija, estas firmas parecen calcadas de esta otra —señaló una de las primeras que habían estado viendo—, y, vuelto a reiterar. No hay dos firmas iguales. Nunca, jamás —recalcó.

Él reconoció que las firmas eran casi idénticas.

—Desde mi punto de vista todo está correcto. Siento no poder ser de más utilidad, señorita Taylor.

La chica, embargada por el escepticismo, alzó la cabeza y la meneó mientras observaba al director. Un hombre de estatura media, muy delgado, supuso que fumaba, las cejas muy pobladas, marcas en la nariz de las almohadillas de las gafas y un importante problema capilar: alopecia androgénica. Vestía un traje de color gris, camisa blanca y corbata azul con pequeñas estrellas rojas.

Se levantó, pero volvió a sentarse.

—Quería pedirle un último favor, señor Banner —aclaró la garganta—. Usted sabe que toda nuestra familia tiene el dinero en este banco. Por ello le pido que eche un vistazo a las cuentas de mis hermanos. No le exijo un

extracto, ni siquiera que me dé detalles. Solo que me diga si hay salidas extrañas de dinero, parecidas a estas que acabamos de ver. Sabe que no se lo pediría si no fuese algo importante. Le prometo que quedará entre usted y yo —se puso una mano en el escote de la blusa que llevaba, de color del enebro.

El director agachó la cabeza unos segundos. Lo que le estaba pidiendo era ilegal, pero colocó las manos sobre el teclado del ordenador y tecleó el nombre completo de los otros hermanos Taylor.

—Así por encima le diré que la cuenta de su hermana no presenta movimientos sorprendentes y el saldo se mantiene —la miró por encima de las gafas—, pero no puedo decir lo mismo de su hermano. El saldo ha descendido de manera vertiginosa en los últimos meses y, por destacar algo, le diré que hay muchas salidas de dinero de un cajero situado en el hipódromo.

Holly cerró los ojos y frotó la frente.

—Muchas gracias, señor Banner. Ha sido muy amable.

—No ha sido nada, señorita Taylor, pero recuerde. Usted no sabe nada de esto último. Le he dado la información de manera extraoficial, porque su familia siempre ha sido uno de nuestros mejores clientes... y quiero que siga siendo así. Sabe que me juego mi puesto —insistió el hombre.

—No se preocupe. Seré discreta.

Tras despedirse y con la carpeta que contenía todas las copias de las diferentes transferencias, dentro del bolso, salió a paso ligero de la oficina y totalmente abstraída, abriéndose paso entre la gente, pero sin fijarse en las personas que se cruzaban con ella. No podía dejar de pensar: la firma de su hermano aparecía en todos los papeles, no así la de Alison. De repente sintió que desde atrás alguien la tomaba de un brazo.

—Hola. ¿Vas con prisa?

Holly giró la cabeza y vio que se trataba de Cooper.

—Disculpa, iba distraída —se llevó una mano a la frente—. ¿Qué tal estás, Cooper?

—Yo muy bien —contestó sonriente—, pero tú llevas muy mala cara, y dicen que la cara es el reflejo del estado de ánimo de las personas.

—Será porque todavía no he comido —disimuló, elevando los hombros.

—Te invitaría, pero acabo de salir de ese restaurante —señaló con el mentón—, pero si quieres puedo acompañarte.

—No te preocupes. Me esperan en casa —observó la hora en el reloj de pulsera y sopló—. Es tardísimo. Por cierto. Todavía tengo tu chaqueta.

—Tengo muchas en mi armario —bromeó—, pero si quieres me la puedes

devolver mientras almorzamos. ¿Te vendría bien mañana?

Ella lo miró sorprendida. No esperaba esa invitación.

—Creo que mañana no tengo nada. ¿Podría ser sobre las tres y cuarto? Salgo a las tres del trabajo —se mordió el labio inferior.

Pensó que un poco de distracción le vendría bien para mitigar su agitación, conversar con alguien que no estuviese relacionado con el trabajo ni con esos problemas familiares que tanto la abrumaban.

—Por mí, perfecto.

Condujo hasta casa con la radio apagada y la ventanilla bajada por completo para que le diese el aire. Tenía ganas de quitarse el traje de chaqueta, ponerse cómoda para repasar todo lo que llevaba en el bolso y luego hablar con sus hermanos, uno a uno.

El resto de la familia acostumbraba comer más temprano así que al llegar lo hizo ella sola en la mesa de la cocina donde habitualmente comía el personal que trabajaba para ellos. María Antonieta, apunto de subir a su dormitorio para descansar durante las horas de más calor, le comentó que Chloe se había llevado a Daisy hasta los jardines y se había sentado bajo la sombra de un olmo, que había plantado el tatarabuelo de los Taylor. Quería sentarse en su despacho para aclarar aquel desaguisado y, al mismo tiempo, necesitaba abrazar a su niña. Sabía que Chloe tenía cosas que hacer en su casa así que decidió acercarse hasta los jardines, muy cerca del lago. Daisy dormía plácidamente en la silla y la asistente charlaba con Jacob, la persona encargada de vigilar la ganadería ovina de la familia, también los caballos, supervisaba a diario los trabajos que se realizaban en los inmensos campos y jardines. El caballo del joven, un Purasangre de pelaje zaíno, estaba amarrado a un árbol. Holly, que tenía muy buena relación con el hombre, se acercó hasta ellos y los saludó.

—Buenas tardes, señorita Taylor —dijo con una sonrisa en el rostro.

Chloe miró hacia donde estaba Daisy. Apenas se había distanciado de la silla para hablar con el encargado.

—Qué tal están tus padres, Jacob. Hace unos días me había comentado mi abuela que a tu madre le están haciendo pruebas médicas. Espero que sean simplemente de seguimiento.

—Sí. Ella dice que sus digestiones son muy lentas y tiene ardor en el estómago, y como tiene los antecedentes del cáncer, el doctor le ha mandado hacerse varias cosas. Sabe que mi madre ha estado toda su vida trabajando y, ahora que los dos se han jubilado y tienen más tiempo libre para estar juntos,

las horas no les pasan y... bueno. La edad está ahí y los achaques vienen.

—Es cierto —asintió—. Si necesitas algo no dudes en hablar con nosotros.

Los Taylor les tenían mucho cariño. Sus padres habían trabajado toda su vida en las fincas de la familia y Jacob había empezado muy joven, compaginando el trabajo con los estudios.

—Chloe me ha comentado que nunca ha montado a caballo y me preguntaba si podría enseñarla alguna tarde, cuando ambos hayamos terminado de trabajar —le preguntó. Él sabía la respuesta, pero prefería consultárselo.

—Por supuesto que sí —contestó sorprendida—. ¿De verdad nunca has montado un caballo?

La asistente negó con la cabeza. Su hermano decía que era cosa solo de hombres.

—Pues por mí no hay ningún tipo de inconveniente. Tienes los caballos a tu disposición —extendió las manos—, a vuestra disposición. Pienso contratar a un monitor para Daisy en cuanto empiece a hablar y camine perfectamente.

—A mí me dan un poco de miedo. Son tan grandes —opinó la asistente.

—Falsos mitos, Chloe. Ya verás cómo no tiene nada que ver. Eso sí. No debes subirte a un caballo con miedo porque ellos enseguida lo captan. Hay que montar con seguridad —sugirió la guionista.

El capataz corroboró lo que dijo Holly.

—Bueno, chicos. Estaría aquí hablando con vosotros más tiempo, pero tengo asuntos que atender. Hasta otro momento, Jacob —se giró hacia Chloe—. Me llevo la niña así que, si lo deseas, puedes irte a casa.

Los tres se despidieron, tomando direcciones opuestas. Holly estaba ansiosa por llegar a su despacho y sentarse frente al ordenador. Normalmente y siempre que podía, lo hacía para escribir, pero esa tarde tenía que resolver el asunto de las misteriosas transferencias. Su abuela le había dicho que ninguno de sus hermanos había comido en casa así que suponía que no tardarían en regresar.

La primera en aparecer fue Alison, la cual dijo que no había visto jamás esos documentos y que ella no había falsificado nada. Pocas veces había asistido a carreras de caballos, pero nunca había apostado y, mucho menos, acudido a un club para caballeros. Ella aseguró que debía ser cosa de su hermano, que andaba mal de dinero y, según tenía entendido, debía a mucha gente. Ella también estaba indignada.

—¿Por qué ha falseado mi firma?

—Pues muy fácil, querida hermana —tiró del vestido hacia abajo—.

Porque si nos lo hubiese pedido habría recibido un par de noes como catedrales. Sé que tiene deudas —se miró las uñas, recién pintadas—. Hay gente que lo busca porque le debe dinero.

—¿Desde cuándo sabes tú eso? —sacudió la cabeza ante la afirmación.

—Holly. Eso es de dominio público —anunció, mascando chicle.

—Claro, como lo del rollo que hubo entre Ann y Yona, o como que has estado en contacto con él todos estos meses sin habérmelo comentado —su tono de voz era de ligero reproche.

—La culpa la tiene la deslenguada de Juliet. Si hubiese mantenido la boca cerrada —con gesto ceñudo cruzó los brazos.

—Al menos en eso fue sincera, cosa que mi propia hermana, no.

—¡Creí que estabas enterada!

—Todos creéis, todos dais por supuesto, todos esto, todos aquello —gritó, tan alterada que incluso Tora dio un salto desde su regazo hacia el suelo.

—Bueno, querida, no es para tanto —señaló la hermana, levantándose del sillón—. Voy a darme un baño.

Al llegar a la puerta se dio la vuelta para hablarle.

—No seas demasiado dura con él —le guiñó un ojo.

—¿Qué no sea dura? ¿Has visto las cantidades? Te recuerdo que un tercio de ese dinero es tuyo y él se comprometió a administrar nuestro dinero y nuestros bienes de manera noble después de la muerte de nuestros padres.

—Sí, mujer, pero hay muchas maneras de decir las cosas y tú, cuando te alteras, das miedo —se estremeció a propósito y le dijo adiós con la mano.

—¿Cómo que doy miedo?

La hermana no respondió.

Volvió a sentarse en el sillón, aunque Tora se quedó acostada en la manta que había sobre el sofá. Tenía que hablar con Curtis lo más rápido posible y escuchar su versión. Aquello la estaba enervando, pero había algo que tenía muy claro: había perdido la confianza en su hermano, al cual consideraba no estar capacitado para seguir desempeñando la función de administrador.

A las nueve de la noche, viendo que todavía no había regresado a casa, lo llamó por teléfono. De fondo se escuchaba mucho ajeteo, como si estuviese en una discoteca o en un... club. Al decirle que tenía que hablar con él de un asunto urgente y que no podía posponer, le dijo que estaría en casa en menos de media hora. Cuando llegó, la guionista lo esperaba en su despacho con una taza de té. El joven tenía los ojos vidriosos y desprendía un desagradable olor a alcohol.

—Tómame mi té —se lo puso delante—, aunque mejor sería una jarra de agua fría sobre la cabeza, a ver si espabilas.

—¿No tendrás mejor un mojito cubano? —dijo riéndose. Acababa de salir de un local que servía ese tipo de bebidas.

Holly respiró hondo, dejó escapar el aire lentamente por la boca y le pidió que se sentase frente a ella. Largos instantes después puso delante de él las fotocopias de las transferencias. El chico frotó los ojos varias veces, con ademán de cansancio.

—¿Qué es esto? —preguntó con una sonrisa tonta en el rostro.

—Míralo bien.

—Me has hecho salir de una fiesta en la que estaba rodeado de varias morenas con unos culos... —con los ojos cerrados se lamió los labios—, solo para mostrarme unos papeles del banco —su tono de voz seguía sonando divertido.

—¿Has conducido el coche hasta casa? —el hermano asintió—. ¿Dónde tienes la cabeza? Estás borrado y todavía son las diez de la noche.

—Ahora mismo mi cabeza está en aquella fiesta llena de diásporas cubanas.

Ella cogió el documento más importante y se lo puso delante de las narices.

—Esto es mucho más importante —se lo acercó más—. *Bicho*, ¿por qué has falsificado mi firma?

—¿Qué?

—Mi firma. La has falsificado. Yo no he firmado estas transferencias.

Curtis apoyó la espalda en el sillón y dejó caer los párpados. Había sido mucho dinero y su hermana no era tonta como para no enterarse. Una excusa le vendría bien en aquel momento, pero no estaba en condiciones de improvisar. ¿Qué podía decirle? ¿Y si le mentía y fingía no saber nada? Admitía que había actuado mal, que había abusado de la confianza de su hermana, pero había sido la única alternativa para acabar con las deudas que tenía en aquel momento, puesto que ahora había contraído otras parecidas.

—¿No piensas decir nada? —dijo de manera implacable y de pie, frente a él.

Él negó con la cabeza.

—Ese dinero era de nuestros padres y nos pertenece a los tres hermanos. Eres tan consciente como yo del fin del mismo y me bulle la sangre al pensar que tú lo has utilizado para pagar deudas propias sin nuestro consentimiento. ¿Sabes cómo me siento?

Curtis apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza sobre las manos abiertas.

—¿Tanto te preocupa el dinero? Lo devolveré en cuanto gane algunas carreras —masculló.

—Sí, claro. Más apuestas, como no, porque en tu cuenta estás sin blanca — con ambas manos se llevó el pelo hacia atrás—. Me preocupa más tu actitud que el dinero en sí, el hecho de que me hayas engañado y abusaras de mi confianza. ¿Dónde tienes la cabeza?

Él iba a responder a esa pregunta, pero se mordió la lengua. Su hermana estaba demasiado cabreada como para soltarle uno de sus comentarios chistosos.

—Yo... lo siento —frotó la cabeza insistentemente.

—Yo también lo lamento, Curtis, y mucho —lo miró a los ojos—. Reconócelo. Estás enfermo, eres un ludópata y te has convertido en una persona que no reconozco.

Guardó los documentos en la carpeta y los dejó sobre la pila de papeles que estaban todavía pendientes de archivar.

—Dios, Holly. Pareces un disco rayado.

— Tienes que dejar esa adicción antes de que sea demasiado tarde y lo empeñes todo.

—Lo haré —soltó un suave suspiro—. Dejaré de apostar.

Deseaba creerle.

—Hazlo por ti —sus generosos labios hicieron un mohín—. Desde este mismo momento quedas relegado del cargo de administrador, hasta que recuperes el control de tu vida y mi confianza.

—No puedes hacer eso —se apresuró a decir en un siseo, empujando el sillón hacia atrás con fuerza.

—Sí puedo hacerlo.

Contaba con el apoyo de Alison, que al principio se había mostrado reticente, pero acabó admitiendo que no estaba capacitado para dirigir los negocios de la familia.

El joven salió enfurecido del despacho. Holly pensó que entraría en su dormitorio para descansar, pero no fue así. Bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió al garaje.

Su mesa estaba cubierta con fotografías y otras pruebas que habían recabado esa misma mañana. Habían sido ocho horas intensas, pero estaban a punto de averiguar quién era el pirómano que había matado a una familia entera. En el despacho del supervisor había una pizarra con los nombres de los dos sospechosos y sus fotografías. Uno era el hermano menor del padre de familia que había fallecido y el otro no estaba emparentado con ninguna de las personas que habían perecido.

Dejó la bata con su nombre en el colgador y se dirigió hacia la taquilla para recoger el bolso. Varias de sus compañeras solían quedarse a hacer horas extras, pero ella no podía, no solo porque había quedado con Cooper sino porque era madre y, como tal, tenía una responsabilidad y sus superiores lo sabían.

Jones la esperaba en la mesa que había reservado la tarde anterior. Esa misma mañana le había enviado, a través del móvil, la ubicación del restaurante.

—Hola. Siento llegar tarde pero mi trabajo es así. Te llegan pruebas y no puedes abandonar el laboratorio hasta tenerlas procesadas —se disculpó algo avergonzada.

El diseñador se levantó para recibirla, le dio un vehemente beso en la mejilla y retiró su silla hacia atrás para que tomara asiento.

—Debe ser muy excitante —opinó—. Me refiero a tu trabajo.

—Lo es, y muy gratificante... en especial cuando ayudamos a cazar a los malos —le vino a la mente su hermano y luego el caso que tenían sobre la mesa.

—Tu rostro se ha puesto triste. ¿Te encuentras bien?

—Son muchas cosas, Cooper, y mi cabeza está a punto de estallar —la apoyó en el dorso de la mano.

—Vale, pues lo primero que vamos a hacer es llenar el estómago con algo succulento. Espero que te guste la cocina portuguesa. ¿Me permites una sugerencia?

Conocía suficientemente bien ese restaurante como para atreverse a hacer sugerencias.

—Hoy soy tu invitada.

Cooper buscó en la carta y le señaló al camarero lo que iban a tomar. En Portugal era costumbre tomar sopas de primero, caldos y cremas así que pidió un caldo verde compuesto por patata, acelga, cebolla, ajo, chorizo y aceite de oliva. De segundo pidió el plato típico luso: bacalao asado a la brasa y relleno de jamón serrano y bañado con salsa de cebolla, ajo y vino blanco y adornado con aceitunas negras. Al acabar los dos platos principales le preguntó si tenía sitio para el postre.

—No, por favor. Muchas gracias, pero no me entra nada más. Un café y lista —sostuvo la guionista.

—Pues haremos una cosa —se levantó para hablar con el propietario del restaurante y pidió la cuenta—. Si te parece podemos tomar el café en otro sitio un poco más tranquilo.

Ella miró el reloj.

—Lo siento de verdad, pero dispongo de poco tiempo. Ahora mismo mi asistente estará maldiciéndome —dejó escapar una sonrisa.

—Dile que ha sido culpa.

Se levantaron y salieron del local.

—Voy a llevarte a un lugar al que creo que nunca has ido. Yo suelo ir una o dos veces al mes y a Theo le pasa lo mismo. Se ha enamorado del sitio y cada poco va a jugar al críquet —habló con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella lo miró desde el asiento con atención. Esa mañana se había afeitado y olía muy bien.

Tan pronto llegaron le explicó que estaban muy cerca del Regent's Park. Era una colina que Enrique VIII había comprado como coto de caza y que a partir del siglo XIX pasó a ser un espacio público. Actualmente se componía de varias terrazas de estilo victoriano desde las que se podía contemplar la ciudad londinense. La gente acudía allí para descansar sobre la hierba, merendar en una de las mesas que había dispuestas o tomar algo en las terrazas. Era una manera de descongestionarse del estrés londinense. Algunos fines de semana había niños vendiendo galletas caseras o zumo y con el dinero que reunían se iban de vacaciones con sus compañeros.

—A esta hora debería haber muy poca gente —explicó tras estacionar el coche en una calle cercana—. Nos encontraremos algunos turistas curiosos y poco más.

Las previsiones de Cooper fueron certeras. Había varias parejas achuchándose sobre la hierba, algunas madres paseando con sus bebés en los carritos y varios turistas con las cámaras de fotos colgadas del cuello. Él

decidió pedir dos cafés para llevar y se sentaron en el lugar más tranquilo de la colina, sobre su chaqueta.

—Qué maravilla —susurró ella después de llenar los pulmones de aire puro. Aquello era un remanso de paz.

—De noche es mucho mejor —aseguró.

—¿Has venido con Theo?

—Efectivamente —cerró los ojos para recordar la última vez que había estado allí por la noche—. Al fondo puedes contemplar las luces de la ciudad y sobre tu cabeza un manto de estrellas. Todo es silencio, salvo la estridulación de los grillos machos que, con su canto, intentan llamar la atención de las hembras y así aparearse con ellas.

—Qué sabia es la naturaleza —tomó un sorbo de café—, no como los humanos —negó con la cabeza y con varios dedos tiró con fuerza de la hierba.

—Nosotros también tenemos relaciones —bromeó.

—Me refería a que lo complicamos todo —cruzó las piernas para quedar frente a él y no de lado—. Fíjate. Hace unos años mi hermana se casó con Milton, no sé si lo conoces —él asintió. Habían tenido un encontronazo en la fiesta de los Miller—. Poco después se separaron, pero él sigue enamorado de ella y, puede que me equivoque, pero creo que ella sigue sintiendo algo por él, pero ahí están, tirándose los trastos cada vez que se ven.

—Conozco muchos casos como el de ellos.

—Luego está mi hermano —se llevó varios mechones de pelo hacia atrás antes de continuar—. ¿Te puedes creer que es un ludópata? —resopló un poco incómoda—. ¡Mi propio hermano! —negó con la cabeza. Esa noche no había conseguido conciliar el sueño—. Debe mucho dinero y no sé qué será de él.

—Por desgracia también conozco casos como el de él y sé que es difícil, porque, en cuanto están dentro no pueden parar de apostar. Apuestan, pierden y vuelven a apostar porque creen que así podrán recuperar el dinero que han perdido y lo único que logran es seguir acumulando deuda. Es un círculo vicioso.

—Lo sé. Hemos tenido varios casos y, como te imaginarás, ninguno acabó bien. Es muy peligroso —se llevó una mano a la frente. Estaba muy preocupada por Curtis—, y, para colmo de males, Yona ha regresado.

Él supo de quién hablaba. Lo había visto en la fiesta y sabía que era el padre de Daisy.

—Quiere conocer a su hija y que volvamos a intentarlo —dejó escapar un buen soplo de aire por la boca—, como si fuese tan fácil olvidar estos meses

en los que estuve sola. Ahora no me hace falta y a mi hija tampoco.

—No puedo hablar por ti y por lo que sientes por él, pero permíteme que diga algo a favor de él y es que ese tío es el padre de Daisy y tiene derecho a conocer a su hija. Mejor eso a que quiera compartir la custodia.

Ella agachó la cabeza.

—Supongo que tienes razón —hizo un gesto con la cara al tiempo que una sonrisa pugnaba por asomar en las comisuras de sus labios—. Sabes. Estamos a punto de cerrar un caso en el que falleció una familia completa en un incendio provocado.

Las fotografías que tenían colgadas en el laboratorio pasaron por su cabeza lentamente. La casa destrozada, los cuerpos carbonizados, entre ellos el de una niña que tendría la misma edad que Daisy. La afección del fuego había sido muy intensa por lo que habían tenido que contar con la colaboración del laboratorio de Antropología Forense. Las pruebas que habían ido recabando apuntaban a que el fuego había sido intencionado y tenían dos sospechosos. Uno era el hermano menor del hombre, que sufría de trastorno obsesivo-compulsivo. El chico estaba ofuscado con el fuego. Siempre llevaba consigo un mechero y cerillas, pero la noche del incendio, tenía una coartada, difícil de desmontar. Ella apostaba por el segundo sospecho. Un hombre de un pueblo vecino. Sus padres y hermana habían fallecido veinte años atrás de la misma manera y solo él se había salvado. Por aquel entonces no se había abierto una investigación, pero todo apuntaba a que había sido él el que provocó el incendio. De manera confidencial, los vecinos habían dicho que era pirómano y que se trataba de una persona muy introvertida, solitaria y bastante desagradable. Ella y sus compañeros se habían preguntado el porqué de esa acción. ¿Había sido aleatoria o premeditada? Lo descubriría a la mañana siguiente, cuando regresase al trabajo.

Cooper colocó una mano sobre la de ella.

—Estás cargada de energía negativa —se colocó frente a ella, con las piernas cruzadas—. Vamos a hacer unos ejercicios de relajación. ¿Conoces la postura del zapatero?

—Mi trabajo es así —contestó—, ¿zapatero?

—Respira hondo, mantén la respiración unos segundos y luego exhala — ambos tenían las plantas de los pies juntas.

Practicaron yoga durante unos minutos, hasta que el balón de un niño chocó con sus piernas. Entonces abrieron los ojos y sí, sentían los músculos más relajados. Holly estiró las piernas y lo miró con ternura.

—Disculpa que me haya desahogado contigo. Te estoy aburriendo hasta la saciedad.

—No recuerdo nada de lo que has estado hablando... —arrugó la frente y también estiró las piernas. ¿De verdad que tú sí te acuerdas?

—¡Venga ya! —lo empujó hacia un lado—. Gracias por tu paciencia. Que te escuchen y te entiendan es un placer muy infravalorado.

Agradecía esas horas de distracción.

—Paciencia me sobra. ¿Te recuerdo el trabajo que tengo?

Ambos rieron con ganas.

—Mis clientes más importantes son mujeres, a las que tengo que escuchar sin rechistar —con la lengua emitió un chasquido casi imperceptible—. No te imaginas la de veces que he estado a punto de coger un alfiler y clavárselo en la lengua. Luego recuerdo todo el dinero que se dejan en el taller y en las tiendas y me trago las ganas.

—¿De verdad piensas que las mujeres hablamos demasiado? —preguntó en un tono divertido.

—No solo hablar. ¿Sabes la de veces que he tenido que quitármelas de encima? Y no te estoy hablando de solteras, no. Mujeres casadas y algunas con hijos. ¿Es que han perdido la cabeza? —por suerte, a esas alturas tenía experiencia en dar esquinazo a las mujeres de ese tipo.

En ese instante Holly recordó que en la fiesta de los Miller alguien le había dicho que era gay y que era pareja de Theo, su socio. También pensó que era normal que se sintiesen atraídas por él. Lo tenía a un palmo de ella y lo veía atractivo, inteligente, divertido y buena persona. A ella le gustaba, se sentía atraída, pese a saber que nunca podría tener nada con él.

—Es fácil encapricharse de ti —reconoció. Fue un comentario espontáneo, de esos que salen de dentro sin pensar. Cooper tenía cierto encanto con las mujeres.

Jones era muy diferente de Theo. Este último tenía perilla, el pelo largo, a la altura de las orejas, solía llevar bastantes anillos en los dedos y un pendiente en la oreja izquierda.

Otro balón fue a parar junto a ellos. La guionista ojeó el reloj y se incorporó de un brinco.

—Tengo que irme. ¿Has visto la hora que es? Chloe va a matarme.

El sol se había metido y no se habían dado cuenta.

—Qué pena. Me encantaría seguir charlando contigo, pero entiendo que tienes a tu hija en casa y yo estoy trabajando en una nueva campaña

promocional —se disculpó después de sacudir la chaqueta.

—Sí, mi niña. Ya la echo de menos —reconoció cuando entraban en el coche para regresar a la ciudad. Su hija era la que conseguía arrancarle sonrisas cuando no quería reír, la hacía bailar e incluso cantar. Era su felicidad, su vida, su todo.

Cuando llegó a casa, un vehículo oscuro y con los cristales tintados estaba aparcado justo al lado de la entrada del palacio. Redujo la velocidad y esperó a accionar el mando a distancia del portal cuando estaba a pocos metros del mismo. Abrió la ventanilla, pero no pudo ver quién se encontraba en el interior. Estaba segura de haber visto ese automóvil más veces. No recordaba dónde pero sí de llamar su atención.

Tras comprobar que el portal se había cerrado a su paso, entró en la casa algo más tranquila. Daisy jugaba con Alison en el salón. Viendo la hora que era su abuela le había dicho a Chloe que podía irse a casa. Esa tarde había bordado un babero con el nombre de la niña y había dejado una hoja con el significado de su nombre en la mesa del despacho: “Daisy, de origen inglés, significa margarita. Su nombre derivaba de una flor que se abre de día y se cierra de noche. Suelen ser personas sensibles, cariñosas, perfeccionistas y muy exigentes consigo mismas“. Al leerlo no pudo más que dibujar una sonrisa. Todavía era muy pequeña para saber si predicción acertaba.

Reconoció que, en poco tiempo, su asistente le había cogido mucho cariño a la pequeña y su familia a ella.

Cada año, todas las firmas de moda importantes hacían sus campañas promocionales y “*Moore Jones*”, la marca de Theo y Cooper, también, aunque ese año iban algo retrasados. La agencia encargada de la campaña había estado buscando un local nocturno para hacer varias sesiones de fotografías y distintos videos. El local tenía que ser exclusivo, nuevo, innovador y vanguardista, y lo encontraron. Allí acudía solamente *la jet set londinense* siguiendo un riguroso *dress code*. Los publicistas hablaron con la propietaria y llegaron a un acuerdo y, para no molestar a los que allí trabajaban, las sesiones se harían por la mañana.

Durante los primeros días, el local, afincado en un elegante edificio de estilo victoriano totalmente reformado, estaba abarrotado de fotógrafos con cámaras en mano, sets de maquillaje, algunos accesorios que habían traído a mayores, iluminación y vestidos, muchos vestidos y trajes, tanto femeninos como masculinos. Habían contratado a varios modelos para las sesiones fotográficas, dos chicas y un chico. El color predominante de la mayoría de los salones era el rojo, ideal para resaltar los trajes y vestidos de la nueva colección. Enemigos reconocidos de la cosificación sexual, tanto los publicistas como los propios diseñadores, hicieron una gran campaña intentando escapar del estigma social y en la que tanto la figura de la mujer como la del hombre recibían un trato equitativo. Las poses eran sutiles, serenas, naturales y reposadas, sobre un diván rojo, viendo a través de una ventana, en la barra, tomando una copa.

Mark, el director del reportaje se fijó que había una serpiente encerrada en un terrario. Se trataba de una pitón real. Un ofidio no venenoso, de carácter tímido, cabeza pequeña y escamas en el vientre, de atractivos colores como el marrón, negro, crema, amarillo y blanco. En el momento que la observaba a través del cristal se acercó la propietaria del local. Vestía un mono negro en crepé y pedrería, con un escote prolongado en el que lucía un collar de perlas, espalda descubierta al completo y cinturón de pedrería y metal rojo.

—Precioso ejemplar —comentó el director al verla a su lado.

—¿También es amante de estos animales? —su voz era sensual.

—He de reconocer que no. Nunca me han gustado las serpientes, pero esta es espectacular. ¿Cuánto mide?

—Le faltan veinte centímetros para medir los dos metros —respondió la mujer, con una mano en la cintura.

Él asintió mientras pensaba que sería un buen tema para sus fotografías.

—¿Le digo lo que estoy pensando?

Ella lo miró con interés. Era la primera vez que hablaban en persona. El trato de la campaña lo habían cerrado por teléfono tras enviarle ella varias fotografías del local.

—Me preguntaba si podría utilizar su preciado reptil en unas cuantas fotografías. Le prometo que seremos muy breves —expuso con educación. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar aquella elegante mujer.

Ella se acercó al director y movió los labios de forma seductora.

—Eso no está contemplado en el contrato que ambas partes firmamos —espetó mientras enredaba, de manera coqueta, los dedos en el collar de perlas, presumiendo de su gusto sibarita.

Jones y Moore entraron en el salón en ese momento. Era costumbre de los diseñadores acudir a las sesiones fotográficas para poner su broche.

—Ah, bienvenidos, señores —los saludó Mark—. Les presento a la propietaria del club, la señorita Juliet Wade.

Ambos le tendieron la mano, sorprendidos. La habían visto en varias fiestas y conocían su pasado.

—Disertaba la señorita Wade que me gustaría hacer algunas fotografías de esta preciosa pitón con nuestras modelos. Creo que la campaña ganaría mucho —les comentó la proposición delante de ella.

—No habría ningún problema si no fuese porque Naga no va con nadie que no sea yo. Por si no lo sabe, estas serpientes son muy tímidas.

Mark chasqueó los dedos.

—Además —movió la cabeza hacia un lado—. Las pitones reales son serpientes constrictoras. Un hombre tan inteligente como usted debería saberlo —movió los brazos alrededor de la cintura—. Enrollan a la presa hasta matarla y, francamente, podría ser un problema, ¿no le parece?

—Por supuesto. Aquí lo hacemos todo siguiendo rigurosos protocolos de seguridad —anunció, muy seguro de sí mismo y echándole una ojeada de arriba abajo a la mujer; un examen visual que a ella la fascinó.

A su derecha estaban los diseñadores y a su izquierda la propietaria del local nocturno.

—¿Nos das unos minutos? —se dirigió a ella, señalándola con el dedo índice.

Cogió a los dos diseñadores, cada uno de un brazo, y se distanciaron unos metros para que la chica no escuchara la conversación.

—Me gustaría hacerles una propuesta. Ya sé que tenemos un contrato cerrado, no obstante, me gustaría añadir algo a mayores. A ver cómo lo ven.

Los dos estaban con ambas manos en los bolsillos de los pantalones. Lo miraron con atención.

—¿Qué les parece si cogemos ese pedazo de mujer —la señaló con la cabeza—, la vestimos con algunos de esos maravillosos trajes que ustedes confeccionan y le hacemos unas cuantas fotografías con el bicho rodeando su cuello? Creo que sería algo diferente y que captaría la atención de los compradores, no solo mujeres sino también de hombres.

Cooper tenía la frente fruncida. ¿Acaso no confiaba en el director que habían contratado o era que no veía a esa mujer defendiendo su marca de ropa? Theo fue el primero en opinar en voz alta.

—¿Crees de verdad que funcionará?

—Opino que no perdemos nada intentándolo —reveló.

La chica los observaba con una sonrisa en el rostro.

—Esta joven me da un poco de miedo. No sé si conocéis su pasado —meneó la cabeza—. Creo que, antes de hacer nada, deberías modificar el contrato que se firmó con ella para evitar futuros problemas —opinó Cooper.

—Caballeros —se acercó a los tres—. ¿No estaréis hablando de dinero? —juntó los voluptuosos labios de forma exquisita.

Ninguno respondió.

—Porque si es así, os anticipo que, en ese aspecto no debéis preocuparos. Lo haré gratis —dejó caer, después de cinco parpadeos interminables—. Será un favor que os hago —esto último lo recalcó con demasiado énfasis y su sonrisa escapate, de esas que se ensayan frente al espejo.

A ella le bastaba con que su imagen apareciese en la campaña publicitaria de los diseñadores, una firma de moda muy reconocida en Londres, de la que todo el mundo hablaba y de la que ella misma se había hecho con varias piezas de ropa exclusivas. Le era suficiente con que la gente que una vez le había dado la espalda, sintiese celos de saber que actualmente la vida le sonreía. Desde su salida de prisión, se había convertido en una mujer de negocios, una mujer envidiada, independiente, admirada y deseada por los hombres.

Los dos modistos dieron el visto bueno al director.

—Señorita —se colocó frente a ella y cogió sus manos—. Vamos a vestirla como si se tratase de una auténtica modelo —sus ojos la siguieron en sentido

descendente y luego ascendente—. De princesa pasará a ser, por unas horas, la reina. Acompañe a mi compañera —con una mano hizo que esta se acercase y le dio una orden directa.

—Dale la ropa de su talla y que la maquillen —se giró hacia Juliet.

—Después cogerá a su mascota y se acostará en aquel sofá —para que le quedase claro lo señaló con la mano—. Si tiene cualquier duda luego me pregunta.

Ella le guiñó un ojo y asintió. A continuación, acompañó a la chica que se encargaba del vestuario. Entretanto, Mark se acercó a la barra y pidió un whisky escocés. Uno de los que trabajaban en el reportaje había hecho un comentario sobre la chica, un tanto fuera de lugar. Lo había regañado, pero tomando el licor, recordarlo hizo sonriera. A él también le parecía que con esa tía había que poner doble condón.

Los dos diseñadores se quedaron en el mismo habitáculo discutiendo sobre lo que iban a hacer. Theo confiaba plenamente en el trabajo de Mark, pero Cooper no estaba tan convencido. Pensaba que esa mujer no movía un pie sin nada a cambio, alguna compensación económica o de otro tipo y, si había dicho que el dinero no era ningún problema, seguro que estaba pensando en alguna otra cosa. Ninguno de los dos eran clientes del club para caballeros. ¿Querría que se hiciesen socios?

—Creo que debemos darle un voto de confianza. Que haya estado presa no significa que no haya aprendido de los errores. Es posible que se haya reconstruido, que haya empezado de cero, incluso a lo mejor se ha arrepentido de lo que hizo en aquel entonces. Sabes que todos tenemos un pasado, mejor o peor. ¿Recuerdas cómo eras antes de coger unas tijeras en las manos y empezar a confección prendas de ropa? —reflexionó Theo.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Era un tío de lo más normal y gran admirador de mi abuelo, que descanse en paz.

—Y un inconformista. ¿No recuerdas aquella ocasión en la que entramos en aquel viejo taller de diseño y, sin querer, porque éramos dos críos, le prendimos fuego y tuvimos que salir pitando de allí antes de acabar chamuscados como los patrones, la ropa a medio confeccionar y los maniqués?

Jones se pasó una mano por la mandíbula. Recordar aquello hacía que se sintiese mal, una persona horrible. Nadie se había enterado de que habían sido ellos. Sería un secreto que se llevarían a la tumba. Recordaba que los vecinos del local se habían volcado con el propietario del obrador para apagar el

desgraciado incendio, con mangueras, garrafas y cubos llenos de agua, formando cadenas humanas, aunque aquello acabó reducido a cenizas, quedando en pie simplemente las paredes. Por aquel entonces le habían echado la culpa a un cortocircuito y nunca se hizo una investigación exhaustiva.

Entretanto hablaban, sin demasiada confidencialidad, pensando que estaban solos, Juliet escuchaba cuidadosa tras una puerta y grababa la conversación con el móvil. Le parecía muy interesante lo que estaban discutiendo. Seguro que, la información que había recabado, podría serle de utilidad, sino en ese momento, más adelante. Siempre habría el momento de usarla en su favor.

La actuación de Juliet había sido extraordinaria, incluso mejor que la de una de las modelos contratadas para la campaña. Los labios los había operado, implantando ácido hialurónico, se había retocado la nariz y los pechos, se había hecho un tratamiento purificante en la piel y un aumento de pómulos.

La sesión fotográfica había sido perfecta, mucho mejor de lo que se había imaginado el director del reportaje. En unas cuantas semanas aparecerían en las redes sociales, en anuncios publicitarios en los distintos medios de comunicación, en los carteles publicitarios en las entradas de las grandes ciudades y en las mejores revistas, tanto de moda como de cotilleo.

Según el veterinario, los cachorros de Chloe estaban a pocos días de poder ser separados de su madre. Habían comenzado con el destete y las crías empezaban a comer alimentos especiales para cachorros. A la chica le hacía muchísima ilusión regalarle un cachorrito a Daisy. Sabía que se iban a entender bien y ella estaría allí para entrenarlo y enseñarle a convivir con la familia. De lo contrario el perrito tendría que dormir fuera de casa.

María Antonieta hablaba mucho con ella y hacía que se sintiese mejor que en su propia casa. Juntas ojeaban revistas de moda, de tendencias a la hora de peinarse, de maquillaje. Le había regalado ropa que no usaba, tanto de ella como de sus nietas, y le había dicho que la ayudaría a cambiar su forma de vestir y su armario.

Una tarde que Holly tuvo que quedarse a trabajar más tiempo, la abuela le pidió que fuese a su dormitorio. Ya había echado la siesta y estaba sentada sobre una cama, de cuatro postes de caoba de finales del siglo XVIII con dosel de madera maciza y tapices de terciopelo rojo, que había compartido con su esposo y que a Chloe le recordó la de sus padres antes de fallecer. Era como las que aparecían en las películas, de estilo aristocrático, con el techo revestido en madera, chimenea, una alfombra de producción inglesa conocida como *Wilton* y las paredes cubiertas con papel pintado a mano. La única diferencia que había encontrado era que el dormitorio de doña Antonieta tenía un vestidor al lado, suponiendo que sería fruto de alguna reforma posterior.

—Siéntate aquí, a mi lado —con la mano le señaló el lado de la cama donde quería que se sentara.

La asistenta obedeció. Daisy dormía en su cama y se había llevado el *vigilabebés*, por si despertaba.

—Tiene un dormitorio precioso —opinó la joven tras sentarse a su lado y decirle que era similar al que tenían sus padres.

—Hablando de tu familia, ¿tu hermano sigue siendo tan déspota y tratándote de malas maneras?

Ella agachó la cabeza. Tenía las manos juntas sobre la falda, la cual alisó varias veces antes de responder.

—Desde que nos quedamos huérfanos no hace más que beber y beber y meterse en mi vida. Se pone terco y la toma conmigo —confesó. Tenía las

puntas de los dedos juntas.

—¿Sigue trabajando la señorita Harper en vuestra casa, como ama de llaves?

Chloe asintió. Esa mujer llevaba toda su vida con ellos. Los había cuidado y sentía un cariño especial hacia René, al que defendía delante de cualquiera. Su hermano podía cometer el error que fuese que siempre lo exculpaba, pero ella no. Nunca le había dicho algo bonito, algo que la animara, la hiciera sonreír y sentir bien. Siempre estaba seria, malhumorada.

—Supongo que echarás mucho de menos a tus padres —escudriñó el rostro de la joven. Se había entristecido—. Nunca supe de qué se habían muerto —le acarició una mano—. No es mi intención apenarte así que si no quieres contestar lo entenderé.

La asistenta elevó ligeramente la cabeza y alzó la vista a las alturas, clavándola en el techo. Sus progenitores habían fallecido el mismo día en un accidente de tráfico. Escondida en las escaleras, había escuchado al inspector que había llevado la investigación del accidente comentarle al ama de llaves que tenía ligeras sospechas de que el accidente no había sido fortuito sino provocado y que le olía a que alguien había manipulado los frenos del automóvil, pero las indagaciones quedaron en nada pues unos meses después el inspector falleció en un accidente muy parecido. La noche que habían sufrido el accidente iban a una fiesta benéfica. Era a finales de marzo y ambos estaban felices por poder asistir a la misma. Chloe recordaba la sonrisa de su madre antes de despedirse de ella y lo triste que se puso al conocer la noticia del fatídico accidente en un Roll Royce, uno de los mejores coches del mundo que no puedo repararse debido a los daños que sufrió.

—Lo siento mucho, querida Chloe —dijo la mujer mientras le pasaba una mano por el brazo que tenía más cerca—. Ha tenido que ser muy duro para los dos. ¿Qué edad teníais?

Ella le respondió que tenía quince y su hermano catorce.

—Erais unos niños —la miró con ternura.

Lo sabía. No tenían más familia que un tío soltero que ni siquiera se había presentado en el funeral así que fue la señorita Harper, el ama de llaves, la que se encargó de criarlos y administrar el dinero de sus padres hasta que cumplieron la mayoría de edad.

—Sí, recuerdo a tu tío, hermano de tu madre. Por aquel entonces era un joven extraño, muy poco hablador. ¿No sabéis nada de él?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo una amiga que trabaja en la comisaría. Podría preguntarle si sabe algo de ese hombre, eso si tú quieres, claro —se ofreció.

—Sería estupendo conocerlo y, de paso, preguntarle la razón por la que no vino al entierro de mis padres, aunque podría ser que también falleciese.

—No nos precipitemos con conjeturas. Ya te diré tan pronto hable con mi amiga y ella haga unas gestiones. Es una auténtica sabuesa —estaba convencida de que iba a averiguar algo—. Tu madre y mi nuera fueron grandes amigas, ¿lo sabías? —musitó, cambiando radicalmente de tema.

—No lo sabía —respondió sonriendo.

—Y ahora tú formas parte de esta familia —se levantó para entrar en el vestidor y habló desde allí—. Las vueltas que da la vida, ¿no te parece?

Esa afirmación la cogió por sorpresa. ¿Parte de la familia Taylor? Ella era una simple asistenta que cuidaba de la encantadora Daisy.

Desde el vestidor le pidió que entrase. Quería que se probase varios vestidos que deseaba regalarle y que hacía años que no se ponía. Uno de ellos era un vestido *midi* bicolor, de manga larga y cuello a la caja, en crepé con canesú en tul elástico. En la parte frontal de la falda llevaba una aplicación bordada. El otro era blanco y de silueta ceñida, falda de tubo, elástico, cuello de caja y en la parte delantera llevaba unos botones como detalles.

—Quiero regalártelos. A mí ya no me sirven y es una pena. Estaría feliz si te los viese puestos —afirmó la anciana. Los vestidos tendrían más de veinte años, y eran unos modelos que nunca pasaban de moda.

—Son preciosos, de verdad, pero no creo que sea merecedora de tal regalo, doña Antonieta. A Holly seguramente le quedarán perfectos y ella es su nieta. Tiene más derechos que yo.

—No digas tonterías —gesticuló con una mano, dando a entender que no estaba de acuerdo—. Sí, las dos gastáis la misma talla, pero mi nieta tiene mucha ropa y estos dos me hará ilusión que los tengas tú. Solo te faltaría un toque de maquillaje, un bonito recogido en el pelo, unos estilosos zapatos a juego con el bolso y lista para sorprender a todo aquel que se cruce contigo —le deshizo la coleta que llevaba y estiró el pelo con las manos.

—¡Ay, doña Antonieta! Qué cosas más bonitas me dice —dijo con un hilo de voz mientras se observaba en el espejo del dormitorio.

Estaba a punto de quitarse el segundo vestido cuando se presentó Curtis en el dormitorio de la abuela. Al verla, tan elegante, se quedó paralizado unos

segundos, observándola de arriba abajo. ¿Se trataba de la misma Chloe que usaba harapos en vez de ropa como las demás mujeres? No llevaba las gafas de pasta tan ridículas así que pudo ver sus ojos, de color miel. Abrió la boca de nuevo y luego volvió a cerrarla.

Ella, al sentir la mirada del varón sobre su físico se dio la vuelta y entró nuevamente en el vestidor. Sus mejillas ardían y las manos le temblaban. ¿Qué pensaría al verla con un vestido de su abuela? Se cubrió la cara con ambas manos. Pensaría que se está aprovechando de la buena mujer.

—¿Querías algo, Curtis? —le preguntó al verlo estático.

—Ah, sí. Estaba en busca de Holly y creí que podría estar aquí. Necesito hablar con ella con urgencia —llevaba la camisa por fuera del pantalón y unas zapatillas de cuero marino.

—Ha tenido que quedarse unas cuantas horas más en el trabajo, aunque me imagino que no tardará mucho —explicó tras comprobar la hora en el reloj.

Él asintió y volvió a mirar hacia el vestidor. Esperaba volver a ver la chica, descalza y con el pelo suelto, pero esta no salió así que abandonó la habitación de la abuela para esperar a su hermana en el despacho de esta.

Holly llegó más tarde de lo que habría querido. El problema era que dos compañeros se habían ausentado. Una por su maternidad y el otro porque estaba haciendo un curso y no podía acudir a su puesto de trabajo. María Antonieta estaba en la cocina dándole la cena a su nieta. La abuela jugaba con la cuchara antes de metérsela en la boca a la pequeña.

—Siento mucho la tardanza —les dio a ambas un beso en la coronilla—. Supongo que Chloe ya se ha ido.

Su abuela le comentó que la muchacha no quería irse a su casa sin haber llegado la madre de la niña, pero ella, más que convencerla, la obligó.

—Pobrecita, es tan buena chica que me da cosa pedirle que se quede más tiempo.

—Hoy le he regalado dos vestidos y estaba preciosa. Fíjate que incluso tu hermano la miró con esos ojitos —agrandó los suyos para simular cómo los había puesto el nieto—, como si se quedase sorprendido de verla tan guapa, vamos, que no dijo ni pio.

—Curtis, ¿sin habla?

Las dos se rieron sin disimulo.

—Por cierto, te estaba buscando y parecía importante, al menos para él.

—Pues hoy no estoy para tonterías. No te imaginas el día que he tenido.

—Por tu cara de cansancio me hago a la idea de que ha sido de mucho trabajo —acarició su barbilla—. Ve a darte una ducha que yo subiré a Daisy en cuanto termine de darle la cena.

—Tranquila, abuela. Yo acabaré.

—No, querida, ve a darte ese baño. Te vendrá de maravilla —insistió la mujer.

—Por cierto, abuela. He visto un coche estacionado en la entrada, de color oscuro y con los cristales tintados y me ha parecido raro —manifestó, aunque sin comentarle que no era la primera vez que lo detectaba cerca de la casa.

—Pues no sé, querida. Supongo que será alguno de esos turistas curiosos que desean ver el palacio más de cerca.

Holly sabía que no estaba relacionado con nada de lo que le había dicho, pero, para no preocuparla, no insistió ni le comentó que lo había visto otras veces. ¿Quién demonios era y cuáles eran las razones para estar allí en distintos días?

Al subir a la planta de arriba descubrió a Curtis sentado en el sillón de su despacho. Sobre la mesa tenía un vaso con los restos de un whisky. Al levantar la copa vio que la misma había dejado una marca circular del licor en la madera, algo que ella siempre había odiado dado que respetaba demasiado los muebles de sus antecesores. Lo miró con desaprobación y cara de pocos amigos.

—Lo siento, mandaré a alguien para que lo limpie —se disculpó tan pronto vio la cara que tenía de estar enfadada.

Ese comentario acababa de avivar su mal genio.

—Y qué tal si, en lugar de mandar a una persona a que limpie lo que has manchado lo haces tú mismo —lo miró con ojos de centella.

—¡Qué dices! Para eso tenemos al personal de servicio.

Holly dejó escapar aire por la boca.

—Me ha dicho la abuela que querías hablar conmigo.

—Sí —se volvió a sentar en el sillón de la hermana.

La gata ronroneaba al lado de las piernas de la guionista.

—Necesito dinero.

—Tienes tu propia cuenta, Curtis —fue su pronta respuesta.

—No —con las yemas de los dedos frotó los párpados de los ojos—. Necesito más dinero del que dispongo en mi cuenta y tiene que ser inmediatamente.

La hermana colocó los brazos en jarras. ¿Más de lo que había retirado de la cuenta que tenían los tres en común?

—Lo siento, pero no puede ser.

—No te lo pediría si no fuese para algo importante. Por favor, será la última vez que te pida dinero.

—¿Para qué es el dinero? ¿Vas a jugar otra vez?

—En esta ocasión no es para eso, te lo juro.

Holly le preguntó cómo tenía pensado devolverlo, tanto este dinero, en caso de que se lo prestase, como el que había transferido en su nombre y sin su permiso de la cuenta de los tres hermanos y él respondió que tenía entre manos un negocio y que pronto empezaría a dar beneficios. Ella recordó que ese mismo cuento lo había repetido otras veces, ya no confiaba en su palabra.

—Lo siento, Curtis, pero no te prestaré ni una libra más. Búscate un trabajo para devolver el dinero que debes, no solo a tu familia sino a otras personas que lo están reclamando.

—Ten un poco de compasión.

—No.

—¿Vas a dejarme tirado? Soy tu hermano, sangre de tu sangre —le lanzó una mirada siniestra.

—Nadie de la familia te va a prestar ese dinero. Te he avisado muchas veces y tú nunca me has hecho caso, te crees que la vida es un juego, nunca mejor dicho, y no es así. Deberías pasar veinticuatro horas en mi trabajo y solo así empezarías a valorar lo realmente importante.

El hermano la miraba con los ojos dominados por la ira.

—No vuelvas a dirigirme la palabra —la señaló con un dedo cuando salió del despacho.

Entró en su dormitorio hecho una furia. ¿De qué otra manera podía conseguir el dinero?

Unos minutos después de la discusión con el hermano, Alison entró en su habitación. Esa tarde había ido a la peluquería y se había clareado un poco más el cabello.

—Te traigo una magnífica noticia, querida hermanita —anunció. Mascaba chicle y se había apoyado a la jamba de la puerta.

Holly acababa de salir de la ducha. Llevaba una toalla en forma de turbante sobre el cabello.

—¡Este sábado nos vamos de concierto! —la informó, sacando tres

entradas del bolsillo del pantalón para enseñárselas.

—Necesito descansar, necesito tiempo para mí —respondió, sin prestarle atención.

—No te preocupes. Descansas el domingo.

—¿De quién es el concierto para que estés tan eufónica?

Alison la miró como si fuese una extraterrestre.

—¿Es que no ves la tele ni lees las revistas? Es de Juan Ignacio. Su hermana me ha dado las entradas para los tres.

—Ahórrate la de Curtis —retiró la toalla del pelo y lo sacudió. Todavía estaba húmedo—, pero se la podemos dar a Chloe. Seguro que la disfrutará mucho más que nuestro hermano.

—¡No me digas que vas a ir con esa! ¿De verdad no te avergüenza estar cerca de una persona con tan poca clase?

—Ahora viste mejor y, no. No me avergüenza, en absoluto, y me irrita mucho que hables de esa manera de ella sin conocer su historia. Te recuerdo que nadie es perfecto —afirmó, sin disimular la rabia que tenía sus palabras.

Alison era un hueso duro de roer. ¿Acaso no tenía sentimientos?

—Querida. La mona, aunque se vista de seda, mona de seda.

Exasperada, arrancó las entradas de la mano de Alison y las escudriñó detenidamente.

—Se lo comentaré, a ver si quieres acompañarnos. La pobre chica necesita sociabilizarse y algo de diversión.

—Si quiere distracción que vaya a un zoológico —mascó el chicle con la boca abierta—. Es posible que la confundan con algún animal de allí.

—¡Alison! —gritó, muy irritada—. ¿Por qué eres tan... —meneó la cabeza, buscando el adjetivo idóneo que la calificara—, tan insensible?

—Para inocente ya te tenemos a ti en la familia —asíó el pomo de la puerta y se fue.

Después de darle vueltas y más vueltas en la cabeza al tema de Chloe, a la mañana siguiente, María Antonieta madrugó y pidió a Roger, el chofer de la familia, que la llevase a la comisaría dónde, si no recordaba mal, seguía trabajando su amiga Keira Morrison, con la que quería hablar sobre varios asuntos, dos de ellos relacionados con la asistente de Holly.

Keira tenía la puerta del despacho abierta y tomaba un café cuando vio llegar a su amiga. Dejó la taza sobre la mesa y acudió a recibirla.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Antonieta! —musitó la mujer mientras le daba un abrazo.

Los compañeros de la comisaría miraron extrañados la reacción de su jefa. No solía ser una persona cercana con los demás y no acostumbraba recibir muchas visitas, más bien lo contrario.

—¿Ha pasado algo para que vengas aquí y no me hayas llamado por teléfono?

Antonieta la tranquilizó diciéndole que su familia estaba bien, aunque sospechaba que su nieto Curtis, volvía a tener problemas económicos y que había vuelto al juego.

—Ambos sabemos lo difícil que es salir de ese mundillo.

—Mis nietas no me dicen nada, especialmente Holly, ya la conoces, siempre tan discreta. Lo hacen para no preocuparme, pero las he escuchado hablar y discutir sobre este tema —colocó el bolso debajo del brazo—, creo que era sobre dinero y, a decir verdad, me siento impotente al no saber cómo ayudar. Alison es cómo es. Va a lo suyo y nunca se para a pensar en los problemas que tienen los que están a su alrededor.

—Tengo la ligera impresión de que tu nieto menor necesita un escarmiento.

—¿Uno más grande? —preguntó, con su medida habitual—. Sigue siendo un flojo.

—Ese último no le sirvió de nada —le indicó el asiento y cerró la puerta para tener más confidencialidad—. Podrías contratar a un detective para que te ponga al corriente de todo lo que hace y debe. Yo puedo recomendarte a uno. Es caro pero muy bueno.

—Cuando mi hijo y mi nuera fallecieron, prometí proteger a mis nietos y

siento que les estoy fallando —dijo con un hilo de voz.

—De eso nada. Curtis es un chaval que se ha dejado llevar por ciertas personas con una reputación muy cuestionable. No es culpa tuya ni de sus padres que se haya dejado enredar. Algunos chicos son así —elevó los hombros—, y por mucho que se les aconseje y diga, siempre harán caso a esas amistades y no a las personas que se preocupan por ellos.

Keira no estaba casada, no tenía hijos, pero sí sobrinos. El hijo de su hermano era un caso insalvable. Se había casado, tenía dos hijos y era consumidor de heroína desde los dieciséis años. Nadie había caído en cuenta hasta que sus hijos cumplieron la mayoría de edad y la dependencia empezó a ser muy evidente. Actualmente no tenía una familia que se preocupara por él, vivía en un centro para dependientes y nadie lo visitaba.

—Estudiaré eso que me has dicho de contratar a un detective.

—Hazlo, Antonieta —buscó la tarjeta en uno de los cajones del escritorio y se la entregó.

La mujer, de rasgos africanos, la observó con curiosidad.

—Hay algo más ¿verdad? —se conocían desde hacía muchos años y no podía engañarla.

La visitante asintió con la cabeza y le explicó los otros dos motivos por los que había acudido a ella. Después de unos minutos escuchándola, la policía dio su opinión.

—En cuanto al familiar ausente de esa chica te recomendaría que, si contratas al detective que te mencioné, le encargues el trabajo. Nadie mejor que él para localizar a personas desaparecidas. Obviamente la investigación que ese hombre haga tendrás que abonarla. De lo otro, puedo echar una ojeada al expediente, si es que todavía existe.

—Por supuesto. Espero que no sean demasiadas molestias para ti, pero he de decirte que esa chica es una joven muy especial. Lleva un tiempo trabajando en casa, cuidando de la niña de Holly y se merece respuestas. Vive con su hermano, un joven que no se cansa de repetir que es una donnadie, y el ama de llaves, una mujer que jamás le ha dicho una palabra bonita. No sé, pero tengo la impresión de que hay algo por atrás que los dos hermanos no saben —cuestionó—. ¿Te imaginas crecer en un ambiente así?

Su amiga entendía sus palabras, su preocupación. Esa mujer había sufrido demasiado al morir su hijo y su nuera, teniéndose que hacer cargo de los tres nietos y del negocio que tenía la familia.

—¿Sabes que Juliet ha salido de prisión? —interpeló, cambiando el tema de conversación—. Le han concedido el tercer grado por buena conducta y el bajo grado de reincidencia.

—Sí, se lo he escuchado decir a mis nietas.

—¿Crees que sigue en contacto con Curtis? —continuó escarbando.

Todo el condado de Kent conocía la relación de estos dos, incluso María Antonieta, pese a que sus nietas, especialmente Holly, habían intentado ocultarle la verdad.

—Cuando lo comentaron él estaba presente, aunque en aquel instante hizo como si no estuviese al tanto, pero, conociéndola, es muy posible que se haya puesto en contacto con él. Al ingresar en prisión sé que mi nieto la fue a visitar en varias ocasiones, aunque, según he escuchado, las visitas se fueron distanciando hasta tal punto que no volvió.

—Ten por seguro que lo ha buscado. No sé de dónde ha sacado el dinero porque no proviene de una familia precisamente adinerada y sé que tiene varios hermanos más jóvenes que ella que están estudiando en la universidad. Solo puedo decirte que ha comprado un club para caballeros —miró la reacción de su amiga—, ya sabes, de esos que son exclusivamente para hombres. Uno de los más prestigiosos de la zona. Lo ha reformado casi por completo.

Ella lo sabía porque lo había leído en varias revistas.

—¿Tanto dinero se gana en la cárcel? —preguntó la visitante.

—¿Estás de broma? En la cárcel no se gana dinero y mi sexto sentido me dice que el origen de esas libras no es lícito —con las puntas de los dedos tamborileó sobre la madera.

Siempre había sido una mujer muy poco femenina. Lo único que la diferenciaba de los hombres era el gran tamaño de sus pechos. Por el resto era muy delgada, llevaba el pelo corto y peinado hacia atrás, no tenía pendientes en las orejas y usaba calzado bajo.

—Sabes —se levantó para irse—. Prefiero no estar informada de eso, pero si ves algo extraño y que pueda afectar a los míos, ya sabes dónde encontrarme —Morrison asintió—. En cuanto a lo otro que hablamos, es algo que no corre prisa así que con calma —le tendió una mano—, que nos conocemos de sobra.

María Antonieta le había dicho eso porque sabía que, en cuanto se fuese de la comisaría, su amiga se pondría frente al ordenador a buscar información

relacionada con el accidente o se acercaría al archivo para buscar el expediente físico. Era una persona pertinaz y muy respetada por todos los que allí trabajaban y conocida como “*La Sherlock Londinense*”.

—Por cierto, Keira. ¿Recuerdas el robo que se produjo en casa de los Miller?

La jefa de policía respondió con una breve inclinación de la cabeza.

—¿Habéis detenido al culpable o los culpables? El otro día, tomando el té, me crucé con Catalina, pero se me olvidó preguntarle. Ya no sé dónde tengo la cabeza, supongo que será la edad.

—La investigación la llevan otros compañeros. Solo puedo decirte, porque eres tú, que tienen varias pistas por lo que confío que muy pronto detendrán a los culpables. Últimamente se están produciendo muchos robos en casas de gente adinerada que incluso cuentan con medidas de seguridad. Andad con mucho cuidado. Hoy en día nadie está a salvo.

—Cierto. Con solo pensarlo se me eriza la piel —se estremeció varias veces—. Gracias por tu tiempo.

Con la mano en la manilla, muy desgastada por el uso, se giró para hacerle una última pregunta.

—Te invitaría a tomar algo fuera de aquí, pero sé que tienes mucho trabajo —echó un vistazo a su mesa. Apenas dos carpetas y algunos folios sueltos—. ¿Ya tienes fecha para tu jubilación?

—¡A santo de qué viene esa pregunta ahora! Sabes, de sobra, que no me jubilaré nunca. Mi vida es este trabajo y mi trabajo es mi vida —Antonieta sonrió con dulzura.

En caso de jubilarse, Keira no podría vivir apartada de la comisaría ni un solo día. Llevaba trabajando casi cincuenta años de los setenta que tenía. Le habían propuesto el retiro multitud de veces, pero ella siempre se había negado alegando que estaba bien y con todas las facultades para seguir desempeñando el trabajo de su vida. Para ella ser policía era servir y proteger a los ciudadanos londinenses y a los turistas, ayudar a que la convivencia fuese un poco mejor.

Regresó del trabajo a su hora y volvió a ver el automóvil oscuro aparcado al lado de la entrada. Se armó de valor y bajó del coche, dejando la puerta abierta y el motor encendido, por si tenía que correr hacia él. Debía averiguar de quién se trataba y qué intenciones tenía, pero al ver que se acercaba, el vehículo arrancó, bajando la ventanilla unos centímetros, no los suficientes como para que Holly pudiese vislumbrar el rostro de la o las personas que estaban en el interior. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

En el interior de la finca había un coche que no reconocía. ¿Tenían visita? Estaba agotada y con pocas ganas de mantener una conversación por lo que, fuese quién fuese, ya lo atenderían los demás de la casa. Ella necesitaba descansar y pasar tiempo con su niña. A veces pensaba que, con el poco tiempo que estaba en casa con ella, cualquier día la rechazaría.

La abuela había estado pendiente de su llegada y la recibió en la puerta principal.

—Hola, abuela —le dio dos besos, y la notó inquieta, como si algo no fuese bien—. ¿Ha pasado algo?

Dio varios pasos hacia la entrada y la mujer tiró de su brazo hacia atrás.

—Hola, querida. Será mejor que hablemos antes de que entres al interior.

—¿Daisy está bien? ¿No está con Chloe?

—La niña está estupenda, y Chloe también —se puso frente a la nieta, mirando sus ojos color avellana.

Holly la esquivó y entró en la casa. Desde el salón donde se recibían las visitas llegaban voces. Pudo distinguir la de Alison, las carcajadas de su pequeña y la de un hombre que no era su hermano, aunque le era familiar. Echó la vista hacia atrás para ver a su abuela.

—Lo siento, querida. He intentado evitarlo y Chloe también, pero tu hermana se nos adelantó.

Entró en el salón y vio a Yona con la niña en brazos y a Alison sentada a su lado. Chloe estaba de pie, junto al ventanal que daba a la parte trasera de la casa; de ahí que no se enterase de la llegada de ella.

—¡Hola, Holly! —la saludó el músico.

Al verla parada en la puerta, la hermana se levantó del sofá. Chloe se había

tapado la boca con una mano. Sabía que la presencia de su ex le iba a parecer mal, sobre todo porque estaba con la niña sin su permiso.

—¡Qué haces en mi casa y con mi hija!

—Querida. También es hija de él —intervino Alison que, al ver la reacción de la abuela y su hermana, decidió abandonar la estancia.

El roquero dejó a Daisy en la silla y le dio un beso en la cabeza.

—Me la llevo al jardín —terció la niñera tras ver las caras de todos los que estaban en el salón.

En cuanto estuviese a solas con la madre de la niña le explicaría que había intentado evitar el encuentro, pero su hermana le había arrancado a Daisy de los brazos, diciéndole que ella allí no pintaba nada y que la niña tenía todo el derecho de conocer a su progenitor, lo quisiera Holly o no.

Holly dejó el bolso y el maletín sobre uno de los sillones orejeros del salón. La abuela fue tras Chloe y la nieta, por lo que se quedaron a solas.

—Está enorme para el tiempo que tiene y es muy graciosa.

—¿Cuánto tiempo tiene? ¿Lo sabes? ¿Sabes su fecha de nacimiento?

—No —como era de costumbre, volvió a meter las manos en los bolsillos—. Tú nunca te pusiste en contacto conmigo para comunicármelo —alegó.

—Te recuerdo que yo no fui la que se largó, la que decidió otra vida lejos, muy lejos.

—Vuelvo a repetirte que lo siento. No sabes lo que me hubiera gustado estar en el alumbramiento —cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra—. Compartir esos instantes de felicidad contigo —se acercó a ella y la tomó de las manos—. Todavía estamos a tiempo de formar una familia, los tres —su mirada transmitía ilusión—. Podríamos comprar una casa.

Holly soltó las manos de las suyas pese a que esa sensación le gustaba. La recordaba de antes, cuando salían a pasear o simplemente se sentaban en el sofá con las manos agarradas. Para ella era un símbolo de amor, un vínculo que Yona había roto al desaparecer de su vida.

—Todo eso es muy bonito y suena fantásticamente bien, pero tú no estás hecho ni preparado para afrontar una situación de esa índole.

Volvió a cogerla de las manos, esta vez un poco más cerca.

—Dame la oportunidad de demostrártelo. He hablado con un primo mío que trabaja en una inmobiliaria y le he encargado que me busque una casa de planta baja, de cuatro dormitorios, dos baños, cocina, un buen salón con chimenea y jardín, con el césped bien cortado —detalló.

Hablaba como si la estuviese viendo delante.

— ¿Cuatro habitaciones? Supongo que alguna de ellas será para recibir a tus amantes — pese a ver la ilusión en los ojos del hombre, no podía dejar de pensar que la había dejado por dos razones: la música y otra mujer, u otras.

Se miraron a los ojos. Ella quiso soltarse, pero el padre de su hija la asió con más fuerza.

—¿No vas a perdonarme nunca? —con la punta de los dedos acarició los de ella—. Intento ser amable contigo y sabes que mi única intención es recuperar el tiempo que estuvimos separados.

—Vale. Imagínate que acepto y nos vamos a vivir juntos. ¿Qué pasará cuando te tengas que ir?

—No pienses en eso ahora y vivamos el presente. Yo te quiero, Holly, y sé que tú me quieres a mí —la abrazó y le habló al oído—. He echado tanto de menos estos abrazos, el calor de tu cuerpo, la ternura de tus labios —frotó la barbilla contra la sien de la chica.

En ese instante, estando a punto de besarla, ella recordó algo.

—No te estás esforzando demasiado —tiró de él hacia atrás, separándolo de su cuerpo—, dado que esas palabras, que tan bien suenan, no han salido de tu corazón —meneó la cabeza—, y lo sabes muy bien.

Los dos eran conscientes de que formaban parte de la letra de una de sus canciones.

—Cierto, pero ese tema lo escribí pensando en ti, en lo mucho que te añoraba y lo importante que eras para mí —se defendió.

—Has tardado en venir a decírmelo —se alejó de él para que no volviera a tomarla de las manos. No sabía cuánto tiempo más lograría esquivarlo—. Estoy muy cansada, Yona.

—He estado pensando que los tres podríamos ir al parque y comer por allí. Yo encargaría la comida. ¿Qué te parece la idea? Además, tenía pensado comprarle una bici a la niña.

—Daisy tiene de todo, gracias.

—¿Quizás un poni? He leído que ayuda a los niños a ser más responsables, por no mencionar que mejora el equilibrio, la coordinación motriz y la concentración, eso sin contar que fomenta el amor por la naturaleza —explicó.

—Escucha —lo miró a los ojos—. No hace falta que le compres nada para limpiar tu mala conciencia y, en cuanto a lo del picnic, dame unos días y lo estudiaré —el roquero estaba a punto de protestar, pero ella habló primero—.

No puedes pretender que de un día para el otro acepte tu regreso como si no hubiese sucedido nada. Ahora mismo soy feliz así, con lo que tengo, y no nos falta nada —además de que Chloe le había prometido un cachorro para la niña.

—De acuerdo —levantó el pulgar—. Si necesitas tiempo, te daré todo el que haga falta y con ello te demostraré que sois lo único importante ahora mismo en mi vida.

—Con respecto a Daisy, te pediría que la próxima vez que quieras verla, me lo comuniqués antes —la niña era única y exclusivamente su responsabilidad puesto que hasta ahora no le había importado nada ni se había preocupado por su hija. Si quería verla, pasar tiempo con ella y conocerla, debía ser bajo el consentimiento de la madre y, mientras fuese pequeña, siempre con la presencia de Chloe, su asistente.

Él volvió a introducir las manos en los bolsillos y asintió. Holly siempre había sido muy cabezota y, después de lo ocurrido, era normal que actuase de esa manera. La confianza se había quebrantado y, aunque no había sido mucho tiempo el que habían estado separados, sí el suficiente como para que ella estuviese resentida. Pese a todo, no iba a tirar la toalla. Lucharía por la mujer de su vida y por la hija que tenían juntos.

Esa tarde, más que nunca, tenía ganas de llegar a casa para cuidar de sus cachorros. Disfrutaba de su trabajo, gozaba cuidando de Daisy y atendiendo los asuntos administrativos de la familia, pero el incidente de esa tarde con el padre de la niña, la había hecho sentir mal. Holly había insistido en que ella no tenía culpa, que había sido idea de su alocada hermana pero no podía dejar de pensar en ello y sentirse culpable. Si se hubiese mantenido más firme y le hubiese dicho un rotundo no, Holly no habría tenido que enfrentarse a él, aunque aquel joven, de aspecto roquero, era el padre de la niña y en ningún momento habían hablado si se le permitía visitar a la pequeña. Todo parecía una encrucijada.

Aparcó el coche y fue directa a la habitación donde estaba su perra Mika, y los cachorritos que, al verla, se echaron a correr hacia ella con una sonrisa en sus caras perrunas. Le fascinaba verlos correr y jadear por los jardines y jugar con la madre. Juegos en los que ella también participaba, dándole igual si manchaba la ropa de hierba y tierra.

Cuando entró en la casa, su hermano, como de costumbre, estaba sentado en su sillón orejero. Al verla la llamó por su nombre. Al parecer tenía ganas de charla.

—¿Crees que una mujer con tu apellido necesita trabajar fuera?

Se levantó para darle más trascendencia a la conversación que deseaba tener con ella y, de paso, intimidarla dado que le pasaba unos centímetros.

—Me han comentado que tu función en esa casa es de niñera. ¡Vergüenza ajena es lo que siento en este momento! —los ojos le brillaban.

Chloe había dejado caer la cabeza y miraba el suelo; justamente lo que René andaba buscando.

—¡Qué crees que pensará la gente de nuestra familia! —insistió, dando pasos alrededor de ella.

Recordó las conversaciones que había tenido con doña Antonieta, sus consejos a la hora de enfrentarse a su hermano. Tomó aire por la nariz y lo expulsó lentamente.

—Lo que haga con mi vida es asunto mío y tú no tienes ningún derecho a decirme qué puedo hacer y qué no, así como yo no me meto en tus cosas. Estoy

harta de tus nimiedades y de que me trates como basura —su rostro había enrojecido.

René la examinó detenidamente. ¿Dónde estaba su retraída hermana? Desde que se relacionaba con esa familia, le había perdido el respeto.

Chloe quería decirle muchas cosas, pero se abstuvo por lástima. Al salir del salón se encontró de bruces con el ama de llaves, que la asustó con su mirada impávida.

—Buenas noches, señorita Harper.

La mujer, como siempre tan poco habladora, asintió con un simple movimiento de párpados.

La chica entró en el dormitorio para darse una ducha y cambiarse de ropa y después estuvo charlando por teléfono con el capataz de la familia Taylor. El sábado por la tarde empezaría con las primeras clases de montar, algo que le hacía especial ilusión.

Estaba a punto de bajar para cenar algo ligero cuando escuchó las voces de siempre, esas que llevaban años atormentándola. Pronunciaban su nombre de tal forma que hacían que se estremeciese. Lástima que en aquel instante no estaba en cama para cubrirse la cabeza con la sábana. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Escuchaba alucinaciones?

Como en otras ocasiones salió corriendo al pasillo y a pocos centímetros de la puerta halló una cruz pintada en el suelo con lo que, a primera vista le pareció sangre. El grito que salió de su garganta fue descomunal. Esperaba que su hermano saliera en su ayuda, pero no fue así. René no apareció, y la señora Harper, tampoco. Bajó las escaleras de dos en dos hasta el salón. Él seguía allí, inmóvil, en la misma butaca.

—René ¿has escuchado esas voces? —susurró, despavorida—, y la sangre... —la voz le salía entrecortada—. Había un charco de sangre delante de mi puerta en forma de cruz.

El hermano no se molestó en prestarle atención. Tenía los codos en los brazos del asiento y las yemas de los dedos bajo la barbilla.

—¿Me estás escuchando? Si no me crees sube conmigo y lo compruebas por ti mismo —propuso.

Él meneó la cabeza con fastidio, bebió otro trago de whisky y le indicó con la mano que lo condujese hasta el supuesto charco. Cuando llegaron a su puerta, no vieron absolutamente nada. El suelo estaba limpio y no había rastro de sangre, ni siquiera su olor.

—Estás loca, aquí no hay nada de nada. No sé cómo esa familia puede confiar en ti si ves cosas donde no las hay —la tomó de un brazo y le abrió la puerta de su dormitorio—. Como bien dice la señora Harper, lo mejor para ti sería que te viese un especialista.

—No estoy loca. Sé perfectamente lo que vi y ahí —señaló con la mano derecha—, había una mancha en forma de cruz. No me lo estoy imaginando ni inventando.

—Le diré a la señora Harper que te traiga la cena y un tranquilizante, para que puedas dormir tranquila. Entretanto descansa.

—No quiero relajarme ni quiero pastillas. Por favor, déjame a solas —le pidió, invitándolo a salir de su cuarto.

Tan pronto estuvo a solas volvió a la puerta y se puso de rodillas para tocar el suelo con las yemas de los dedos y luego acercó la nariz. Estaba húmedo y olía a desinfectante. Apoyó la espalda a la pared del pasillo y estiró las piernas hacia adelante. No estaba loca. Justo en aquella zona había visto la sangre y, aunque su hermano lo negase, alguien se había encargado de limpiarla antes de que los dos subiesen para comprobarlo. Si no había sido René, ¿quién quería hacerla pasar por una persona desequilibrada y por qué?

Curtis vio el coche de Chloe aparcado en la plaza de siempre y le extrañó. Los sábados no trabajaba, salvo que su hermana tuviese un evento y no tuviese con quién dejar a Daisy. Esa noche, mientras pensaba de dónde iba a sacar el dinero que debía, se acordó de ella. La buscó por la casa pero no estaba y, cuando se disponía a entrar en su coche vio que la joven accedía a los establos. Iba vestida con un pantalón estampado ajustado a las piernas y una blusa floja de color blanco. En ese instante pensó que la muchacha tenía muy poco estilo y escaso gusto para vestir. Al acercarse vio que estaba acariciando uno de los caballos de la familia. Ella provenía de una familia de alta cuna, tan alta casi como la suya, y se rumoreaba que los padres habían dejado, a los dos hermanos, un enorme legado. Tal vez, si hablaba con ella y se mostraba tierno, cercano y comprensivo, le prestase el dinero que le hacía falta para cancelar parte de su deuda.

La saludó con una sonrisa fingida en el rostro e insinuó, para ganarse su confianza, que esa tarde estaba muy guapa. A continuación le preguntó cuál era la razón por la que estaba allí teniendo en cuenta que era su día libre y ella le explicó que había quedado con Jacob para montar a caballo.

—Vaya, iba a invitarte a salir, aunque veo que ya tienes otros planes — mintió, aprovechando la coyuntura del momento.

—Muchas gracias, señor Taylor, pero tendrá que ser en otro momento — añadió la joven con énfasis. Se había puesto muy colorada y se sentía incómoda.

—Tutéame, por favor. Eso de señor Taylor suena a muy mayor.

Ella lo miró con timidez.

Curtis hizo como si se fuese, pero dio dos pasos hacia atrás y volvió a dirigirse a ella.

—Quería pedirte algo, pero me da cierto reparo —agachó la cabeza, simulando sentir vergüenza.

—Puede... —calló unos segundos para corregirse—. Puedes decirme, sin problema.

—Se trata de un amigo —mudó el semblante de la cara para parecer más convincente—. Necesita dinero para una intervención.

Ella asintió.

—De su madre, sí —iba improvisando a medida que le surgían las ideas—. Yo le he prestado casi todos mis ahorros, pero lamentablemente no le llega y me preguntaba si querrías colaborar en esta buena acción. Él me ha prometido que lo devolverá lo más pronto posible.

Curtis se puso frente a ella y le agarró los brazos.

—Puedes confiar en mí. Sabes que no te pediría esto si no fuese porque es algo de vida o muerte. ¿Puedes ayudarnos?

—De cuánto dinero estamos hablando.

Él le respondió que necesitaba sobre diez mil libras.

—De acuerdo, el lunes me acercaré al banco y retiraré el dinero para tu amigo. Dile que esté tranquilo, y su madre también.

—Sí, claro. Su madre se alegrará mucho —exclamó sin mirarla a los ojos. Su atención se centró lejos de la conversación y de la persona con la que hasta ese momento estaba charlando. Posiblemente ya estaba pensando en el siguiente paso que iba a dar—. Estupendo, genial —dijo, lleno de alborozo.

Jacob tenía preparado el caballo sobre el que aprendería a montar. Sería su primera clase de equitación en la que aprendería a sentarse correctamente, aunque, según él, necesitaría siete más para echar a andar al caballo, guiarlo de un lado a otro o alrededor de una pista, trotar un poco o saber darle la orden de parar. Lo primero sería que, tanto la amazona como el animal, se conociesen. El capataz le explicó que poder montar bien debía estar totalmente relajada. Él no era adiestrador y nunca podría enseñarle las distintas disciplinas de la equitación, pero conocía esos animales a la perfección y sabía cómo tratarlos.

Había dejado a Daisy al cuidado de Lilly, así que, por ese lado, podía irse al concierto tranquila.

Desde su casa hasta Blackheath, la ciudad donde Juan Ignacio daría el concierto, había poco más de dieciocho kilómetros. La hora de comienzo del mismo estaba para las once de la noche así que salieron un poco antes de las diez, por si había retenciones o se encontraban algún accidente por la carretera. Las cuatro fueron en el coche de Holly y las demás amigas irían en otro vehículo. Todas vestían ropa cómoda como chaquetas y pantalones vaqueros, camisetas y zapatillas de deporte.

Por los alrededores había gente acampada pues darían conciertos al aire libre todo el fin de semana. Cuando llegaron, centenares de personas estaban delante de ellas, algunas con las entradas en las manos y otras queriendo conseguir alguna en el último momento. Ellas se pusieron en la fila, esperando el turno para entrar pero un joven que pertenecía a la organización les vio las entradas y les dijo que las mismas tenían acceso preferente por lo que no tenían que hacer cola, y que, además, tenían reservada una zona muy cerca del escenario.

—¡Guau! —exclamó Alison.

En el interior se respiraba buen ambiente. La gente estaba muy animada, con pancartas y fotografías, y con ganas de tararear las canciones del argentino.

Las demás amigas fueron llegando, así como también apareció Cooper y su socio, Theo, vestidos de manera casual. Ambos se sentaron detrás de ellas. Minutos más tarde se presentaron, casi al mismo tiempo, el ex de Alison, Milton, y Juliet, sentándose tras ella y al lado de los diseñadores.

—Estoy pensando que no me sé ninguna de sus canciones —le confió Holly a Chloe—. Ni siquiera me suenan.

—Yo estoy igual. Me da que voy a hacer el ridículo entre todas sus fans — la mayoría del público era femenino y menor de cuarenta años.

Se echaron a reír, la guionista sacó el móvil y buscó en internet algún video de él.

—Por cierto, Chloe. Hoy tienes muy mala cara. ¿Has dormido mal?

—Más bien no he dormido nada —alzó la vista hacia las alturas.

—¿Ha pasado algo? ¿No sería por el incidente con Yona? Ya te comenté que tú no tienes culpa de nada —volvió a insistir.

—No. Todo es culpa de mi hermano y de... —se llevó un dedo a los labios.
¿La creería si le dijese lo que había visto y oído esa noche?

—Nada, tonterías mías. Esta tarde he quedado con Jacob. Me ha dado la primera clase de equitación. Puede que haya sido por eso. Estoy un poco cansada —decidió que era mejor argumentar eso. Como decía su hermano, si se enteraban de sus falsas visiones y paranoias, la separarían de Daisy y no volvería a pisar su casa.

—No hagas caso a las tonterías ni nimiedades que pueda decirte tu hermano. Yo tengo dos que me vuelven loca.

Pasaban pocos minutos de las once cuando la iluminación del escenario comenzó a funcionar. Los focos se movían, de derecha a izquierda y viceversa, o de arriba abajo. Los músicos que habitualmente lo acompañaban fueron personándose en el tablado hasta que, por fin y bajo gritos y aplausos, apareció Juan Ignacio. El cantante vestía unos jeans oscuros, una chaqueta negra y unas botas de piel. Esa solía ser su vestimenta habitual en los conciertos. Llevaba un pendiente de plata en la oreja izquierda, varias pulseras en las muñecas y la barba sin afeitar.

—Es muy guapo —musitó Chloe tan solo empezar.

Holly asintió. Según había leído, instantes antes de comenzar el concierto, sus canciones eran puros mensajes de paz, de amor y convivencia, incluso las que había escrito para otros cantantes muy famosos.

En la parte más alta del escenario había una pantalla gigante y otra en el lado izquierdo. La primera retransmitía el concierto y en la otra iban apareciendo, cada treinta segundos, anuncios publicitarios, entre los que apareció la nueva campaña publicitaria de “*Moore Jones*”. Todas se quedaron mudas de asombro al ver a Juliet posando con su serpiente para la firma de los diseñadores. Ava se giró hacia atrás para mirarla.

—Sí, querida. Habéis visto bien. Soy yo —susurró a su oído. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso brillante que llamaba demasiado la atención, aunque la mayoría del público fuese femenino.

La guionista echó un vistazo rápido hacia las sillas de atrás y atisbó a Cooper, que, asimismo, hablaba con otras mujeres que estaban tras ellos. Le pareció que el anuncio no estaba mal, todo lo contrario. Enganchaba, en especial por la pitón real que llevaba la mujer rodeando su cuello. Debía reconocer que Juliet salía muy favorecida y parecía que estaba cómoda. De lo

contrario el publicista no le hubiese pedido participar en la campaña.

—¿Cuánto le habrán pagado a esta por figurar? —dijo Ava a las demás.

—Ni idea, pero ya me enteraré —intervino Alison—. De todas formas, lo que hace esa lo podría haber hecho cualquiera de nosotras. No sé qué tiene de especial esa mujer —levantó la cabeza con altanería y se dirigió a Ava—. ¿Has visto la chulería con la que te respondió?

—No le deis más importancia —terció Holly—. Yo pienso que está muy guapa y creo que su imagen, tal y como la están explotando, va a vender.

—¿Cómo va a vender una tía que ha estado un montón de años en prisión! —volvió a protestar la hermana entre dientes. Ver a Juliet en aquella pantalla le había cambiado el humor—. Hablaré muy seriamente con Theo y, es posible que, a partir de ya, me busque otro diseñador para mis vestidos. ¡En qué estarían pensando esos dos al contratar a una exconvicta!

—Tú presumes de los trajes que ellos confeccionan para ti de manera exclusiva, no los de ella, que es una mera tía que se prestó para exhibir la nueva colección de esos dos diseñadores simplemente porque reúne las condiciones específicas que resultan ser atractivas para el comprador. Es injusto que pienses así —opinó de nuevo Holly.

Chloe no comentó nada, aunque compartía la idea de la guionista. Una cosa no tenía que ver con la otra.

Durante el concierto la imagen de Juliet, promocionando la nueva colección de vestidos de mujer, apareció varias veces, en distintas poses y con diferentes modelos, a cuál, más elegante y favorecedor.

Al finalizar, todos los que estaban en la zona vip, tuvieron la deferencia de saludar al grupo y hacerse fotos con ellos. Las chicas pidieron retratarse en grupo y de forma individual, excepto Holly, que charlaba con los diseñadores. Los había felicitado por la campaña publicitaria.

Juan Ignacio se acercó a ella para saludarla.

—Gracias por venir —dijo, dándole un solo beso, como era la costumbre en Argentina.

—Gracias a ti por las entradas. Me ha encantado el concierto.

—¿En serio? —se mostró sorprendido. En Londres empezaba a ser conocido, pese a que sus letras, aunque pegadizas, eran íntegramente en español.

—Claro que sí.

—Me encantaría hacerme una fotografía contigo, los dos solos —su mirada era intensa, como el color de sus ojos—, para mi álbum personal —aclaró.

—Por supuesto. ¿Me guardarás una copia?

Él asintió y le pasó un brazo por la espalda. Con ese contacto, Holly percibió su aroma; la mezcla de un buen perfume y las perlas de sudor. La fotógrafa les comunicó que estaban todas hechas.

—¿Qué te parece una cena? —ella lo miró sorprendida—. La semana próxima, que no tengo actuaciones. Así te entrego la copia y no acepto una negativa.

—De acuerdo. No seré yo la que ponga objeciones.

De repente los labios del cantante se posaron sobre los suyos. Eran suaves, tiernos. Holly deseó más pero otro grupo de personas, que también estaban en esa zona, conocida como privilegiada, le pidió autógrafos, tanto en los discos como en las camisetas que llevaban puestas, por lo que tuvo que resistir la tentación a cogerlo del pelo y besarlo con desesperación.

Cuando abandonaron el salón, al aire libre, apenas quedaban unas docenas de seguidoras que lo aguardaban en el exterior. Juliet esperaba a alguien en la entrada mientras repartía unas tarjetas de color rojo. Supusieron que eran del club que regentaba.

—Ha sido genial, verdad, chicas —confesó al verlas—. Os daría una tarjeta pero la entrada es exclusiva para hombres y las únicas chicas que hay dentro son las que trabajan para mí.

Ellas no respondieron.

—Por cierto, Holly. ¿Cómo le va a tu hermano?

—Muy bien, Juliet —respondió la guionista. Esa mujer, cuando preguntaba algo, era siempre con segundas intenciones.

—Me alegro, querida —giró la cabeza y vio el coche que la llevaría a casa—. Me llevan a mi dulce hogar. Buenas noches.

Tras responderle, Alison la maldijo, deseando que la serpiente que la envolvía en las fotos que habían visto antes en la pantalla, apretase su cuello sin indulgencia. Las demás se rieron y la guionista se quedó mirando el coche unos segundos más. ¿De qué le sonaba? Sabía que era un modelo muy caro y que en Londres había muy pocos. ¿Dónde lo había visto antes?

—¿Habéis visto cómo la miraba? —preguntó Ava a las otras amigas, incluida Chloe—. Me refiero a Juan Ignacio. Yona es mi hermano y me encantaría que volvieseis, pero este tío al principio te comía con los ojos y luego casi lo hace con la boca.

Ellas volvieron a reírse porque también se habían dado cuenta. Había sido una mirada de admiración, de interés por pasar un tiempo con ella y conocerla,

de deseo por besar sus labios. Todo eso, transmitían sus ojos.

—A mí también me parece que le interesas —opinó Chloe.

—No veáis cosas donde no las hay. ¿Es que una chica y un chico no pueden ser solamente amigos y quedar para cenar o simplemente tomar algo?

—Con un chico normal, puede que sí, pero este no es cualquier tío. Este te miró con otras intenciones —opinó Ava cuando entraban en el coche—. Qué me dices del beso. A mí no me ha besado así.

—¡Ay, de verdad! Sois terribles.

—Incluso Cooper se quedó mirando cómo te besaba.

—¿Cuánto tiempo hace que no estás con un tío, ya sabes, en la cama? —interpeló la amiga—. Intuyo que desde que supiste que estabas embarazada de mi hermano, así que el tiempo de abstinencia ha vencido. Va siendo hora de sacarle partido a ese cuerpo que Dios te dio, sea con este, con mi hermano o con otro que se te cruce.

—Tener una hija pequeña no da por sentado que tengas que recluirte en casa, no conozcas a otros hombres y salgas de vez en cuando —opinó la hermana.

—Tener una hija significa responsabilidades, tomar decisiones y, sobre todo, dar prioridad a lo más importante, que no es otra cosa que mi Daisy. Ahora mismo no necesito a ningún hombre a mi lado —les aclaró, aunque no muy convencida de su razonamiento.

—No cierres tu corazón, nunca se sabe. Quizás tengas a tu príncipe azul delante y no te has dado cuenta.

—Los príncipes azules no existen, solo en los cuentos.

—Hermanita —dijo desde el asiento de atrás—. En caso de no interesarte el argentino, no tengo ningún problema en quedar con él y pedirle que me enseñe alguna técnica sudamericana. Con solo pensarlo ya me pongo cachonda.

Tal vez, pensó en un fugaz segundo.

Las cuatro rieron a carcajada limpia.

—Perdona, pero Milton no te quitó los ojos de encima. Ese tío sigue enamorado de ti.

Alison se mordió el labio inferior. Lo había cazado unas cuantas veces.

—Milton es agua pasada, Ava. Además. Me encanta utilizar a otros chicos para provocar celos en él. Así sabrá lo que se está perdiendo —soltó, con su arrogancia y aplomo habituales.

—No puedo estar de acuerdo contigo, hermanita. La culpa de la separación ha sido tuya —arqueó una ceja reprobatoria.

—Sí, lo sé —meneó la cabellera hacia los lados—. No hace falta que me lo recuerdes día sí y día también —soltó un bufido antes de seguir hablando—. Todas sabéis que nuestro matrimonio fue amañado desde que éramos unos críos y eso nunca funciona.

—Chicas. Qué complicadas son las relaciones —afirmó la abogada experta en procesos de separación y divorcios.

Al poco de irse María Antonieta de su despacho, Morrison se propuso empezar el lunes de la semana siguiente a repasar con detenimiento la investigación de la que le había hablado, tan pronto entrara a trabajar, pero la curiosidad la invadió y cómo era una magnífica sabuesa, se llevó el trabajo para casa. Había conseguido localizar el nombre del investigador, el señor Harry Atwater. La información que ese profesional había ido recabando estaba anotada a mano en una libreta mano, seguramente propiedad suya. También había encontrado diversas fotografías, del estado en que había quedado el vehículo siniestrado y de la zona donde se produjo el accidente, y los informes del forense. Tal y como le había dicho su amiga, que a su vez le había comentado la hija de los fallecidos, por aquel entonces el investigador tenía serias sospechas de que los frenos del coche habían sido manipulados, lo que significaba que el accidente, a todas luces, había sido provocado. ¿Quién de la familia estaría interesado en que el matrimonio falleciese en ese accidente? Según tenía entendido, sus dos hijos habían heredado una gran fortuna, tanta que no les haría falta trabajar. Según oídas, el varón se pasaba los días bebiendo whisky en el salón y la muchacha trabajaba cuidando la nieta de su amiga, por lo que no veía nada sospechoso en sus conductas. ¿Tendrían más familia además del tío del que no sabían nada? ¿Quién se había hecho cargo de ellos tras la desdichada muerte de sus progenitores? Las malas lenguas decían que los dos hermanos se habían compinchado para sabotear los frenos del coche, pero, ¿qué edad tenían los chavales cuando sucedió todo? El señor Atwater era la clave, lástima que hubiese fallecido. Ella y todos los que habían trabajado y trabajaban actualmente en esa comisaría, recordaban la figura de ese hombre a la perfección, muy similar a la del célebre, *Sherlock Holmes*. Un tipo ingenioso y muy observador que en sus ratos libres fumaba en pipa. No podía hacerle ninguna consulta, pero sí podía hablar con su esposa. Quizás todavía tuviese guardada en casa información de ese caso. Atwater nunca hacía las cosas a la ligera y, cuando se pronunciaba en algún asunto, era con conocimiento de causa. Una corazonada le decía que ese accidente escondía algo más y estaba preparada para descubrirlo. Buscó en la guía el nombre de la esposa de Atwater y la llamó por teléfono. Después de unos minutos y tras explicar el motivo de la llamada, logró que la mujer la invitara

a tomar té esa misma tarde. Keira guardó todo lo que tenía en la carpeta y esta, en el cajón de su mesa que tenía llave. Pediría a Rob Foster que la ayudara en la investigación, pero esa tarde acudiría sola.

Antes de entrar a trabajar, Chloe pasó por el banco y retiró la cantidad que Curtis le había pedido para ayudar a su amigo. El director le había preguntaba el motivo de la retirada y ella le respondió que era para ayudar a un amigo, que lo necesitaba para una intervención quirúrgica, pero que esperaba recuperarlo en un breve espacio de tiempo.

El dinero lo llevaba en un sobre cuadrado sin ventana en el que rezaba el nombre de la entidad bancaria. Antes de salir de la oficina, levantó la solapa y arrancó la tira plástica para así evitar que se le cayera algún billete.

Curtis la esperaba en el aparcamiento, apoyado en uno de los coches de la familia. Al ver que se acercaba el automóvil fue hacia la plaza que normalmente ocupaba y le abrió la puerta.

—¿Traes el dinero? —su frente estaba arrugada.

Esas fueron sus primeras palabras, a modo de saludo. Ella cogió el bolso y un vaso de papel desechable que contenía café.

—¿Es para mí? —se lo quitó de las manos, dejándola perpleja—. Gracias.

—De nada.

—¿Tienes el dinero? —insistió, con los ojos chispeantes y tras beber un buen sorbo.

Ella sacó del bolso el sobre que contenía el dinero y se lo entregó.

—Estupendo, Chloe —lo abrió y olfateó los billetes. Olían a nuevos—. ¿Está la cantidad que te pedí?

—Sí, claro. Diez mil libras —confirmó la chica.

Él movió la cabeza varias veces. Por fin tenía el dinero para pagar sus deudas.

—Llamaré a mi amigo para entregárselo. Se pondrá muy contento —iba a acercarse para darle dos besos, pero se detuvo. ¿Qué razón tenía para hacerlo? Ninguna, con las gracias sería suficiente—. Muchas gracias por el gesto —le guiñó un ojo y se fue hacia su coche. Desde allí hizo una llamada de teléfono y partió hacia la dirección que le había indicado la persona que debía recibir el dinero. Habían quedado en un restaurante situado en el número 56 de Hythe St.

—Aquí tienes la pasta —dijo, tirando el sobre en la mesa en la que estaba

la otra persona.

—Toma asiento —propuso al verlo. ¿Debo contarle?

Curtis retiró la silla y se acomodó enfrente.

—Supongo que no. Acaban de salir del banco —se le tensó la mandíbula.

—Y dime, ¿a quién has conseguido convencer para que te lo prestara? Porque dudo que lo hayas ganado en los caballos, o es que has atracado un banco.

—Eso no es asunto tuyo —se frotó la barbilla y tiró del labio inferior—. Con esto estamos en paz así que déjame tranquilo —se levantó, dispuesto a irse y olvidarse de esa persona.

—Siéntate, *Bicho*. Todavía no hemos terminado —él apretó los dientes y selló la mandíbula. ¿Por qué lo había llamado así? Solo sus hermanas conocían ese apodo.

—¿Cómo? De eso nada —su voz sonó alterada—. He apostado para ti, te he hecho ganar mucho dinero, he participado en asuntos de los que prefiero no acordarme y, por último, te he conseguido esta pasta, así que no me vengas con eso —apoyó las manos sobre la mesa para mirar de frente a la otra persona—. Creo que he pagado suficientemente mi deuda y mis pecados, así que, si me disculpas, me voy a mi casa.

—Allá tú... ¿Prefieres que hable con tu familia y le digo quién es en realidad Curtis Taylor?

Él giró la cabeza. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos.

—¿Qué más quieres de mí! —gritó, llamando la atención de los camareros y varios clientes del local.

—Ten el teléfono operativo. A lo largo de esta semana recibirás una llamada mía —exigió con total calma, suavizando el gesto.

—No me pidas dinero porque no dispongo de ni una libra más y no pienso volver a apostar por ti. Antes tendré que devolver los diez mil —tras varios aspavientos con la cara y las manos, volvió a sentarse.

—No pensarías que ibas a librarte de mí tan fácilmente —negó con la cabeza y chascó la lengua—. Déjame que te diga algo sin paños calientes. Me debes muchas cosas. Dinero, tiempo, vida. En cierto modo —hizo una breve pausa para que calaran sus palabras y causaran un mayor efecto—, creo que nunca podré perdonarte.

El chico pasó las manos por el cabello y suspiró.

—Dime qué más puedo hacer —de su rostro bronceado brotaban pequeñas

perlas de sudor.

—Ahora mismo no lo sé. Como te he dicho antes, mantente cerca del teléfono —agregó con cierto cinismo.

Curtis se levantó.

—Por cierto. Da saludos a tu abuela y hermanas. Un día de estos me pasaré por tu casa —una inmensa furia creció en el interior el joven, que abandonó el restaurante. Se preguntó si hablaría en serio cuando dijo que estaba en deuda con esa persona para el resto de su vida. No podía permitirlo, de ninguna de las maneras. Esperaría esa llamada... quizá la última llamada.

Con miras a ampliar el negocio, Juliet pensó que había llegado el momento de sacarle provecho al secreto que tan bien habían guardado los modistos. Para ello contactó con el diseñador de la perilla y le pidió una cita en el taller, supuestamente para encargarse de algunos trajes. Este se lo comentó al socio.

—Ha llamado la chica de la serpiente —dijo, con el teléfono todavía en la mano—. Quiere venir al taller y me ha pedido para esta misma tarde.

—¿No habíamos quedado en que hoy no atenderíamos a nadie? Tengo que despachar papeleo con Ann.

Ann era la secretaria personal de los diseñadores.

—Pues hay dos posibilidades. Que la reciba yo solo o que dejes esos asuntos para más tarde. Recuerda que no nos cobró absolutamente nada por ser uno de los rostros en nuestra campaña publicitaria —barajó entretanto echaba un vistazo a los patrones que estaba confeccionando antes de la llamada.

—Esa mujer me da mala espina —mover la cabeza en señal de no tenerlas todas consigo—. Supongo que pensarás como yo.

Theo frunció la frente.

—Me refiero a que no se le cobrará nada de lo que coja —se sacó la americana y puso la bata negra de trabajo—. Intuyo que ella viene con esa idea o, al menos, esperará una deferencia por nuestra parte. Sería lo justo.

—Es posible que tengas razón. La joven se mostró colaboradora en todo momento y no puso ninguna pega ni impedimento.

Una vez aclarado y al estar los dos de acuerdo, trabajaron toda la mañana en los nuevos diseños, codo con codo, aportando cada uno sus ideas que irían incorporando a los proyectos venideros. Cuando regresaron de almorzar, Juliet apareció en su puerta con una amplia sonrisa y acompañado de un joven rubio que se le hizo familiar. Ella vestía un traje de pantalón que no era de ninguna de sus colecciones, en color blanco. Los zapatos y el bolso, de color violeta, iban a juego con su pelo.

Tras los saludos de cortesía, les pidieron que los acompañasen al taller. Allí tenían una máquina de café. Se tomaron uno mientras charlaron sobre lo bien que había resultado la campaña. Ella se mostró complacida por haber sido participe, en cambio, su acompañante parecía estar en el lugar equivocado.

—Señorita Wade. ¿Desea que tomemos sus medidas ahora? —le preguntó Theo tan pronto acabaron los cafés. Al ver la reacción de la chica, volvió a pronunciarse—. Intuí que su llamada era para encargarme ropa. ¿Me equivoco?

—Tutéame, por favor.

—De acuerdo, Juliet —levantó el pulgar—. Será todo un placer.

—No, el placer será mío —le ofreció una sonrisa, aunque sin enseñar los dientes—, te lo aseguro.

Extrajo el teléfono móvil del bolso y buscó la grabación.

Los cuatro seguían sentados en el despacho cuando la grabación empezó a reproducirse. Los hombres, atónitos y sin entender nada, se cruzaron las miradas. ¿Se trataba de una broma? En cuanto finalizó la conversación grabada con sus voces, la tensión se hizo patente entre los tres. ¿Qué estaba pasando?

—¿Qué demonios es esto? ¿Se trata de una broma? —instó Theo, todavía con la boca abierta.

Ella negó con la cabeza. Tenía los codos posados sobre la mesa y la cara apoyada sobre los dedos de las manos.

—¿Me veis cara de estar de broma? —mover los labios con zalamería.

Con aquel rostro tan inocente nadie la había visto como una amenaza.

—¡Vamos, Juliet! Eso no era más que una broma. ¿No pensarás que ha pasado en realidad?

Con ese argumento Cooper trató de salirse por la tangente. Para ello adoptó su semblante más serio y convincente.

—No fue una broma, chicos. Una persona lo ha investigado por mí —se rascó una oreja y suspiró—. ¿Estáis intentando engañarme?

—Engañarte, no. Simplemente eso sucedió hace muchos, muchísimos años, cuando éramos unos jóvenes con la cabeza en las nubes. ¿Vas a decirme que tú nunca has cometido alguna barbaridad? —la chica se miraba las uñas mientras ellos hablaban.

—Sí, claro. La diferencia entre vosotros y yo es que esta menda —se señaló con un dedo—, sí pagó por su tropelía, y muy caro —al hablar de ese tema su rostro mudó, se volvió frío, inexpresivo—. He pagado por mí y por otros —miró al acompañante, que se removió en la silla.

—Nosotros no tenemos culpa de nada de lo que te haya pasado, es más, nos pareces una chica estupenda, ¡verdad, Cooper!

El diseñador asintió, después de ordenar sus pensamientos unos segundos y

tragar saliva. Sabía que no podían confiar en ella. La cárcel la había convertido en una persona mucho más peligrosa de lo que era antes de entrar.

—¿Qué quieres de nosotros —instó Jones, enojado como pocas veces en su vida.

—Bueno —los miró. Una mirada congelada, despiadada—, no mucha cosa.

—¿Cuántos trajes y vestidos quieres? Cinco, diez, dos docenas, tres, un armario completo.

—Anda, pide por esa boca —rezongó furioso Jones, que se había levantado para coger otro café. Necesitaba tener algo entre las manos, algo que apaciguara las ganas que tenía de mandarla fuera de su taller y decirle lo miserable que era. Esa *pimpolla*, a la cual doblaban la edad, los estaba intentando sobornar delante de la cara sacando trapos sucios de hacía muchísimos años.

—Pues, si os soy sincera, no había pensado en ropa —discrepó, elevando los hombros.

—¿Dinero? ¿Cuánto? —exclamó Theo, con las manos en la nuca.

—Tampoco quiero dinero, chicos. Ahora mismo tengo suficiente —lanzó una risotada—. El negocio me va bien.

Se preguntaron qué querría, si no era dinero ni ropa, porque saltaba a la vista que había ido allí para pedir algo a cambio de su silencio.

—En este momento hay algo que deseo tener de vosotros y que no os va a costar nada —estiró los brazos sobre la mesa y unió las puntas de los dedos—. No soy avariciosa, aunque sí muy ambiciosa.

Levantó los ojos de la mesa y los miró directamente, con seguridad, sin amilanamiento.

—Quiero formar parte de vuestra sociedad, es decir, ser una socia más —abrió las manos y estiró la espalda—. ¿No os hace ilusión? Los tres dirigiendo “*Moore Jones*”, al que habría que cambiarle el nombre, claro está. ¿Qué os parece, JuMoYo, o MoJuYo, o quizás, YoMoJu? Se pueden hacer tantas combinaciones como queramos —expresó, ilusionada.

Los dos diseñadores se quedaron sin palabras.

—Sí, chicos. Entiendo que, ante esta magnífica noticia, os hayáis quedado sin habla. Yo también, la verdad —suspiró. Su mirada era felina—. Creo que le vendrá bien a la firma. Habrá una nueva entrada de capital, una nueva imagen corporativa. Confío en que todo serán ventajas. Yo no entiendo de confección, pero sí de cuentas. Los números se me dan muy bien.

—Eso es imposible, inviable —confirmó Theo. Se quitó las gafas para

frotar las cuencas de los ojos con la base de los pulgares—. Esto lo creamos Cooper y yo. Es fruto de nuestro sudor y tesón. Es una marca que lleva nuestras siglas, nuestras firmas. No tienes ningún derecho a exigirnos tal barbarie —movía la cabeza hacia ambos lados como si fuese un androide y estuviese programado para no parar. Aquello le parecía surrealista.

—¿Prefieres que vaya a la policía con esta grabación y con el atestado del accidente? Os recuerdo que lo tengo todo muy bien atado. Sé que habéis creado esto con todo el cariño del mundo, pero debéis hacer caso al lema que utiliza una marca reconocidísima de ropa interior que dice, renuévate o muere. O firmáis la ampliación o estáis perdidos, porque haré que este imperio se venga abajo igual que una torre de naipes.

Consternados, los dos hombres se miraron. Tenían que discutir el tema y buscar una solución, pero a solas.

—No puedes estar hablando en serio —porfió Cooper, con las manos tras la cabeza—. Tiene que haber otra solución, otra cosa que te haga ilusión tener.

—Lo he reflexionado y consultado con la almohada, pero esto es lo que hay y lo que deseo. Si queréis, podéis asesoraros con vuestro gestor habitual. Yo ya lo he hecho —se irguió para irse—. Os doy dos semanas para hacer vuestras gestiones. Luego, mi abogado se pondrá en contacto con vosotros.

Los socios se mostraron nerviosos.

—Y tú estás con ella en esto, claro. ¿Sois socios? —musitó Theo, dirigiéndose al acompañante. En ese instante recordó su cara. Había ido al taller varias veces. Él mismo le había confeccionado distintos trajes a medida—. Ahora recuerdo quién eres. El hijo menor de los Taylor —se giró hacia el socio para explicarle—. Es el hermano de Alison y Holly Taylor —asintió dos veces con la cabeza—. ¿Qué percibes tú en todo esto o es que te ganas la vida así, chantajeando a la gente honesta y trabajadora?

—A mí no me metan en esto. Ella me ha pedido que la acompañara —se defendió, alzando los brazos y buscando apoyo en la mujer—. Juliet, díselo.

Con absoluta altivez ignoró su pregunta, pero antes de irse les hizo una última sugerencia.

—De esto nada a la policía ni a nadie. Si veo, escucho o sé que me la estáis intentando jugar, seré yo la que vaya a la policía y cuente vuestro secretito más codiciado —insistió con mirada calculadora.

Les dijo adiós con una mano y abandonaron el taller de costura.

Los fundadores de “*Moore Jones*” estaban cabizbajos. No sabían cómo digerir la noticia y, por desgracia, aquello no era un sueño. Ella tenía sus

voces en la grabadora del móvil, los tenía cogidos por los huevos. Era el primer chantaje al que tenían que hacer frente, pero, ¿cómo hacerlo sin destruir el sueño de sus vidas? Allí había mucha gente trabajando con ellos.

Ya en la calle, Curtis se encaró a la de cabellos violetas.

—¿Te has vuelto loca? ¿Se puede saber qué pretendes con todo esto? — cuestionó el acompañante tan pronto pusieron un pie fuera del taller.

—No te excites. Lo tengo todo controlado.

—¿Te has propuesto destruir a todo el mundo? —señaló mientras miraba para todos lados.

—No, querido. Solamente a las personas que me han hecho daño y de las que puedo sacar una buena tajada —sostuvo, orgullosa de lo que hacía y de quién era.

—Estás jugando a un juego muy sucio, muy peligroso y me estás metiendo a mí en tu mierda, cosa que no me está gustando nada.

—Peligrosa es la cárcel y estoy fuera, vivita y coleando. Comparado con aquello, todo esto son menudencias.

—No vuelvas a inmiscuirme en tus asuntos. Estimo que ya he pagado suficientemente mis errores así que esta tarde será la última vez que me veas el pelo —apretó el paso para no darle opción a responder, pero ella solo tuvo que mover una mano para que apareciese uno de los hombres que obedecían sus órdenes bajo un muy estimable sueldo.

El hombre, con gafas de sol y traje negro, impidió que continuase corriendo.

—Tengo un último trabajo para ti. Luego quedarás libre.

Él la miró de reajo. De esa mujer no podía fiarse y, tras ese trabajo vendría otro y otro. Juliet no se andaba con medias tintas.

—Uno más y te olvidas de mi cara para siempre —Juliet movió las pestañas de manera seductora—. De qué se trata.

La mujer se lo explicó y le entregó un sobre con toda la información.

—No puedes pedirme esto —negaba con la cabeza cuando Juliet se puso frente a él y se lo repitió—. Sabes que el último no salió como habíamos planeado.

Ella ignoró su explicación.

—Ya te avisaremos del día y de lo que tienes que hacer, pero esto para ti tiene que ser pan comido. Vives en esa casa, conoces las costumbres de todos y dónde están guardadas las joyas de la familia. ¿Quién va a sospechar del

hijo menor de la familia?

—No puedo hacerlo —rompió el sobre en su cara—. Búscame otra cosa, pero con mi familia no te metas —la señaló con un dedo.

—No. O lo haces o atente a las consecuencias —también lo señaló con un dedo y cierto filo en el tono de voz—, y otra cosa. De esto nada a la policía. Eres la única persona que conoce los detalles por lo que, si ocurre algo, sabré que has sido tú. Sabes que conmigo no puedes jugar.

—Conmigo no cuentes, al menos en una cosa de estas —dio la vuelta y se marchó, confiando en que ella nunca atentaría contra su familia, entre otras cosas porque no tenían nada que ver con los asuntos que había pendientes entre ellos. Sus hermanas habían sido sus amigas y creía que esa amistad de adolescentes prevalecería sobre todo lo demás

La esposa de Atwater la esperaba en el pequeño salón del té cuando la chica que trabajaba en su casa la anunció. Un habitáculo en el que predominaba la madera, con dos ventanales, varias lámparas, dos sofás que parecían muy cómodos, una chimenea y muchos libros. La mujer era todo lo contrario a Morrison. Cercana, cariñosa y muy amable.

Hacía tanto tiempo que no se veían que estuvieron un buen rato hablando de sus cosas.

—Querida Keira. Me comentaste por teléfono algo sobre una investigación que estaba llevando mi marido poco antes de fallecer —la policía asintió con la cabeza—. Mi esposo era incansable, lo sabes, por eso tras tu llamada, entré en el despacho donde trabajaba y me puse a buscar entre sus objetos. Tenía cientos de libretas, de todos los tamaños, pero él me enseñó a localizar las cosas, por si algún día me llamaba y tenía que buscar algo o, como en este caso.

—Te lo agradezco mucho.

La mujer sacó de un cajón las libretas y todas las notas que había localizado referentes a ese asunto.

—Recuerdo este caso como si fuese hoy —se volvió a sentar al lado de Keira—. No dormía, pensando en los hijos de la pareja. Había hecho avances —movió los brazos en señal de inutilidad—, pero todo se acabó cuando sufrió un accidente parecido al de los Evans.

—Sabes si en algún momento recibió amenazas —le preguntó.

—¿Amenazas? Nunca me habló de eso. Mi esposo era un simple investigador de la policía, y tú lo sabes. Solo hacía su trabajo y, por lo que todos dicen, lo hacía muy bien. ¿Por qué me preguntas eso?

Morrison se miró las manos antes de contestar.

—Creo que tu marido no iba mal encaminado en esa investigación. Tendré que estudiar más a fondo el expediente que tengo en la comisaría y, si me lo permites, esas libretas que tenía en casa —le parecía demasiada coincidencia que Atwater falleciese cuando estaba a poco de resolver un delito que, a su vez, se había convertido en un asesinato.

—Por supuesto. Lléalas y cuando acabes con eso me las devuelves. No quiero desprenderme de nada que le perteneciese. Para mí sigue presente, en

cada rincón de esta casa —observó el salón, de derecha a izquierda. La esencia de su esposo estaba en cada detalle, en cada libro, incluso en el sillón orejero en el que acostumbraba leer los domingos por la noche.

—Te doy mi palabra.

No hacía promesas a la ligera. Solamente cuando sabía que podía cumplirlas.

En cuanto llegó a la comisaría llamó a Rob Foster a su despacho. Este era un policía joven, de unos treinta años, con las cejas muy pobladas y de aspecto desgarrado, especialmente por su pelo, de corte irregular, que siempre estaba mal peinado, aunque eso nunca había sido un problema a la hora de salir con chicas. Esa imagen no dejaba diferente a nadie y solía despertar pasiones en el género opuesto.

Se lo quería decir a él porque lo veía como un policía de los de verdad, de los que se preocupan por la ciudadanía y siempre están para ayudar, aunque en ese momento no estuviese de servicio. Era astuto, tenía buena memoria y solía caer bien a la gente.

El agente, acostumbrado únicamente a regular el tráfico londinense, acogió la propuesta con alegría. ¡Por fin un trabajo de investigación!

—Solo con una condición —el agente la escuchó con atención—. Tendrás que peinarlo todas las mañanas y cada vez que me acompañes a algún sitio. No puedes venir así, como si no te hubieses duchado. ¿Estamos?

—No hay ningún problema —pasó las manos por el pelo para intentar adecentarlo—. Sí me ducho todos los días pero mañana llegaré más arreglado que una patena —delante de la jefa metió la camisa por dentro del pantalón y ajustó el cinturón.

Cogió el expediente del accidente de los Evans y le hizo un resumen, en líneas generales y a viva voz, para que el joven policía supiese de qué se trataba.

—Ahora —volvió a sentarse en el sillón que tenía tras la mesa—, vamos a repasar todos estos documentos, por si al inspector Atwater se le pasó algo por alto —algo que dudaba mucho—. Traiga sus cosas para esa mesa. Mientras dure la investigación, se quedará en mi despacho.

Esa era la parte que menos le gustaba. Keira era muy seria en su trabajo, apenas toleraba bromas y nunca se salía del guión. Rob, en cambio, llevaba la vida y el trabajo de otra manera. Siempre que la situación lo permitía, le encantaba meterse con los compañeros, de buen rollo y sin ofender a nadie y nunca se molestaba si lo hacían con él, y era por eso que todos los apreciaban.

—¿Acepta opiniones y propuestas?

—Por supuesto. Para qué te tengo en mi despacho si no es para eso —se quitó las gafas para mirarlo.

—Deberíamos hablar con el técnico que revisó el coche.

—No fue uno sino dos —lo corrigió la jefa.

—Pues con los dos.

—Cada uno ofrece una versión distinta —volvió a ponerse las gafas.

—También hay que hacerle una visita a la aseguradora del coche e investigar si el matrimonio contaba con algún otro seguro que cubriese un siniestro con muertes y quién o quiénes eran los beneficiarios.

Keira ya había pensado en eso antes. Tomó aire, dando la impresión de que iba a decir algo, pero luego se lo pensó mejor y frunció los labios, permitiendo que Foster se sintiese la cabeza pensante del caso. Estaba convencida de que lo iba a hacer muy bien.

—De acuerdo. Comencemos por ahí. Localiza a esos técnicos o mecánicos y diles que se pasen por la comisaría lo antes posible. Luego contacta con el seguro y que nos envíen todo lo que tengan de esta familia. Hasta el más mínimo detalle es importante.

El joven asintió.

—¿Qué hará usted?

—¿Yo? —se llevó una mano al pecho—. Ver cómo trabajas.

—No se preocupe, me emplearé a fondo. ¿Algo más?

—Sí. También llamaremos a sus hijos y les pediremos que vengan a comisaría, pero eso será después de hablar con los que examinaron el automóvil. Creo que la chica es bastante receptiva, no así el hermano. Revisaremos sus cuentas bancarias y, si hace falta sus mensajes, llamadas telefónicas o incluso la casa —anunció la mujer.

—Está convencida de que el accidente no fue fortuito.

—Sigo el instinto de Atwater y creo que todo esto que ves aquí —señaló el papeleo que ambos tenían delante—, nos hablará, como lo hizo con él.

El policía había captado sus intenciones en el momento que le propuso llevar la investigación con ella, así como también supo que su jefa sabía que la muerte del investigador no había sido casual.

Se desplazaron hasta la oficina de uno de los peritos que inspeccionaron el coche, el que había emitido el informe que tenía Atwater, y este les confirmó que él había comprobado que los frenos estaban manipulados.

—¿Puede decirme en qué se basan sus sospechas?

—No son sospechas, señora. Los frenos habían sido manipulados. Alguien aflojó la tuerca del latiguillo del freno de la rueda trasera derecha del vehículo —les enseñó el documento que él mismo había redactado, pero al que nadie, exceptuando Atwater, hizo caso—. A raíz de esa adulteración el vehículo perdió todo el líquido de frenos y, cuando el conductor pisó el pedal del freno no consiguió detenerlo. Recuerden que aquella zona es de curvas y hay una fuerte pendiente.

Morrison era consciente de ello. Había pasado varias veces por allí y sabía lo peligrosa que era esa vía.

—¿No le parece curioso que su informe nunca haya llegado al departamento de científica de la policía? —preguntó Rob a su jefa inmediatamente después de salir de la oficina del perito—. De haberlo hecho, quizá pudieran encontrar huellas en el capó que perteneciesen a la persona que manipuló los frenos.

—Muy buena observación, Foster.

—Alguien estaba interesado en que no se descubriese la verdad.

La jefa de policía coincidía con él en esos términos. ¿Quién era ese alguien y por qué?

Al salir de allí se acercaron a la oficina del seguro del automóvil que, casualmente, era la misma compañía que la del coche de Rob. Una joven, muy atenta, les enseñó la póliza en la que aparecían todas las coberturas. Al ser un vehículo tan cotizado en el mercado automovilístico, hasta el más mínimo detalle estaba cubierto.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy simple? —comentó la mujer policía.

—Sí, por supuesto, pregunte lo que quiera —le respondió, aunque mirando hacia Rob. Le parecía un chico muy atractivo y, vestido de policía, mucho más encantador.

—¿Había alguna persona que, tras el fallecimiento del matrimonio a causa de un accidente de circulación, pudiera beneficiarse de este seguro o de cualquier otro que los titulares tuviesen?

—Absolutamente nadie —contestó, de forma tácita—, ni de este ni de ningún otro que tuviesen contratado con esta oficina.

La mujer policía la miró por encima de las gafas y meneó la cabeza de arriba abajo. Eso parecía descartar un móvil económico.

Se levantaron y la chica les abrió la puerta.

—Muchas gracias por la información —le guiñó un ojo y ella esbozó una

sonrisa de satisfacción—. ¿Me podría dar una tarjeta?

La joven se la entregó.

—¿Para qué quieres una maldita tarjeta? —rezongó la jefa dentro del coche.

—Por si hay que volver a llamarla. Así no tendremos que buscar el número en la guía —afirmó con una chispa de satisfacción en sus ojos.

—Ya, ya. Eso lo has hecho para ligarte a la tía al salir del trabajo.

Keira sabía de su donjuanismo.

Rob sonrió ampliamente. Cualquier lugar y momento eran buenos para conseguir una nueva conquista.

La jefa cogió el teléfono y llamó al otro técnico que había revisado el vehículo accidentado y aseguraba que había sido un fatídico accidente. Tras explicarle el motivo de la llamada, el hombre le dijo que estaba de viaje y que no podía atenderla, pero le explicó lo que había visto y que ordenaría a la chica de la oficina que enviara el informe por correo a la comisaría.

—Venga, conduce.

—¿A comisaría? —preguntó abiertamente.

—No. Vamos al lugar del accidente. Quiero hacer el mismo recorrido que hicieron los Evans. Sabemos la velocidad del coche porque el cuentakilómetros se quedó parado —dejó caer la cabeza en el reposacabezas—. El hombre este dice que tuvo que ser un despiste del marido, que podría haberse quedado dormido o que sufrió una indisposición.

—¿Qué fue de ese coche? ¿Lo vendieron, fue para el desguace, lo repararon o lo tienen guardado en el garaje de casa? —giró la cabeza para observar a su jefa.

—Otra muy buena pregunta.

—Si lo tienen, es posible que haya alguna huella.

—Llamaré a María Antonieta, a ver si está en casa y, si lo está, nos pasamos a hacerles una visita —resolvió la mujer.

Rob arrugó la frente, pero no protestó ni puso peros.

Siguiendo los consejos de Morrison, la abuela de los Taylor contactó con el detective privado que esta le había recomendado. El investigador la recibió en

su despacho. Un habitáculo que se correspondía con la imagen que el hombre radiaba: poca luz, suelo y muebles de madera usada, libros, olor a tabaco, decenas de expedientes sobre la mesa, una gabardina colgada en el perchero y títulos y diplomas suspendidos en las paredes. El hombre vestía un traje azul oscuro, camisa blanca, corbata y pisacorbata plateado. Antonieta se presentó y le enseñó la tarjeta que su amiga le había dado.

—Mi buena amiga, Keira —señaló el investigador después de hacerla pasar—. Me extraña que no me haya llamado para avisarme de su visita —la invitó a sentarse frente a él.

—No es culpa de ella. Me dio la tarjeta y yo le dije que me lo pensaría, y de eso ya hace unos días.

—Entonces, entiendo que se lo ha pensado —dijo, a lo que ella respondió moviendo los párpados.

El detective, conocido como señor Morton, de aspecto bastante serio, tenía la piel muy blanca y el pelo canoso peinado hacia atrás.

—¿Le importa que fume? —demandó, con el paquete de cigarrillos en la mano y añadiendo un guiño.

—No, por favor. Está en su casa —dictó la mujer.

—Bien. Dígame, entonces, qué la ha traído a mi modesto despacho, señora Taylor.

Antonieta comenzó por Curtis. Le explicó lo preocupada que estaba por él, por sus salidas nocturnas, por las malas compañías, por los asuntos turbios en los que estaba involucrado, por las grandes cantidades de dinero que se gastaba sin trabajar.

—Qué desea que haga —preguntó, exhalando el humo despacio y volviendo a guiñar su ojo izquierdo.

—Que lo siga, que averigüe todo lo que hace, dónde mete el dinero, con quién anda. Lo quiero saber todo —manifestó sumamente preocupada.

Morton anotó los datos que ella le fue dando como el nombre completo, número de teléfono, dirección, la matrícula del coche que conducía habitualmente, lugares que frecuentaba conocidos por ella. Mientras escribía en una agenda marrón, la mujer se percató que seguía moviendo los ojos de manera compulsiva, haciendo contracciones involuntarias. Supuso que se trataría de algún tic nervioso.

Una vez anotado todo le comentó el otro tema que deseaba que investigara, pero de eso le advirtió que apenas tenía datos. La información que necesitaba tendría que solicitársela a la propia Chloe. Le dejó su número de teléfono y

todos los datos que tenía de ella como su dirección y nombre completo. Para Morton esa información era suficiente para empezar. Acudiría a Chloe en el caso que se viese en una encrucijada. Se le daba muy bien localizar personas que llevaban mucho tiempo desaparecidas, voluntaria o involuntariamente.

Antonieta sacó la chequera del bolso para extenderle un talón, suponiendo que este tipo de gente cobraba una parte por adelantado.

—Dígame por cuánto le hago el cheque, señor Morton.

El hombre apagó el pitillo en el cenicero y se acercó a ella.

—Normalmente cobro el cincuenta por ciento antes de empezar el trabajo, pero siendo amiga de Keira, haré una excepción y no le cobraré hasta obtener resultados.

—Sabe que el dinero no es un problema, señor Morton.

Él negó con la cabeza y con las manos.

—Váyase tranquila —le retiró la silla—. En seguida dejaré los asuntos que tenía sobre la mesa y me pondré con esos dos temas que me ha comentado y que le preocupan. En cuanto tenga algo se lo haré llegar. Por favor, anóteme su número de teléfono aquí —le entregó la agenda en la que había anotado todo lo que ella le comentaba. Así no había forma de perderlo.

—Muchas gracias, señor Morton. Mi mayor deseo, en este momento, es ayudar a las personas que me importan y, francamente, no me gustaría morir sin dejar a mis tres nietos por el buen camino. Sus padres fallecieron hace años, por consiguiente es responsabilidad mía velar por ellos, aunque los tres sean mayores de edad.

Su rostro mostraba un rictus de tristeza. Era una carga muy pesada y ya no era una persona joven para soportar todo lo que le echaran sobre los hombros.

El otoño había llegado a Londres, con sus tonos ocres y las temperaturas que no superaban los dieciocho grados. Adiós a la ropa de verano, ligera y de colores claros. Apetecían las chaquetas y los pantalones.

Antes de irse a trabajar a casa de los Taylor, abrió la ventana para ventilar el cuarto y se puso a cambiar la ropa del armario. La de verano quedaba para atrás y delante, la de otoño e invierno. Había oscurecido tanto que sintió frío por todo el cuerpo. Pronto tendrían que conectar la calefacción. La casa era muy grande y había que mantener una temperatura, especialmente por los muebles de madera y la ropa de sus padres que seguía guardada en sus armarios. Cuando estaba a punto de acabar escuchó unos nudillos tocar en su puerta y, al abrirse esta, vio aparecer a la señora Harper.

—El desayuno está preparado, señorita Evans. ¿Bajará ahora? —preguntó en un tono cortante.

Ella la miró extrañada. Raramente acudía a su habitación para avisarla de las comidas. Eso solo lo hacía con su hermano y nunca por la mañana pues sabía que este dormía hasta tarde.

—Gracias, señora Harper. Ahora bajo.

La mujer dejó la puerta algo abierta. Cuando Chloe se dispuso a salir, volvió a escuchar las voces de siempre, unas voces que decían su nombre de manera tenebrosa. Seguido de las voces escuchó el batir de puertas y ventanas.

La joven Evans corrió tras el ama de llaves.

—¿Lo ha escuchado?

La mujer se dio la vuelta y la miró como si estuviese loca.

—Me refiero a las voces, las de siempre —gritó. El histerismo afloró en su tono de voz—. Decían mi nombre, repetidamente.

—Lo siento, pero yo no he escuchado absolutamente nada. Acaba de levantarse, es posible que todavía esté soñando o, en el peor de los casos, sea el efecto de alguna sustancia que haya consumido esta misma mañana —su mirada era fría y observadora.

—¡Sé lo que digo! —afirmó con un destello de fastidio—, y no tomo drogas, nunca he consumido nada ilícito y que haya alterado mis sentidos.

—Entonces, señorita Evans, explíqueme cómo es que ha escuchado algo que yo, estando a pocos metros de usted, no —le dirigió una mirada helada.

—No lo sé, no le encuentro ninguna explicación —apretó los labios durante un breve instante.

—Pues, si me permite una recomendación, señorita Evans, creo que debería visitar a un psiquiatra. Tal vez él pueda darle esas respuestas que necesita —sugirió con una expresión dura y centelleante en el rostro.

—¿Por qué os empecináis en que vaya a un loquero? —torció el gesto, agitando la cabeza.

La señora Harper continuó bajando las escaleras con el rostro serio y la cabeza muy alta, y Chloe regresó al interior de su habitación, con el corazón acelerado. Cada vez eran más voces y más habitualmente y empezaba a preocuparla. Su hermano y el ama de llaves insistían en que debía tratarse con un profesional, pero ella sabía que no estaba loca.

Esa mañana llegó a trabajar casi una hora más tarde y, al entrar, se cruzó con Curtis, que la ignoró por completo, ni siquiera la miró para saludarla.

Antonieta la esperaba preocupada en el salón de desayuno.

—¿Estás bien, querida?

El semblante de la joven no era el de siempre. Estaba pálida y, a diferencia de las últimas semanas, no se había arreglado el pelo y vestía las mismas ropas de cuando había comenzado a trabajar para la familia.

—Disculpe el retraso, doña Antonieta —sus grandes ojos se empañaron de lágrimas cristalinas.

—¿Qué ha pasado, querida?

Chloe le contó lo de esa mañana y lo de la noche que había encontrado el charco de sangre delante de la puerta de su cuarto. Dicho eso, Antonieta la tomó de una mano y la abrazó.

—Creen que estoy loca.

—¿Quién lo cree? —instó la más mayor.

—Mi hermano y la señora Harper, pero yo le aseguro que he escuchado esas voces —se llevó las manos a la cara para enjugar el llanto—. Él dice que perderé el trabajo porque ustedes pensarán que estoy loca.

—Vamos a prepararnos unas tilas —miró el reloj—. En breve llegará mi amiga Keira, la policía, pero yo, siendo tú, intentaría grabar las voces. Así podrás demostrar que existen realmente. Sé que es muy fácil decirlo, pero solo tienes que desenterrar ese coraje que llevas dentro, sacar el móvil y darle a grabar unos instantes, los justos para demostrarte que no estás loca.

—Supongo que eso podría hacerlo —suspiró y miró hacia la puerta. Se escuchaban voces.

—Debe ser Keira. Me ha dicho que ha hecho unas averiguaciones y que le gustaría charlar contigo y preguntarte ciertos detalles. Espero que no te moleste que le haya dicho que viniese aquí.

—No se preocupe. Hablaré con ella sin ningún tipo de problema. Usted ya hace bastante y le estaré eternamente agradecida, y a Holly también —nunca se olvidaba lo bien que la trataba.

—Por cierto, querida. Hoy no te has arreglado como habíamos quedado y no me gusta verte así —le levantó el mentón para hablarle—. No permitas que nadie te robe la sonrisa, que nadie te haga sentir mal —dijo, en un tono tranquilo, suave y amable.

La jefa de policía llegó acompañada de Rob, su ayudante, ambos vestidos con uniforme. Los hicieron pasar al salón donde solían tomar el té y Chloe se ofreció a traer café y pastas. Los primeros minutos de la conversación, mientras tomaban un café, fue sobre las visitas que habían hecho, tanto al seguro como al perito y a la esposa del investigador fallecido. Luego Foster aprovechó para preguntar por el coche, a lo que la chica respondió que lo tenían aparcado en un garaje que no utilizaban y tapado con una lona para evitar ver el estado en el que había quedado. No lo habían reparado porque por aquel entonces los dos hermanos eran menores de edad y el ama de llaves había pedido que lo guardasen allí para evitar que sufrieran.

—Muy atenta —observó el ayudante—, me refiero a que estaba preocupada por ustedes.

Morrison le dijo que sería interesante llevar el coche al departamento que tenían de científica para buscar posibles huellas.

—Aparecerán huellas de cientos de personas.

—Disculpe mi indiscreción, pero necesito que nos diga si han cobrado alguna indemnización por el accidente y la muerte de sus padres —interrogó la jefa.

—No, señora. El dinero que tenemos es el que ellos nos dejaron. Les iba bien en los negocios hasta que sufrieron el maldito accidente.

Keira le preguntó por el ama de llaves. Había escuchado cosas sobre ella y quería saber su opinión.

—La señora Harper es una persona que roza la arrogancia, muy severa, en especial conmigo. Ella se encargó de nosotros al quedarnos solos. Solo teníamos un tío, del que no sabemos ni el nombre, pero ella nos comentó que contactó con él para comunicarle lo que había sucedido con nuestros padres pero que este se desentendió, por lo que la señora Harper se hizo cargo de la

casa y de nosotros.

—¿Vive con ustedes, no tiene familia? —indagó el ayudante.

—Si les soy franca, nunca la he visto salir de nuestra casa. Es una mujer muy misteriosa que campa a sus anchas por todas partes.

—¿Por qué dice eso?

—Porque aparece cuando crees estar sola, se mueve de manera sigilosa, sin hacer ruido —les explicó. Era una mujer de espíritu omnipresente.

—Cuéntales lo que sucedió esta misma mañana y el otro día, Chloe —propuso Antonieta.

La joven les explicó lo que le había pasado, tanto lo de las voces como lo de la sangre, y también lo mal que la trataban, aunque eso era una opinión suya.

—Lo siento, no creo que eso sea relevante para la investigación —se disculpó.

—Todo, por muy insignificante que nos parezca, revela algo. Solo depende del lado desde el que se mire —subrayó Morrison, que en ese momento se acordó de las dos hojas que faltaban en una de las libretas que había guardadas en el archivo y que pertenecían al investigador. Alguien, por alguna razón que de momento desconocían, las había arrancado.

—Una pregunta más, señorita Evans, y ya la dejamos tranquila. ¿Cómo se enteraron del accidente?

—Nos lo dijo el ama de llaves a la mañana siguiente. Ella se encargó de todos los asuntos relacionados con el entierro y mandó guardar el coche en el garaje.

El forense, en sus informes, había llegado a la conclusión de que cuando localizaron el vehículo siniestrado con la pareja en el interior, esta llevaba muerta más de seis horas.

Estando a punto de despedirse de Chloe y Antonieta, la abuela de la familia recibió una llamada de Holly. El rostro de la mujer se transformó en horror y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué ha pasado, Antonieta!

—Mi nieta, mi otra nieta —expresó con mucho pesar—. Ha sufrido un accidente de coche y está en el hospital.

Chloe se llevó una mano a la boca. Acababan de hablar de accidentes de coche y recibían esa lamentable noticia.

—¿Te ha dicho si está bien?

La mujer tomó aire por la boca antes de responder.

—La han llevado en ambulancia al Darent Valley. Holly está llegando allí —sostuvo, muy emocionada y preocupada.

—¿Quieres que te acerquemos hasta allí? —se ofreció la amiga.

—Mi nieta me ha pedido que me quedase en casa, hasta que le digan algo —fue su contrita respuesta.

—De acuerdo —le tendió las dos manos—, ¿crees que estarás bien?

—Tranquila. Chloe me hará compañía, y la niña —se llevó los dedos a las sienes, intentando tranquilizar sus agitados pensamientos.

—Haré unas llamadas para saber qué ha pasado y te llamaré más tarde.

Le dio dos besos y abandonaron la casa.

Después de averiguar dónde se había producido el accidente, Foster empezó con sus divagaciones en voz alta.

—Todo esto es muy extraño, ¿no le parece? —dijo, apretando con fuerza el volante.

—¿No te gusta Chloe?

—No, no. La mujer esa... el ama de llaves. Personalmente no la conozco, pero, por lo que dice la chica, me recuerda a la señora Danvers —opinó Rob con una media sonrisa.

—¿Quién diablos es esa señora?

—No me diga que no ha visto la famosa película de *Hitchcock*, *Rebeca* —reveló con los ojos como platos—. La señora Danvers era la maléfica ama de llaves.

—Sabes que no veo la televisión y eso no es más que ficción, como todo lo que ponen —Foster la miró sorprendido. Esa mujer era rara, muy rara.

—No me gusta esa mujer.

Chloe le había enseñado alguna fotografía que tenía guardada en el móvil, tanto de ella como de su hermano.

—Y si en el accidente se vio implicado otro vehículo y este se dio a la fuga —giró la cabeza hacia su jefa—. Aunque esta versión contradiga a la de Atwater —el joven continuó con sus lucubraciones.

—Entonces en el laboratorio lo averiguarán porque quedarían restos de la pintura del coche que lo mandó al barranco —pronunció en un tono profundo.

—Anda, vamos a ver qué le ha pasado a la nieta de Antonieta.

En el lugar del accidente había varios coches de compañeros, patrullas de carretera y de algunos particulares. Keira y Rob bajaron del automóvil para

ver la zona. En el asfalto había la marca de frenado de unos neumáticos. Supusieron que eran los del coche de Alison. En ese momento la grúa recuperaba el vehículo.

—Dios, cómo ha quedado —murmuró Foster.

Se acercaron para verlo de cerca. En la parte trasera tenía una abolladura importante. La jefa de policía meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha visto? —preguntó el ayudante.

—Este coche fue literalmente empujado al barranco —volvió sobre sus pasos para preguntar a los compañeros.

—Lo que yo decía del otro accidente.

Estos le confirmaron que había dos testigos. El coche que venía de frente y otro por detrás del ellos, y todavía estaban allí. Tras darle las gracias se acercó a la zona donde estaban las personas que habían visto el accidente. Se presentó y le hizo las preguntas oportunas. No se habían quedado con la matrícula porque todo había sucedido muy rápido pero sí pudieron ofrecer algunos detalles importantes como que el vehículo era oscuro, de gama alta y que llevaba los cristales tintados.

La noticia del accidente de Alison corrió como la pólvora. Holly había salido del trabajo en cuanto recibió la llamada y se presentó en el hospital para saber cómo se encontraba. Su hermana estaba en el quirófano. El traumatólogo que la operó salió dos horas después para informar a la familia y le explicó que había sufrido un fuerte impacto en la columna vertebral, ocasionándole lesiones severas a causa del golpe. Debían esperar a que la paciente se despertase de la anestesia, pero el doctor no era optimista. Le explicó que ese tipo de lesiones solían afectar a los nervios y, a su vez, a los músculos, ocasionando, en la mayoría de los casos, una parálisis total o parcial.

Holly, acostumbrada en el trabajo a lidiar con cosas parecidas o incluso peores, se quedó sin palabras. ¿Cómo había pasado? Su hermana no podía quedarse en una silla de ruedas. Se sentó para digerir la noticia. Debía llamar a su familia para comunicárselo y no tenía fuerzas. No quería darle ese disgusto a su abuela, no después de quedarse sin los padres de sus nietos. Varias amigas de Alison llegaron en ese momento y más tarde se presentó Milton, el exmarido, que al conocer el estado de la mujer, comenzó a llorar.

—Tranquilo, Milton. Mi hermana es una persona fuerte. Saldrá de esta — musitó Holly con el alma dolida, pero, en realidad sabía que el estado de Alison era grave, muy grave.

El cirujano que la había operado volvió para decirles que había despertado y que, en cuanto pudiesen, la llevarían a una habitación. Tan pronto fue consciente de que estaba en un hospital, le comentó que había sufrido un accidente de coche y que el golpe más importante había sido en la espalda, sin darle más detalles, todavía era muy pronto para hablar de un diagnóstico seguro. Tenían que hacerle muchas pruebas y ver si la chica respondía a los estímulos y empezaba a mover alguna articulación de la parte inferior del cuerpo. Milton le pidió si podía entrar a verla, pero el doctor prefirió que las visitas fuesen en la habitación.

—¿Crees que me querrá verme? —miró hacia Holly, esperando su respuesta.

—Claro que sí —puso una mano sobre la de él—, pero será mejor que entre yo primero y, si quieres, le digo que llevas todo el tiempo aquí, conmigo, preocupado por ella.

Milton agachó la cabeza y se frotó la cara con las manos, tratando de serenarse.

—Qué pasará si...

Holly lo mandó callar con un dedo delante de los labios.

—No nos adelantemos a los acontecimientos.

Cuando pudo entrar a verla comprobó que tenía el rostro magullado, muchas incisiones y solo abría el ojo derecho.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras?

Quería abrazarla, pero se contuvo. Alison tenía los brazos fuera de la sábana.

—Aturdida —respiraba despacio, aunque de forma sonora—. El doctor me ha dicho que sufrí un accidente—. Pestañeó varias veces. Sentía que se le pegaban las pestañas.

—¿Lo recuerdas? —se oyó preguntar.

Negó con la cabeza. Por ese gesto, Holly interpretó que la parte superior del cuerpo la tenía bien.

—Solo sé que iba por mi carril, eso sí, con la música bastante alta, como me gusta —tragó saliva—. Luego vi por el retrovisor que un coche oscuro se acercaba de manera peligrosa y, en segundos, debió arrollarme por detrás porque no pude controlar el coche y perdí el conocimiento —los ojos se le cerraban.

—Vale, cariño. Te dejo descansar —con mucho cuidado pasó una mano por su cara. No parecía la Alison de siempre, sonriente, presumida.

La hermana volvió a abrirlos.

—¿Te quedarás conmigo?

—Por supuesto, cariño —le sonrió—. ¿Sabes quién lleva todo el día fuera, esperando saber de ti?

Ella quería hablar, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—Milton. Está deseando verte.

La hermana movió ligeramente la cabeza.

—Le diré que pase tan solo unos minutos, para que se quede más tranquilo, ¿te parece?

La chica asintió con la mirada.

Al entrar se quedó petrificado. La mujer que estaba en la cama no parecía Alison sino una desconocida con el resto desfigurado.

—Hola —dijo, intentando disimular y colocándose a su lado.

Ella no respondió. Solo tenía ganas de dormir.

Se quedó a su lado un buen rato, mientras Holly hablaba con su abuela, que había ido al hospital un momento para ver a su nieta. La había acompañado Keira.

Tras comentarle que Alison le había dicho que segundos antes de perder el control del vehículo, un coche oscuro la empujó por atrás, recordó que ella también había visto un automóvil parecido varias veces estacionado en la entrada de su casa pero que nunca había conseguido ver al conductor. No podía tratarse de una mera coincidencia.

Morrison agradeció el comentario. Por la mañana ordenaría que una patrulla vigilase el domicilio de los Taylor, por si ese coche volvía a aparecer.

Antonieta pasó a ver a la nieta tras salir Milton. La chica estaba tan cansada y sedada que apenas se enteró de que estaba a su lado, agarrando su mano, rezando por ella.

—Curtis te envía un beso y un abrazo —le dijo al oído antes de irse—. Te queremos mucho, cariño —pasó la punta de los dedos por la frente de la nieta—. Mañana vendré temprano.

Chloe se había ofrecido para pasar la noche en el hospital así que, en cuanto esta llegó y pese a las protestas de Milton, todos abandonaron el centro.

Cuando llegaron a casa, Curtis estaba en su dormitorio, frente al ordenador.

—¿Te parece normal no haber ido a saber cómo se encuentra tu hermana? —le recriminó la abuela.

—No íbamos a estar todos allí, ya habéis ido vosotras —levantó los ojos de la pantalla para mirarla. ¿Se encuentra bien?

—El estado de salud de tu hermana es grave. Es posible que no vuelva a caminar nunca más —matizó con ferocidad.

—Actualmente hay muy buenas terapias y grandes especialistas —opinó, centrando nuevamente la atención en el ordenador. Actitud que cabreó a su abuela.

—¿Eso que tienes ahí es más importante que la salud de tu hermana? —dio la vuelta a la mesa para ver lo que había en la pantalla del ordenador—. ¿Estás jugando? —dijo, detrás de él con aire enfurruñado.

—Déjame en paz, abuela —mover la silla hacia atrás y se levantó, para que la mujer saliera de su dormitorio.

—Eres un insensato, un *cabeza loca* y un insensible. Han intentado matar a

tu hermana y tú ni te inmutas, sigues sentando ahí, como si nada hubiese ocurrido —refunfuñó Antonieta.

—Cómo que matarla. ¿No ha tenido un accidente con el coche? —preguntó, con los pulgares en los bolsillos y sin demasiado entusiasmo.

—Alguien arrolló el coche de Alison por el barranco. ¿Te parece poco?

—De dónde has sacado eso, abuela —cuestionó con rabia. Lo estaba distraendo y estaba en el momento de máxima concentración.

—Hay testigos que vieron como empujaba su vehículo y ella recuerda un coche oscuro con el morro muy pegado, pero nada, tú no te preocupes y continúa derrochando el dinero que te dejaron tus padres.

Curtis apagó el ordenador con brusquedad.

—Y ahora a dónde vas —musitó, con las manos en la cintura.

—He quedado para una partida de esgrima —aclaró mientras pasaba por detrás de ella y recogía la mochila que tenía sobre una silla.

—¿A estas horas?

El nieto movió los hombros.

La partida era en un club donde, además de practicar diversos deportes, también había la posibilidad de jugar al póker o realizar apuestas deportivas. Curtis se consideraba un jugador experto. Pasaba muchas horas jugando online y algunas menos de manera presencial, y procuraba que no se le escapara ningún detalle. Cuando estaba apostando no aceptaba bromas ni permitía que lo distrajesen, como acababa de hacer su abuela. Nunca hacía balance del dinero que perdía, solo del que ganaba.

Tras cambiarse de ropa en el vestuario, encontró a su contrincante en la sala. Al igual que él, iba vestido con la chaquetilla, el peto de protección y el pantalón homologados, tal y como requería dicho deporte, medias ajustadas hasta la rodilla, una careta enrejada y acolchada y guante en la mano con la que sostendría el florete, sable o espada.

Se saludaron y comenzaron con la competición. Se trataba de tocar al adversario con el arma, en este caso, florete, que era más flexible, ligera, de unos 110 centímetros de largo, pero podía ser una espada o un sable. El que iniciaba el ataque tenía prioridad, si lograba tocar al otro recibía un punto. El otro debía evitar el ataque del contrario y podía hacerlo de dos maneras: parando el golpe u obligándolo a fallar. El otro tirador iba por delante de Curtis, tanto en la posición de guardia, como el avance y retrocesos. Sus ataques eran decididos y un tanto agresivos. A pocos minutos de finalizar, su contrincante comenzó a hablarle, cosa que no debería suceder, pues el deporte

requería de mucha atención, concentración y silencio.

—Vas a perder —anunció.

Al escuchar una voz femenina, Curtis se despistó y la punta del florete de Juliet lo tocó.

—Te lo he dicho —repitió.

—Juliet, ¿qué haces tú aquí? Creí que estaba jugando con George —se quitó la máscara, dando por finalizado el juego.

—¿Tienes miedo a jugar con una mujer y encima perder? —dictó la chica, que seguía en la posición de defensa.

—No. Simplemente no quiero jugar contigo, es más, no quiero nada contigo ni de ti.

Ella dio varios pasos hacia él, pinchándolo por segunda vez.

—¡Qué haces! ¿Te has vuelto loca? No ves que no llevo puesta la máscara —soltó un chillido mientras levantaba su arma en dirección a la chica.

—Ese no es mi problema. ¿No será que estás aturrido y algo preocupado por el accidente de tu hermana? ¿Te sientes culpable?

Él alzó la cabeza y volvió a enfilar el arma.

—Qué has querido decir — a través del enrejado del casco le lanzó una mirada rebotante de significado.

—Alison —arrancó su casco y agitó el cabello—. El accidente de coche, una cama de hospital —con el rostro apenado intentó parecer afectada, haciendo un leve mariposeo de sus pestañas.

Curtis dejó caer el casco y el arma al suelo y la asió del cuello con firmeza.

—Maldita zorra embustera y miserable. ¿Has sido tú la que atacó su coche por detrás? —voceó mientras la empujaba hacia la pared.

—Esa boca —con un dedo lo amonestó y tras un compás, añadió—. En realidad, no era yo la que conducía —afirmó, riendo con la frialdad que gobernaba en su corazón.

El menor de los Taylor sintió que se le detenía el corazón. Con furia oprimió su cuello. Deseaba estrangularla, pero el hombre del traje negro apareció de la nada para auxiliarla. Juliet llenó los pulmones de oxígeno antes de hablarle.

—Te lo advertí, te dije que debías hacer ese último trabajo, pero sigues siendo el mismo hombre, terco y caprichoso que recuerdo de toda la vida —le sostuvo la mirada con gesto desafiante y tozudo.

De tan fuerte que le apretó, le dolía el cuello y tuvo que masajearlo varias

veces.

Al captar el brillo triunfal en los ojos de la chica, Curtis intentó atacarla por segunda vez, pero el otro hombre lo frenó, propinándole un puñetazo en la mejilla derecha, alcanzándole parte de los labios.

—Ella no tiene culpa de nada —varias lágrimas brotaron de sus ojos, lágrimas de impotencia, de dolor, de indignación.

Después de limpiarse la sangre de los labios con la manga buscó el arma y la alzó con la intención de hacerle daño a Juliet. Al percatarse de sus intenciones, ella abrió los brazos.

—¡Mátame, si puedes! —exclamó, con un retintín en la voz—. Ahí fuera hay gente que nos conoce. Dudo que consiguieras salir vivo de aquí —lo retó, usando su sonrisa escaparate, la misma con la que se había ganado a cientos de hombres.

Durante unos instantes se desafiaron mutuamente con la mirada.

Antes de que hiciese ningún movimiento, el hombre del traje, muy parecido al famoso Schwarzenegger excepto porque era calvo y de piel oscura, le indicó a Juliet la salida, dejándolo a solas en aquella sala cuyas paredes eran íntegramente de color blanco. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. ¿Cómo asimilar que su hermana estaba en el hospital por su culpa, por haberse negado a robarle a su propia familia? Incapaz de creérselo, meneaba la cabeza incesante. Nunca podría mirar a los ojos de Alison, y al resto de su familia... ¿Qué pasaría si se enteraban de que era el culpable principal de accidente? Nunca se lo perdonarían... nunca.

La noche se hizo larga en la casa de los Taylor. Curtis no había regresado a dormir y Chloe les había dicho que a Alison le habían tenido que poner más calmantes porque tenía mucho dolor y fiebre. Antes de entrar en la casa, Holly había comprobado que el coche oscuro que había visto varias veces, no estuviese acechándola. Jacob la esperaba para saber cómo se encontraba Alison y también Roger, el mayordomo, y Caroline, la cocinera y esposa de este último.

Estaban reunidos en la cocina mientras cenaban algo rápido cuando llegó Yona. Se había enterado del accidente por Ava, su hermana. Holly había subido a su dormitorio con la niña así que decidió ir tras ella para darle todo su apoyo. La puerta estaba entreabierta. La chica estaba sentada en la cama, leyendo los mensajes que tenía en el teléfono móvil. Al ver que se asomaba, se levantó.

—Lo siento mucho, cariño —se acercó despacio y la abrazó—. ¿Cómo está?

La guionista le explicó, con la voz emocionada, lo que hasta el momento sabían, que había sido intencionado y que su estado era bastante grave.

—Si hay algo que yo pueda hacer solo tienes que decírmelo.

—Todavía es muy pronto para saber si podrá caminar, pero hay que confiar en que está en manos de los mejores especialistas —sus ojos brillaban. A duras penas pudo aguantar las lágrimas pues los ojos le escocían.

—Ella es una tía con mucha fortaleza.

—Los médicos han dicho que hay muchas posibilidades de que no vuelva a caminar —agitó la cabeza y tragó saliva—. A mi hermana nunca le han dolido los tobillos pese a usar tacones de quince centímetros. ¿Cómo le decimos que jamás podrá poner los pies en el suelo? —sus palabras salieron de su boca salpicadas de dolor.

El roquero volvió a estrecharla, apoyando el mentón en su coronilla. Una sensación grandiosa para los dos, pero en especial para ella, por la situación que estaba viviendo en aquel momento. Llevaba mucho tiempo sin sentir el cariño de un hombre, la cercanía de otro corazón que latía al mismo ritmo que el de ella. Deseaba sentir aquellos labios sobre los suyos, besuqueando su cuello, la línea de su cara. No sabía si era un buen momento, ni siquiera sabía

si era el momento, pero lo agarró del pelo y lo besó, y Yona respondió efusivo. Llevaba deseando ese beso desde que había regresado y no solo los besos. Lo ansiaba todo de ella. Sus caricias, sus labios recorriendo su pecho velludo, las palabras libidinosas recitadas en su oído cuando hacían el amor.

El músico la tomó de las nalgas para apoyarla a la pared. Se apretó contra ella para hacerle sentir la dureza de su deseo, sus lenguas se enzarzaron en un combate.

—¡Chsss! —dijo ella en un tono confidencial, casi inaudible—. Daisy puede despertarse.

Él le ofreció una sonrisa y continuó con los besos, acariciando sus pechos por encima de la blusa, que, por cierto, estorbaba. Se la desabrochó y la tiró hacia un lado. La miró embelesado. Seguía conservando la misma figura, la única diferencia que encontró fue que, tras el embarazo, sus pechos habían crecido, como una talla más.

—Sigues igual de hermosa —musitó mientras lamía sus orejas con la punta de la lengua.

Ella sintió que se le erizaba la piel, en especial cuando la mano de Yona se posó en su entrepierna, realizándole suaves y excitantes masajes circulares. Suspiró, con los ojos cerrados, dejando caer la cabeza hacia atrás. La llevó a la cama y con la lengua besó su ombligo. Una sensación incontrolable que a Holly siempre le había gustado. Le soltó el cierre del sujetador y con los nudillos acarició las cúspides de los pechos. Con un hambre urgente y voraz se deshizo de la ropa que les quedaba y se hundió en ella, sin más preámbulos. Holly, desmadejada, se aferró a sus hombros, jadeando en cada acometida, en busca de aire. Cuando llegaron al orgasmo, se dejaron caer sobre la cama, respirando de manera entrecortada. La guionista se giró para observar su cara. Tenía la piel brillante del sudor y los ojos enrojecidos.

—Ha sido maravilloso —acarició sus pómulos—, no recordaba que el sexo entre nosotros fuese tan bueno.

—Creí que dirías que este había sido tu mejor polvo.

Se incorporó, recogió la ropa del suelo y entró en su aseo. Cuando regresó, cubierta con el albornoz, vio que el padre de su hija estaba dormido. Aprovechando la coyuntura lo escudriñó durante unos segundos. ¿Por qué los hombres ganaban más cuando estaban vestidos? Lo tocó en el brazo, para despertarlo.

—Tienes que irte.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba descansar. El día siguiente lo

pasaría en el hospital, junto a su hermana.

—¿De verdad no quieres que me quede contigo esta noche?

Ella negó con la cabeza. Lo que en realidad quería era estar sola.

—Yona —él la miró, mientras se vestía—. No sé cómo interpretar lo que acaba de pasar entre nosotros. Creo que ha sido un momento de debilidad por mi parte y...

El roquero la interrumpió, sobreponiendo su voz a la de ella.

—No. Como te he dicho antes, fue algo mágico, que volvería a repetir con los ojos cerrados. Ambos lo buscamos, lo deseábamos —comentó. Se había embutido los pantalones y atado los cordones de las zapatillas.

La miró como si entre ellos no hubiese pasado el tiempo.

—Necesito dormir un poco. Mañana va a ser un día muy difícil —dijo, en voz queda.

Él tomó sus manos y se las besó.

—Iré contigo —se ofreció, pese a saber que esa misma mañana tenía que grabar un tema del nuevo disco.

—Será mejor que no —suspiró y le dio un beso en la mejilla—. Si te necesito te llamaré por teléfono. El doctor nos ha dicho que por el momento solo puede estar una persona con ella en la habitación.

—Bien —pasó la punta de los dedos por los labios de la mujer. Los sentía hinchados, rojos y hormigueantes.

Al irse, se acostó sobre la cama, muy enfadada consigo misma. Acababa de cometer un error de bulto. Se había dejado llevar por una espiral de emociones y había abierto la puerta de su corazón al padre de su hija, al hombre que la había dejado por la música y por otras mujeres. ¿En qué estaba pensando? Yona la había hecho sufrir mucho, la había obligado a enfrentarse sola a un embarazo cuando lo normal es que se comparta con la pareja. El tema económico le importaba menos, aunque tampoco debía olvidarlo. Se dio varios golpes en la frente. No podía permitirse estos deslices si lo que buscaba era algo estable, verdadero y único. La había pillado con la guardia baja y eso no volvería a pasar. Los acontecimientos del día le habían sorbido la poca energía que le quedaba.

Al día siguiente Holly permaneció todo el tiempo al lado de su hermana. Había hablado con Lilly y esta se había ofrecido para cuidar de Daisy. Chloe, entre estar preocupada por si Alison necesitaba algo y el ir y venir de las enfermeras con más medicamentos, no había podido cerrar ojo en toda la noche. La mayor de los Taylor solo se había quejado en una ocasión porque tenía un fuerte dolor de cabeza. El resto del tiempo lo había pasado durmiendo.

Por la mañana dos celadores la llevaron a otra planta del hospital para realizarle diversas pruebas, momentos que Holly aprovechó para llamar al trabajo, a Lilly y a Chloe mientras se tomaba un café en la cafetería. Allí mismo fue dónde la localizó Juan Ignacio. Catalina, su hermana, le había comentado lo del accidente de Alison esa misma mañana y pensó que debía acercarse para saber si podía ayudar en algo. Al verla en la cafetería, con aquella mirada tan triste y apagada, sintió la necesidad de reconfortarla con un abrazo. Se sentó frente a ella y cogió sus manos.

—¿Necesitas algo? —con las yemas de los dedos acarició suavemente su piel—. Tal vez hablar o simplemente sentir que estoy aquí, para lo que necesites, para apoyarte.

—Te lo agradezco de corazón, pero estoy bien, de verdad que sí. Lo único que quiero es que mi hermana se recupere y podamos volver a la normalidad... aunque sea a medio plazo.

—Todos estaremos rezando por ella, para que se ponga bien y volvamos a verla sonreír abiertamente, tal y como es ella —dictó el cantautor argentino con las manos unidas, como si estuviese orando—. En cuanto a la cena que tenemos pendiente, no te preocupes en absoluto. Yo sé esperar y ahora mismo tu hermana es una prioridad.

—Muchas gracias por comprenderlo —se llevó las manos a la cara y masajeó los párpados—. Lo cierto es que no tengo cabeza para pensar en otra cosa que no sea ella y mucho menos tiempo.

Estaba preocupada por su abuela y ni siquiera podía estar en casa para consolarla y hablar sobre lo sucedido. Este disgusto, encima del que tenía por la muerte de sus padres, era fatídico para su edad.

—Tengo que volver a subir —cogió el bolso en la silla de al lado y se

levantó—. En cualquier momento la devolverán a su habitación y quiero estar allí cuando se pase el doctor que ha pedido las pruebas —exhaló un suspiro con el corazón encogido de dolor—. A ver si nos da buenas noticias.

—Subiré contigo —determinó Juan Ignacio, colocando una mano en la cintura de la guionista.

—Prefiero ir sola. Allí solo puede estar una persona como acompañante — se acercó para despedirse con dos besos, pero él fue más rápido y se lo dio en los labios, con la sutileza suficiente como para que ambos cerraran los ojos.

Poco después de subir los celadores trajeron a Alison devuelta a su habitación. Esa mañana dos enfermeras la habían aseado, pero Holly quiso cepillarle el pelo y le limpió la sangre que todavía quedaba incrustada en sus uñas. En un momento de lucidez, debido al fuerte tratamiento que le habían puesto contra el dolor, comenzó a hablarle:

—Tengo mucha sed.

La hermana le humedeció los labios con una gasa empapada en agua.

—Creo que Chloe ha pasado toda la noche aquí, conmigo —susurró. Apenas podía abrir los ojos.

—Así es. Se ofreció en cuanto supo que quedarías ingresada.

—Es buena chica —pestañeó—, un poco ordinaria pero no tiene maldad —tragó la poca saliva que tenía y pasó la lengua por los labios—. Me he portado muy mal con ella, ¿no es así?

—Un poco pero ahora eso no importa. No gastes fuerzas pensando en el pasado —le explicó la hermana.

La chica intentó moverse, haciendo un poco de fuerza con las manos, pero no pudo. Las articulaciones de los miembros inferiores no respondían, era como si hubiesen echado raíces en la cama.

—¿Qué pasa con mis piernas? No puedo moverlas —manifestó alarmada.

—Tranquila, Alison —cogió su mano con cuidado y con la otra acarició su frente—. Te están haciendo pruebas para ver el alcance de la lesión.

La chica se tomó un tiempo para responder.

—Lo leo en tus ojos, Holly, incluso lo siento en tu voz. Puedes decírmelo. Soy mayorcita para asumir lo que va a pasar a partir de ahora —reconoció. Su voz era entrecortada y hablaba muy pausadamente.

—Por eso te harán más pruebas, para determinar el grado de la lesión en la columna. Es pronto para crear teorías sin un fundamento médico.

—El fundamento lo tienes delante de ti —hizo un gesto de dolor con la cara

—. No volveré a caminar, lo sé.

—Descansa —la acarició—. Es muy pronto para hablar de eso.

Alison cerró los ojos y se quedó dormida. No había ruidos. Solo su dificultoso respirar.

Milton la había llamado por teléfono para comunicarle que cogía las vacaciones anticipadas para poder estar en el hospital con Alison. Todo un gesto de amor, pensó la guionista. Llegó al hospital a la hora del almuerzo por lo que se hizo cargo de la exmujer y mandó a Holly a casa, aunque esta se quedó un rato más en la sala que había para los familiares. Sabía que Daisy estaba bien cuidada y no tenía ganas de comer. Con un café y algo dulce pasaría unas cuantas horas más.

Estaba ojeando una revista de moda cuando el teléfono volvió a sonar. En esa ocasión era Cooper. Decía que estaba en el hospital, pero no la daba localizado. Holly le explicó y fue a recibirlo a la entrada del ascensor. Cuando lo vio, corrió hacia sus brazos. Su proximidad le ofrecía calidez y confianza.

—¿Cómo estás? —quiso saber nada más verla.

Todos preguntaban por su hermana, como era normal, pues era la persona que había sufrido el accidente, pero ella también estaba sufriendo, sufriendo por los demás.

La guionista no pudo contener varias lágrimas brillantes que empujaban por salir. No podía esconder el dolor.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a exhibir mis emociones delante de los demás —en especial delante de hombres, de los que, tras la relación infructuosa con el padre de su hija, no podía fiarse.

Él la estrechó entre sus brazos. Un abrazo reconfortante que añoraba, un abrazo amigo.

—El doctor dice que es muy posible que no vuelva a caminar —se separaron unos centímetros y lo miró a los ojos—, ¡te lo puedes creer! Mi hermana, una tía que quería comerse el mundo, que por donde pasaba pisaba fuerte. No sé cómo canalizará la noticia, aunque empieza a sospechar. Hace un rato me comentó que no puede mover las piernas.

—Va a ser difícil, no solo para ella sino para todos los que vivís en esa casa. Pasará por diversas fases hasta que, finalmente, acabará aceptando su nueva condición. Mientras tanto serán más días malos que buenos —la alertó. Le hubiese gustado decirle que todo iba a ir bien y que no pasaría nada, pero sería engañarla. Lo que no le dijo fue que, también cabía la posibilidad de que nunca recuperase la sonrisa y se hundiera en una depresión.

De la máquina sacó dos sándwiches y dos botellas de agua y salieron a comerlos a la zona ajardinada del hospital.

—Tu cara no es mejor que la mía —dijo cansada. Una sombra de mal genio había endurecido la mirada del modisto.

Pese a ello, estaba allí, con Holly, acompañándola, animándola.

Él le comentó que tenían un problema en la empresa y que era de bastante consideración. Algo que, si seguía adelante, cambiaría el futuro de *Moore Jones*. El diseñador vestía unos vaqueros azules, una camisa a rayas, blancas y azules y una americana blanca con pañuelo.

—Veo que llevas uno de nuestros trajes, creo que de la temporada pasada —afirmó, admirando lo bien que le sentaba el color gris—. Te queda muy bien.

Se trataba de un traje ajustado gris con raya blanca y una camiseta negra, lisa y bailarinas. Ella se miró la ropa. No se había fijado en que llevaba su nombre en la chaqueta.

—Muchas gracias, pero, si te digo la verdad, ni me había fijado en ese detalle —comentó, con los ojos vueltos hacia atrás—. Discúlpame, no es mi mejor momento.

Miró hacia él y observó un precioso reloj en la muñeca.

—Me encanta tu reloj —él alzó la mano para enseñárselo mejor.

—Es un regalo de Theo, por mi último cumpleaños.

Cuando volvieron a entrar vieron que Curtis estaba esperándola en el pasillo, junto al ascensor. Al ver a Cooper con ella, se puso tenso.

—Al fin te dejas ver por aquí —bramó la hermana con rabia.

El día anterior no había cogido el teléfono y tampoco había ido a dormir a casa.

—Lo siento, hermana. No he podido venir antes —le explicó, cabizbajo y con sequedad.

Jones le lanzó una mirada cargada de intención. Quería gritarle lo que estaba pensando y decirle lo muy desgraciado que era, pero se mordió la lengua por Holly. ¿Sabría ella de las movidas en las que andaba metido el menor de los Taylor? Confiaba en que no. Ella tenía una profesión, un trabajo, una hija, pero él, ¿podía presumir de tener o ser algo?

—Decir lo siento no es suficiente, no es ni de lejos suficiente —meneó la cabeza varias veces.

Pensó que se estaba comportando como si volviese a ser un adolescente, de

forma irresponsable y egocéntrica.

Chloe llegó en el momento en que Holly recriminaba a su hermano menor la falta de delicadeza, dejándole caer que para él era mucho más importante apostar y gastarse el dinero en juegos, que apoyar a su familia en los momentos más delicados. La tensión entre los dos hermanos se hizo notar. La niñera miró al pequeño de los Taylor con reproche.

—¿Utilizaste mi dinero para apostar? —su mirada se volvió recelosa.

Cooper, Holly y Curtis giraron la cabeza hacia ella.

—¿Le has dado dinero? —consultó la guionista.

Chloe se tapó la boca con una mano.

—Me dijo que era para un amigo, que lo necesitaba para pagar la operación de un pariente —arguyó, con la vaga sensación de haber cometido un grave error.

Estaba a punto de replicar cuando Juliet hizo aparición. La joven, de cabellos violáceos, vestía una falda blanca de tubo, una blusa verde con un elegante volante en las mangas, un cinturón a juego y unos *stiletos* del mismo tono que la blusa.

—Hola, chicos. ¿Cómo se encuentra Alison? —dijo al acercarse a Holly y darle dos besos.

Los dos hombres la miraron con recelo y extrañados.

—Tú no tienes que estar aquí —masculló el menor de los Taylor con odio hacia la chica—. Lárgate de aquí.

—¡Curtis! —el tono de la hermana fue de reproche.

Una enfermera que pasaba por allí les pidió que guardasen silencio.

Cooper, con gesto contenido, se había separado hacia un lado. No quería verse implicado en aquella trifulca familiar.

—¡Qué! —gritó el aludido sin dejar de mirar hacia Juliet—. Esta zorra no puede estar aquí, no tiene ningún derecho —insistió, señalando a la joven con un dedo—. O se va ella o me voy yo.

Juliet parecía disfrutar de la disputa pues no se sintió ofendida en ningún momento.

—Este no es el lugar ni el momento para montar un numerito —lo recriminó.

—No te preocupes, querida. Solo venía para mostrar todo mi apoyo, pero ya me voy —anunció la de cabellos violáceos poniendo un toque de lacrimosidad en su voz.

—Apoyo, dice —voceó, avanzando varios pasos hacia ella y alzando las manos.

Jones, viendo que se iba a enzarzar a golpes con la mujer, se interpuso entre ambos, separando a cada uno hacia un lado. Ninguno de los dos merecía su atención, pero estaban en un lugar público, con personas enfermas que merecían el respeto de ellos y también Holly.

Juliet se rio delante de él y se fue, con la cabeza muy alta.

—¿Qué está pasando contigo? ¿No puedes dejar el pasado a un lado? —insinuó la hermana creyendo que todo aquello era por la relación que habían tenido antes de Juliet ingresar a la cárcel.

El tono de voz que había utilizado distaba mucho del que usaba habitualmente. Estaba tan furiosa con él que no sabía cómo expresarlo. Su hermano no se centraba en lo realmente importante, nunca se había molestado en buscar un trabajo ni darle una estabilidad a su vida. Los últimos años los había pasado jugando, apostando y trayendo mujeres a casa de las que al día siguiente no recordaba el nombre. En definitiva; un tío que siempre había vivido bajo el ala de su herencia. Era un vividor.

Todos se fueron excepto Chloe, que tuvo que explicarle a Holly cómo había sido lo del dinero que le había prestado a su hermano. La guionista hizo mentalmente la suma de todo el dinero que debía Curtis y se asombró con la cantidad resultante. Soltó aire por la boca varias veces. Todo aquello la superaba: el estado de salud de su hermana, la adicción de Curtis, el regreso de Jona...

Cooper y Curtis coincidieron en la salida del hospital. El diseñador le preguntó qué era lo que estaba pasando con Juliet y por qué seguía mezclándose con ella. El pequeño de los Taylor le explicó que tenía que hacerlo, que ella lo obligaba.

—¿No me digas que también te está chantajeando? —le preguntó, escéptico.

—Podría decirse que sí —reconoció—. Oye, Cooper. Siento lo del otro día. Yo estaba con ella porque me obligó. Ahora ya no formo parte de ese juego, aunque ella quiera.

—Entonces, ¿qué te ata a esa bandolera? Rehaz tu vida y deja el pasado atrás —le sugirió.

—Ojalá pudiese —meneó la cabeza y lo miró—. ¿Has visto el estado de mi hermana? —el diseñador asintió—. Pues es culpa mía, todo es culpa mía.

Se fue, cruzando mentalmente los dedos para que no continuase con sus

amenazas.

Antonieta recibió la visita del señor Morton. Al parecer había localizado al tío de Chloe. Había empezado por ahí y no por el tema del nieto porque las desapariciones para él siempre eran desafíos y disfrutaba con el trabajo de campo.

—Dígame, señor Morton. ¿Ese hombre está vivo?

—Desde luego que lo está —afirmó, sentado en un sillón, frente a la mujer—. Se trata de una persona muy relevante en la iglesia.

—¿En la iglesia? —vaciló, intrigada.

—Efectivamente. Es sacerdote y ejerce como capellán. Está casado, desde no hace mucho, y tiene dos hijos menores de edad —relató de memoria.

—Entonces, eso es una buena noticia —se alegró. Al fin entraba algo de luz en esa casa—. ¿Ha hablado con él?

—No, señora. Creo que es algo muy personal y, esa decisión debería tomarla la señorita Evans. ¿Estaría por aquí para hablar con ella?

María Antonieta le explicó lo que le había sucedido a la nieta y que Chloe había pasado la noche acompañándola en el hospital.

—Estoy gratamente asombrada. ¿Le ha resultado fácil localizarlo, señor Morton?

—Digamos que soy bueno en mi trabajo, pero sí. Se puede decir que el hombre no se esconde de nadie.

El detective le preguntó si la podían llamar. Si cerraba ese asunto, esa misma tarde, al día siguiente se pondría con lo de Curtis. Tras la llamada de Antonieta a Chloe, la joven apareció enseguida en la casa para hablar con el investigador. El señor Morton le explicó lo mismo que a Antonieta y le dio el número de teléfono y la dirección de la casa de su tío.

—¡Lo hemos encontrado, cariño! —señaló la abuela de Holly—. ¿Te ves con fuerzas para hablar con él?

La chica movió los hombros. Desconocía qué haría a partir de ese momento.

—Vamos, Chloe —le pasó una mano por la espalda—, estás a un paso de conocer a tu tío, el hermano de tu madre.

Le hizo saber que no perdía nada con llamarlo y, si había la posibilidad,

quedar con él. Si después ese hombre quería seguir con su fantástica vida, lejos de sus dos sobrinos, allá él. Al menos lo había intentado.

—Puedo acompañarte, si no quieres ir sola —se ofreció—, salvo que quieras decírselo a tu hermano.

—A mí hermano no, al menos de momento —cogió el teléfono, marcó el número del hombre y salió al exterior para hablar con él.

El señor Morgan aceptó el café que Antonieta le ofreció mientras esperaban noticias buenas de la joven. Esta agitaba los cabellos con nerviosismo y no dejaba de preguntarse qué pasaría si no quería recibirla ni saber nada de ellos.

Cuando regresó, su cara tenía otro color diferente al de cuando llegó a la casa. El tío le había dicho que estaría encantado de recibirla en su hogar y que podía ir cuando quisiese. Al parecer se había quedado muy sorprendido por la llamada, aunque de manera grata.

—¿Cuándo quieres ir? —la interrogó Antonieta.

Su voz sonó ilusionada. Sabía que para Chloe eso era muy importante. Hasta la fecha, la única familia que tenía era René, pero ahora se había confirmado que el hermano de su madre estaba vivo y tenía esposa e hijos, lo que quería decir que eran primos suyos.

—Usted ya tiene bastante con lo de Alison y Curtis.

—Qué le ocurre a Curtis ahora.

La niñera cayó en la cuenta que había metido la pata una vez más. No tenía tiempo para buscar una excusa así que le dijo a Antonieta la verdad.

—¿Ahora entiende por qué es tan importante saber en qué está metido este nieto mío? —comentó con la voz alarmada, dirigiéndose al detective.

—Lo siento, doña Antonieta. No era mi intención hacer que se sintiese mal —expresó la chica, muy afectada por la metedura de pata.

—No es culpa tuya, querida —suspiró con los ojos cerrados.

—Señoras —se irguió del sillón—, si me disculpan, me retiro. Mañana mismo empezaré con ese otro asunto. La mantendré informada.

—Muchas gracias, señor Morgan.

—Le acompañó hasta la puerta —se ofreció la joven. Al salir, le habló:

—Yo también le agradezco el trabajo que ha hecho. Para mí es muy importante. Ojalá todo salga bien y pueda decir que tengo más familia que me aprecia.

—Seguro que así será —afirmó el detective. Por lo que tenía entendido, el

sacerdote era muy querido en la zona que vivía.

El sacerdote la recibió en la entrada de su hogar, de estilo victoriano, junto a su esposa y los dos hijos. Vivían en Notting Hill, uno de los barrios londinenses más bonitos, conocido por sus casas de colores, el carnaval que se celebraba a finales de agosto y el mercado callejero de antigüedades los sábados por la mañana. Su casa era un adosado de dos plantas con patio posterior.

Holly le había prestado un traje negro y le había ayudado con el secador de pelo y el maquillaje. Ella había llevado el chofer de la familia, pues su casa quedaba a hora y media de Dartford. Cuando llegó la hora de bajar del vehículo, Antonieta le dijo que la esperaría dentro del coche porque aquel momento era solamente suyo y debía disfrutarlo.

—Date un margen de confianza. Todo saldrá bien —la apremió. Sabía que estaba asustada y perdida, pero esa experiencia le pertenecía.

Al salir sintió el abismo a sus pies, aunque esa sensación duró apenas unos minutos. Tracey, su tío, le presentó a su familia con mucha gentileza y la invitó a entrar. Los niños se sentaron a su lado y la pareja frente a ella. Una chica apareció en el salón con una bandeja que contenía té.

—¿Cómo están tus padres? —le preguntó Tracey a la joven, que lo miró extrañada. El único signo que había visto en él que lo delataba como sacerdote era el alzacuellos blanco.

—Creí que sabía que los dos fallecieron en un accidente de tráfico, hace diez años —lo informó, dejándolo de piedra. Se estaba esforzando mucho por no parecer insegura.

La esposa, que vestía de forma conservadora, se llevó una mano al corazón con comicidad y la otra la apoyó en el hombro del marido.

—Niños, podéis ir a jugar un rato —dijo la mujer.

—No sabíamos nada —incapaz de creer la noticia, meneó la cabeza varias veces—. ¿Cómo ha sido?

Chloe le explicó lo del accidente de tráfico cuando se dirigían a una fiesta.

—la señora Harper nos dijo que se había puesto en contacto con usted, comunicándole el fallecimiento de mis padres pero que usted no quiso saber de nada, ni siquiera de nosotros —aclaró la joven Evans.

Él seguía negando con la cabeza. ¿Quién era la señora Harper? Chloe le explicó que era el ama de llaves de la familia y que se había hecho cargo de los dos hermanos y de la casa durante todo ese tiempo.

—Es imposible que diga eso porque nadie, en ningún momento, se puso en contacto conmigo para comunicarme tal lamentable noticia. Nunca recibimos una llamada o una carta relacionada con eso —hablaba mirando dos marcos que tenía en el mueble que había detrás de Chloe. En las fotografías aparecía él con su hermana, la madre de Chloe, y los padres de ambos—. De haberlo sabido claro que asistiría al entierro. Eran mi familia.

—Entonces... —lo miró fijamente—, no vino al funeral porque nadie lo llamó, no porque menospreciase a mis padres y a sus hijos.

—Claro que no, hija. Ni siquiera sabía de vuestra existencia —se llevó una mano a la cabeza.

El hombre mantenía los ojos cerrados.

—¿Te encuentras bien, querido?

Él cabeceó, sin hablar. ¡Cómo podía estar muerta su hermana!

—Le envié infinidad de cartas... —elevó los hombros—, no sé, como unas diez o quince, pero no respondió a ninguna, exceptuando a la última y a la segunda o tercera —hizo una pausa para rebobinar mentalmente los hechos—. En los sobres iban fotografías de nuestros hijos, cuando nacieron, las invitaciones para la boda o los bautizos, pero nunca hizo mención a eso ni me habló sobre su familia. Creo que todavía las conservo en mi despacho. Si me lo permites, voy a buscarlas.

—Sí, claro. Por supuesto.

Minutos después apareció con una caja de cartón. Las cartas estaban dobladas en el interior de un sobre de color ambarino. Leyó primero la última y luego se la entregó a Chloe. Estaba firmada por su madre y le pedía que no le escribiese más, alegando que estaba centrada en su familia y que no disponía de tiempo para leerlo y mucho menos para hacerles una visita, tal y como le había pedido en una misiva anterior.

—Dudo que mi madre hubiese escrito esto, no sé, no pega con ella —observó la chica con el semblante muy serio.

Su progenitora era una mujer familiar, extrovertida y muy querida por la gente que la conocía. ¿Qué motivos podía tener para querer separarse de su único hermano y de la familia de este?

—En esta otra —la elevó unos centímetros—, decía que estaba preocupada porque en su casa sucedían cosas extrañas de las que no podía hablar porque

no estaba segura de que ocurriesen realmente. Intuyo que tenía algún problema psicológico.

—No entiendo nada, mi madre siempre ha estado bien —o eso creía, hasta ese momento.

—Bueno, ahí tienes la carta. Léela —propuso el tío.

Ella la aceptó y la leyó con calma.

—¿Puedo llevarme una copia de estas cartas? —le preguntó abiertamente.

La esposa de Tracey se ofreció para hacérselas mientras ellos seguían charlando.

Antes de irse, el tío le propuso pasar un fin de semana en su casa para conocerse y que si quería podía acompañarla su hermano. Ella iría, encantada. Su hermano, lo dudaba.

Antonieta la esperaba en el interior del coche, ojeando un periódico.

—¿Qué tal te fue? —interpeló. Estaba ansiosa por saber cómo era su tío.

Chloe le explicó que él no sabía nada de la muerte de sus padres y que, cuando se lo dijo, se quedó consternado.

—Pero la señora Harper os comentó que había contactado con él, ¿no es así?

—Eso nos dijo, pero mi tío asegura que nadie contactó con él —soltó aire por la boca—. Me dio estas dos cartas de mi madre, las únicas que recibió de ella.

Antonieta las cogió en la mano y las leyó.

—Me parece que no están escritas por la misma persona —se puso las gafas y las acercó para verlas mejor—. Fíjate —señaló la firma y algunas palabras que se repetían en ambas misivas—. No se parecen en nada.

—Es posible que la escribiese alguien por ella —dijo, intentando buscar una explicación lógica.

—Chloe. Tu madre aquí dice que sentía cosas extrañas en casa de difícil explicación —se miraron intensamente.

—¿Quiere decir que ella también veía y escuchaba cosas anormales? —instó, en un tono que distaba mucho de ser seguro. Su frente estaba arrugada mientras hablaba.

—Quizás —puso la mano en la cara, intentando razonar y dar explicación al contenido de las cartas—. Creo que deberías enseñárselas a mi amiga Keira. Es posible que ella sepa leer entre líneas. Tengo una corazonada —negó con la cabeza—, pienso que ella sabrá relacionar estas cartas, lo que ha

dicho tu tío de que nadie lo informó del fallecimiento de su hermana y el accidente de coche.

—No me diga eso, por Dios.

—Le haces unas fotos con el móvil y se las pasamos ahora. Ella tiene que conocer estos detalles.

Tras eso llamó a Morrison y le explicó a qué se debían las fotos.

—Sí, claro. Yo también lo creo —afirmó antes de cortar la llamada.

—Qué es lo que tiene claro, doña Antonieta.

—Tenemos claro que la señora Harper tiene mucho qué contar, querida.

—¿El ama de llaves?

María Antonieta asintió y volvió a releer las cartas.

—Os debe muchas más explicaciones de las dadas.

Cuando llegó a casa, René no estaba en el salón. Subió a su cuarto y tampoco estaba, pero sí la señora Harper, que la sorprendió cerrando la puerta.

—Buenas tardes, señorita. ¿Necesitaba algo de su hermano?

Chloe alzó la cabeza para responderle. Estaba cansada de su altanería, de su hábito para menospreciarla.

—Con usted también quería hablar —manifestó, con el mismo desdén que la mujer, que la notó diferente. Además del vestuario, pues llevaba puesta una ropa diferente a la de esa mañana, había adoptado otra actitud, y no era precisamente la que deseaba para ella y le había impuesto desde que los Evans habían fallecido.

—Ahora no tengo tiempo para charlar con usted —sostuvo con su habitual mirada, sombría y siniestra.

—Pues tendrá que hacerlo —se colocó delante de ella, interrumpiendo su paso.

—De acuerdo, señorita. Vayamos a su habitación.

Chloe fue delante y ella la siguió, cerrando la puerta al entrar. Comenzó por preguntarle cómo había contactado con el hermano de su madre para informarle del accidente. Ella se puso un poco inquieta. Lo supo porque empezó a mover las manos más de lo normal. Era una persona muy tranquila, muy estática, incluso cuando hablaba con alguien. Jamás, desde que la conocía, había mostrado sus sentimientos y nunca había hablado de ella.

—Creo que lo llamé por teléfono o le envié una carta urgente —respondió, inexpresiva—. Hace muchos años de eso.

—Miente —gritó, con los labios fruncidos—. Usted jamás contactó con él.

—Está desvariando otra vez, señorita. ¿Cómo puede dudar de mi palabra? —negó con la cabeza—. Le traeré un relajante —masculló con la intención de dar por finalizada la conversación.

—No me trate como si estuviese loca —voceó, con los ojos muy abiertos—. ¿Lo hacía también con mi madre? —su voz meliflua sonó desgarrada.

—Definitivamente voy a llamar al médico.

—¿Por qué no avisó a mi tío? ¿Por qué le ocultó que su hermana había fallecido? ¿Por qué ella decía que sentía cosas extrañas? Necesito que me explique todo esto, señora Harper, y lo necesito ya —exigió, chillando—. Me gustaría saber qué tiene en contra de mí dado que siempre me trata como si me hubiese portado mal. ¿Le he hecho algo, la he ofendido? ¿O mi familia?

El ama de llaves intentó salir de la habitación, pero ella se lo impidió, colocándose delante. En ese instante apareció René, que había escuchado las voces.

—Gracias a Dios que está aquí, señor —el ama de llaves se puso a su lado—. Su hermana se ha vuelto loca y ha querido agredirme.

—¡No le hagas caso! La loca es ella —se puso a la defensiva.

—Miente. No para de decir barbaridades —para darle más énfasis al momento se puso tras él—. Hay que llamar a la clínica e ingresarla. Su hermana es un peligro.

—No iré a ningún sitio —señaló al hermano—. Tenemos que hablar sobre la muerte de papá y mamá.

—¡Lo ve! Está desvariando —René la miraba con cara de preocupación.

El ama de llaves tiró del chico hacia atrás, sacó la llave, cerró la puerta por fuera y la guardó en el bolsillo de la chaqueta, todo en cuestión de segundos, como si lo tuviese calculado y ensayado.

—No se preocupe por ella, señor. Yo me encargaré de todo —reveló tras recuperar la compostura—. Llegó hace un rato, acusándome de cosas que no tienen sentido, hablando del pasado. Su hermana necesita ayuda, necesita ser internada. Desde la trágica muerte de sus padres se ha convertido en una persona amargada —se acercó a él y posó una mano sobre su hombro—. Usted es un buen chico, muy diferente a ella —con la cabeza señaló la puerta—, y no se merece esto. Váyase a descansar un poco. Yo haré una llamada al centro psiquiátrico donde trabaja mi hermano.

Mientras hablaban en el pasillo, Chloe aporreaba la puerta y gritaba que la dejasen salir.

Los días fueron pasando y Holly tuvo que regresar al trabajo. Hacía días que no sabían nada de Chloe. No acudía a casa de los Taylor y su teléfono estaba inoperativo. Antonieta le comentó a la nieta que quizá fuese que adelantara la visita a casa de su tío, para aclarar ciertos vacíos y dudas que le habían surgido tras descubrir que estaba vivo.

Milton pasaba la mayor parte de las horas en el hospital, junto a Alison, que había tomado la decisión de no volver a hablar, ni siquiera con los médicos. Las pruebas que le habían realizado, hasta la fecha, confirmaban que la joven Taylor no volvería a caminar y, en unos días, le darían el alta y podría regresar a su hogar, donde tendría que comenzar una vida diferente.

Una noche, cuando Holly regresaba del hospital, volvió a ver el coche oscuro en la entrada de su casa. Por ello sacó el móvil del bolso e hizo una fotografía en la que se veía la matrícula con claridad, pero al ir a guardarlo sintió un fuerte golpe que le rompió los cristales de las ventanillas traseras de su vehículo. Se asustó tanto que agachó la cabeza y la cubrió con las manos. No hubo más golpes y, cuando la levantó se encontró con un hombre calvo, vestido con un traje oscuro y con un bate en la mano que la observaba.

—¿Qué quiere de mí! —dijo con un hilo de voz y mirándolo con ojos desorbitados.

El coche lo había dejado en ralentí.

—Este es un recadito para tu hermano —su tono era acusador y tenía la voz ronca.

—¿Qué quiere de él! —exclamó, presa del pánico.

Una chispa de miedo apareció en sus ojos.

—Que haga su trabajo, no se le exige nada más —concretó, adoptando un timbre amenazante y dando varios golpes con el bate en la mano.

—¿Quién es usted? —percibió algo repugnante en aquel hombre, que desapareció en la oscuridad de la noche sin responder. La guionista, a la que se le había helado la sangre, respiró profundamente varias veces antes de pulsar el mando que abría el portal exterior. Ese hombre la había asustado mucho. ¿De quién se trataba y qué quería de su hermano? Curtis debía estar metido en algo muy serio como para que las amenazas se extendieran a sus parientes, pero, en qué. Echó un vistazo rápido al interior del automóvil.

Había pequeños fragmentos de cristal por todas partes. Por la mañana tendría que llamar a la grúa para que se llevaran el coche al taller.

Después de recobrar la calma buscó a su hermano en casa, que estaba en su dormitorio con el ordenador delante, como siempre.

—Quiero que vengas conmigo al garaje —le exigió—, ahora.

—No ves que estoy ocupado —respondió sin inmutarse.

—Nada puede ser más importante que esto —lo cogió de un brazo y tiró de él hacia el exterior de la casa, como hacía su madre cuando eran niños. Curtis siempre había sido el rebelde y el más desobediente de los tres.

Cuando llegaron al garaje, el pequeño de los Taylor comprobó que el coche de su hermana estaba destrozado en la parte trasera y le preguntó qué había pasado, si también había tenido un accidente.

—¿Que qué ha pasado? —repitió, alterada—. Dímelo tú, porque el hombre que destrozó mi coche dejó un recado para ti.

El chico agachó la cabeza. No necesitaba más detalles para saber que el recado venía de Juliet.

—Imagínate que llevase a Daisy en el asiento de atrás —la chica se llevó las manos a la cara—. Esto no es un juego, ¿en qué andas metido? ¿Qué quieren de ti?

La rabia y la impotencia habían dejado huella en sus nudillos. Esa mujer había cruzado la línea roja, primero con Alison y ahora con Holly. ¿Quién sería el siguiente? La abuela, su sobrina...

Con la cabeza gacha y los puños cerrados salió del garaje.

—¡Bicho! —gritó—. ¡A dónde vas! ¿No quieres saber cuál era el recado?

No respondió, no necesitaba más información. Lo único que precisaba era poner fin a aquella pesadilla que, ahora, ya no era solo suya. Cogió el coche y se fue.

Holly regresó a la casa y entró en el cuarto de Curtis. No le había dado tiempo a apagar el ordenador así que pudo comprobar que tenía abiertas varias páginas de juegos en línea y apuestas. Se preguntó de dónde sacaba el dinero. Se sentó frente al ordenador y recogió los cabellos oscuros con el coletero que siempre llevaba en la muñeca. En una de las páginas vio que ese sábado se celebraba un evento muy parecido al *Royal Ascot*. Una carrera de caballos a la que también solía asistir algún miembro de la realeza inglesa. La diferencia entre la *Royal Ascot* y esa carrera era que la primera se realizaba en el mes de junio durante una semana entera y esta, en un solo día. Buscó en los cajones y localizó una entrada para ese evento en la zona *grandstand*. En

esa área las gradas estaban a pie de pista. Tras mucho meditar tomó la decisión de que debía acudir al evento. Quería conocer el ambiente en el que se movía su hermano y para ello necesitaba un acompañante. Pensó en Yona pero lo descartó de inmediato, y a Juan Ignacio también. Cooper era un buen candidato, aunque no sabía si aceptaría acompañarla. Lo llamó y este aceptó encantado. No era la primera vez que asistía a acontecimientos de esa índole. Le prometió que conseguiría dos entradas para la mejor zona, la *Royal Enclosure*, la más exclusiva y a la que sola optaba gente que era invitada por terceras personas que hubiesen disfrutado de ese tipo de entradas al menos cuatro veces en ediciones anteriores.

Para asistir a la competición hípica, un evento sinónimo de elegancia sartorial, había que seguir un código de conducta y vestimenta bastante riguroso. Las faldas debían ser justo por encima de la rodilla o más abajo, los trajes preferiblemente estampados, y era obligatorio llevar tocado o sombrero, que normalmente eran creados de manera exclusiva para esa ocasión. En cuanto a los hombres, debían llevar chaqué negro o gris de una sola botonadura con solapa de pico, chaleco y corbata, sombrero de copa y zapatos negros.

Holly se había decantado por un vestido de cóctel blanco con cinturón ancho y detalle de mangas en volumen. Vestimenta que combinó con un tocado lateral de color negro muy sencillo pero que cumplía con las exigencias de la guardia de estilo que había por todo el recinto. Todo lo que representaba el lujo y el *glamour* estaban en aquel evento.

Había caballos de todo el mundo compitiendo por ser los mejores y ganar los premios. La entrada para la zona que Cooper había reservado era privada y muy cerca estaban los invitados más selectos, entre los cuales había personalidades londinenses y también propietarios de fortunas europeas y de Oriente Medio. Se trataba de un evento que combinaba a la perfección tradición, *glamour* y mucho dinero y en el que se servía champán o *Pimm's*, una bebida parecida al vermouth, cerveza, miles de tazas de té junto a salmón ahumado, solomillo de buey, fresas con nata y langosta en los más de cincuenta puestos de restauración y bares.

Las pantallas anunciaban los nombres de los caballos y las yeguas participantes, la mayoría Purasangres, Akhal Teke y Cuarto de Milla, y sus

jinetes, uno de ellos corría para la reina, Isabel II, el cual se distinguía fácilmente porque llevaba camiseta púrpura, trenza color dorada y sombrero de terciopelo negro con una franja del mismo color. Era un ir y venir de gente que se acercaba a las ventanillas para hacer las apuestas.

—¿Has localizado a tu hermano?

—No. Hay demasiada gente y creo recordar que su entrada no era para esta zona —lo miró sorprendida—. ¿Cómo las has conseguido en tan poco tiempo?

—El cómo no importa —confesó, guiñándole un ojo.

—Estoy pensando que quizás tenías pensado venir con Theo, tu socio. Espero no haber hundido tus planes.

—La verdad es que no. Él tenía otros compromisos —se rio, sacándole importancia—. Oye, quizá, si nos damos una vuelta a pie de pista, logremos verlo.

Holly pensó que era una buena idea. Pasearon entre cientos y cientos de curiosos y asiduos a las carreras de caballos, algunos sentados en los asientos que había justo detrás de la pista y otros de pie, pero con los boletos de las apuestas en las manos. La euforia era total, aunque bastante contenida, como cabía esperar.

Estuvieron más de una hora en busca de Curtis hasta que, por fin, Jones lo localizó. Al igual que el resto de los presentes, tenía varios boletos en las manos.

—Voy a hablar con él —determinó la hermana.

—No —la agarró de una mano y tiró de ella—, mejor quedémonos a una distancia prudencial. Así podrás comprobar con quién está y qué hace.

—Tienes razón.

Se retiraron unos metros.

—¿De dónde habrá sacado el dinero para esas apuestas? —preguntó la hermana en voz alta y en un tono preocupado—. Chloe comentó que le había pedido, con la excusa de que era para la operación de un familiar de un amigo.

—No sé, pero tu hermano se relaciona con gente muy peligrosa y, cuando digo peligrosa me refiero a individuos sinvergüenzas y con pocos escrúpulos, entre los que incluyo a Juliet —su rostro se veía contraído por la rabia, recordando que todavía no habían resuelto la propuesta que le había hecho la mujer. Tampoco le comentó la conversación que había tenido con su hermano a la salida del hospital. Mezclarse con esa gentuza nunca conducía a nada bueno.

—Lo dices como si te afectase personalmente.

—Podría decirse que sí —asintió, sin dar más detalles, aunque le hubiese

gustado decirle que lo estaba chantajeando y que su hermano también participaba—, aunque me extrañó su reacción en el hospital, cuando llegó Juliet. No me pareció un teatro, Curtis estaba cabreado por algo y la presencia de esa víbora, nunca mejor dicho, le afectó. Esa mujer es muy peligrosa y muy canalla. Él debería apartarse de ella y de sus manipulaciones.

Holly cabeceó varias veces. Luego se llevó las manos a la cara.

—¿Te ha pedido dinero?

Él respondió negando con la cabeza, suponiendo que se refería a su hermano.

—No sé qué estoy haciendo aquí —susurró con un hilo de voz—. Debería estar con mi hermana, en el hospital, o con mi hija, por ejemplo, en un parque —dejó salir el aire que llevaba retenido en los pulmones—. Para colmo de males, Chloe no da señales de vida. La hemos llamado infinidad de veces, le dejamos mensajes sin conseguir nada —movió los hombros—. Mi abuela dice que ha debido irse a visitar a su tío y por eso no responde.

Por su tono de voz se notaba que estaba cansada, agotada.

—No te tortures. Estás aquí porque quieres ayudar a tu hermano, pero, fíjate —lo señaló con la cabeza—. Se ve feliz en este mundo.

Curtis estaba recibiendo dinero de otros hombres, seguramente apostantes clandestinos que jugaban a pie de pista.

—¿Cómo puede ser feliz una persona que debe dinero a fulano y mengano? Últimamente recibo demasiadas llamadas de gente que no se identifica y que me dice que hable con mi hermano para que pague sus deudas.

Entre las reflexiones de la guionista, algunos jugadores saltaban de emoción, otros, maldecían al caballo y al jockey por el que habían apostado tantas libras.

Cooper le explicó que el pequeño de los Taylor no controlaba los impulsos que sentía por jugar y apostar y a eso se le llamaba ludopatía. Un trastorno que le afecta de forma negativa tanto a la vida personal como familiar y laboral, obligándolo a acumular deudas, incluso a jugar para otros, a participar en robos y a pedir dinero a terceros para seguir apostando.

—El otro día me asusté mucho cuando un hombre con un bate me rompió los cristales de las ventanillas traseras del coche. Creí que me iba a matar —susurró muy afectada.

—¿Llamaste a la policía?

—Fue tan rápido que no pude.

—¿Lo has denunciado? ¿Recuerdas la cara del hombre? —con un dedo le

levantó un poco el mentón.

—No y sí. ¡Cómo voy a olvidarla! Era aterradora, como la de un sicario — lo describió con escalofríos en el cuerpo—. Conseguí hacerle una foto a la matrícula del coche.

—Pero entonces, ¿qué pasó después? —deseó reconfortarla.

—Nada, se largó después de decirme, eso sí, que hablara con Curtis para que cumpliera con su palabra, o algo así —mientras hablaba, no dejaba de mover los dedos de las manos.

—No sé, pero me parece que a tu hermano se le ha ido todo de las manos. Creo que es más grave de lo que pensaba, deberías ir con cuidado —le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia él—, y hablar con la policía.

—Es mi hermano, no puedo hacerle eso.

—Pero él sí puede poner en peligro a toda su familia —le recriminó, elevando un poco el tono de voz.

Holly lo miró. Tenía razón.

—Tienes razón —afirmó con la cabeza—. Todo esto me supera y, a veces pienso que la culpa es mía. Me pone cardíaca y no sé qué hacer. Quiero ayudarlo, pero no encuentro la manera y él tampoco se deja —se cogió el labio inferior entre los dientes.

Se había abierto a él como si fuese el mejor amigo de toda la vida, ese con el que compartes confidencias.

—Nada de esto es culpa tuya. Tú has hecho las cosas bien.

Con una mano hizo que girara la cara hacia él, dirigiéndole una mirada larga y penetrante. Estaba pensando que tenía las manos suaves y olía muy bien cuando le plantó un beso rápido y casto en la boca, de forma involuntaria. Sintió que sus labios eran tiernos, carnosos. Fueron unos segundos, hasta que cayó en la cuenta de que a él no le gustaban las mujeres.

—Lo siento mucho, de verdad —admitió, avergonzada—. No sé... —nerviosa, se apartó del diseñador. Había sido un momento de debilidad—. Ha sido un impulso totalmente involuntario.

—Sí, fruto del momento que estás viviendo, no pasa absolutamente nada — la cogió de las manos. La chica estaba temblando—. ¿Estás bien?

Ella asintió con los ojos. Se había ruborizado, pero, gracias al tocado, a las gafas de sol de cristales opacos y al maquillaje, apenas se notaba. Ese hombre, pese a saber que era gay, lograba tocar y llegar a su corazón.

—¿Quieres acercarte a donde está y montar un numerito que llamará la atención de todos los que están aquí, o prefieres que te acompañe a casa y

luego, si lo ves necesario, al hospital? —aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón del cuello.

Ella sonrió. ¿Por qué era tan natural? ¿Por qué sabía lo que era correcto y lo que ella quería sin decirle nada?

—¿Y las carreras?

—No se moverán de ahí, pero tú necesitas a un amigo a tu lado —un helado escalofrió bajó por su espalda.

En vista de que no se había opuesto, puso una mano en la cintura de la guionista para indicarle la salida. A Holly le gustó sentir el brazo de él rodeándola.

Echó un último vistazo a Curtis y sintió mucha lástima. Pena por cómo se degradaba, por cómo destruía su vida. Había ido allí con la intención de ponerse en su piel y saber qué sentía el joven en aquel ambiente, había ido con ganas de decirle cuatro cosas delante de aquella gente para avergonzarlo; entonces supo que nada de lo que le pudiese decir lo ayudaría a salir de ese mundo.

Dos semanas después del accidente, Alison recibió el alta hospitalaria y Milton fue el encargado de llevarla a su hogar en su coche. La joven Taylor seguía sin hablar con nadie, viviendo así en un total mutismo. En la casa, dada la ausencia de Chloe, habían tenido que contratar a otra chica para cuidar de Daisy y ahora también de Alison.

Antonieta aprovechaba todas las tardes para estar con ella y llevarla al patio para disfrutar los pocos rayos de sol que ofrecía el otoño, una estación que deprimía a mucha gente. A veces le leía poesía, le enseñaba revistas de moda, algo que siempre le había apasionado, o, simplemente, estaba a su lado, contemplando el paisaje.

Una tarde, cuando empezaba a oscurecer, recibió la visita de su amiga Keira, que acababa de salir de la comisaría. La mujer policía le comentó que había hecho avances en el asunto del accidente de los padres de Chloe, y que necesitaba hablar con ella lo antes posible pero que no tenía su número de teléfono. Antonieta se lo facilitó y le comentó que llevaba días sin dar señales de vida. Le explicó que la había acompañado a conocer a su tío, en Notting Hill, y que, desde entonces, no había vuelto al trabajo ni atendía las llamadas de teléfono.

—Es un poco extraño —opinó la jefa de policía.

—Un poco no, mucho. Tiene el teléfono apagado todo el día y esta ausencia no es normal en ella.

—¿Habéis probado a hablar con el tío? A lo mejor está allí, aprovechando los años perdidos y disfrutando de esa familia que, hasta la fecha, no conocía.

Antonieta no había pensado en ese detalle por lo que, delante de su amiga, llamó al detective, el señor Morton. Este le facilitó el teléfono de Tracey, al cual llamó en ese mismo instante. El sacerdote le comentó que no había vuelto a saber nada de la sobrina ni hablado con ella, desde la tarde que los había ido a visitar. Le habían dicho que tenía las puertas de su casa abiertas y que, cuando pudiera y quisiera, podía pasar una temporada en su casa, con ellos, para conocerse mejor.

—¿Dónde se ha metido esta chica? —preguntó en voz alta tras cortar la comunicación con el religioso.

—¿Sabes su dirección?

—Más o menos, creo que sí —respondió Antonieta.

—¿Me acompañas? Vamos a dar una vuelta en el coche policial —dictó la del uniforme, que se había levantado del sofá y con las llaves en la mano.

Cuando llegaron a la casa de los difuntos Evans, el ama de llaves les abrió la puerta.

—Buenas noches —saludó la mujer policía mostrando su placa—. Supongo que es usted la señora Harper.

La mujer, que apenas había abierto la puerta, asintió con la cabeza.

—¿Podemos pasar?

—¿Qué asunto la trae por aquí? —instó la casera, con toda la amabilidad de la que era capaz.

—Déjeme pasar y se lo digo —puso una mano en la puerta, intentado hacer fuerza para abrirla, pero Harper se lo impidió—. ¿Puedo hablar con la señorita Chloe, o con su hermano?

—Ninguno de los dos se encuentra en casa —sus ojos transmitían una frialdad pasmosa—, por lo que ruego se vaya. Tengo mucho trabajo. Llevaba un manojito de llaves colgadas del cinturón del vestido.

Morrison contuvo su mirada durante unos segundos. Por supuesto que se iría, pero para volver con una orden judicial.

Antonieta las observaba unos pasos atrás. Era difícil atisbar un rastro de emoción en los ojos de aquella mujer.

—Señora Harper —se adelantó para captar su atención—. Estoy buscando a Chloe. Trabaja cuidando de mi nieta y hace días que no sé nada de ella y supusimos que estaría en casa —confesó la mujer antes de que le cerrase la puerta en sus narices.

Durante unos segundos, el ama de llaves debatió internamente una contestación convincente y rápida.

—Creo que para preguntar no hace falta venir acompañada de la policía, basta con una simple llamada de teléfono, pero, ya que están aquí, les informo que la señorita Evans ha tenido que ser internada en un centro, pero está bien —señaló con actitud poco colaborativa, mirando a ambas con altivez—. Si me disculpan.

—No es nuestra intención molestar —insistió Antonieta—. ¿Puede decirme qué le ha ocurrido?

—Es algo de lo que no debo hablar —puso las palmas de las manos hacia arriba—. Como comprenderá, mi función en esta casa no es la de dar información a cualquier persona desconocida que se presente en la puerta.

Keira estuvo a punto de contestarle, pero su amiga la detuvo. Por las malas no conseguirían nada.

—¿Podría decirnos el nombre de la clínica en la que está ingresada? Me gustaría hacerle una visita.

El ama de llaves contestó sin dilatación, dando autenticidad a sus palabras.

—Actualmente la señorita Evans tiene prohibidas las visitas, no obstante —irguió la barbilla en actitud desafiante—, yo personalmente le comunicaré que ha estado aquí, interesándose por ella y que le desea una pronta recuperación —contestó, evasiva.

Con un empujón firme consiguió cerrar la puerta. Tras constatar la malicia de aquella mujer, las dos amigas se dirigieron al coche.

—Esta mujer es fantasmagórica —sentenció Antonieta, anonadada por su falta de cortesía—. Qué manera de tratar a la gente —entraron en el coche—. Ahora entiendo lo que decía Chloe de ella. Su voz y su apariencia transmiten suspicacia y recelo —puso una mano sobre el brazo de su amiga—. Con sinceridad te digo que no estaría tranquila si mis hijos o mis nietos estuviesen al cuidado de una persona como ella.

—Tienes toda la razón. Esta mujer oculta algo, algo aterrador que, tarde o temprano, voy a descubrir.

—Me preocupa mucho la chica. ¿Será verdad lo de la clínica?

Formuló más preguntas en alto que quemaban en su mente, como quién había determinado que debía ingresar en una clínica y cuál era la razón. Chloe le había comentado que últimamente escuchaba voces y veía cosas extrañas.

—No te preocupes, Antonieta. Mañana me pondré a hurgar en la vida de esta mujer y acabaremos sabiéndolo todo de ella.

La mujer sentía que no ganaba para disgustos. Su nieta postrada en una silla de ruedas, sin querer hablar con nadie, envuelta por el abismo del silencio y la tristeza, su nieto Curtis, llevaba días sin aparecer por casa y hasta arriba de deudas, y ahora la pobre Chloe, de la que no sabían nada.

Desde que Chloe no estaba para cuidar de Daisy, Holly intentaba salir puntual del trabajo y pasar más tiempo con ella. A veces se preguntaba qué tipo de madre era al pasar tantas horas en el trabajo y dejar a su hija al cuidado de terceras personas. Luego pensaba que era una madre, como muchas otras, que luchaba sola por sacarla adelante, para darle un buen futuro y todas las comodidades. Gracias a sus padres, a ella no le había faltado de nada y por eso se esforzaba tanto. A diferencia de ella, sus hermanos eran dos trepas que hasta la fecha actual se habían aprovechado de ser los herederos de una gran fortuna, y por ello nunca habían figurado en ninguna lista de las oficinas de empleo conocidas como *Jobcentres*, o en agencias de trabajos.

Cuando llegó se encontró a Jona en el salón, junto a Antonieta y Daisy, que estaba felizmente sentada sobre un correpasillos. En el momento que la vio entrar, le tendió las manos para que la cogiera. Antonieta sabía que tenían que hablar así que los dejó a solas.

—¿Lo has comprado tú? —preguntó, señalando el juguete con la mirada.

Él asintió con la cabeza. Por su forma de afirmar y su gesticulación, de inmediato supo que sucedía algo y se lo preguntó. El padre de Daisy se acercó a ella, que seguía con la niña en brazos.

—En primer lugar, quiero que quede claro que estos no eran mis planes. La niña y tú sois lo más importante —aclaró, sin mirarla a la cara.

La guionista dejó caer la cabeza; sabía que eso iba a pasar.

—Tengo que irme un tiempo —pasó el dedo índice por la nariz—, por trabajo.

Holly dejó a la niña en el correpasillos, que empezó a circular por el salón ajena a la tensión que se había creado entre sus progenitores.

—Me lo acaba de comunicar mi productor discográfico —encogió los hombros, como desentendiéndose de la responsabilidad que esa noticia suponía—. No sé el tiempo que estaré fuera, pero...

Quería explicarle que había grabado un nuevo disco y que tenía conciertos por toda Europa y en varias ciudades de Estados Unidos.

—Pero nada, Jona. No tienes que justificarte —miró hacia su hija. Era tan parecida al padre—. Salvo porque prometiste estar al lado de tu hija y verla crecer. También prometiste una casa para los tres y no sé qué cosas más.

—Lo haré, eso tiene solución —se acercó y la tomó de las manos.

—¿Cuál? Dime. Llévartela unas semanas y que la atiendan unas niñeras que contrates o alguna de tus amantes —murmuró, con una aplastante sinceridad.

—No. Me gustaría que las dos os vinieseis conmigo. Viajaríamos los tres, como una familia —dijo, rozando los nudillos de la mujer con sus dedos.

Ella soltó las manos y retrocedió varios pasos.

—¡Eso es lo que quieres para Daisy! —meneó la cabeza.

—Es lo que quiero para los tres.

—Una vida errante, hoy en una ciudad y mañana en otra, como los trotamundos —de su boca salió una risotada. Luego lo miró, con los pómulos tensos—. No puedo dejar mi trabajo, mi familia. Ahora, cuando más me necesitan —tenía una vida acomodada y bien estructurada. ¿Para qué estropearla?

—Daisy es tan hija tuya como mía. Creo que tengo derecho a pasar tiempo con ella —introdujo las manos por el pelo.

—Una vez más, te equivocas, Jona. Una noche loca en la que hayas depositado tu semilla, no te hace padre sino donante. Padre es aquel que está a tu lado cuando ríes y cuando lloras, en tus caídas y en tus logros. Siempre, de manera incondicional, apoyando, enseñando, escuchando y dando cariño en cada momento —eso era lo que ella había vivido y lo que quería para su hija—. No puedes pretender, de un día para otro, que nos vayamos contigo porque tú tienes planes. Entregaste a otra tu corazón, me engañaste con mi amiga —gesticuló con la boca—. Yo rehíce mi vida.

—Sería una magnífica oportunidad para empezar de cero —insistió—. Borrón y cuenta nueva.

Holly le explicó que toda su vida estaba allí, que era feliz con lo que tenía y no pedía ni quería más.

—Puedes venir a visitarla siempre que lo desees y me avises con tiempo. Jamás se me pasaría por la cabeza prohibirte verla, pero, sinceramente, quiero ahorrarle disgustos y falsas esperanzas.

—Mis padres quieren conocer a su nieta. No sé si te parece bien.

—Vale, lo voy hablando con tu hermana, que es con quién tengo más contacto —no le hacía demasiada ilusión, pero si los abuelos querían ejercer como tal, no les diría que no.

—Bueno, me imagino que esto es una despedida —opinó, con las manos en los bolsillos de la chaqueta vaquera y mirando hacia el suelo—. Creí que, tras lo que pasó la otra noche, volveríamos a estar juntos.

Ella negó con la cabeza. Aquella noche había sido un error.

El roquero volvió a acercarse a ella y tomó sus manos.

—Te añoraré a cada latido de mi corazón —susurró a su oído y besó el dorso de sus manos.

Ella volvió a negar con la cabeza. Qué fácil era hablar con el corazón cuando ni siquiera se miraba a los ojos.

—Al menos seguiremos siendo amigos —sugirió, esperando una respuesta.

—Si te refieres a amigos con derecho a roce, no... —matizó. No estaba dispuesta a caer nunca más en su influjo y que hiciese estragos en sus emociones.

—Perdona si te he fallado —anunció, esperando ablandar el corazón de la madre de su hija—. ¿Desharías lo andado?

—Nunca —su hija era lo más grande que tenía.

A él lo olvidaría.

La conversación entre los dos adultos la dio por finalizada Daisy, tras caerse del correpasillos y empezar a llorar.

Rob Foster era tan pertinaz y obstinado en el trabajo como lo era Keira Morrison, su jefa. Las dos mesas estaban llenas de documentos relacionados con el accidente de los Evans. Habían hecho averiguaciones acerca del ama de llaves de la familia. El hermano de esta era copropietario de una clínica privada para enfermos mentales, posiblemente la clínica a la que había hecho referencia la señora Harper.

—¿Qué relación hay entre esa clínica y el accidente de los Evans? —preguntó el policía.

—Ninguna —negó con un dedo—. Ahí tiene recluida a Chloe. Por alguna razón, que aún no hemos descubierto, no la quiere en la casa. La quiere lejos de allí, como si fuese un estorbo para sus planes.

—Igual que lo eran los padres —interpretó el de los cabellos desgreñados.

—Eso es.

Rob le comentó que la mujer nunca había estado casada pero sí había estado ingresada en el hospital en el que trabajaba su hermano, antes de fundar la clínica que actualmente regentaba.

—Llama al hospital e intenta averiguar la causa del ingreso —dijo, apuntando al chico con el bolígrafo que tenía en la mano.

—Ya está hecho, jefa, pero no me han querido dar la información sin una orden, ya sabe, por la confidencialidad médico paciente, y lo malo es que un juez no nos la va a firmar.

La jefa se quedó pensando. El ama de llaves escondía algo, de lo contrario las hubiera dejado entrar la tarde que fueron a preguntar por Chloe, pero, ¿qué era? Se estaban encontrando con desmesurados reveses y contratiempos que dificultaban el buen desarrollo de la investigación, pero estaba demasiado implicada como para dejarlo en aquel momento. Utilizaría a su hermano, que actualmente trabajaba en ese mismo hospital. Ella había sacado a su hijo de muchos líos y podía hacerle ese favor.

Levantó el teléfono y lo llamó. El hombre se mostró colaborativo y de inmediato se puso a buscar en el ordenador, pero alguien había borrado los datos de ese ingreso.

—¿Puedes saber la fecha del ingreso?

El hermano le pidió que esperara unos minutos.

—Hace exactamente veinticuatro años.

Keira miró hacia Foster.

—¿Qué edad tiene el hijo varón de los Evans?

—Veinticuatro años.

Tras despedirse del hermano, Morrison se levantó de la silla y caminó hacia el puesto de Rob.

—Tenemos que buscar la conexión entre el ama de llaves y el perito del accidente —arguyó, colocando una mano sobre el hombro del joven.

Foster buscó entre los papeles, hizo varias comparaciones y alzó la vista hacia su jefa.

—Tienen los mismos apellidos —exclamó, impresionado. Era un detalle que habían pasado por alto.

—¡Quién lo iba a decir! Contacta con el juez de guardia y pide una orden para la casa de los Evans y otra para la clínica del hermano. Esa chica tiene que estar aislada en alguna parte de la casa o en ese centro —exigió, clavando las uñas en las palmas de las manos.

—Enseguida —respondió con el rostro iluminado. Parecía que la investigación iba cogiendo forma.

Una hora después, Keira tenía ambas órdenes sobre la mesa de su despacho. Para realizar la inspección, de forma concienzuda, solicitó la colaboración de varios compañeros.

La señora Harper les abrió la puerta con la misma sobriedad de siempre, salvo cuando vio la orden en manos de Keira.

—¿Se encuentra el señor o la señorita Evans? —interrogó la jefa de policía con el papel firmado por el juez frente a la mujer.

—¿Qué significa todo esto? —articuló, al ver que los agentes entraban sin su permiso—. ¿Adónde se creen que van? —se puso delante de Morrison, impidiendo su entrada.

—Apártese, señora Harper. Esta es una orden para examinar esta casa y, como puede comprobar, ha sido firmada por un juez —señaló la firma con la punta de un dedo—, por lo que deje que mi gente haga su trabajo.

Las dos mujeres se retaron con las miradas.

—¿Señálenos cuál es la habitación de Chloe Evans?

En el momento de formular la pregunta, René apareció sobresaltado.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó desde la planta donde se hallaban los dormitorios.

Keira le pidió que bajase y le enseñó la orden judicial.

—¿En base a qué está firmado este documento? —manifestó sin ocultar su desagrado.

—Aquí lo tiene, señor Evans. Hay indicios de que su hermana está retenida de forma involuntaria y... —el joven Evans la interrumpió.

—Eso no es cierto. Mi hermana ha sufrido un nuevo brote psicótico y por esa razón la internamos —esclareció.

—La internaron, en plural, o —habló señalando hacia el ama de llaves—, ella ordenó ingresarla.

La señora Harper abrió la boca y la miró con indignación.

—Como le he dicho, mi hermana no está bien, oye y ve cosas extrañas y, gracias a los contactos de la señora Harper, hemos podido internarla de inmediato —insistió el joven, ajeno a la verdadera razón por la que Chloe no estaba allí.

—Su fecha de nacimiento es el once de octubre del año mil novecientos noventa, ¿no es así?

El chico asintió. Su interior era una amalgama de confusión. ¿Qué relación tenía su fecha de nacimiento con lo que estaba haciendo la policía en su casa?

La jefa de policía se dirigió al ama de llaves, que empezaba a ponerse nerviosa.

—¿Tiene algo que decirle al señor Evans relacionado con esto último?

—No ...—tatareó. Posiblemente esa sería la primera vez que el chico la habría visto dubitativa, incluso temblorosa—. No sé de qué está hablando.

René la miró.

—Esta mujer no es quién dice ser, es una impostora —descubrió Keira ante la mirada de estupor del propietario de la casa y la admiración de Rob.

El ama de llaves, que hasta el momento se había mantenido a una distancia prudencial, tanto de los agentes como de René, se acercó a este último y le habló, anhelando su beneplácito.

—Nada de lo que le digan es cierto. Usted sabe que me he pasado toda la vida cuidando de su familia, especialmente de usted. He procurado darle lo mejor y que nunca le faltase de nada —expuso, esperando su complicidad.

—No entiendo nada —negó con la cabeza—. ¿A qué se refiere? A mi hermana y a mí jamás nos ha faltado nada, pero gracias a nuestros padres.

—Tu madre nunca te ha querido como yo —dijo la circunspecta mujer en un tono gélido y agitando las manos con un gesto despectivo.

Morrison y Rob se miraron. Con la inteligencia de una mujer con muchos años de experiencia, Keira logró conducir la conversación al punto exacto para crear crispación entre el heredero y el ama de llaves.

Él la miró irritado.

—Usted no tiene vela en este entierro —la señaló con un dedo—, y no vuelva a hablar mal de mi madre —vociferó con severidad.

Dolida, la señora Harper en lugar de ser discreta y mostrar respeto hacia el hombre que tenía delante, que, además de ser su jefe, poseía un rango superior, se enfrentó a él para contarle la verdad.

—Ellos no eran tus padres —admitió, sin una pizca de humanidad en su rostro—. Los Evans te acogieron en su casa, te cuidaron, te criaron y te educaron como si fueses hijo de ellos, pero no lo eres —reveló, tuteándolo como si no se tratase de una empleada de la casa que debía guardar respeto al que le pagaba el sueldo todos los meses.

René se quedó callado unos segundos, los justos para analizar la revelación de su ama de llaves.

—¿Ha estado bebiendo o ha tomado algún alucinógeno?

Ella negó con la cabeza de forma reiterada. No podía permitir que René, su hijo, no creyese sus palabras, no después de todo lo que había hecho por él desde su nacimiento.

—Es la verdad —puso una mano en la frente y lo encaró—. Yo te dejé en la puerta de esta casa.

Por fin había asumido la verdad, pensó Keira para sus adentros.

—Era una noche fría de principios de octubre y empezaba a llover. Te envolví en una manta y te introduje en una cesta de trapillo que mi madre había confeccionado muchos años atrás. Luego vine directa aquí y te dejé delante de la puerta, toqué el timbre y salí corriendo —relató, ante el estupor del joven que estaba delante y sin mostrar demasiado dolor.

—Me parece que no está bien de la cabeza —comentó René, separándose de ella.

—Estoy perfectamente y tengo las pruebas en mi cuarto, por si quieres verlas —propuso, aunque siguió hablando—. Te preguntarás por qué te dejé en la casa de esta gente y no te cuidé, como hacen todas las madres con sus hijos —suspiró—. No podía, no tenía medios. Me quedé embarazada y mis padres me obligaron a ocultar el embarazo. Pasé los nueve meses encerrada en casa, ni siquiera me dejaban salir para ir al médico. El embarazo me lo vigiló mi

hermano hasta que supimos que había complicaciones, entonces él lo arregló todo para ingresarme en el hospital donde trabajaba y fue allí donde parí y te tuve a ti.

La misántropa mujer le explicó que los padres la obligaron a deshacerse del bebé dado que para ellos era una deshonra que su hija tuviese un hijo estando soltera. Durante los días que estuvo ingresada en el hospital, había visto una revista en la que aparecía la familia Evans y le pareció que eran los candidatos idóneos para criar a su hijo, además de que su vivienda quedaba relativamente cerca de su casa. No lo pensó dos veces y, tan pronto le dieron el alta, se armó de valor y lo dejó delante de la puerta de esa familia. Pese a que apenas había pasado tiempo con él, los primeros días se le hicieron un infierno. Varias veces se había escapado de casa para comprobar que su hijo estaba bien, hasta que decidió pedir trabajo en la casa para estar cerca de él, con tanta suerte que fue contratada como niñera y, más tarde, cuando los niños crecieron y tras lograr la confianza de los Evans, fue ascendida a ama de llaves. Se sentía feliz por estar cerca de René, por verlo crecer y hacerse un hombre. Lo único que no toleraba era el amor que el crío sentía por su madre, bueno, por la mujer que lo había encontrado en la puerta de casa, llorando y muerto de frío. Él la llamaba mamá cuando en realidad no era más que una desconocida, no llevaba su sangre.

—No puede estar diciendo la verdad —comentó, mirando hacia Morrison y Rob, que escucharon con suma atención el relato de la mujer—. Todo tiene que ser una falacia —levantó los brazos para afianzar sus palabras—, esta mujer debe estar loca si se cree que me voy a tragar esta historia. Por favor, llévensela.

—Me temo, señor Evans, que la historia que ha narrado no es del todo incierta —respondió la jefa de policía—. Hay suficientes indicios de que es su madre.

—¡Por favor, no saben lo que están diciendo!

—¿Dónde se encuentra su hermana? —instó Foster.

—La señora Harper —la miró con furor—, la ha internado en una clínica para enfermos mentales. Dijo que había intentado agredirla, que estaba fuera de sí y que esa sería la mejor forma de ayudarla. Creo que su hermano trabaja allí —declaró.

Ellos ya disponían de esa información.

—Necesitamos que nos acompañe a comisaría —dijo la jefa de policía al ama de llaves.

—¿Yo? —con el rostro desencajado se llevó las manos al pecho—, pero si no he hecho nada malo.

—Tiene que aclararnos unas cuantas dudas relacionadas con el accidente de los señores Evans.

—¿Qué tiene que ver ella con la muerte de mis padres? —intervino el señor Evans.

—Eso es lo que intentamos averiar.

La arisca mujer sintió que la estaban acorralando. ¿Lo sabrían todo?

Con gritos incoherentes comenzó a llamar a su hijo, que se había dado la vuelta, ignorando sus súplicas.

Rob y Keira la llevaron al coche policial y fue conducida a comisaría, donde ambos la interrogaron de forma meticulosa. Tras preguntarle qué relación tenía con el perito que había hecho el informe del accidente de los Evans, no le quedó más remedio que reconocer que era su hermano. Rob había tenido la cautela de hablar con él antes de interrogar al ama de llaves y, tras informarle de que había engañado al seguro y a la policía al determinar que aquello había sido un accidente fortuito y no una acción premeditada, el hombre acabó confesando la verdad. Su falso testimonio estaba castigado con una pena de entre seis meses y tres años de prisión y una multa.

—¿Qué la llevó a planificar la muerte de los Evans? ¿Era tan fuerte el odio que sentía hacia la señora que se vio obligada a hacerlos desaparecer de esa manera? —interrogó el joven policía. Keira estaba sentada, frente a Harper, y él permanecía a su lado, pero de pie.

—No tengo nada que decir al respecto —anunció, volviendo a usar el tono de voz trivial que tanto la caracterizaba.

—Muy bien —determinó la policía con su temple habitual—. La informamos de que la señorita Evans vuelve a estar en su casa, con su hermano y, es muy posible que el juez cierre el garito de su pariente, o los de ambos, porque los dos son sus cómplices.

La señora Harper seguía manteniendo una postura arrogante, pero al hablar de sus hermanos se sintió intimidada. Eran su única familia. Entonces comenzó a hablar:

—René sentía devoción por la señora Evans, entre ellos existía un apego especial y yo me moría de celos. Quería ser ella y no podía, y mi deseo era hacerla desaparecer. Yo era su madre, lo había engendrado y llevado en mi vientre durante nueve meses. Quién tenía más derecho, ¿ella o yo? —preguntó, esperando una respuesta de los que estaban frente a ella pero que nunca llegó

—. Lo intenté de muchas formas —afirmó con la cabeza—, pero la única que funcionó fue la del accidente.

—¿Manipuló usted los cables de los frenos? —consultó el hombre policía.

—No entiendo de mecánica, señor agente —frunció la frente—. Digamos que yo di la orden, pero no voy a mencionar el nombre de la persona que lo hizo. Será un secreto que me llevaré a la tumba.

—De acuerdo —Keira hizo tamborilear las uñas en la mesa—. Qué pasa con la señorita Evans. ¿Qué tiene contra ella?

—¿Chloe? No es más que una mocosa desagradecida. Es igual que su madre, ingenua pero observadora, comprensiva, con esa timidez que las hace únicas —expresó, echando fuego por los ojos.

—Tenía que eliminarla para que su hijo se quedara con todo.

—Exacto.

Por fin habían llegado al meollo del asunto. Morrison manejaba el interrogatorio con gran aplomo.

—Bien, señora Harper. En breve vendrá un abogado para representarla —dijo Keira.

—No necesito a ningún abogado. Lo que necesito es a mi hijo conmigo —por primera vez sonrió—, porque ahora ya puedo decirlo en voz alta: mi hijo, ¡mi hijo! —repitió, casi a gritos.

—Una pregunta más antes de finalizar —comentó Rob—. ¿Por qué mantuvo al tío de los chicos alejado de ellos?

—Tracey era igual que la hermana. Él se fue a estudiar para ejercer de sacerdote y tuve que encargarme de que no viniese por la casa —expuso tras hacer memoria—. Antes de fallecer los Evans en el accidente, tuve que enviarle una carta, como es obvio, en nombre de su hermana, diciéndole que no la volviese a escribir. Sabía que se habían estado cartearo, aunque no de forma asidua, y vi el peligro cerca. Por eso nunca le comuniqué el fallecimiento de sus parientes. Ese hombre sabía demasiado —chasqueó la lengua—. Una lástima no estar más cerca —los miró de forma flemática.

Los rostros de Keira y Rob mostraron estupefacción y desconcierto. Les quedó claro que, de estar a menos kilómetros, Tracey habría corrido la misma suerte que los padres de los chicos, la misma que, con suerte para Harper, correría Chloe en un breve espacio de tiempo.

—El accidente se produjo hace muchos años y la investigación se cerró así que no pueden hacerme nada —opinó, muy confiada.

—Se equivoca. Un asesinato nunca prescribe —señaló, arrojando el

bolígrafo sobre la mesa—. Nunca.

La clínica donde habían ingresado a Chloe estaba en Dover, a sesenta y cinco millas de Dartford. Era un edificio de una sola planta, alargado, con muy pocas ventanas y pintado de color blanco. En recepción estaba una joven, de acento extranjero, vestida de blanco. Al darle el nombre del hermano de Harper enseguida levantó el teléfono y los anunció. Morrison y Rob habían dejado a la señora Harper en la pequeña sala de interrogatorios mientras ellos iban con la orden judicial a la clínica donde, supuestamente, estaba ingresada la joven Evans. Sabiendo lo importante que era para su amiga Antonieta, la llamó para informarla de todo y le dijo si quería acompañarla. De esa manera y después de días enjaulada en aquel centro en el que nunca debería haber ingresado, Chloe vería un rostro familiar. La mujer aceptó encantada.

El hermano del ama de llaves apareció a los cinco minutos de ser avisado. Como todos los que trabajaban allí, llevaba una bata blanca en la que rezaba su nombre. Keira sacó la orden de la carpeta y le explicó el motivo por el que estaban allí.

—Agentes, tiene que haber algún malentendido —pronunció en un tono de voz demasiado moderado.

—¿Está ingresada Chloe Evans? —preguntó Rob.

—No sé quién es esa tal Evans, tendría que ver la lista de pacientes que tenemos en este momento —señaló, intentando ganar tiempo y buscando la forma de que se fuesen sin realizar la inspección.

—Hágalo —sugirió la mujer con serenidad—, ahora.

El copropietario de la clínica se acercó a la joven que estaba en recepción y le pidió la lista, a la cual echó un ojo corriendo.

—No tenemos ninguna Evans —atinó a decir, ante la mirada atónica de la empleada.

Keira se acercó a él y le arrancó la lista de las manos.

—¿Qué hace? Esa información es confidencial —gritó. Un ceño crispado ensombreció el semblante del hombre.

—Ya no —lo miró por encima de las gafas—, desde que esta orden judicial ha entrado en su clínica y está implicado en una investigación. Debería saber, señor Harper, que el acto de encubrir está penado como un delito.

Comprobaron el listado y sí aparecía. Estaba en la habitación doceava.

Morrison llamó a Antonieta, que permanecía en la entrada a la espera de su llamada. La recepcionista le entregó la llave, pues todos los pacientes estaban aislados.

Cuando abrieron la puerta, la joven, que no se había inmutado por el ruido que habían hecho, estaba acostada por encima de la ropa de cama, de espaldas a ellos. Llevaba puesto un camisón blanco y los pies estaban descalzos. Keira incitó a su amiga para que fuese ella la que le hablara. Antonieta dio varios pasos hacia el interior y se colocó al lado de la joven.

—Chloe, querida. Soy Antonieta —pronunció, dejando su mano sobre la pierna de la chica, que tenía los ojos cerrados.

El pelo estaba esparcido por la almohada, como si le hubiesen dado con un difusor desde arriba.

Le pasó la mano a lo largo de la pierna. La chica seguía aturdida.

—Es posible que esté un poco aletargada, por la medicación, ya sabe —confesó el propietario desde la puerta de la habitación.

—¿Un poco? —bramó Antonieta con el estómago contraído—. Esta chica está completamente sedada.

—Es que se ha vuelto agresiva y han tenido que doblarle la medicación —insistió, con acritud.

—¿No había dicho que no recordaba a Chloe Evans? —espetó Foster.

Antonieta le acarició la cara. Estaba pálida como la nieve, y fría. Con caricias y dulces palabras logró hacerla reaccionar. En los primeros minutos se sintió aturdida, sin saber dónde estaba ni quiénes eran las personas que compartían la habitación con ella en aquel momento. La cama estaba hecha para que los pacientes nunca pudiesen agredirse, no había armario para la ropa ni cajones, ni alfombras, ni ventana. Era como vivir en una caja de cerillas, solo que aquella estaba pintada de blanco y tenía una pequeña bombilla en el centro del techo.

Pidieron que trajeran la ropa de Chloe y Antonieta la ayudó a vestirse.

—Te vendrás conmigo a casa. Entre todos te cuidaremos y pronto podrás volver a la normalidad —dijo la mujer tras abandonar aquel tétrico edificio.

Debido a los efectos de los sedantes, estaba aturdida y apenas tenía fuerzas para hablar, pero con esfuerzo logró dar las gracias.

Cuando llegaron, Alison estaba en la terraza, al sol. Antonieta ayudó a Chloe a bajar del coche policial y entraron en casa. La guionista había pedido a Caroline, la cocinera, que preparase una cena caliente. Entre las dos la instalaron en uno de los cuartos de invitados de los que disponía el palacio. La

chica durmió toda la noche de un tirón. Holly, antes de irse a trabajar, pasó a ver si estaba despierta.

—Hola —le sonrió desde la puerta—. ¿Necesitas que te traiga algo antes de irme a trabajar?

Ella negó con la cabeza. Allí estaba bien, estaba a salvo.

—Gracias, Holly. Estoy en deuda con todas vosotras —musitó desde la cama y con unos círculos oscuros en torno a los ojos.

—No nos debes nada, cariño. Todo ha sido cosa de la abuela, ya sabes cómo es de tozuda.

—Pues gracias a ella sigo viva —tragó un nudo de emociones.

Después de desayunar con Antonieta, Alison y la pequeña Daisy correteando entre ellas, comentó que quería volver a casa. La razón no era que la echase de menos, ni a su hermano, sino a Mika, su perra, y a los cachorritos. Con tantos días de ausencia, solo esperaba que estuviesen bien.

Cuando se disponía para abandonar el palacio de los Taylor, Jacob se presentó para interesarse por su salud. Ambos se alegraron de verse.

Roger, el chofer de la familia la llevó a su casa, la cual encontró revuelta tras el registro y del cual se enteró esa misma mañana. René no estaba así que fue directa al cuarto donde se encontraba su perra con las crías. Con alegría comprobó que estaba bien y había sido alimentada y los perritos se habían vuelto muy juguetones. Buscó el que tenía pensado regalarle a Daisy. Lo bañaría esa misma tarde y se lo llevaría. Por increíble que pareciese, los Taylor formaban parte de su familia. Nunca nadie, desde que sus padres habían fallecido, se había portado tan bien con ella como esa familia. Le habían hecho sentir querida y apreciada y, para ella eso era muy importante.

Esa misma tarde se presentó en casa de los Taylor con la perrita, que llevaba un precioso lazo violeta en el cuello. Además de eso había pasado por la clínica veterinaria y le había comprado todo lo necesario para la perra: comida, champú, perfume para el pelaje, un collar, una correa para pasear y una cama bien mullida. La familia estaba en el salón, acompañando a Alison, que seguía sumida en el silencio, en la tristeza y en la pena más abyecta. Sus amigas la visitaban y le contaban sus cosas, pero pasados unos minutos y viendo que ella no les prestaba atención, se iban y volvían semanas después.

La perra empezó a corretear por el salón, olisqueando a cada una de las personas que estaban allí pero cuando llegó a Alison, que estaba sentada en una silla de ruedas, se paró a mirarla unos segundos y se acostó justo delante de sus pies. Era como si intuyese que estaba mal y que necesitaba compañía y

cariño.

—Holly, me gustaría volver al trabajo —echaba mucho de menos las charlas con Antonieta, sus consejos a la hora de vestir, incluso sus regañinas cuando aparecía vestida de cualquier manera. Añoraba abrazar a la pequeña de la familia, sus besos mojados, incluso sus berrinches.

—Esta es tu casa, cariño —respondió, después de abrazarla—. ¿No será muy pronto para volver a la rutina?

—Deberías tomarte unos días de descanso —intervino la abuela.

—El trabajo me sirve de tónico y lo que necesito es esto. Estar entre vosotras —las miró y las nombró, incluida Alison que, aunque no contestó, sí la oteó fijamente.

—Querida —Antonieta se acercó a ella y le cogió la mano, dándole palmaditas para infundirle ánimos—. Olvida lo malo que te han hecho y dicho, tú mereces disfrutar de la vida y sentir el calor de las personas que te apreciamos y queremos.

En ese instante apareció Jacob. Traía un paquete en la mano que, a primera vista parecía un regalo.

—Disculpen, señoras —dijo tras carraspear—. Solo quería hablar un momento con la señorita Evans, si fuese posible.

Ella se levantó del sofá y fue hacia él. El chico vestía un pantalón tejero y una camisa de cuadros, blancos y rojos.

—Si lo deseáis, podéis ir a la otra sala —sugirió la abuela con una generosa y radiante sonrisa en la cara.

Los dos jóvenes entraron en la sala del té con excesiva timidez.

—¿Cómo estás? —preguntó, aunque la veía hermosa, como siempre.

—Dadas las circunstancias, mejor que todos estos días pasados —dijo, aunque la amargura que había sufrido se delataba en su tranquila voz.

Jacob le entregó el regalo.

—Espero que te guste.

Ella lo cogió y lo miró. Su rostro resplandeció de ilusión y nerviosismo.

Ambos se habían sonrojado.

—Como me habías dicho que te gustaba leer, te he comprado este libro sobre equitación. Después te será más fácil montar a caballo —arguyó, entretanto la chica ojeaba las ilustraciones que había en el interior.

Se emocionó tanto que se acercó a él y lo abrazó, y estuvieron así, estrechados, un buen rato.

—Yo no tengo nada para ti —confesó, segundos después.

—No necesito nada material —la miró con cariño—. Sería suficiente si aceptaras una cena conmigo.

Ella volvió a acercarse y lo besó, con los ojos abiertos para ver si a él le gustaba y claro que le gustó. Las manos del chico se emplazaron en su cintura hasta que pusieron fin a aquel momento romántico. Le gustó más de lo que se hubiera imaginado.

—Vale, pues si te parece bien, nos vemos este viernes por la noche. ¿Te recojo en tu casa?

—Perfecto. Allí estaré —estaría preparado para él, para disfrutar de una magnífica noche junto al chico que le gustaba y parecía que ella a él, también.

Tras varias invitaciones y sus posteriores negativas por motivos distintos, Holly aceptó salir a cenar con Juan Ignacio, tal y como le había prometido. La razón de negarse no había sido otra que los problemas que tenía en casa, pero ahora que Chloe había regresado, parecía que tenía un poco más de tiempo para ella. Alison poco a poco se iba adaptando a su nueva y muy diferente condición. Todo lo que podía lo hacía ella misma, sin tener que recibir la ayuda de nadie de la familia. La perra que Chloe les había regalado pasaba la mayoría del tiempo junto a ella y todos los días recibía la visita de Milton, su exmarido, que la agasajaba con besos, cogía sus manos, le contaba chistes o anécdotas del trabajo. Las heridas físicas del accidente, salvo su incapacidad para caminar, habían desaparecido, no así las que habían dañado su alma.

—Espero que te guste la comida argentina —dijo mientras ojeaban la carta—. He reservado aquí porque me gustaría que te deleitaras con algunos de nuestros succulentos platos. ¿Conoces la gastronomía argentina?

—Nunca he estado en un restaurante de este tipo y, si te soy sincera, no he probado ningún plato de tu tierra —cerró la carta y la dejó sobre la mesa—, por lo que te dejo elegir a ti.

Dado que el ingrediente fuerte en la cocina argentina era la carne, el músico pidió un asado argentino para ambos. Se trataba de carne de ternera y embutidos asados lentamente en una barbacoa y servidos con una salsa cuyo sabor era picante y muy especiado.

Todo Londres se había enterado del acto heroico de su abuela. Gracias a sus agallas y a su mediación con la policía, se había resuelto un asesinato que hasta la fecha todos pensaban que se trataba de un simple accidente, de todo lo que había tras el mismo, como los celos de una mujer que nunca pudo decir a su hijo que ella era la verdadera madre. La señora Harper estaba dispuesta a borrar de un plumazo a todo aquel que se interpusiese entre ella y René, sin ningún tipo de contemplación.

Juan Ignacio se había enterado por su hermana y le dio la enhorabuena.

—Mi abuela es toda una mujer. Luchadora, valiente, fuerte, atrevida, intuitiva, familiar, inteligente, solidaria y muy observadora —reflexionó con una sonrisa en el rostro—. Me pasaría diez minutos hablando de ella y seguiría encontrando calificativos. Ella fue la que nos sacó adelante después

de fallecer mis padres. Por eso se implicó tanto con Chloe, porque sabía lo que se sentía, lo que se sufría, lo que se vivía —lo miró directamente a los ojos, sin ambages—. No puedo estar más orgullosa de ser su nieta. Nos quiere incondicionalmente, pese a todos los dolores de cabeza que le hemos dado.

Ella no había sido una joven conflictiva pero sus otros hermanos continuamente la habían sacado de sus casillas. Alison era la cabeza alocada de la familia, siempre con su espontaneidad y sus caprichos, sin dar valor a las cosas, y Curtis algo parecido. Despreocupado, egoísta, juerguista, oportunista y muy codicioso.

—En cuanto a Chloe, es una chica adorable, pese a vivir con dos personas que no hacían más que mancillar su autoestima. Se merece una vida mejor en la que la quieran y la hagan sentir que sirve para algo, que tiene su espacio —reveló. Se sentía orgullosa de tenerla como amiga, de haberle dado la oportunidad de cuidar de su hija.

Juan Ignacio supo que la mujer que compartía mesa con él aquella noche, en aquel instante, era maravillosa. Lástima que tuviese que darle una noticia, solamente buena para él, profesionalmente hablando.

—Me gusta mucho tu forma de ver la vida, lo bien que hablas de las personas que aprecias —musitó. En cierto modo se sentía atraído por ella, no solo físicamente sino por su carácter, por cómo veía la vida.

—Mi trabajo me ha ayudado mucho, me ha hecho ser mejor persona, a valorar las pequeñas cosas que te regala la vida y a verlas desde otra esfera. No todo lo que brilla son diamantes, pero siempre quiero pensar que hay gente que vale la pena conocer, gente que con su presencia te hace brillar.

El músico bajó la cabeza, fijando la mirada en algún punto del plato, todavía con comida.

—Sabes, me hubiese gustado conocerte en otro momento, en otro lugar —al sonreír se le formaba un pequeño hoyuelo en la mejilla que lo hacía irresistible—. Mañana regreso a mi tierra.

Holly se mostró sorprendida. Pensaba que se quedaría a vivir en Londres, o al menos un tiempo, como había dicho su hermana.

—Al principio tenía pensado quedarme, al menos una buena temporada, pese a que parte de mi familia está en Argentina, pero mi trabajo está allá, mis amigos también. Tendría que estar viajando cada poco tiempo y a los argentinos nos gusta echar raíces. Sé lo que es levantarse hoy en un hotel y acostarse en otro —volvió a mirarla. Su sonrisa mostraba un deje de picardía—. Londres me gusta, tú me gustas, y mucho. Me encantaría quedarme,

especialmente para conocerte mejor.

La guionista se sintió halagada.

—Entonces, ¿cuál es la razón que te empuja a regresar? —interrogó, fijándose en lo guapo que era con la barba de siete días sin afeitarse.

—Supongo que la nostalgia por lo conocido —anheló, tocando con los nudillos en los labios—. No llevo muy bien las diferencias horarias, la disparidad gastronómica, el clima, el idioma, la forma de conducir —sonrió mientras sus dedos tamborileaban sobre los brazos de la silla—, es un conjunto de cosas.

Era fácil ponerse en su lugar. Jona le había pedido para irse con él y no lo hizo por dos razones. La primera era porque meses atrás hubiese dado la vida por estar a su lado, pero ahora ya no, no confiaba en él, no quería estar con él. La segunda razón era porque no podía dejar atrás todo lo que le importaba.

—¿Tienes una mujer esperándote en Argentina? —mientras el hombre hablaba había estado pensando que esa podía ser otra de las razones, pero decidió salir de dudas.

—Ninguna en especial —sus ojos azules brillaron, delatándolo.

—Sabes que te deseo lo mejor. En el poco tiempo que he estado contigo me has demostrado que eres un tío íntegro y lo demuestras en cada actuación, en cada tema que escribes. También sé que eres muy solidario.

—Tú también.

—Cierto, aunque, a excepción de la fiesta que organizó tu hermana, llevo casi dos años sin acudir a ese tipo de celebraciones —dejó escapar un suspiro. El motivo era que ahora había otra personita que la necesitaba cerca y por la que daba la vida—. Por cierto. ¿Han detenido a los que entraron en la casa?

—Catalina me ha comentado que la policía le ha dicho que siguen con las pesquisas, pero confían en que pronto detendrán a los culpables.

Al acabar la cena, Juan Ignacio la llevó a casa. Había llovido todo el día y hacía mucho frío.

Al llegar, ambos salieron del coche para despedirse.

—Si vuelves a Londres, ven a hacerme una visita —dijo ella.

—Lo haré —aseguró, entregándole un sobre rectangular.

—¿Qué es?

—Ábrelo —se humedeció los labios al recordar aquel momento.

Dentro del sobre estaba la fotografía que se habían hecho la noche de su

concierto. Habían salido muy bien, con una mezcla de diversión y simpatía.

—Gracias. La guardaré con mucho cariño.

Se acercó a ella y le dio un beso en los labios, acariciando su mejilla con dulzura y sintiendo que dejaba atrás a una mujer fantástica de la que, de seguir en Londres, sería muy fácil enamorarse.

La realidad volvía a rasgarle el corazón.

El detective, amigo de Keira Morrison, llamó por teléfono a Antonieta y le pidió que acudiese a su despacho. Había concluido la investigación sobre su nieto y quería informarla de todo. La mujer intuía que, conociendo el tipo de vida que llevaba Curtis, las noticias no iban a ser buenas. Roger la llevó hasta la oficina del señor Morton, que la esperaba con un cigarrillo en la mano.

—Pase, por favor. La estaba esperando —formuló tras apagar el cigarro en el cenicero.

Se levantó del sillón para saludar a la mujer e indicarle el asiento que debía tomar. Sobre la mesa tenía una carpeta en la que figuraba el nombre de su nieto.

—Tal y como le comenté por teléfono, he concluido el trabajo que me encomendó —alzó la cabeza para mirarla—: investigar a su nieto menor. He de decirle que Curtis me lo ha puesto muy fácil —frunció los labios—. Sale con la misma gente, va a los mismos sitios y no acostumbra cambiar de hábitos.

Antonieta lo escuchaba con atención.

—También he de decirle que su nieto se relaciona con gente muy importante y, a la vez, peligrosa.

La abuela del joven se llevó una mano al pecho. Intuía que Curtis tenía problemas y que salía con gente poco recomendable.

—En qué se basa, señor Morton.

El detective extrajo varias fotografías de la carpeta y las puso frente a ella.

En ellas aparecía el joven con Juliet y varios de sus secuaces, y también con algunos conocidos ladrones de joyas que en la actualidad estaban en la calle. Solía acudir al club de caballeros propiedad de Juliet Wade, una joven con la que había tenido una relación antes de que ella ingresara en prisión por el robo de joyas, robo en el que Curtis había participado pero que nunca lograron demostrarlo pues la chica se había autoinculcado. Jamás mencionó su nombre ni el grado de implicación en el robo. Las visitas al club cesaron, coincidiendo con el accidente de su hermana Alison.

—Entonces —cerró los ojos unos segundos antes de formular la pregunta—. ¿Usted cree que estuvo implicado en aquel robo?

Morton le explicó que no lo creía. Estaba seguro de ello. Había hablado

con mucha gente que lo confirmó.

—Siento decirle que la cosa no se queda ahí —se cruzaron las miradas. Antonieta se lo imaginaba—. Hace unos meses, se produjo un importante robo en la casa de los Miller. No sé si los conoce.

Antonieta asintió. Sus dos nietas estaban en la fiesta cuando se produjo el delito.

—Hay suficientes indicios como para relacionar a su nieto con ese atraco —reveló.

Su alarma era palpable.

—Dios mío —puso los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Curtis estaba echando su vida a perder.

—Se trata de una banda que en la actualidad parece estar dirigida por la señorita Wade. Según dicen, esa joven desde que salió de prisión, es la que reparte todo el bacalao —la información le llegaba de una fuente totalmente fiable—. Ahora solo queda que la policía llegue hasta él, si no lo hizo ya y le aseguro que hay gente, dentro de la propia banda, que está dispuesta a delatarlo.

Ella suspiró. Era doloroso escuchar aquello, pero no podía hacer nada por él.

—¿Ha conseguido saber si debe mucho dinero? —sabía del que le había pedido a Chloe y el que había sacado de la cuenta que tenía con sus dos hermanas.

Morton le explicó que había pedido dinero para apostar, había apostado para otras personas y había perdido.

—Casualmente vi a su nieta en la carrera del sábado —Antonieta supuso que se refería a Holly—. Iba acompañada de un hombre que se perfilaba elegante, y creo que, al igual que yo, estaban al acecho de su hermano.

Preocuparse de los demás era muy propio de su nieta, pero en especial de su familia.

—Entiende que esta información es confidencial —señaló el contenido de la carpeta—, pero si la policía acude a mí con una orden judicial, no tendré más remedio que facilitársela.

—Sí, claro, señor Morton. Disculpe mi aturdimiento, pero es demasiada información negativa junta.

Pensaba que podría darle dinero para pagar las deudas pero seguiría teniendo graves problemas y la policía estaba tras él.

—Sé que enterarse de estos detalles sobre su nieto, tras quedarse sola a

cargo de los tres, es duro para usted, pero recuerde que esta ha sido su elección, la de su nieto. No puede culparse por ello.

Tras abonar sus servicios y conseguir una copia de toda la información que le acababa de detallar, la mujer salió del despacho del detective deshecha y entristecida. Siempre había sospechado de su implicación en el primer robo, pero pensó que, tras el susto al ver a su novia en prisión por dicho delito, habría recapacitado y reconducido su vida. Sabía de su adicción con el juego, que apostaba cantidades gigantescas de libras, que pedía dinero para ello y para devolver favores, que jugaba para otros, pero jamás se imaginó que fuese capaz de entrar en una casa, atiborrada de gente, y llevarse las joyas.

Llegó al palacio tan enfadada que buscó a Curtis para soltarle un fervoroso sermón, pero este no estaba por ninguna parte. Su dormitorio estaba intacto desde hacía semanas y no atendía las llamadas telefónicas. Las que sí estaban eran Holly y Alison. La primera había preparado té para las dos y charlaba con su hermana en el salón, junto a la perrita, que seguía sin separarse de Alison. Tras saludar a ambas, la abuela las dejó a solas.

—Qué complicados son los hombres —afirmó la guionista mientras veían una película romántica en un canal privado.

Alison seguía con la taza de té entre las manos y mirando la pantalla del televisor.

—Jona quería que me fuera con él a recorrer el mundo, ¿te lo puedes creer? —dejó escapar una risotada—. Y nos llevaríamos a Daisy —comentó, con los ojos vueltos hacia atrás—. ¿Qué futuro esperaba ofrecerle? Hoy aquí, mañana en otra ciudad y pasado en un continente diferente —soltó aire por la boca—. Además, está el tema de su infidelidad. ¡Quién me dice a mí que no se va a ir con otra! Lo hizo una vez y lo puede volver a hacer. Nunca estaría tranquila. Creo que no volvería a confiar en él.

Miró a su hermana, que seguía sin inmutarse.

—Yo tengo mi vida en Londres. Un trabajo que me llena, una hija que es lo más hermosa de la vida, una familia, amigos —recitó en voz alta—. Faltaría un hombre a mi lado, pero un hombre de verdad, que me amase por lo que soy, por como soy, que aceptara mis pronto y, sobre todas las cosas, aceptase que tengo una hija de otro hombre, pero que la quisiese como propia —soltó una exclamación que apenas se escuchó porque tenía la mano delante de la cara—. Ayer cené con Juan Ignacio —le tocó un brazo—. Supongo que te acuerdas de él, pero te lo explico igualmente —le comentó que era el hermano de Catalina—. Me invitó a cenar y yo, pensando que era una cita romántica, me arreglé

para él —se rio sin disimulo—. En resumidas cuentas, la cena era para decirme que volvía a Argentina, por motivos de trabajo y porque añoraba su tierra, pero que, de haberse quedado aquí, le hubiese gustado llegar a algo más conmigo que no fuese una simple amistad.

La guionista se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa, pasando por delante de la hermana.

—¡Amigos! —exclamó, alzando los brazos—. No necesito más amigos sino un tío que quiera acostarse todas las noches conmigo y hacerme el amor hasta desfallecer —meneó la cabeza—. ¿Recuerdas lo que me decíais la noche que fuimos a su concierto y yo intenté sacarle hierro? Pues teníais razón. Lo que necesito es un buen revolcón, no sé si me explico —se puso frente a ella y se agachó para que la mirase a los ojos—. Sí, un tío que me vuelva loca, que me haga vibrar y gritar obscenidades a su oído, que me excite tanto que logre correrme sin haberme penetrado y me diga lo mucho que me ama y desea. ¿Estoy loca por anhelar esto? —gritó. Estaba cansada de tirar por todos, de no preocuparse de sí misma, de dar prioridades, pero sobre todo de sentirse olvidada y en un segundo plano.

Alison había movido la cabeza ligeramente.

—Pero la cosa no se queda ahí, no. Debo ser un imán para las malas relaciones —volvió a sentarse en el sofá, cerca de la hermana—. Me gusta Cooper —reconoció, recostada y con los brazos cruzados—. Sí, el diseñador de moda. Ya sé que es gay, pero creo que me he enamorado, y no puedo evitar la atracción que siento hacia él —volvió a levantarse y a dar pasos cortos por el salón—. Es tan amable, cariñoso y sincero. Siempre está cuando más necesito un hombro cerca, tiene las palabras certeras para consolarme cuando estoy mal, sabe lo que pienso y, lo más importante, Alison. Se ríe conmigo y yo con él —de un manotazo cerró la puerta—. ¿Te parece normal, te parezco normal? Siempre acabo enamorándome de la persona equivocada —enfadada por ser tan sensible, soltó un bufido—. La verdad es que en estos últimos días los he besado, sí, a los tres. Cada uno besa de una forma diferente pero el que en realidad me hizo sentir fue el de Jones, que no fue de lengua, pero me supo de maravilla y en la cama tiene que ser un hombretón —se sonrojó tras el rumbo de sus pensamientos.

Se paró frente al gran ventanal para contemplar el sol, que trataba de abrirse camino a través de las nubes. De vez en cuando la lluvia caía incesante sobre las extensiones de césped. Con una mano frotó la frente.

—Siento haberte soltado mis paranoias, hermana. Sabes que soy una

persona reflexiva y suelo dedicar quince minutos al día para ponderar mi vida, sea bien en mi sofá, en el despacho, junto a Tora, o en mi banco favorito del jardín —dejó escapar otra risotada—, bueno, solía hacerlo, porque últimamente no tengo tiempo ni para mirarme al espejo —la besó en la frente, con la intención de dar por rematada la conversación y volver junto a Daisy, que estaría jugando en su cuarto.

—No son tonterías —dijo con un hilo de voz—. El hombre que tanto anhelas, llegará —giró la cabeza hacia la hermana, que se había parado en medio del salón al escuchar la voz de Alison, semanas después del accidente de coche.

—¡Alison! —exclamó, emocionada—. Discúlpame, no quería agobiarte con mis problemas.

—Perdonarme vosotros por este silencio —porque no la habían abandonado ni tirado la toalla.

Con lágrimas en los ojos, la guionista se abrazó a ella. Lloraba porque su hermana había escuchado su monólogo y había reaccionado, pero, sobre todo lloraba porque, aunque estaba rodeada de gente, se sentía sola.

Tras el reconfortante abrazo, volvió a hablar.

—Durante estas semanas he reflexionado mucho sobre mi vida, sobre lo que en realidad tiene valor. Siempre viví en una nube, flotando sobre todos y sin fijarme en lo que tenía a mi alrededor —la miró—, mi familia. Solo me importaba lo que dijera la gente, estar siempre a la última y no perderme ningún acontecimiento importante. Ropa cara, calzado de todos los estilos y colores, buenos cosméticos, carné de socia en el mejor gimnasio de Londres, codearme con gente de alta alcurnia —soltó aire por la nariz—. En cuanto a hombres, no iba con ninguno que estuviese sin blanca. A diferencia de ti, yo solo veía lo superficial.

—Eso ya es pasado, hermanita.

—He hecho tantas cosas feas y a tantas personas que me siento como un ser despreciable —reconoció, emocionada.

—Todos hemos cometido errores, no eres la única.

La perra que Chloe les regaló se había incorporada a las piernas de Alison para observarla. Esta la acarició.

—Con Chloe, por ejemplo. La he tratado muy mal, la he hecho sentir inferior, incluso la he avergonzado delante de otras amigas y eso solo lo puedo hacer una mala persona. Alguien egoísta y vanidosa —admitió, arrepentida de sus actos.

—Como te he dicho, no te ciñas al pasado. Chloe es una buena chica y estoy segura que si hablas con ella, te perdonará.

—Sí, eso haré —dijo. Su voz sonó aliviada, como si se hubiese sacado un gran peso de encima.

—Ella te acompañó en el hospital sin que nadie se lo hubiese pedido, al igual que Milton, que no se separó de ti ni un solo momento, hasta el día que te dieron el alta en el hospital.

—A él también le debo muchas explicaciones.

—Tengo la sensación de que sigue queriéndote —comentó Holly, que se había arrodillado junto a ella—. Si lo quieres, no dejes pasar la oportunidad de abrazarlo y tenerlo cerca.

Las hermanas se miraron.

—Gracias por no dejarme caer —la voz se le rompió del todo.

—Eso nunca sucederá —le dio un beso en el dorso de su mano derecha.

—Me gustaría hacer una fiesta, pero necesito tu ayuda. Como sabes mis dos piernas no responden para supervisar ciertos detalles, así que espero contar con tu apoyo, y el de Chloe.

—Conmigo ya sabes que puedes contar y estoy segura de que Chloe te dirá lo mismo.

Quería hacer una gran fiesta en el exterior, con vuelo de halcones y que los invitados pudiesen jugar, por ejemplo, al tiro con arco, pero sabía que faltaba poco para que el invierno se asentara así que la organizaría en el interior del palacio.

La abrazó. Su hermana había vuelto, aunque no fuese la misma Alison de siempre.

Desde que habían sacado a Chloe de aquella clínica, Keira no había vuelto a hablar con ella y necesitaba explicarle cómo estaba la investigación. Para eso la llamó por teléfono y le pidió que se acercase a la comisaría. La joven acudió a la mañana del día siguiente, dejando a la mujer policía muy impresionada. No parecía la chica que había visto en casa de su amiga. Era una mujer renovada, muy diferente a la de meses atrás. Se arreglaba el pelo, se pintaba los labios y las uñas, se ponía colorete y vestía ropa moderna y adecuada para su edad y la moda del momento.

Foster estaba con su jefa en el despacho, pero al ser anunciada la joven, el desgredado agente las dejó a solas, cerrando la puerta a su salida. La mujer policía se fijó en que ya no llevaba las gafas de pasta y pensó que tal vez habría puesto lentillas.

Después de interesarse por cómo se encontraba tras pasar más de una semana internada en un centro para enfermos mentales que estaban dopados las veinticuatro horas del día, Keira pasó a exponerle el estado de la investigación que, en su día, había comenzado el investigador, Harry Atwater. Su ama de llaves, la señora Harper, había conseguido convencer a sus dos hermanos para acabar con la familia Evans. El que trabajaba como perito se había encargado de sabotear los frenos del coche del matrimonio y de ahí el accidente en el barranco. El otro, además de borrar el historial médico de la hermana, donde figuraba que había parido un varón en el mes de octubre, había sido el responsable de aceptar el ingreso de Chloe como paciente en su clínica para enfermos mentales sin tener una valoración profesional previa. ¿En base a qué? Nunca lo sabrían.

También le enseñó la grabación que encontraron los compañeros en su casa, escondida en el trastero. Eran las voces que, de vez en cuando escuchaba, los portazos y golpes en las paredes. Todo había sido un montaje para que la joven enloqueciera y pudiera ingresarla y así sacarla de su camino. Lo había intentado con la madre y ahora era el turno de su hija.

—El señor Atwater estaba realizando una investigación exhaustiva, pero empezó a hacer preguntas incómodas que comprometían a ciertas personas, es decir, a los Harper, y decidieron acabar con la vida del hombre, que, casualmente, falleció de una forma muy similar a sus padres —la informó.

—Siento que ese investigador haya acabado así por el mero hecho de realizar bien su trabajo —musitó, apenada porque esa fuese la realidad. Sus padres habían muerto por la mezquindad de una mujer, enferma de celos, y ese hombre por hurgar, porque esa era su función, en un trabajo chapucero y del que nadie se había preocupado.

—Ahora, si me lo permite decir, legalmente es usted la única heredera de la fortuna de los Evans.

—Eso no me preocupa en absoluto. René siempre será mi hermano, aunque no lleve la misma sangre que yo. Nos hemos criado juntos y mis padres lo han querido como a un hijo. Jamás nos comentaron nada de que lo habían encontrado en la puerta de casa —pensó que bastante perdido estaba estos días, tras conocer que no era quién creía ser, como para decirle que no podía disfrutar del dinero y de los bienes que sus padres les habían dejado.

—No sé si quiere ver o hablar con la señora Harper —Chloe negó con la cabeza. Les había hecho demasiado daño como para darle el gusto de reprocharle algo más—. Ella insiste en que no se arrepiente de nada y que volvería a repetir todo lo que hizo, una y otra vez, por el bien de su hijo. Ni siquiera le preocupa lo que suceda con sus dos cómplices y a la vez hermanos.

—Tiene el alma enferma —dijo con tristeza—. Esta mujer ha hecho mucho daño a mi familia. Mis padres siempre confiaron en ella y la trataron como si fuese una más de la familia. No es justo que hayan fallecido por un capricho suyo. Solo espero que la justicia haga bien su trabajo y reciba el castigo que se merece.

—Todas las pruebas la señalan y son irrefutables. Tras una minuciosa búsqueda por parte de nuestros agentes, en su dormitorio estaba toda la documentación relacionada con el nacimiento de René. Hemos cotejado el ADN de su hermano con el de la señora Harper a través de una prueba genética de maternidad y los resultados lo confirman. René es el hijo, biológicamente hablando, de la señora Harper. Espero que su hermano lleve bien la noticia, pues ha pasado de ser hijo de una familia acomodada de Londres al hijo de una criada, de la que del cuello cuelga una etiqueta que pone, triple asesina.

—Tiene que seguir adelante —afirmó, aunque no estaba muy segura de que fuese así. René era un joven que no acostumbraba a salir, un amante de la soledad y del silencio. Nunca había trabajado, estudiado ni se había interesado por nada en particular.

En cuanto Chloe se fue, Morrison contactó con la viuda de Atwater. Una

hora después, estaba sentada en su salón por segunda vez y con las libretas y toda la información de la investigación que la mujer le había prestado.

—Espero que haya servido de algo —apostilló.

—Ya lo creo que sí —afirmó la mujer policía—. Nos ha ayudado a coger a la asesina de los Evans, y a sus dos cómplices.

—Entonces, eso quiere decir que mi esposo estaba haciendo bien su trabajo —expresó la mujer, que se había llevado las libretas al pecho, como si todavía conservasen el perfume matinal de su marido.

—Nunca he dudado de la profesionalidad de su marido. El problema fue que prevaleció el peritaje que hizo el hermano de la asesina —arrugó la frente porque todavía le parecía inconcebible—, ese que decía que había sido un lamentable accidente, y no la valoración del otro experto que anunciaba un sabotaje en los frenos del coche. De ahí que Atwater fuese asesinado. No querían que siguiese con la investigación porque estaba a punto de descubrirlos.

—Es terrible escuchar eso —exclamó con evidente pesar y dolor—. Pensar que mi marido ha muerto simplemente porque hacía su trabajo de forma correcta y meticulosa me causa mucha angustia —la miró. Las dos tenían las respectivas tazas de café en las manos—. Todo esto que me dice da que pensar que ese perito y su hermana tienen mano izquierda en demasiados estamentos, ¿no le parece?

—Podría ser... —ponderó un momento sus palabras y prosiguió—, pero le aseguro que ya no. Puede sentirse muy orgullosa de su esposo, de su profesionalidad, su tesón y su integridad. Debería haber más profesionales como él.

—Siempre lo he estado —musitó emocionada, con dos pequeñas lágrimas en los ojos.

Antonieta estaba al acecho de su nieto, pero él siempre iba a casa cuando todos dormían o sabía que no había nadie. Llevaba varios días sin aparecer, así que decidió esperarlo despierta porque lo que tenía que hablar con él le estaba royendo las entrañas y no podía esperar más, y por fin logró que coincidieran. Había entrado con tanto sigilo que, de no estar despierta, hubiese sido imposible enterarse de su llegada.

—Buenas noches, Curtis —dijo tras él.

Había entrado en su dormitorio para recoger ropa limpia y dejar una bolsa con la sucia.

Sorprendido, el joven se volvió para mirarla. La abuela tenía cara de estar preocupada y, a la vez, enfadada.

—Hola, abuela —dejó la bolsa sobre la cama—. He venido a coger algo de ropa.

Antonieta se preguntó dónde estaría durmiendo si no tenía ni para comer. Sus cuentas bancarias estaban en números rojos. Entró y cerró la puerta tras ella. No quería que sus hermanas se enteraran de lo que iba a decirle.

—¿En qué líos andas metido? —la mujer llevaba una bata de color rosa luminoso.

—En nada, abuela. Atiendo mis negocios y salgo con amigos —se justificó, sin darle la menor explicación e importancia.

—¡Mientes, Curtis! —sentenció en un tono áspero, impropio en su abuela.

—Ve a dormir, abuela. Se te nota cansada —dijo, abriendo las puertas del armario para coger camisas, pantalones y ropa interior limpia.

—Por supuesto que estoy agotada —se acercó a él—, y todo por tu culpa, porque no haces más que meterte en problemas y más problemas —reveló, histérica, apretando los brazos contra la cintura para infundirse valor.

—Todo va bien, abuela. No tengo problemas —insistió. El joven seguía en la línea de no dar importancia a los graves problemas que tenía delante.

—¡No digas que todo va bien cuando sabes que no es cierto!

—No sé de qué hablas, abuela —señaló, de espaldas a ella.

—¡Curtis Taylor! —voceó, cogiendo su brazo y obligándolo a sentarse en la cama, frente a ella—. No me trates como si fuese una vieja chocha y

demente. He contratado a un detective y él me lo ha dicho todo —subrayó, retando al nieto con la mirada—. Sé lo del atraco en el que te viste implicado y por el que solo Juliet fue condenada y también sé que participaste en el robo de las joyas de los Miller —dejó que sus palabras reverberaran un momento y luego concluyó—. Por no decir que sé de tus deudas, de tu ociosa vida dedicada única y exclusivamente al juego y las apuestas.

El nieto permaneció callado durante un lapso inusitadamente prolongado y con la cabeza alta.

—¡No piensas decir nada al respecto! —bramó con un nudo en la garganta.

Él frotó los ojos.

—¿Qué quieres que diga?

—A juzgar por todo lo que ha averiguado, la policía está pisando tus talones —lo señaló con un dedo—, e irás a la cárcel por esa maldita adicción.

Le dirigió una mirada suplicante, a la espera de una explicación veraz.

—Todo es culpa de esa malvada mujer —se llevó las manos a la cabeza—. Me está chantajeando —gritó.

—Qué mujer, Curtis.

—Juliet Wade —se irguió de la cama para apoyar la espalda en la puerta del armario—. Es astuta y me obliga a hacer cosas que no quiero —hablaba como si todavía estuviese en el colegio.

—El detective que te ha estado siguiendo, ha preguntado por ti a algunos de esa banda en la que participas —movió la cabeza hacia ambos lados—. Van a delatarte —aseguró, con rabia y dolor—. La policía hablará con ellos y tú serás el primero en caer. ¿Todavía tienes las joyas? Si es así, podrías devolverlas.

Curtis negó con la cabeza. Todo estaba en manos de Juliet. Ella era el cerebro de la banda, la que mandaba, la que se quedaba con todo.

—Su poder es planetario, abuela. Con su caja de Pandora hace y deshace sin ningún tipo de contemplación —exageró—. Es una mujer despiadada, sin escrúpulos.

—Hijo mío. Intenta hablar con la policía y aléjate de esa gente. Si quieres podemos hablar con Keira, mi amiga, pero no te tomes este asunto a la ligera —se acercó a él y lo abrazó mientras el nieto besaba su coronilla.

Él pensó que eso sería firmar su sentencia de muerte.

—No puedo hacer nada, abuela. Nada. —soltó un gimoteo de impotencia. Mientras ella estuviese cerca, era imposible convertir el infierno en un paraíso.

—Sí puedes, siempre hay salidas y alternativas. Deja que te ayude — susurró en su pecho.

En ese momento había pánico en su voz.

—Nadie puede ayudarme —chasqueó los dedos—, nadie puede escapar de Juliet Wade. Ni yo, ni Cooper Jones. Nadie —confesó.

—Tienes que acabar con esto, Curtis, por ti y por las personas que te queremos. ¿No ves que estamos sufriendo por ti? —exigió aun con la impresión de que las palabras estaban cayendo en saco roto.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás. Sí, era consciente.

Se separó del abrazo de su abuela, cogió la ropa limpia, la metió en la bolsa y salió del dormitorio, dejando a Antonieta sin palabras y preguntándose qué pintaba el diseñador en aquella conversación.

Curtis entró en el coche. Todo estaba oscuro así que dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Desde que Juliet había salido de la cárcel, su vida se había convertido en un calvario. Lo estaba hundiendo, en todos los sentidos, y con él, su familia. Había visto angustia en el rostro de su abuela y, con la edad que tenía, no merecía sufrir por nadie, mucho menos por él. El tiempo que le quedase tenía que disfrutarlo junto a su familia y amigos.

Antes había dicho a su abuela que no podía hacer nada para separarse de Juliet pues sus tentáculos llegaban a lugares insospechados. Le había pedido algo tan difícil como robar a su propia familia y él se había negado. Tras su rotunda negativa, había atacado a Alison y después a Holly, y, dadas las circunstancias y las agallas que tenía, no se sabía cuál sería su siguiente paso, porque si algo tenía claro era que iba a seguir. Juliet no pararía nunca, aunque aceptase ese patético trabajo. A posteriori vendrían más y más. Su familia siempre estaría en peligro y él en deuda constante con ella. Tenía que acabar con aquella situación, poner punto y final a algo que para ella parecía un juego pero que, para él y su familia, se había convertido en un sinvivir, en una tensión que había ido *in crescendo* según iban pasando los días.

Como los días eran muy cortos y el invierno estaba a punto de instalarse, acordaron celebrar la fiesta en uno de los salones que antiguamente usaban sus padres para las grandes celebraciones. Alison contó con la ayuda de su hermana y de Chloe, con la que había conversado, largo y tendido, pidiéndole perdón por todos sus desplantes y groserías. También había mejorado, y mucho, la relación con Milton, su exmarido. El joven acudía a verla todas las tardes, al salir del trabajo.

Las invitaciones las hicieron llegar por correo y solo algunas las entregaron en mano. La mayor de los Taylor había recuperado la sonrisa y estaba muy ilusionada con la fiesta. Quería reunir a todas las personas que habían estado con ella en los últimos meses, tras el accidente, esas que no se habían cansado de su silencio.

En las invitaciones habían puesto que era imprescindible cumplir con un código de vestimenta de etiqueta, muy típico en eventos sociales de gala y alto standing. Las mujeres debían llevar vestido largo y zapatos de tacón. Los hombres, frac o esmoquin.

El cáterin estaba preparado, los camareros lucían pulcros uniformes, la madera crepitaba lentamente en las dos chimeneas de mármol y la orquesta afinaba los instrumentos. Las tres organizadoras comprobaron que todo estaba dispuesto para recibir a los invitados. Había llegado el momento de arreglarse para lucir hermosas. Una peluquera accedió a peinarlas en casa, haciéndoles tres hermosos recogidos, les arregló sus uñas y las maquilló. María Antonieta había salido de viaje y Curtis no había confirmado su presencia en la fiesta.

Alison había encargado un vestido de la firma de Theo y Cooper. Un vestido largo de malla con pieza de lentejuelas en cinturón y asas, de color rosa rubor. Cuando Milton la vio, se quedó maravillado.

—No entiendo cómo he podido estar tan ciego todo este tiempo —versó antes de agacharse para besarla. Luego le habló al oído—. Bueno, lo cierto es que nunca te he olvidado, nunca fui capaz de asimilar nuestra separación.

Alison tenía las pestañas salpicadas de lágrimas, lágrimas de emoción, de felicidad.

—Vamos, Alison —sacó un pañuelo del bolsillo y se las secó con delicadeza—. No quiero estropearle el maquillaje.

Volvió a guardar el pañuelo y sacó una cajita.

—Vaya, no sé qué será esto —la miró con dulzura—. ¿Me harás el favor de comprobar qué hay en el interior?

—Milton —sus mejillas volvieron a humedecerse.

En el interior de la caja había un collar de diamantes y zafiros que combinaba con el color de su vestido.

—Es precioso, y sin duda muy caro —consiguió decir después de que él se lo colocara en el cuello.

El hombre metió la mano en el otro bolsillo y extrajo otro estuche, este más pequeño que el anterior, se arrodilló frente a ella y lo abrió.

—Alison Taylor. ¿Quieres casarte conmigo? —ella lo miró con agudo interés—. ¿Otra vez?

La chica se llevó las manos al pecho. Era una alianza elaborada en oro blanco de dieciocho quilates con diamantes.

—Quizá sea muy precipitado y quizá no sea el mejor momento. El matrimonio, para que prospere, exige muchos esfuerzos por ambas partes, pero quiero que sepas que tengo la intención de seguir a tu lado, pase lo que pase y...

Ella lo interrumpió.

—Sí, claro que quiero —gritó, conmovida por la inesperada petición. Su cara irradiaba felicidad.

Le tendió los brazos para que la abrazara. Ahora estaba preparada para sentar la cabeza.

—Quiero hacerte feliz, Alison, y que esa felicidad la compartas conmigo, hoy, mañana y siempre —volvió a besarla.

Chloe asistiría acompañada de Jacob. Por primera vez en su vida acudía a una fiesta de la mano de un hombre, que además le gustaba. Un motivo que la incentivaba a arreglarse como las otras mujeres invitadas, para que, al cruzarse con ella, todos y todas se volteasen para comprobar que era Chloe Evans.

También de la mano de los diseñadores, Theo y Cooper, se había decantado por un vestido largo en crepé de escote asimétrico con detalle floral, manga francesa y una amplia abertura delantera rematada con un discreto volante.

No había llegado ningún invitado cuando Jacob se presentó en la puerta principal del palacio. Al verla, tan atractiva, tragó saliva y se acercó a ella. Tras la espalda escondía un pequeño ramo de flores que le entregó.

—No son diamantes, ni rubíes, a los que estarás acostumbrada a poseer — comentó, sin saber cuál sería la reacción de Chloe ante tan insignificante presente.

—No necesito joyas —negó con la cabeza—, no necesito nada material — lo miró fijamente. Sus ojos, color miel, lo observaron con docilidad. Esos con los que se había cruzado por primera vez en los establos y de los que se había enamorado perdidamente—. Me basta con que me acompañes esta noche —la invitación se la había dado personalmente una tarde que habían salido a montar a caballo.

Jacob, que vestía un esmoquin de satén negro, chaleco, camisa y pajarita blancos y llevaba el pelo peinado y engominado hacia atrás, la besó en la boca, acariciando sus labios con la lengua.

Los pájaros suelen cantar si los dejan volar, por eso esa noche la joven Evans estaba pletórica y feliz.

Entraron en la casa y se encontraron con Alison y Milton, que no dejaban de hacerse carantoñas. La pareja compartió su felicidad con ellos al enseñarles el anillo.

—Es precioso, Alison —dijo Chloe, felicitando a ambos. Milton y Jacob se dieron un apretón de manos.

Los invitados fueron recibidos en la entrada por dos caballeros que lucían impecables sus libreas. La última en bajar por la escalera principal con una balaustrada con diseños de hojas, fue Holly. La mayoría de los invitados se encontraban en el gran y espectacular salón abovedado, con lámparas de cristal y de cuyas paredes colgaban obras de arte de la talla de Brueghel y Rembrandt, esculturas, porcelanas y relojes franceses. El techo era dorado, los cortinajes de terciopelo escarlata y el suelo de mármol. Todos los presentes estaban animados, excepto ella. Se sentía como un pez fuera del agua, rodeada de gente, pero al mismo tiempo sola. Se alegró mucho al enterarse del nuevo compromiso de su hermana con Milton. Ella siempre había sabido que, pese a la infidelidad de Alison, ese joven seguía enamorado de la mayor de los Taylor.

Entre los invitados estaban los dos diseñadores, cada uno con su frac negro a medida y pajarita blanca. Desde una distancia prudencial observó a Cooper. Su elegancia era extraordinaria. Recién afeitado, el pelo brillante y dominado hacia el lado izquierdo, piel bronceada y una sonrisa que encandilaba y volvía loca a cualquier mujer que no supiera de su condición sexual. Se habían cruzado las miradas en varias ocasiones, pero, por alguna razón, habían

evitado coincidir. Holly pensó que el motivo podía ser el beso que ella le había dado, sin su permiso, en la carrera de caballos. A todas luces, lo había ofendido y estaba evitándola.

Se fijó en que las mujeres que habían acudido a la fiesta, lucían brillantes diademas, collares, pendientes, broches y otras joyas de incalculable valor. Las parejas bailan al son de lo que la orquesta tocaba: temas de Freddie Mercury, los Beatles, John Lennon o Madonna.

A mitad de la fiesta y después de repartir achuchones y besos, Alison quiso dar las gracias a los invitados por honrarla con su presencia.

—Gracias a todos y todas por venir. Espero que podáis escuchar lo que os quiero decir ya que ahora mi voz suena unos centímetros más abajo que antes —bromeó—. Como todos sabéis, una silla de ruedas me acompaña y dependo de ella para todo, no va a ser un camino de rosas, pero ni esto ni nada conseguirá borrarle la sonrisa. Los que me conocéis bien, que sois casi todos, sabéis que me las daba de importante, por no decir algo peor, pero todo esto que me ha pasado últimamente me ha hecho reflexionar sobre lo que es la vida, sobre las personas, sobre lo que vale la pena. Nunca he valorado a mi familia, a mis verdaderos amigos —miró a Milton, que estaba a su lado—, a este hombre que me quiere de verdad —él le cogió una mano y se la besó—. Os pido perdón si en algún momento os he ofendido —buscó a Chloe y le guiñó un ojo—. El destino me ha dado una nueva oportunidad y no pienso desperdiciarla con nimiedades. Voy a ser feliz junto a las personas que me importan —apretó la mano de Milton y enseñó el anillo que le había regalado—. Mi hombre, mi familia —buscó a Holly y le envió un beso, cargado de significado—, y mis amigos.

Todos los invitados comenzaron a aplaudir.

—Gracias. Y ahora, después de este emotivo paréntesis, solo os pido que no dejéis que la fiesta se acabe. ¡Todo el mundo a bailar!

Holly, que había bebido varias copas de champán, sintió la necesidad de buscar un lugar tranquilo y abandonó el salón, que bullía de gente y música. Caminó por el pasillo y se sentó en una de las banquetas tapizadas y acolchadas que había a lo largo del mismo y también en el interior del salón. Para esa noche había elegido un vestido que había pertenecido a su madre, largo, de color verde agua y corte sirena, la hombrera llevaba una preciosa blonda en color dorado suave y en el remate del final de la espalda unas flores. Jones la buscó por todo el salón, pero la joven había desaparecido. Salió del mismo y al cerrar la puerta, maciza y de roble, sintió que sus

pulmones se llenaban. Dentro había demasiada gente, demasiado ruido, demasiado calor. Al girar la cabeza hacia la derecha la observó. Sentada, con la espalda pegada a la pared, las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Pasó una mano por el cuello. No sabía si ir hacia ella o en sentido contrario a donde estaba sentada. Holly abrió los ojos y lo miró, parado en medio del pasillo.

—Hola —comentó.

Con su habitual garbo, Cooper caminó hacia ella y le devolvió el saludo.

—¿No te gusta la fiesta?

—Claro que sí —lo miró—, bueno. En realidad, no me siento demasiado cómoda ahí dentro.

—Tu hermana ha logrado reunir a toda la opulencia de Londres —movió la cabeza sonriendo—. Como bien dicen los franceses, en esta fiesta está *la crème de la crème*.

Aquella fiesta representaba lujo y magnificencia.

—Es posible que tengas razón —elevó los hombros—. Le hacía ilusión y aquí estamos, junto a ella —suspiró—. Creo que tú y tu socio, os habéis puesto las botas. La mayoría de los vestidos y los trajes de hombres son de vuestro taller, de hecho fue mi hermana la que se encargó de recomendaros.

Él asintió. Los dos permanecieron en cordial silencio. Un silencio que estaba cargado de mensajes mudos. Sus espaldas estaban apoyadas a la pared. Cooper levantó la pierna derecha para colocar el tobillo sobre la rodilla izquierda.

—No he visto a tu hermano por ninguna parte.

—Y no lo verás. Anda desaparecido. Entra en casa a horas intempestivas para no encontrarse con nadie y escuchar nuestras reprimendas.

—Y tampoco está Juliet —continuó.

—Esa fue una de las exigencias que le impuse a mi hermana —respondió, sin ánimos.

—Has hecho bien. Esa chica no es trigo limpio —opinó, sin dar más detalles. Al parecer nadie quería tenerla cerca.

La observó de lado.

—Dame unos minutos.

Entró en el salón y de la bandeja de un camarero cogió dos copas de champán francés. Al salir le entregó una.

—Creo que ambos la necesitamos —señaló, con el encanto natural que tanto lo caracterizaba.

—Yo hubiese traído la botella —dijo, con gracia y, al mismo tiempo, sin perder su elegancia.

Cooper se levantó y regresó con una llena y sin descorchar.

—¿Por qué brindamos o por quién? —preguntó él.

Ella presionó la barbilla, meditabunda.

—Yo brindaré por mis fracasos amorosos y tú puedes hacerlo por tus logros profesionales, por ejemplo —le temblaron los labios y se le quebró la voz.

—Vamos, Holly. Habrá algo importante en tu vida por lo que brindar —la animó, pero la joven negaba con la cabeza.

La copa de la guionista chocó con la de él, emitiendo un sonido cristalino. Bebió el contenido de un solo trago y volvió a rellenar la copa.

—El amor es muy complejo —observó que su barra de labios había sellado el cristal de la copa—. Es fácil enamorarse, lo difícil es que te correspondan —reconoció mientras se mordía el labio inferior.

—El peligro de jugar con fuego es que te puedes enamorar a mitad del incendio —afirmó el diseñador, que también había sufrido el mal de amores.

—Tres hombres en mi vida y para ninguno significo algo —volvió a mirarlo y bebió el champán de la copa—. ¿No te parece triste? —él arrugó la frente—. Jona, el padre de mi hija, es uno de ellos. Volvió con la promesa de empezar de nuevo y recuperar el tiempo perdido. ¡Para qué! —gritó con expresión avinagrada—. Hace unos días decidió irse nuevamente. Al parecer su trabajo es más importante que su hija y que yo, aunque siempre he sospechado que era un mujeriego —negó con la cabeza—, pero eso ya debería tenerlo asimilado.

Jones la escuchaba interesado, pero sin interrumpirla. Sabía que necesitaba desahogarse.

—Después apareció ese otro cantante de pacotilla —soltó aire por la nariz —, pero también acordó irse —lo miró—. El trabajo, por supuesto, y puede que alguna mujer en su país de origen.

—Curioso que ambos se dedican a la música.

La nuez del diseñador bailó arriba y abajo.

—Lo sé —sonrió y volvió a rellenar la copa. La de Cooper seguía llena.

—¿Y el otro? ¿También se ha ido? —se oyó preguntar. La intensidad de sus ojos ardientes le cortaba la respiración.

—No —respondió, con un hilo de voz. Él la miraba interesado. Una mirada

que la desnudaba, que lograba llegar a lo más hondo de su corazón.

Ese otro estaba frente a ella, y su presencia hacia acelerar sus pulsaciones, pero no era conector de sus sentimientos y desconocía que estuviese enamorada de él.

Jones acabó su copa y la dejó en el suelo.

—Él no siente lo mismo—suspiró, cerrando los ojos. Empezaba a notar los efectos del líquido espumoso de la botella—. Para él soy una simple e insignificante amiga —se secó las lágrimas cristalinas que corrían por sus mejillas.

Lo miró. Sus atenciones hacia ella, en los últimos meses, habían sido como un bálsamo para su alma herida.

Cooper se sintió identificado.

—Pero bueno, me lo tengo merecido, por ser confiada, por esperar más de los demás —lo miró, clavando los ojos en los carnosos labios del hombre que, una vez más, lo invitaban a que lo besara—. No podemos obligar a nadie a que nos quiera y aquí me tienes, guardando apariencias —tras un escalofrío que recorrió su espina dorsal, pese al calor reinante del pasillo, acarició su rostro. ¿Por qué no podía ser para ella?

—Eres una gran mujer. Encontrarás a la persona indicada, solo tienes que dejar las puertas abiertas.

Holly negó con la cabeza. La persona la tenía a su lado y no podía estar con ella porque no sentía lo mismo, porque amaba a un hombre y no a ella.

—Creo que me iré un tiempo, necesito un paréntesis —agachó la cabeza. Su madre siempre le había dicho que no se podía llorar por un hombre—. Eso es, unas vacaciones, es todo lo que necesito. Irme de aquí, olvidarte de los problemas de mis hermanos, desconectar del trabajo.

Y no esperaría más para hacerlo. Decidió que al día siguiente contactaría con una amiga que trabajaba en una agencia de viajes para que le buscara algo en un lugar lejos de Londres, con sol y playas paradisíacas.

Algunos invitados salieron del salón y se acercaron a ellos. Jones permaneció sentado en la banqueta, observando como la guionista regresaba al salón. Él también estaba enamorado de alguien, y ese alguien era ella, Holly, pero por miedo no se lo había dicho. Miedo al rechazo, a ofenderla, a perder su sana amistad. Ella lograba entrar en su cabeza y dominar sus pensamientos. Le había sacado el aliento desde la primera vez que se habían visto, con aquella cara angelical en la fiesta de los Miller, y el hecho de pensar que podría salir con otros hombres, le encelaba.

La noticia del fallecimiento de Juliet Wade corrió como la pólvora entre la población de Dartford. Holly se enteró mientras trabajaba. Su abuela la había llamado comunicándole el trágico suceso. Según tenía entendido, la chica había sido asesinada en un hotel situado en Gales. Su amiga Keira le había dicho que estaban investigando su muerte pero que todo indicaba que había sido un ajuste de cuentas.

Al entierro acudieron centenares de personas, tanto amigos y conocidos de la joven como de sus padres, rotos de dolor ante la pérdida de una hija, pues las personas se preparan para perder a los padres, pero nunca para decir adiós a los hijos. Los asistentes formaban corrillos para hablar del tema. Unos aseguraban que había sido un ajuste de cuentas, otros decían que se había suicidado, y los más escépticos comentaban que la policía se encargaría de investigar las razones por las que la chica había aparecido muerta en un hotel. Su paso por la cárcel era de dominio público, al igual que lo era la vida alocada que llevaba y sus negocios oscuros e ilícitos.

Las chicas que trabajaban con ella en el club para caballeros, todas vestidas de riguroso luto, no hacían más que llorar y lamentar su pérdida. Juliet tenía una socia con la que había coincidido en prisión, pero ella no estaba dispuesta a llevar sola el negocio, entre otras cosas porque en los últimos días habían sentido el respirar de la policía tras su gajnate. Todas aseguraban que Juliet era la líder absoluta e indiscutible y que, si ella no estaba, nada tenía sentido.

La guionista había ido acompañada de su abuela y de Alison. Holly pensaba que no era el momento de valorar cómo había sido Juliet como persona y amiga y sí acompañar a la familia, que lo estaría pasando muy mal en aquellos duros momentos. Para ellas había sido una mala persona, egoísta y cruel como la que más, pero para los padres había sido su hija, mejor o peor, pero la habían criado y le habían dado todo, como a sus otros hermanos.

Su guardaespaldas, ese que se parecía a Schwarzenegger, también había acudido al funeral, y se veía muy enfadado por haber permitido que esa noche saliera sin su protección. No había comentado con nadie de su entorno los planes que tenía para esos días. Lo único que sí les había dicho era que estaría fuera y que no la llamasen al teléfono porque iba a mantenerlo apagado. Por

desgracia, su móvil no apareció en el lugar de los hechos.

El cuerpo sin vida de la joven lo había hallado la chica encargada de la limpieza a media mañana del día siguiente. Había tocado en la puerta varias veces por lo que dejó esa habitación para el final, pero al ver que seguían sin responder, decidió entrar con su llave. La joven estaba desnuda, dentro de la bañera llena de agua, olía a una mezcla de sexo y desinfectante y varias de las alfombras del dormitorio tenían manchas de haberse derramado la lejía.

La forense que había examinado el cuerpo, tras retirarlo de la bañera y en el que ya se había instalado la rigidez cadavérica, había observado que presentaba cianosis y equimosis en cabeza y manos, y también exoftalmia. Las uñas las tenía rotas, posiblemente por el forcejeo con el agresor, y había restos de ADN que había enviado para analizar. La habitación había sido limpiada con lejía y la cama no tenía puestas las sábanas. Los investigadores pidieron que se le entregara toda la ropa de cama de esa planta. Si las habían sacado del lecho era porque esa noche esa habitación había sido testigo de una vigorosa y prolongada actividad sexual y contendría restos que pudieran incriminar al asesino. También pidieron ver las grabaciones de las cámaras de seguridad. Se veía a un hombre vestido con un mono de trabajo y en la mano portaba una caja, como de herramientas. El pelo lo llevaba tapado con una visera y unos guantes en las manos. El presunto asesino había sido cauteloso y nunca miraba hacia las cámaras. Uno de los investigadores hizo una observación a sus dos compañeros que habían estado fotografiando la escena del crimen:

—Fijaros en el mono que lleva. ¿No os suena de algo?

Los otros pidieron al encargado que diese marcha atrás al video y en modo pausado. A los pocos segundos, los tres se miraron.

—Es como los que usamos nosotros para evitar contagiar una escena de crimen y conservar así todas las pruebas —aseguró uno de ellos.

Los otros asintieron. El asesino de Juliet Wade estaba relacionado con la policía científica.

—Hay que buscar a ver si se deshizo de esas prendas, puede que las haya tirado con las sábanas o en algún contenedor que haya fuera del hotel —determinó el que dirigía la investigación.

Entre la ropa de cama no habían localizado ningún buzo ni los guantes, pero un trabajador del hotel avisó que en uno de los contenedores había una bolsa de color blanco, y las que allí usaban eran negras o grises. Lo acompañaron hasta donde estaba el mismo y al abrir la bolsa encontraron el mono y unos

guantes de látex, que no eran los mismos que llevaba en el video, pero seguramente los que había utilizado para limpiar con lejía la habitación y el baño. También estaba la ropa que supuestamente llevaba Juliet puesta. Todo fue embolsado y llevado al laboratorio.

Otro de los investigadores encontró en el retrete dos condones. El asesino había querido deshacerse de ellos tirando de la cadena, pero el agua los había devuelto. Los fotografió y los embolsó.

Varios días después del entierro, la policía se presentó en casa de los Taylor con una orden judicial. Las pesquisas los habían llevado hasta Holly Taylor. El mono que habían encontrado en el contenedor tenía huellas suyas y, casualmente, ella trabajaba en el laboratorio criminalístico más importante de Londres. Tras una exhaustiva inspección se la llevaron a comisaría para interrogarla. Antonieta contactó de inmediato con Morrison y le explicó lo sucedido, aunque la mujer ya estaba al tanto de las investigaciones.

—Voy a decirte algo, Antonieta, y que no te parezca mal —soltó después de escuchar su excitada y preocupada voz al otro lado del teléfono—. Yo creo que todo esto es cosa de Curtis, tu nieto.

—Cómo puedes decirme eso, Keira —respondió, afligida y dolida ante la afirmación de su amiga.

—Tú, mejor que yo, sabes todo lo que ha estado haciendo, antes de que esta joven ingresase en prisión, y una vez cumplió con la condena y regresó a casa.

Antonieta recordó la conversación que había mantenido con el detective, el señor Morton, y cuando se lo había recriminado a su nieto, este no lo había negado en ningún momento; es más, había dicho que las garras de esa mujer eran apabullantes y que nadie estaba a salvo de ella. ¿Sería él el asesino de Juliet Wade?

Holly Taylor negó, por activa y por pasiva, haber estado en aquel hotel, ni esa noche ni ninguna otra. Esa noche la había pasado en su casa, con su hija, pero sí reconoció que en una ocasión y no hacía mucho, le había faltado el mono de reserva que llevaba con ella en el maletín, pero entonces pensó que se habría olvidado de reponerlo y no le dio más importancia. Los investigadores le pidieron que lo pusiese y no se parecía en nada a la persona que se veía en la grabación. Definitivamente ella no era la asesina. Días más tarde consiguieron averiguar de quién era el ADN que habían encontrado bajo las uñas de la fallecida y se correspondía con el del hermano de Holly, Curtis Taylor. La policía lo localizó. Compartía piso con un amigo y en el momento

de la detención ambos estaban en un importante local de apuestas de Londres. El joven no mostró resistencia y los acompañó a la comisaría. Los investigadores habían tenido acceso a la información que el señor Morton había obtenido después de seguirlo y hablar con mucha gente que se movía en su mismo ambiente. La ayuda inestimable de ese detective había sido elemental para fundamentar acusaciones. Curtis les dijo que no hablaría nada hasta que fuese su abogado. Una vez este se presentó en la comisaría, confesó la verdadera e inquietante historia:

«Cuando tenía dieciocho años, Juliet Wade era el amor de mi vida, era lo que más deseaba en el mundo. Divertida, atrevida, un poco fantasiosa y muy guapa. La veía siempre que salía con mis hermanas y cada vez me enamoraba más y más de ella hasta que llegó un punto en que ella también se fijó en mí y nos liamos. Los pasábamos estupendamente porque éramos muy parecidos y siempre estábamos haciendo algo que nos gustaba a los dos y fue entonces cuando nos metimos en el mundo del juego. Juliet era mucho más codiciosa que yo y la verdad era que tenía mucha suerte. A mí, en cambio, la fortuna no me visitaba tan a menudo como a ella y empecé a sumar pérdidas y pérdidas, pero no podía abandonar, no. Que ella fuese mejor que yo me corroía por dentro y fue cuando comencé a pedir dinero prestado y jugaba para otras personas, pero el saldo que debía era cada vez mayor y Juliet me propuso participar en un robo. Me comentó que era algo simple y que con el dinero que sacase podía cancelar todas mis deudas y comenzar de cero. La idea no acababa de convencerme, pero necesitaba, en un último acto de desesperación, dinero fresco, ya saben, para mantener mi reputación a la altura de los demás, y acepté. Pensé que iba a ser mi golpe de gracia, pero el atraco se complicó y la cogieron a ella. Yo le había pedido que no participase, pero le gustaba el riesgo y acabó en prisión».

Tras preguntarle cómo había sido que ninguno de los otros participantes acabara con la misma suerte que ella, Curtis, con el rostro pálido y demudado, se secó unas gotas de sudor de la frente y respondió:

«Antes de cometer el atraco habíamos hecho un pacto. Si alguno de los componentes de la banda caía, ese asumiría toda la culpa y los demás se mantendrían en silencio. Fue así como mi deuda con esa mujer se multiplicó. Los otros implicados desaparecieron y dejaron ese mundo, pero yo me quedé y, después de seis años, reapareció, salió de prisión y me buscó. Al principio iba a visitarla una vez al mes, pero me producía mucha angustia y tensión. Ella estaba allí por algo que habíamos hecho todos y decidí no volver más».

La siguiente pregunta que le hicieron fue qué pasó tras el regreso de Wade a las calles de Londres.

«Tras su salida se le habían subido los humos. Me dejaba recados por todas partes. Llámame, contacta conmigo, búscame. Preguntaba a mis hermanas y a mis amigos. Era imposible no sentir su presencia cansina hasta que por fin me localizó en una casa de apuestas y me recordó todo lo que le debía, no solo dinero sino el tiempo que había pasado en prisión por mi culpa y la de los otros integrantes de la banda. No tuve más opción que aceptar un nuevo trabajo, en la casa de los Miller. En esa ocasión y para no levantar sospechas, Juliet acudió a la fiesta como una invitada más. Creo que ese fue su debut, tras la salida de penitenciaria. Todo salió según lo planeado y ella se llevó todas y cada una de las joyas y, en ningún momento me hizo entrega de mi parte, pero nunca estaba conforme. Me obligaba a acompañarla para hacer chantajes, el último a los propietarios de la firma, “*Moore Jones*”. Les pedía una parte de la empresa a cambio de silencio».

El interrogatorio se estaba extendiendo más de lo que esperaban, pero no les importó. Curtis Taylor les estaba narrando la historia desde el principio, con todo tipo de detalles, tal y como ellos deseaban.

En ese momento la guionista comprendió el malestar de Jones hacia Juliet y recordó que, la noche de la fiesta de los Miller, creía haber visto el coche de su hermano en el aparcamiento pero lo descartó de inmediato porque él le había dicho que tenía otras ocupaciones. Sí, era él, y había ido para robar a los Miller.

«Pero la cosa no podía quedarse ahí. Ella seguía presionándome, más y más, hasta que su última petición fue que robase algunas joyas de mi familia. Decía que nadie desconfiaría de mí porque soy el hijo menor y que, realizando ese trabajo, no volvería a ver su cara, pero yo me negué. Necesitaba mucho dinero, sí, pero no podía traicionar a mi familia, mi abuela no me lo perdonaría jamás. Juliet siempre fue una chica caprichosa y tenía que salirse con la suya, por lo que acordó darme en mis puntos flacos, mi familia. Fue tras Alison y empujó su coche por el barranco».

El joven pasó las manos por las mejillas y notó los regueros salados de las lágrimas. Desde el accidente de su hermana, no había vuelto a dormir en su casa, no podía mirarla a la cara como si nada hubiese pasado ni tener una conversación con nadie de su familia. Alison había perdido la movilidad de las piernas por su culpa, por relacionarse con gente peligrosa y sin escrúpulos.

Después de un momento, que aprovechó para beber un poco de agua y

sorber la nariz, continuó con el relato:

«Ella misma me lo confesó. Me dijo que era un primer aviso. O hacía el trabajo o seguiría acabando con las personas que quería. No sabía qué hacer. Mi familia me importa demasiado así que volví a negarme y fue entonces cuando amenazó a mi hermana Holly. Uno de sus súbditos rompió los cristales traseros de su coche y le dijo que me diera un recado: acabar el trabajo que me había encomendado. Por fortuna mi sobrina no iba sentada atrás y solo quedó en un susto».

Holly estaba al otro lado del cristal, incrédula y boquiabierta, escuchando su testimonio. Su hermano hablaba con parsimonia y total seguridad y en ningún momento le había temblado la voz, excepto cuando mencionó a su familia.

«Me enteré de que algunos de los que estaban en la banda conmigo tenían intención de delatarme y me volví literalmente loco. Sabía que Juliet no iba a quedarse con los brazos cruzados y seguiría tocando mi fibra sensible, por lo que quedé con ella para hablar. Necesitaba convencerla de que no podía seguir con aquello porque mi familia era y es algo sagrado para mí y creo que para todo aquel que tiene sentimientos y conciencia».

Los dos hombres que estaban sentados frente a él, intuían lo que iba a pasar a continuación:

«Nos vimos en Darent Country Park la misma tarde que pasó lo que tenía que pasar. Ella no entraba en razón, seguía en sus trece, diciendo que se lo debía todo, que incluso mi vida le pertenecía. Le pregunté qué otra forma había para pagar mi deuda, me ofrecí a trabajar gratis para ella en su club, pero no hubo manera. Después de preguntarle qué era lo que quería de mí, con una amplia sonrisa me dijo que lo quería todo, que me quería a mí, que había sufrido mucho con la separación. Fue cuando lo vi claro. Jamás me desprendería de ese lastre. La única forma de deshacerme de ella era sacándole la vida».

Ellos asintieron. Solo quedaba descubrir qué había pasado la noche de autos:

«La convencí de que yo también la deseaba. Como cada uno había llevado su coche acordamos que la recogería frente a la puerta de su casa. Yo me pasé por la mía y busqué en el maletín de trabajo de mi hermana el mono y unos guantes. Fui a una tienda de disfraces y conseguí la peluca, el bigote y unas cejas postizas. Los guantes negros de piel los tenía en mi vehículo, para el invierno. Antes de despedirnos le supliqué que no hablara con nadie de eso,

que nos daríamos unos días para aclarar nuestras diferencias y que luego ya se vería, y ella estuvo conforme. Creo que ninguno de sus empleados supo que se había ido conmigo. Cuando la vi, en la entrada de su casa con aquella sonrisa deslumbrante, sentí que no sería capaz de hacerlo. Seguía siendo hermosa, como cuando teníamos dieciocho años. Yo no era un asesino, no iba por ahí arrancando vida a las personas, pero ella, durante el viaje, insistió, con terquedad, en que había que dar ese golpe, que ella me acompañaría en todo momento y que después podríamos fugarnos. Yo supe que eso nunca ocurría. Juliet tenía sus negocios aquí y a sus padres. Su ambición podía con ella, nunca estaba satisfecha, así que le pedí que subiera ella primero y que comenzara con el *check-in*, mientras yo hacía unas llamadas que no podían esperar, pero en lugar de eso me puse el buzo blanco y subí por el ascensor de servicio. Ella no paraba de enviarme mensajes sugerentes que decían, estoy desnuda para ti, te deseo, estoy impaciente, necesito sentirte muy dentro de mí y cosas parecidas. Estaba de los nervios y esas palabras y comentarios soeces acabaron por sacarme de mis casillas».

Con un nudo de aprensión en el estómago, Holly cabeceó y se llevó las manos a la cara. Varias lágrimas inocentes brotaron de sus ojos y se deslizaron hasta la comisura de sus labios. Muchas veces se había puesto en el lugar del asesino para comprender las razones que lo llevan a cometer el delito, pero con su hermano era diferente. Todavía no se lo podía creer. Ignorando el dolor que la atravesaba, continuó escuchando su confesión:

«Creo que el resto ya lo saben ustedes. Follamos, bebimos, volvimos a follar hasta que, muerto de miedo y con muchísimo tiento cubrí su cabeza con una almohada y, tras varios minutos de forcejeo, dejó de respirar, lo limpié todo y abandoné la habitación. En ese sentido procuré ser muy meticuloso. En casa mi hermana comentaba que, en ciertas escenas de crimen, algún asesino había dejado tales huellas o que habían encontrado restos de ADN en las sábanas, en la boca de la víctima o incluso en sus partes íntimas. Mi intención fue dejarlo todo impoluto pero lo cierto es que estaba muy nervioso y seguramente he pasado detalles por alto, pues ver su cuerpo inmóvil, estirado sobre la cama, y sus ojos vacíos e inexpresivos, me producía remordimientos, aunque ya no hubiese vuelta atrás. Juliet no volvería a burlarse de ninguna persona, no volvería a abusar de nadie, ni chantajear. Mi abuela me había aconsejado acabar con ese problema, que así no podíamos seguir, ni mi familia ni yo, y eso fue lo que hice. Cortar por lo sano. Al menos ahora ellas están a salvo. Ya no habrá más sustos. Acepté el viaje a Gales con ella, pero

en mi mente había un solo objetivo y era cometer un acto execrable: acabar con su vida».

Esa, quizá, fuese una de las confesiones más difíciles de su vida. Cada palabra pronunciada había sido como un latigazo para su ego.

Los que lo estaban interrogando se miraron. No tenían ninguna pregunta. No había sido un crimen pasional sino un asesinato por despecho, por cansancio emocional. Curtis Taylor había relatado el curso de los acontecimientos con la mayor concisión posible.

Holly, con signos de agotamiento en el rostro, salió de allí con un nudo en la garganta y el aguijón de las lágrimas. No quería pensar cómo iba a reaccionar su abuela, que tanto los había querido y protegido, especialmente a él, el menor de los Taylor.

A veces las lecciones más importantes de la vida son las que nos llegan de la manera más difícil.

Elegir la Polinesia Francesa como destino para desconectar, había sido un acierto dado que allí no existía la masificación. Tras la detención de Curtis, se había tomado unos días para estar en casa, con su hermana y abuela, pero estaba tan saturada que pidió a su amiga de la agencia que sacara los pasajes para el día siguiente. Esa misma noche preparó las maletas, la suya y la de Daisy, pero Antonieta la convenció para que dejase a la niña con ellas. Chloe se había comprometido a quedarse en la casa el tiempo que Holly estuviese fuera.

—Abuela, ¿qué hago yo en una isla desierta sin mi hija? —preguntó, invadida por la nostalgia—. No me parece justo irme y dejaros a vosotras toda la responsabilidad.

—Tú no te preocupes por nada. Ve, desconecta, diviértete y vuelve con las fuerzas renovadas.

Holly le hizo caso y a la mañana siguiente, Roger, el mayordomo y chofer de la familia, la llevó al aeropuerto. En la vida había decisiones que no se debían postergar, y esa era una de ellas.

El viaje se hizo muy largo pues el avión tuvo que hacer dos escalas, pero tan pronto puso un pie en suelo firme, supo que había valido la pena.

El complejo hotelero, de cinco estrellas, estaba situado en una playa privada y contaba con piscina y un spa. Su amiga había reservado una suite frente al mar, con balcón. Lo primero que hizo, tras aterrizar, fue llamar a su casa y saber cómo estaban todas. Llevaba un día fuera de Londres y ya echaba de menos a su hija. Se preguntó si aguantaría todos esos días que había reservado sin tenerla al lado.

Tras darse una ducha se puso el bikini y bajó a la playa, cuyas aguas eran cristalinas. Apenas había gente. Tres parejas, dos matrimonios con sus hijos, los típicos camareros a pie de playa y una mujer ofreciendo masajes. La temperatura era de treinta y cinco grados y la del agua, de veinticinco. Cabía la posibilidad de que cayera algún chaparrón, el cual no solía durar más de diez minutos, o incluso que se cruzara un ciclón, aunque esto último solía suceder cada cuatro o cinco años.

Después de varios chapuzones regresó a la suite, puso música y se metió en la bañera con hidromasaje con la esperanza de que el agua caliente se llevara

parte del cansancio. Sonaba un tema que le pareció conocido. La cabeza la tenía apoyada a la bañera y los ojos cerrados. Entonces reconoció la voz. Era una canción de Jona y su letra decía que siempre la amaría, pese a la distancia, a los errores cometidos, al tiempo que habían pasado distanciados. Varias lágrimas germinaron de sus ojos, lágrimas que, a diferencia de otras veces, dio permiso para salir al exterior. Llevaba mucho tiempo disimulando ser feliz, conteniendo sus sentimientos y haciéndose la fuerte para evitar que los demás se preocuparan por ella. Nunca se quejaba, ni siquiera en su fuero interno. ¿Por qué le costaba tanto exteriorizar? Tal vez porque llevaba mucha responsabilidad a sus espaldas, mucha carga familiar y emocional. Quería ser feliz, sonreír sin disimular, bailar bajo la lluvia, cantar y hacer todas las estupideces que hacía una persona normal de su edad. Un ramalazo de añoranza la atrapó. Sintió que debía volver, con los suyos, porque la necesitaban. Luego, tras unos minutos llorando, consiguió aplacar la agitación. Había pagado mucho dinero por ese viaje por lo que, mientras estuviese allí, lo aprovecharía al máximo.

Las comidas eran buenísimas, a base de verduras y carnes cocinadas bajo tierra, al igual que las cenas, a orillas del mar de aguas azules y amenizadas con espectáculos temáticos y culturales, y en las que el coco era la fruta preferida. A pie de playa, de arenas blancas, había un bar que servía bebidas frías y en el spa podía disfrutar de masajes de aromaterapia, tratamientos faciales, manicuras y pedicuras. Hubo algo que le llamó poderosamente la atención y fue la moneda que usaban en la isla. Se llamaba dólar neozelandés. Las de un dólar eran en forma de vieira, las de dos dólares, triangulares, y las de cinco, dodecagonales.

Los primeros días los había pasado totalmente sola, sin hablar con ninguno de los huéspedes. Después empezó a entablar conversación con algunas de las parejas y otra chica que llegó dos días más tarde que ella. Esta le había contado que hacía ese viaje tras romper una relación de más de diez años. Ella buscaba aventura y la invitó a visitar unas cuevas y cañones de piedra caliza muy ricas en flora y fauna. A la mañana siguiente, aprovechando la buena visibilidad, habían decidido practicar diversos deportes acuáticos como snorkel, buceo y submarinismo. En el hotel se habían encargado de hacer las reservas y de conseguirle un guía, que les explicó que, dependiendo de la zona, podían bucear para disfrutar de hermosos jardines de coral, de simas de arrecifes y sumergirse junto a mantarrayas, que también se podían acariciar, tiburones, tortugas o ballenas jorabadas, que acudían a la zona para

reproducirse en esas aguas. Para ello alquilaron los trajes de neopreno que, al ser una zona tropical, eran cortos, por encima de las rodillas.

En el hotel, un hombre que acababa de registrarse preguntó por ella en recepción. Allí lo informaron de que la chica iba a estar todo el día fuera con otra hospedada, pero no le explicaron sus planes de ocio. Él decidió pasar lo que quedaba de día tomando el sol en la piscina.

Holly apareció en el restaurante con un vestido corto blanco de corte asimétrico y volantes que hacía resaltar la piel bronceada. Unas sandalias simples complementaban su imagen. Esa noche iba a tomar brochetas de pez espada y gambas preparadas con vainilla. Estaba disfrutando de una danza tradicional cuando alguien se acercó a ella, colocando una mano en el escote de la espalda.

—¿Esa silla está ocupada?

La guionista dio un salto en la silla, no porque la hubiesen tocado sino por la voz que escuchó. En el restaurante apenas había dos docenas de personas.

—¿Qué haces tú aquí? —susurró. Su corazón le aporreaba el pecho.

—Estoy de vacaciones —respondió con un destello de picardía en los ojos y mostrando unos dientes resplandecientes.

Ella tartamudeó.

—Pero... —se levantó de la silla para poder estar a su altura—, aquí, donde apenas hay varias decenas de personas.

Con todos los lugares recónditos del mundo, justo fueron a coincidir en esa isla del océano Pacífico.

—Será que la agencia de viajes tiene mejores comisiones al vender estos paquetes turísticos —bromeó divertido, poniendo los ojos en blanco.

Holly también lo hizo, se puso de puntillas y echó los brazos al cuello de él. ¡Cuánto había deseado esos abrazos y esas manos tocándola! Se preguntó si se podía añorar tanto a alguien que no formaba parte directa de tu vida. Sobraban los dedos de las dos manos para contar las veces que se habían visto.

—Tienes buen aspecto —sonrió resplandeciente.

Un agradable perfume varonil invadió todos sus sentidos. Acababa de afeitarse.

—Gracias, Cooper, pero dime —lo miró a los ojos—. ¿Has venido con Theo?

—¿Con Theo? —arqueó las cejas. ¿Por qué su socio siempre salía en las conversaciones que tenían?

Ella lo invitó a sentarse a su lado y le habló con sinceridad.

—Porque es tu pareja. Se supone que vais de vacaciones los dos juntos.

Eso lo hizo sonreír como un bobo.

—Somos pareja de trabajo, nada más —la corrigió, muerto de la risa.

El diseñador llevaba unas bermudas blancas en tejido elástico con un vivo decorativo en cinturilla a contraste y una camisa del mismo color con cuello mao, abierto en aquel instante y revelando su bonito bronceado.

—¡Qué dices! Todos saben que sois pareja sentimental —meneó la cabeza—. En estos tiempos que corren, no tiene nada de malo reconocer que eres homosexual.

—Claro que no. Theo lo es, pero te aseguro que yo no —anunció con una sonrisa divertida—. A mí me gustan las mujeres —se fijó que ella estaba rabiosamente atractiva con el vestido blanco.

—¡Ay madre! —agachó la cabeza. Se sentía avergonzada y tonta.

—No pasa nada —tendió una mano hacia ella—, no eres la primera que lo piensa y no serás la última, al menos mientras no tengo una mujer colgada de mi brazo.

Para aliviar su soledad, había quedado con la chica que había salido por la mañana. Esta se acercó a su mesa y Holly los presentó.

—Será mejor que os deje a solas —dijo ella, pero la guionista le pidió que se quedase a cenar con ellos, si a él le parecía bien.

—Por mí no hay ningún inconveniente.

Jones decidió probar uno de los platos típicos de la zona, el *Tamaaraa*, un rollo de carne y pescado envuelto en hojas de plátano y cocinados sobre piedras calientes, y la otra chica se inclinó por *La Salade Ruse*, una especie de ensalada hecha con hojas de taro hervidas, crema de coco y gambas.

Pasaron la velada hablando de sus respectivas vidas. La joven les comentó que se había separado del marido porque le había sido infiel, después de diez años de matrimonio y que, por fortuna, no habían tenido hijos. Mientras contaba su vida se dio cuenta que Cooper estaba allí por Holly y que, aunque ellos dijese lo contrario, estaba siendo un estorbo entre ambos, por eso se despidió, alegando que tenía un terrible dolor de cabeza. El diseñador se levantó para despedirse de la chica y volvió a sentarse junto a Holly, que lo miraba con la cabeza apoyada en una mano.

—¿Vamos a tomar postre? —preguntó él.

—Me apetece algo dulce —respondió, abriendo la carta para ver qué podían pedir.

Ambos apostaron por el *Poe*, que llevaba leche de coco sobre una base de papaya triturada y cocida y acompañada de queso francés.

Tras la sobremesa, Holly propuso dar un paseo por la playa, como hacía cada noche desde que estaba allí. El cielo empezaba a cubrirse y hacía mucho viento, aunque no era frío.

—No he tenido la oportunidad de decirte que siento mucho lo de tu hermano. Tomó una decisión arriesgada, aunque puedo comprender la sobrecarga que sufría y la desesperación. Esa mujer podía ser exasperante. Yo siempre dudé de ella, no me gustaba en absoluto —reconoció. A él le había pasado.

—Ha pasado lo que debía pasar y, que Dios me perdone, pero esa mujer era mala y mi hermano —se abstuvo unos segundos—, una persona que nunca supo controlar su vida. Se dejó llevar por ella y mira cómo ha acabado. ¿Al final hicisteis lo que os pedía?

—Por suerte no. Theo fue dándole largas y luego fue cuando apareció muerta en el hotel.

Siguieron caminando en silencio unos cuantos metros más.

—¿Vas a decirme el motivo real que te trae aquí? —insistió ella.

Jones se paró para mirarla con descaro.

—¿De verdad quieres saberlo? —la observó divertido, con ojos danzarines.

—Sí, me encantaría.

Él entrelazó sus manos con fuerza y se las besó.

Ella, con la mirada encendida, pensó que debería estar prohibido ser tan guapo.

—He venido por ti —pestañeó—, para decirte que estoy enamorado y que quiero ser ese hombre que cure tus alas —reveló. Su mirada era intensa y parecía sincera.

—Cooper —tragó saliva—, no sé qué decirte. Me has dejado sin palabras —sus emociones estaban a flor de piel.

—El otro día, en la fiesta, hablabas de un amor no correspondido y me sentí muy identificado contigo. Hasta ahora he tenido miedo a mostrar mis sentimientos ante ti. No quería perderte como amiga y juro por Dios que hice un ejercicio de contención, pero necesitaba decirte lo que siento porque cuando estoy contigo, puedo respirar mejor y cada instante lejos de tu compañía es una agonía. Te parecerá una locura, pero es la verdad. Contigo la vida es mejor —se había mordido el labio inferior y tenía los ojos cerrados.

Ella sonrió. Jamás pensó que un hombre iría tras ella como acababa de hacer Cooper, jamás pensó que aquel diseñador atractivo, fuese a enamorarse de ella.

—Sabes que me han hecho mucho daño —la relación con Jona le había dejado marcas.

—Lo sé, pero también sé que, por mi profesión, soy un hombre con mucha paciencia. Sé esperar —insistió, con una mirada abrazadora.

—No se trata de esperar. Se trata de confianza y, como comprenderás, ahora mismo no confío en ningún hombre.

Jones negó con la cabeza y tomó las manos de ella para asirlas con fuerza entre las suyas.

—Comprendo que te cueste fiarte, pero te aseguro que yo no soy él. No he venido aquí para convencerte de nada, simplemente quiero que conozcas mis sentimientos —sostuvo.

Siguieron caminando, pero en silencio. Era el momento de ella, de abrir su corazón. Se detuvo y lo frenó con las manos, colocándoselas en el pecho, tirando de su camisa de lino.

—Tú también me gustas, ¡maldita sea!

El rostro de Cooper mudó tras escuchar su afirmación.

—Tú eras el hombre por el que suspiraba —soltó aire por la nariz—, incluso te besé en la carrera de caballos, pero creí que eras gay y nunca te dije nada —reconoció, sonrojada. Aquel recuerdo la hizo suspirar.

El diseñador acunó su cara con las palmas de las manos y cubrió la boca de ella con avidez, indagando con la lengua en la dulzura de su boca. Holly cerró los ojos, como si estuviese en medio de un sueño, aunque la presencia de él era lo suficiente tangible para que fuese un sueño. Luego sus brazos se cerraron en torno a ella en un abrazo que la chica aceptó encantada.

—¡No sabes cuánto deseaba hacer esto! —musitó en su oído—. Tenerte entre mis brazos, sentir tus labios sobre los míos, como aquella tarde. Dudé si venir o quedarme y esperar por tu regreso —soltó aire por la boca—. No se me olvida el beso que el cantante te dio el día del concierto.

—¿Te enteraste?

—¿Qué si me enteré? Me morí de celos —reconoció.

Siguieron caminando. Él con el brazo sobre los hombros de ella y la chica con el brazo rodeando la cintura del hombre por la espalda.

—¿Cómo has sabido dónde me encontraba?

Cooper le regaló una sonrisa.

—¿Ha sido mi hermana? ¿Mi abuela?

Los dos se echaron a reír como niños.

—¡Qué importancia tiene eso ahora! —pasó una mano por su barbilla—. Un dicho dice que las locuras que se hacen por amor, no las entenderá ningún psicólogo.

—Quiero saber quién te lo ha soplado, para estrangularla a la vuelta.

Sus risas se mezclaron con el sonido de una tormenta que empezaba a acercarse de manera inminente.

—Será mejor dar la vuelta o ese aguacero nos cogerá en pleno paseo. No suelen durar muchos minutos, pero serán los suficientes como para empaparnos —observó ella.

—Ahora mismo me da igual, Holly —colocó las manos en su cintura y se puso muy serio—. Estoy aquí, contigo, los dos en medio de la nada. Nada puede romper la felicidad que siento en este momento.

—Tienes razón. ¿Qué podría pasarnos? —afirmó, llevándose hacia atrás el pelo que la brisa le removía. En la vida era necesario un poco de emoción.

Tras su pregunta un relámpago cayó muy cerca de ellos y comenzó a llover con fuerza, obligándolos a cobijarse bajo las ramas de un cocotero dado que todavía quedaba una buena distancia para llegar al hotel. Pese a la lluvia, la temperatura era agradable.

El hombre la abrazó con desesperación, como si quisiese fundirla con su cuerpo. Con ademanes posesivos pasó sus cálidas manos sobre la piel húmeda de la chica, que se estremeció. Con el dedo medio de la mano derecha bajó el único tirante que tenía el vestido y este cayó hasta la cintura de ella, dejando al descubierto dos pezones, que con el tacto se habían endurecido y erguido. La contempló embelesado. La quería con una premura irracional.

—Me gustaría hacerte el amor —susurró, rozando el lóbulo de la oreja con los labios. Contacto que ocasionó espasmos de placer en su amante.

La besó, introduciendo la lengua en la boca de ella.

—Sí, por favor, yo también te deseo —exclamó tras sentir cerca las vaharadas de su aliento y cómo un deseo embriagador recorría todo su cuerpo.

Jones se dejó caer sobre la arena y apoyó la espalda en el tronco del árbol que los protegía de la lluvia, cada vez más intensa. Con una mirada seductora, la chica se sentó sobre sus piernas y lo abrazó, notando su apremiante erección contra sus articulaciones inferiores. La audaz lengua del varón recorrió su cuello, su barbilla y bajó hacia los pechos, rozando las cimas de forma

posesiva y degustando la fina textura de su piel. Seducido por el perfume femenino soltó varios sollozos ahogados. Las manos se metieron por debajo de su falda hasta llegar a su trasero, propinándole un buen cachete. Ambos tenían las frentes pegadas cuando se besaron, indagando con la lengua en la boca del otro, lastimándose los labios. Sus párpados entrecerrados demostraban que el deseo de hacer el amor con ella era demasiado profundo. Por eso introdujo los suaves dedos en la resbaladiza hendidura, húmeda y caliente al tacto, provocando un gemido ahogado en la joven, cuyo cuerpo palpitaba en lugares ya olvidados y húmedos de deseo. Se deshizo del pantalón y de su ropa interior con la intención de penetrarla, pero fue Holly la que se adelantó. Con una mano rodeó su miembro y lo friccionó, repitiendo el movimiento una y otra vez durante unos segundos, los justos para escuchar varios gemidos sutiles de la boca entreabierta de él. A continuación, y tras el contacto de su clítoris y el protuberante pene del chico, lo guió hacia su vulva. Se miraron a los ojos fijamente cuando lo sintió en su interior; una sensación que le produjo estremecimientos por todo el cuerpo. Sujeta a sus anchos y musculosos hombros, comenzó a cabalgarlo, bamboleando las torneadas caderas con vigorosidad, restregándose mientras él la agarraba del culo con posesión. Los pechos de la chica saltaban y tropezaban con los de su amante. Tras cada pecaminosa acometida, ambos jadeaban en busca de aire. Los dos se movieron al unísono y sintieron varias punzadas de placer; estaban al límite de sus fuerzas. Echó la cabeza hacia atrás y contrajo la pelvis cuando sus contracciones internas llegaron al clímax, estallando en mil pedazos. Su cuerpo cayó sobre el de él, estremecido. Ambos gemían entrecortadamente, en busca de oxígeno.

La tormenta había pasado, no se escuchaba el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas del cocotero y las estrellas y la luna brillaban en el cielo, antes plomizo, creando un escenario perfecto. El calor pegajoso se había desvanecido.

Se levantaron de la arena y regresaron al hotel, en silencio pero cogidos de la mano. Antes de entrar, Holly se dirigió a él.

—Ha sido una noche maravillosa —con la punta de los dedos acarició sus labios persuasivos—, pero no me gustaría que se acabara aquí. ¿Quieres pasar? —los ojos le brillaban de excitación.

Él no respondió. Simplemente cogió la llave de la suite y abrió la puerta.

—No quiero que tengas miedo, ni que temas al amor. Estoy aquí porque te quiero, porque siento que eres el amor de mi vida —la cogió de la cintura y le

habló con el corazón—. Agárrate fuerte a mí, yo seré el bálsamo que necesitas para curar tus heridas.

Tras pronunciar esas palabras, él también se había emocionado y las lágrimas pugnaban por salir.

—Me pregunto cómo es que no te he encontrado antes.

—¡Cooper! —susurró, emocionada y con dos lágrimas en sus ojos que él secó con la yema de los dedos—. No quiero tener miedo nunca más pero, tengo una hija.

—Pues la querré tanto como a ti. Mi padre decía que vale la pena luchar por lo que vale la pena tener —jamás se había sentido tan feliz, tan completo.

Se sacó la camisa y el pantalón. Luego la ayudó con el vestido y se quedaron con la ropa interior. Sus corazones latían al unísono. La miró embelesado, porque así era cómo miraban los hombres enamorados, con admiración, con deseo. Tenía unos pechos perfectos; suaves, aterciopelados, duros y erguidos. Volvió a contemplarla con deleite y lujuria, esculpiendo su cuerpo desnudo. No alcanzaba a comprender cómo esos otros hombres la habían dejado escapar. Quería disfrutar con ella de un buen sexo, ardiente y placentero. La cogió por las nalgas y ella rodeó su atlético cuerpo con las piernas, aferrándose a su espalda, fuerte y definida. Se acercó con ella a la cama y se acostaron. Sus labios todavía estaban hinchados y tenía su sexo duro contra la entrepierna de su amante. Con la lengua lamió posesivamente los rosados pezones y la cubrió con su fornido cuerpo. Ella, con una expresión provocativa, pasó su lengua por los labios y aplastó la mano derecha con urgencia contra su erección, que palpitaba con su contacto, envolviéndolo con los dedos, gozando de su grosor, agarrando los testículos, acariciándolos con una delicada fricción. Se oyeron gruñidos de satisfacción. Luego separó sus piernas y, con calma y sin brusquedad, empotró su pene en la húmeda vulva de la joven, moviendo las caderas en un suave vaivén, restregándose contra ella en lentos círculos sensuales. Con esos movimientos evocadores la mujer, a merced de sus manos expertas, retorció su cuerpo convulso contra el de él, gemía de placer mientras acariciaba su zona lumbar y las macizas nalgas del varón. La sangre de su cuerpo circulaba muy deprisa, ocasionándole una respiración entrecortada. Hipnotizado por un deseo insoportable y la pasión ávida, Cooper la tomó de las caderas y aumentó la cadencia y profundidad de las embestidas, hasta el fondo, aumentando el placer de forma vertiginosa. Se oyeron resuellos y jadeos, en busca de aire, hasta que llegó el clímax con un grito sollozante, derramándose dentro de ella. Se quedaron exhaustos, sin

aliento, con el cuerpo laxo y pleno en cuanto a sensaciones. Jones, todavía con la mente obnubilada, rodó sobre el colchón hasta quedar tumbado, panza arriba. Holly tenía las mejillas sonrosadas y una expresión de puro placer. Tras recuperar el aliento, él le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Eres preciosa y digna de ser amada —paseó la mirada por la feminidad de sus formas. Tenía unos rasgos perfectos—, y quiero envejecer a tu lado, haciendo el amor cada noche de una forma pasional.

La abrazó como si estuviese a punto de acabarse el mundo y no volviese a verla nunca más.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca —susurró, hambrienta de cariño, asaltando su boca en un largo, profundo y exigente beso y deseando detener el tiempo en aquel instante.

Cuando se quedó dormida, el diseñador acarició su cuerpo desnudo, acarició y besó su espalda, dibujando círculos tranquilizadores.

Daba gracias al destino por cruzarla en su camino. Nadie la besaría como él, nadie la amaría como él.

Las tormentas hacen que los árboles tengan raíces más fuertes. Después de mucho sufrir, por amor o por los problemas de su familia, Holly Taylor, una joven con un sentido desmedido de la responsabilidad, una mujer que no se vino abajo cuando las circunstancias la superaban, encontró a la persona que estaba esperando y que prometía hacerla feliz, porque el amor no es un día, es día a día. Juntos superarían los caprichos de la vida.

FIN

Sobre la autora

Nacida un trece de septiembre en Porriño – Pontevedra. Diplomada en Contabilidad, ejerciendo dicha actividad durante 16 años en empresas del sector privado.

Su andanza por la escritura comenzó en la época de estudiante, quedando apartada durante unos años por motivos de trabajo y familiares.

Autora de los siguientes libros, todos ellos publicados en Amazon, tanto en versión digital como en papel:

- *Entre el miedo y el amor (septiembre. 2014) Romántica/superación personal.*
- *No me dejes ahora (diciembre 2014) Romántica/policíaca.*
- *Entre ángel y demonio (septiembre 2015) Romántica/erótica.*
- *Invisible (diciembre 2015) Histórica/biográfica.*
- *La sombra del dinero (febrero 2016) Romántica/suspense.*
- *Desafíos del destino (septiembre 2016) Romántica/suspense.*
- *No Todo es casualidad (Julio 2017) Romántica/suspense.*
- *Atrapa tu sueño (Marzo 2018) Romántica/suspense.*
- *Te encontré (Diciembre 2019) Thriller romántico.*

También ha participado en el I Concurso de micro relatos – libro digital “Mis vacaciones Ideales”. En su blog se puede encontrar variedad de reseñas de libros que va leyendo, relatos propios y poemas.

Se puede seguir su trabajo de las siguientes maneras:

- Facebook: Sandra EC
- Twitter: @SandraEstevezC
- Blog: <http://sandraestevezcalvar.blogspot.com.es/>
- Instagram: *sandraestevezcalvar*

– En su canal de Youtube, en las aplicaciones Wattpad, Pinterest, Goodreads y LinkedIn.

Querido lector, gracias por elegir como compañía mi último libro. Espero que hayas disfrutado leyendo esta trepidante historia. Si ha sido así, me encantaría contar con tu opinión en Amazon.